José Gómez Muñoz

70 LEYENDAS -I

ALHAMBRA, RÍO DARRO, ALBAICÍN

70 Relatos breves de la Alhambra, río Darro y Albaicín, Granada, seleccionados de entre 580, de mi libro inédito:

© DESDE LA ALHAMBRA, VENTANAS A LA ETERNIDAD

© José Gómez Muñoz SJ
romi3.jimdo.com
cas_orla@yahoo.es
ISBN 978-1-291-75662-3
Primera edición 3-3-2014
Granada, 2010-2014

Diamantes líquidos, azul claro
son las cantarinas aguas
que van por el Darro,
desde la nieve en las montañas,
bajan llorando
y entre torres y murallas
se hacen lagos
en los jardines de la Alhambra.

Índice

Desde el reino de la Alhambra …… 5
La anciana, reina del bosque …….. 9
El cascabel del Albaicín …….. 12
La más hermosa noche de Navidad …….. 15
Lucía, la niña …….. 22
La calle del poeta …… .. 25
El hombre de la mirada mágica …….. 27
Desde las cuevas del Albaicín …… 30
Los dos monederos …….. 34
El palacio del sol, gemelo de la Alhambra …… 37
El árbol en la riada del río Darro…….. 42
Los niños del otoño ……... 48
En la Puerta de las Granadas de Granada ……... 51
La mujer y el cordero …… 54
El árbol del otoño en el río Darro …… 57
Las dos amigas del Paseo de los Tristes ……. 59
El duende del río Darro …… 61
El hombre del río …….. 63
Una reflexión …… 66
La pintora del Paseo de los Tristes ……..… 68
Castillo de arena en el río Darro …….. .. 70
A la luz de la luna ……..…… 72
El último día de la Alhambra …… 75
Desde el muro del río Darro ……. …….. 78
Las torres de la Alhambra ……. ……. 80
La despedida…….. 83
Los silencios del río de la Alhambra …….. 86
Diamantes del río Darro …….. . 88
Los pobres del río Darro …….. 89
La acequia del río Darro …….. 91
En el puente del Aljibillo del río Darro …… 93
El caballo blanco de río Darro ……. 95
Ecos del tiempo por la Carrera del Darro …….. 100
El oro de las montañas de Granada …… .. 103
Noche de luna …… 105
El huertecillo del río Darro …….. 106
El hombre y el borriquillo del río Darro……... 107
Lavando en el río Darro …… 113
Secretos en el Albaicín …… 115
La fantasía de un sueño …….. 120
Una familia sin casa …… 122
Los gatos del río Darro ……..... 125

El sueño de un príncipe …… 128
El azufaifo de la princesa …… 130
El huertecillo de la Alhambra…… 134
Al llegar el otoño …… 137
Sonidos de guitarra junto al río …… 139
La calle, the street, улица, شارع …….. 141
Meditar la Alhambra …….. 143
Lo que no se ve con los ojos …… 145
Estudiar frente a la Alhambra …… 147
Desde el Carmen de los Mártires …… 149
Los dos jóvenes del Albaicín …… 152
Descalza por las calles de Granada …… 154
El hijo maldito …… 157
El profeta de la Alhambra …….. 160
Que no me quede ciego en Granada …….. 163
El río oculto de la Alhambra …… 166
El cielo en sus brazos …… 168
La mujer libre …… 170
El gran mirador de la Alhambra …… 173
El tejedor de mimbres …… 180
El jardín de los cerezos …… 182
La nieta y el abuelo …… 186
La madre y el otoño …… 189
La pepita de oro …… 190
El solitario del río …… 193
El granado del Albaicín …… 195
Una noche a los pies de la Alhambra ……. 198

Desde el reino de la Alhambra

I - En los tiempos en que los reyes vivían en los hermosos palacios de la Alhambra, ocurrió algo digno de conocerse, en este reino de Granada. Un hombre, bastante rico, tenía una pequeña fábrica de esparto, justo mismo al borde de las aguas del río Darro. A la altura de lo que hoy es el Paseo de los Tristes y, por eso, a los pies mismos de la Alhambra. También a los pies del hermoso barrio del Albaicín y por donde discurrían los caminos y los puentecillos que daban paso y llevaban a la colina del sol y al barrio de la casas blancas.

Varios hombres tenía a sus órdenes trabajando, el dueño de esta fábrica. Tejiendo toda clase de objetos de esparto: esteras, alfombras, barjas, espuertas, serones, cantareras, esparteñas… Y el dueño estaba contento con lo que en su fábrica se producía porque eran buenos los empleados que en ella trabajaban y porque los productos que de aquí salían, todos resultaban bellos, de gran calidad y resistentes. Muchas personas tenían en gran consideración los productos que de esta sencilla fábrica salían. De aquí el dueño estuviera especialmente satisfecho con los hombres que a sus órdenes trabajaban. Por eso, al más joven y fuerte, le dijo un día:
- Hoy te toca a ti ir a los recintos de los palacios, a llevar los encargos que hace unos días de allí nos pidieron. Así que carga con los productos, sube por la vereda del barranco del Rey Chico y entrega las cosas en el sitio que te digo.
- ¿Tienen que darme algo a cambio?
- De eso ya hablaré yo con los reyes.

Y aquella mañana de otoño recién comenzado, el hombre joven y fuerte de la pequeña fábrica de esparto, preparó las cosas. Cinco o seis pequeños objetos de esparto que los reyes habían pedido para regalar a unos amigos que iban a venir a visitarlos. Cargó con estos objetos, subió despacio por el pronunciado barranco de la Cuesta del Rey Chico, llegó a las puertas de la muralla, dijo a los guardias cual era el motivo de su visita, lo dejaron pasar y ya dentro del recinto amurallado, se dirigió a los palacios. Y pasaba él por el arco que hoy conocemos como la Puerta del Vino, cuando se encontró con una joven princesa. Iba sola y se dirigía a los jardines de la derecha y por eso, el joven se fijó en ella. Durante unos segundos estuvo observándola, notando que al instante se había

quedado prendado de ella. Y, aunque no le dirigió la palabra, la joven intuyó lo que en el corazón del hombre, había ocurrido. Por eso ella también lo miró, no dijo nada pero se quedó en el aire temblando como un sueño hermoso y mágico. Al darse cuenta, uno que por allí pasaba, se dirigió al joven de los objetos de esparto y le dijo:
- Ten cuidado que esta muchacha es la hija predilecta del rey más agresivo que nunca hubo aquí en la Alhambra.
- ¿Y qué he hecho yo para que el rey tenga algo contra mí?
- Yo solo te lo advierto. Ten cuidado que la hermosura de esta princesa puede traer grandes problemas a tu vida.
Y el joven se asustó.

Siguió su camino, llegó a los palacios de la Alhambra, entregó el pedido y rápido regresó a donde tenía su trabajo. En cuanto llegó, el dueño le preguntó:
- ¿Cómo ha ido eso?
- Sin problemas, señor. Entregué las cosas tal como usted me dijo y creo que el rey ha quedado contento.
- Así me gusta, buen amigo. Eres fiel y trabajador y por eso te respeto. Gracias a ti y a los compañeros, esta pequeña empresa mía cada día mejora en calidad y prestigio.
- Me alegro, señor.
Y aquel mismo día, el joven preguntó a sus compañeros:
- ¿Conocéis vosotros a esa princesa de ojos y pelo negro que algunas veces pasea sola por los jardines de la Alhambra?
Y uno del grupo amigo, enseguida dijo:
- Yo sí la conozco. Varias veces, cuando he pasado a los palacios para entregar pedidos, me he tropezado con ella.
- ¿Y qué te parece?
- La mujer más hermosa que nunca si vio por estos sitios. Pero tú ¿por qué te interesas por ella?
Se dio cuenta el joven, en este momento, que el compañero mostraba un interés especial por la princesa. Por eso, para evitar enfrentamientos, respondió:
- Por nada. Simple curiosidad.
- Algo tienes tú con esa princesa.
- ¿Por qué me dices eso?
- Tus preguntas y el interés que muestras con esta joven, te delata. Pero te lo advierto: te cuidado porque puedes tener problemas.
Y aquel día, ya no se habló más de esta princesa, en el pequeño taller de esparto.

Pero sí, en los palacios de la Alhambra, se empezó a correr un extraño rumor que llegó hasta los oídos del rey agresivo. Unos días más tarde y por la mañana, en el taller de esparto junto a las aguas del río, se presentó un mensajero del rey. Preguntó éste por el dueño de la fábrica, que enseguida apareció y dijo al mensajero:
- Yo soy el dueño ¿Qué noticias me traes de parte del rey?
- Esto es lo que de parte del rey, le traigo y con la condición de entregarlo en sus propias manos.
Le alargó el mensajero un pequeño rollo de papel que, tembloroso y con el corazón acelerado, rápido cogió. Ahí mismo desenrolló el papel, leyó despacio y para sí y luego, visiblemente alterado, preguntó al mensajero:
- ¿Te ha pedido el rey que le lleves alguna respuesta mía?
- Ningún mensaje debo llevar al rey de parte de usted. Así que, cumplida mi misión, me despido y regreso.

Volvió el mensajero a los palacios de la Alhambra y aquella misma tarde, el dueño reunió a sus empleados y les dijo:
- Por encargo del rey, esta noche, debemos hacer un viaje casi en secreto y a un lugar lejano para algo muy especial. Yo debo ir al frente de este viaje y quiero que solo me acompañe uno de vosotros.
- ¿Quién de nosotros, señor?
- Cualquiera podría ser pero, por orden del rey, tengo que escoger aquel de vosotros que hace unos días subió a la Alhambra a llevar los encargos que el rey había pedido para regalar a sus amigos.
Al saber el joven que él era el elegido para realizar el viaje, preguntó:
- ¿Y por qué tengo que ser yo?
- Por orden de rey, solo te lo puedo decir cuando lleguemos al lugar, motivo de esta marcha.
- ¿Y tampoco puedo saber cuál es la misión?
- Aunque lo deseo, tampoco ahora puedo decírtelo. Solo te pido que no hagas más preguntas. Vete ahora mismo a tu casa, prepara y coge lo que creas necesario y al caer la noche, te presentas a mí. Será el momento de partir.
- ¿De noche tenemos que realizar este viaje?
- Son órdenes del rey que también me pide que ni siquiera con tu familia, lo comentes. Y vosotros, todos los compañeros de este joven, guardad silencio del mismo modo, hasta que regresemos nosotros.
- ¿Cuándo volveréis?
- Puede que tardemos unos días.

No se habló más del tema. El dueño cerró la fábrica, los obreros se fueron a sus casas, el joven también a la suya, el dueño se puso mano a la obra y en un periquete preparó dos borriquillos, con sus aparejos, aguaderas y algo de comida y agua dentro. Esperó a que se hiciera de noche y se presentara el joven. A la hora en punto, cuando la oscuridad de la noche comenzó a llegar, se presentó el joven. Saludó al dueño, éste le ofreció uno de los borriquillos y le pidió que cargara en él las cosas que había traído. Luego le pidió que lo montara y, al poco, se pusieron en camino. Sin pronunciar palabra y sin parar, caminaron a lo largo de toda la noche. Ni siquiera sabía el joven en qué dirección iban. Pero sí, al llegar la luz del nuevo día, descubrió que se encontraban frente a unas altísimas montañas. Y ahora comprobó que caminaban dirección al sol del nuevo día.

Cuando el astro rey comenzaba a iluminar con toda su intensidad, llegaron ellos a lo más alto de una gran colina. Aquí mismo se pararon y el dueño dijo al joven:

- Mira al frente y observa despacio lo que por ahí se extiende.

Miró el joven y se quedó asombrado. Al fondo, dirección al sol de la mañana y algo lejos, descubrió un gran río surcando un amplio valle. A los lados, se alzaban las casas de una bellísima ciudad y de las laderas a ambos lados, descolgaban espesos bosques. Dijo el joven:

- Esto es lo más hermoso que he visto en mi vida. ¿Cómo se llama este lugar y en qué parte del mundo se encuentra?

- Tú mismo descubrirás el nombre cuando pase el tiempo. Y el territorio dónde se encuentra, tampoco puedo revelártelo. Pero en este lugar es donde, a partir de ahora, vas a quedarte para el resto de tu vida.

Sorprendido preguntó el joven:

- ¿Y eso?

- El lugar donde el rey me ha pedido que te llevara, es inhóspito, sin vida, sin luz, de tierras muy áridas y muy, pero que muy lejos de Granada. Pero yo, aun a riesgo de ser castigado por el rey por no cumplir exactamente lo que él me ha pedido, te traigo a este sitio. Como agradecimiento a lo bueno y generoso que siempre has sido conmigo y con tus compañeros. Y aquí, como estás viendo, tienes de todo lo que puedas necesitar para tu nueva vida. Un gran río de aguas muy claras, extensos bosques llenos de colores y olores y con muchas frutas, abundante luz y hasta una maravillosa ciudad donde vas a ser bien recibido. Así que ha llegado el momento de

despedirnos. Sigue el camino que desde esta colina desciende que yo me vuelvo a Granada. Entra a la ciudad que ves extendida por el valle, no me preguntes nada más ni vuelvas nunca, nunca a la ciudad de Granada y mucho menos a los palacios de la Alhambra. Sería tu final y mi perdición.

Aun más extrañado, después de un largo rato en silencio, mirando al frente e intentando asimilar lo que le había dicho el dueño, se animó y le preguntó:
- Pero todo lo que me has explicado y lo que tengo ahora mismo antes mis ojos ¿a qué se debe?
- Se debe a que por orden del rey, quedas desterrado para siempre del reino de la Alhambra.

La anciana, reina del bosque

II - Legó el otoño y aparecieron los colores en los bosques. Las dos grandes laderas, a un lado y otro del río, comenzaron a perder su verde vivo de los días de primavera y se llenaron de tonalidades ocres, luces de atardeceres, oro viejo y rojo sangre. Lo mismo, poco a poco, iba sucediendo por las orillas del río. Álamos, fresnos, arces y madreselvas, se vestían con tonos pálidos. Y la luz de la mañana, del mediodía y de la tarde, casi se apagaba a la vez que se fundía con el vientecillo húmedo y cargado de olores a musgo.

Y aquella mañana de otoño, con el cielo azul brillante, el silencio abrazando y el sol un poco apagado, el hijo esperaba a la madre. Justo en lo más alto del cerrillo, en la puerta de la pequeña casa, sentado en el banco de piedra y mirando en silencio al profundo surco del río. Por ahí sabía que discurría la senda que, desde la casa de piedra junto al manantial, descendía río abajo hasta el montículo donde en estos momentos la esperaba. Necesitaba que llegara para despedirla con el más sincero de los abrazos y para vivir junto a ella, otro momento mágico. Pero sabía que la senda, desde el cerrillo donde estaba esperándola hasta la casa de piedra, era larga, tortuosa, con muchas bajadas y grandes cuestas y densos árboles a los lados. Y sabía que la madre, para él la más hermosa y buena, ya estaban muy agotada. Vieja como los mismos árboles del bosque, delgada como el silbido del viento al rozar las hojas y casi sin fuerzas. Por eso se dijo: “Mejor me pongo yo en camino, recorro la senda hasta su casa de piedra y ahí me encuentro con ella”.

Y sin pensarlo más, cargó con su zurrón, llamó a su pequeño perro podenco y por la veredilla, comenzó a bajar. Como al encuentro del río pero antes de llegar a las aguas, siguiendo el trazado de la senda, remontó por la ladera. Volvió a otra vez al valle, lo recorrió ahora muy cerca de las aguas y casi media hora después, comenzó a oír el rumor de la cascada. Sabía que la hermosísima casa de piedra, donde vivía la madre, ya estaba cerca. Pero todavía le quedaba un buen trecho y precisamente era el trozo por donde la senda más se complicaba. Por eso, mientras continuaba avanzando, remontando ahora por la inclinada ladera, con su pensamiento puesto en la madre y en su pequeño palacio de piedra justo al lado mismo del copioso manantial, otra vez se dijo: “Ay que ver mi madre, toda una vida entera viviendo en este rincón y recorriendo un día y otro esta senda y aun en su corazón, viva la ilusión del volver un día a los palacios de la Alhambra. Qué mujer más valiente y recia, con ideas hermosas y entrega silenciosa y noble. Por más que se le busque y me digan, sé que en este suelo no hay otra mujer como ella”.

Recorrió el último tramo de la senda, ya muy próximo al manantial de la casa cuando, al mirar, la vio asomada a la puerta de su pequeña casa de piedra. La saludó con su mano desde la distancia y ella, tal como estaban en el pequeño rellano de la puerta, siguió con sus miradas perdidas por donde el valle y el río se alejaba. Saltaba la corriente unos metros más abajo y luego se alejaba, atravesando el ancho valle para perderse en la profundidad brumosa. Este era el grandioso paisaje que a lo largo de toda su vida, había recorrido y soñado en las noches llenas de estrellas. Y aun así, después de tantos años, de ningún modo estaba cansada ni deseaba marcharse de la casa de piedra que él, con sus propias manos, había construido para ofrecérsela luego como regalo. En el rincón más bonito del bosque, justo al lado mismo del copioso manantial, frente por completo al gran valle y donde el silencio era más profundo y el cielo se derramaba a raudales. Por esto, en cuanto el hijo llegó, le regaló un sincero beso, le pidió que se sentara en el banco de madera que en el mismo rellano de la puerta se calvaba frente al río y le dijo:

- Has hecho bien en venir a verme. Yo ya casi no tengo fuerzas para recorrer la senda, a pesar de que es lo que siempre más me ha gustado, cuando vivía tu padre.

El hijo le cogió la mano, acarició su cara, la miró fijamente y le dijo:

- No tienes que decirme nada porque lo he visto millones de veces

con mis propios ojos. Por eso sé que tú eres la más hermosa, buena y fuerte y por eso sé que, aunque ya te abandonen las fuerzas, tu alma y corazón siempre están en estos bosque y en el amor sincero que, en todo momento, mostrarste a mi padre. Estos cominos, el manantial de la roca, el valle verde con las claras aguas del río que lo riega, el azul del cielo y los abrazos del vientecillo que por aquí siempre se pasea, te pertenecen. Son las mejores joyas que princesa alguna nunca haya poseído.

Guardó silencio la madre, sin dejar de observar la silueta del río surcando el valle. Luego, de nuevo dijo:
- Tu padre, cuando yo era joven y princesa en los palacios de la Alhambra, fue desterrado a estos lugares. Cuando lo supe, me vine aquí con él y en este singular palacio de piedra, hemos vivido la vida entera. Murió ya hace tiempo y, él como yo, lo único que deseamos es regresar a Granada y que nos entierren en algún rinconcillo de los jardines de la Alhambra. Así que ya sabes: carga con tu zurrón de piel de cabra, dirígete a la hermosa ciudad de la vega, ve a la Alhambra, pide audiencia al rey y dile cual es deseo de esta anciana, que pronto se marchará al cielo. No me quedan muchos años de vida y, cuando muera, quiero que me entierres junto a él. En estos bosques, cerca del río, pero si el rey te da permiso y lo quiere, llévanos a los dos y nos fundes con la tierra de los jardines de la Alhambra.
- Tú no te preocupes, madre. Yo también deseo que tu cuerpo y el de mi padre, vuelva a tener el brillo y la dignidad que aquel fatídico día le negaron. Hablaré con el rey y lucharé con todas mis fuerzas para que te abran las puertas de la Alhambra y, junto con mi padre, descanséis en paz en los jardines que tanto sueñas.
- Que Dios te bendiga, hijo mío y te dé las fuerzas que necesitas.

Y poco después, se le vio al joven surcando el valle, con su zurrón a las espaldas, seguido de su perrillo amigo y dirección a la ciudad de Granada. Con un puñado de tierra en sus manos y la tristeza al mismo tiempo que la ilusión, asfixiándole el corazón. Y mientras se alejaba de la casa de piedra donde, en el rellano de la puerta, seguía la madre mirando hacia el hermosísimo río que surcaba el valle, se decía: “Fue princesa y luego llegó a reina aunque nadie nunca la coronara. Y ahora que es anciana ya muy agotada, sigue siendo la reina de estos bosques y la madre más bella y buena que hubo nunca en esta tierra”.

El cascabel del Albaicín

Nació una mañana de otoño de cielo azul, suave vientecillo con olor a hojas secas y luz un poco apagada. Justo en la humilde casa que sus padres habían construido al borde mismo del río Darro. Casi rozando las aguas, por completo frente a la Alhambra, en la colina al levante y donde las hermosas casas del Albaicín, se esturreaban ladera abajo hacia el río y hacia la Alhambra. Y nada más nacer y verla, la anciana dijo a la madre:
- Esta niña trae con ella una gracia que nadie ha tenido nunca por aquí.
Le preguntó la madre:
- ¿Qué gracia trae con ella?
- Cuídala mucho y que crezca sana y fuerte. Ya te darás cuenta en cuanto sea un poco mayor.

Creció la niña y todos en el barrio la querían mucho. Por lo alegre que era, por las ganas de jugar que tenía siempre y, sobre todo, por su risa. Cuando iba de un lado para otro, cogida de la mano de su madre, con sus amigas o vecinos, siempre, con cualquier cosa, se reía. Y cuando de su boca salían las notas de sus risas, todos miraban y se quedaban como extasiados. Algunos decían:
- Parece un ruiseñor enamorado y desgranando su mejor canción al llegar el día.
Y un vecino algo mayor que también la quería mucho, un día comentó:
- Su risa es como la música de un alegre cascabel. ¿No os dais cuenta como cada vez que ríe parece como si engarzara un collar de notas con todos los sonidos de las escalas?
- Sí, desde luego que lo que dices es muy acertado. Nadie en este barrio ni en toda Granada ni tampoco en la Alhambra, tiene ni ha tenido nunca una risa tan maravillosa como la de ella.

Y según iba creciendo, tenía más y más amigos. Hasta que poco a poco junto tres pequeños grupos: los vecinos y amigos así de su edad y que vivían cerca de su casa, la muchacha de la flauta, un poco mayor que ella y que vivía a media ladera entre el río Darro y la parte alta del barrio y la dulce anciana de la casa chica, un poco a la derecha donde vivía ella. Era esta anciana, según la niña, la más generosa y con la que ella compartía mucho tiempo. Le decía a su madre:

- Vive sola, apenas tiene fuerzas, se pasa muchas horas mirando por la ventana para la colina de la Alhambra y nunca se enfada conmigo. Siempre me regala besos y le gusta mucho oírme reír. Dice ella que mis risas son como pompas de colores que, además de curar las heridas del corazón, llenan de entusiasmo y abren las puertas del cielo.
- Pues sed tú buena con ella, hija mía y regálale toda la alegría que puedas. Quizá ella te lleve algún día de la mano, al cielo que ilumina tus risas.

El otro grupo de amigos, era el de sus vecinos y conocidos más cercanos. Muchas tardes se juntaban ellos, se iban a las aguas del río Darro, por donde la corriente se desparramaba en pequeñas playas y se ponían a jugar con algún palo o pelota de trapo. Y cuando algunos de los amigos se caían al agua o tropezaba en la hierba, ella siempre se reía. Todos, al momento, dejaban sus juegos, la miraban, miraban para la Alhambra y decían:
- Tus risas son como los sonidos de un cascabel que desgranan notas de colores y en todos los tamaños.
Y como ella no sabía qué decir, les pedía a los amigos seguir jugando. Reanudaban el juego y cuando ya terminaban y cada uno se marchaba a su casa, a ella le gustaba mucho pasar por delante de la puerta de la casa de la amiga de la flauta. Muchas veces se la encontraba sentada en el umbral de la puerta, tocando su flauta e intentando imitar las risas que salían de la garganta de la niña. Y cuando casi lo conseguía, cogía un papel y con un trozo de palo quemado por la punta, escribía. A veces, círculos pequeños, otras veces, algo más grandes, como puntos negros, algunos y a distintas alturas. Al verla la niña le preguntaba a su amiga:
- ¿Para qué escribes esto?
- Voy a coleccionar todas las melodías que tú desgranas cuando te ríes.
- No lo entiendo.
- Pero a mí me gusta porque es un juego divertido y bello.
- ¿Y qué harás cuando tengas muchas melodías escritas?
- Simplemente coleccionarlas y conservarlas muy bien por si algún día, alguien las necesita.

Y un día, estaba ella jugando en la puerta de su casa, a primeras horas de la mañana. Por la calle bajó un hombre conocido suyo y amigo de sus padres, montado en un borriquillo. Al llegar a su

altura, la saludó y le preguntó:
- ¿Y tus amigos?
- Aun no han venido. Tú, ¿a dónde vas?
- A las tierrecillas de mi huerto.
- ¿Me montas en tu burro y me llevas contigo?
- Ahora mismo.
Y, en un abrir y cerrar de ojos, el hombre se bajó del asno, subió a la chiquilla, la tomó de la mano y siguió su camino hacia las tierrecillas de su huerto. Cuando llegó al rincón, lo primero que hizo fue buscar algunas ramas secas, las amontonó sobre un rodal de tierra libre de pasto y hojas de árboles y se puso a prenderle fuego. Le decía a la niña:
- Así, mientras yo trabajo las tierras del huerto, si tienes frío, te calientas en las llamas y ascuas de esta lumbre.
Estuvo ella de acuerdo y se agachó para ayudar a su amigo con la preparación de la lumbre. Había él cortado ramas secas de romero y también de tomillo y por eso, en cuanto las llamas empezaron a quemar estas ramas, todo el airecillo se llenó de un delicioso perfume. Dijo ella:
- Me gusta mucho este olor y el humo que, en columnas pequeñas, se alza por el aire y se va volando como al encuentro del la Alhambra.
Y se puso a coger con sus manos los pequeños círculos de humo blanco. No conseguía apresarlos porque se les desvanecían entre sus dedos y esto hizo que, cada vez que intentaba coger un circulillo de humo y éste se le escapaba, se riera a carcajadas. En pequeños rosarios de notas musicales que llenaban el aire, la mañana y el espacio, de melodías deliciosas.

Y en un momento de este juego suyo, se situó frente a la lumbre, con la imagen de la Alhambra alzada al fondo, vista a través de las llamas y recortada sobre el azul del cielo de la mañana. Alzó sus manos, como queriendo coger la figura de la Alhambra y al notar que se le escapaba, se echó a reír como nunca lo había hecho antes. Y justo en ese momento vio que de las llamas salían como pequeñas burbujas de colores que, volando por el aire, se trababan en las murallas y torres de la Alhambra. Y vio como si el azul del cielo se abriera y en forma de cascada de notas brillantes, se fundiera en el aire con sus risas. Y vio que, en medio de este maravilloso universo, con ella jugaban sus amigos, sus padres, la muchacha de la flauta y la anciana de la casa chica. Asombrada dijo al hombre del borriquillo,

su amigo:
- ¡Qué maravilla de sueño! Nunca había visto antes algo tan bonito.
Y preguntó al hombre:
- ¿Tú sabes qué es esto?
Y él le respondió:
- Las notas musicales que salen de tu garganta cada vez que derramas tus risas.
Se quedó ella en silencio durante unos segundos y luego otra vez preguntó:
- ¿Y por qué todo es tan hermoso y con tantos colores?
- Porque cada vez que ríes tú, es como si le dieras forma al más hermoso de los cielos. Y como esto es tan dulce y maravilloso, a las personas nos gusta mucho. Tus risas, transmiten paz, gozo, ánimo y mucho más de lo que yo pueda decirte con palabras.
Y después de unos segundos en silencio, la niña comentó:
- Ahora comprendo por qué todos me llamáis “el cascabel del Albaicín”.

La más hermosa noche de Navidad

En una estrecha calle, paralela al río Darro y a madia ladera frente a la Alhambra, se ponía todos los días a pedir. Desde que salía el sol hasta que empezaba a ocultarse. En invierno, liado solo en una vieja manta, un plato de barro en el suelo para que las personas le echaran algunas monedas y acurrucado en sí, mientras miraba melancólico a todo el que por la calle pasaba. Nunca hablaba con nadie y solo dabas las gracias al que le regalaba algo y luego seguía acurrucado, mirando como al infinito, a la estrecha calle en la que se refugiaba y, alguna vez que otra, a la figura de la Alhambra sobre la colina de enfrente.

Poco sabía él de estos palacios pero sí tenía claro que en ellos ya no vivirían ninguno de los reyes que, en tiempos pasados, sí. Alguna vez que otra, desde su rincón en la estrecha calle, veía a los turistas asomados por encima de las murallas de las torres y también veía el resplandor del sol que todas las tardes iluminaba estas murallas y torres. Solo algunas veces se preguntaba: “¿Por qué se irían los reyes que vivían ahí y por qué ahora todo aquello lo han llenado de turistas? Serán muy sabios lo que esto hacen y sus razones tendrán pero yo no lo entiendo”.

Porque a él le dolía que los suyos, los que eran de su familia, lo hubieran echado de la casa, también casi tan lujosa como la Alhambra. Un pequeño palacio, con jardines llenos de fuentes, columnas de mármol, escaleras de hierro forjado y puertas y ventanas de madera noble, que se abrían frente a la Alhambra, no lejos de la calle donde cada día se acurrucaba. Y lo habían echado de la casa porque la familia no lo querían. Continuamente le decían:
- Eres un vago, siempre estás soñando y a esta noble casa y a la familia, solo traes problemas y deshonra.
Fue aguantando, de la mejor manera que pudo, el trato que le daban. Hasta que un día, ya harto de humillaciones y palabras degradantes, dijo a la hermana mayor:
- Me marcho de esta casa.
- Es lo que todos queremos y por eso, lo mejor que puedes hacer. ¿Pero a dónde te irás?
- A cualquier sitio que vaya estaré mejor que en esta lujosa casa y con vosotros.
- Pues que tengas suerte y seas feliz.

Y la única suerte que tuvo, fue encontrar un rincón en la estrecha calle que pasaba por delante de la casa y aquí se puso a pedir. Como en el barrio muchos lo conocían y conocían a la familia y sabían de su rebeldía con las personas que le rodeaban, le daban algunas cosas. En los primeros días, trozos de pan, frutas y algo de ropa. Luego empezaron a darle monedas de poco valor y le decían:
- Sed valiente y no te desmorones nunca. Algún día, la suerte estará de tu lado.
Él los miraba y nunca decía nada. Pero sí los escuchaba y cuando otros comentaban:
- A ver si juntas algún dinero y te compras una casa pequeña cerca de las aguas del río Darro. Al menos tendrás un techo donde dormir y, si encuentras una mujer que te quiera, cásate con ella y así no vives tan solo.
Seguían sin responder a estas palabras.

Pero un día, ya después de varios años pidiendo en la calle y justo un poco antes de la Navidad, conoció a una mujer. También pobre como él y que pedía limosna algo más abajo, ya cerca de las aguas del río. Unas cuantas veces habló con ella y le daba pena verla tan sola, tan pobre, sin el cariño de nadie y con solo algún rincón en la calle, donde vivir. Para animarla, le dijo una mañana:

- En cuanto pueda, voy a comparte una casa cerca de las aguas del río y en un sitio desde donde se vea bien la Alhambra.
- ¿Y cuándo será eso?
Le preguntó ella.
- No tengo mucho dinero pero de lo poco que me van dando, ahorro para comprarte una casa.
- ¿Y te vendrás a vivir conmigo?
- Si tú lo quieres, sí.
- ¡Qué bonito! Así tendremos nuestro pequeño palacio frente a la Alhambra, solo para nosotros dos.
- Es lo que yo continuamente sueño para ti.

Corrieron los días, se acercaba el momento de la Navidad y el frío por las noches era cada vez más intenso. En Sierra Nevada, cayeron las primeras nieves y todas aquellas altas montañas, se vistieron de blanco inmaculado. El sol las iluminaba, al salir cada mañana y, al ponerse cada tarde, las vestía de oro y plata. Y en el cielo, según el tiempo iba avanzando, las nubes se acumulaban cada vez con más cara de invierno, color ceniza y nieve y con cierto sabor a Navidad. Por las orillas del río Darro, la hierbecilla que ya había nacido, cada mañana amanecía teñida de rocío y con blancos cristales de escarcha. Los árboles de la umbría de la Alhambra, ya se habían desnudado de hojas y las zarzas, también se iban vistiendo de otoño viejo e invierno frío.

Y una de aquellas gris y fría mañana de silencio contenido y eternidad acumulada, se acurrucaba él en el rincón de cada día y en su calle de siempre. Envuelto en una vieja manta, con un gorro de lana en la cabeza y con las manos rojas y heladas como la escarcha en la umbría de la Alhambra. Pedía limosna, miraba a todo el que pasaba por su lado y esperaba que alguien le diera, como tantos otros días, alguna moneda. Para comprarse un poco de pan y para ahorrar algunos centimillos para la casa de sus sueños. Salió, del palacio que conocía y donde había vivido de pequeño, la hermana que lo había despedido y echado fuera de la vivienda. Caminó lenta por la calle, como a su encuentro y él, en cuanto la vio, la siguió con sus miradas. Se dijo: “A lo mejor viene a traerme algo. Y si fuera así, podría aprovechar para preguntarle cómo se vive, en estos días de tanto frío, en el palacio que ha sido mi casa a lo largo de los años”.

Pero la hermana, en cuanto se acercó a él, sacó de su bolso un trozo de pan duro y se lo alargó diciendo:
- Luego no digas que no nos acordamos de ti. Aquí tienes para que hoy comas algo.
Cogió él el trozo de pan, le dio las gracias y como tenía hambre, empezó a comérselo mientras la miraba como suplicándole. Ella le dijo:
- Y como ahora hace tanto frío y se acerca la Navidad, los demás hermanos hemos pensado hacer algo bueno para ti.
La seguía mirando y después de un rato en silencio le preguntó:
- ¿Qué es lo que habéis pensado hacer para mí?
- En nuestra casa, la que también fue tuya en tiempos pasados, el jardín necesita cuidado. Las plantas, con estos fríos y el poco sol que hay, se están muriendo. A todas se le han puesto pálidas las hojas, a los rosales, a los cilindras, a las buganvillas, juncos y jazmines. Y el otro día, nos reunimos todos los hermanos para buscar una solución a este problema. Todos vimos claramente que el hermoso jardín de nuestra casa, necesita cuidado urgente pero ninguno queremos dedicarnos a trabajar en él. Sin embargo, es urgente que alguien pode estas plantas, que les quite las malas hierbas, que las riegue y cabe la tierra y recoja del suelo las hojas muertas.

Seguía el pobre en su silencio, mientras escuchaba y miraba a la hermana y mordía el trozo de pan y pasado un buen rato, le preguntó:
- Y a mí ¿para qué me cuentas todo esto? Si ya no vivo en esa casa ni tendré parte en ella nunca más, me da igual lo que le pasen a las plantas del jardín.
- Lo entiendo pero las cosas son así y la vida también se comporta de este modo, con unos y otros.
- Ni la vida ni las cosas son así. Somos las personas y el corazón de cada uno, los que sembramos luz y alegría sobre esta tierra o lo contrario: tristeza, desolación y miseria. Vuestro comportamiento conmigo de ningún modo puede llevaros a nada bueno.
- No empecemos. He venido a verte, te he traído un poco de pan y ahora te estoy contando lo que los demás hemos acordado ofrecerte un poco de calor.
- ¿Y qué es lo que habéis acordado?
- Que seas tú el que te encargues de cuidar el jardín de nuestra casa.

De nuevo el hombre guardó silencio. Miró para la colina de la Alhambra y pensó en la mujer pobre que con frecuencia veía cerca de las aguas del río. Y mientras se concentraba en este silencio, meditaba, a su manera y desde la necesidad que cada día vivía, lo que le había propuesto la hermana. Ésta, como no recibía ninguna respuesta, otra vez habló preguntando:
- ¿Qué opinas de lo que te he dicho? ¿Aceptas o no venirte a nuestra casa a cuidar de las plantas del jardín? Tengo el encargo de los demás miembros de la familia, de buscar hoy a otra persona, en caso de que tú no quieras este trabajo.
Y el pobre respondió:
- Todo ahora en mi vida es muy malo. Pienso que, por extraña que sea mi presencia en la casa y por desagradable sea el comportamiento de vosotros para conmigo, algo puedo salir ganado si acepto el trabajo que me dices. Pero ¿qué voy a recibir yo a cambio de cuidar el jardín?
- Los demás hermanos hemos pensado en darte algo de comida y, en el hueco de la escalera del jardín, puedes refugiarte para dormir. Al menos, si llueve, no te mojarás y por las noches, menos frío pasarás que en esta desierta calle.

Y no se habló más. En aquel mismo momento el pobre se fue con la hermana, caminaron por la calle, llegaron a la casa, abrieron y entraron y al verlo los otros miembros de la familia, sin más le dijeron:
- No te creas que vienes a esta casa a vivir como un señorito. Aquí tienes las herramientas y el jardín que conoces. Ponte a trabajar ahora mismo y que todas estas plantas se llenen de vida y de flores en unos días.
Nada dijo el pobre. Cogió las herramientas que había en el hueco de la escalera y se puso a labrar las plantas. Primero recogió todas las hojas secas que había por los pasillos, luego podó las matas de cilindras del pasillo de los naranjos, después segó los juntos de la fuente de los peces y los rosales del arriate de la cueva. Fue amontonando todas las ramas, hojas y tallos que cortaba en el rodal de tierra que servía de huertecillo con la intención de hacer luego una lumbre y quemar toda la broza. Y cuando llegó la noche, la hermana, la que había ido a buscarlo al lugar donde en la calle pedía todos los días, salió al jardín con un cuenco de barro. Dentro había puesto algo de comida y como todavía estaba un poco caliente, se la ofreció al hermano desgraciado diciendo:

- Esto es la primera recompensa por tu trabajo de hoy en el jardín. Toma y come que yo mientras tanto voy a traerte un par de sacos llenos de paja y los dejo junto al hueco de la escalera, donde podrás hacer tu cama y dormir esta noche.
Cogió el pobre el cuenco de barro, el trozo de pan que también la hermana le había traído y en la escalera que iba para la fuente de los peces, se sentó y se puso a comer. Mientras lo hacía vio como la hermana dejaba un par de sacos llenos de paja junto al hueco de la escalera. Ahí mismo dejó también una manta vieja y él, en cuanto terminó de comerse lo que le habían dado, se acurrucó a la manta, entre la paja y se dispuso a pasar la noche.

A primera hora, hizo mucho frío. Luego comenzó a llover y sin parar estuvo hasta que amaneció. Sintió él que lo llamaban en cuanto el día se alzó un poco más y, al abrir sus ojos, vio a la hermana que le decía:
- Ya es hora de que te pongas a trabajar. Esta noche misma que llega, será Navidad y queremos que nuestro jardín esté limpio y bien cuidado.
Salió del hueco de la escalera, cogió una naranja del árbol que tenía cerca, la peló y se la comió y se puso a trabajar en el jardín. Sin parar estuvo hasta el mediodía, cuando de nuevo la hermana le llevó algo de comida y le dijo:
- Dentro de un rato, vamos a salir para hacer algunas compras y visitar a los amigos. Queremos que adornes este árbol pequeño porque nos servirá para ambientar la fiesta de la Navidad. Así que esta tarde, te dejamos solo en la casa y en el jardín pero cuando volvamos queremos verlo todo perfectamente decorado y bien organizado.

No dijo nada él y sí, en cuanto terminó de comer lo poco que le habían dado, continuó con el trabajo. Y a media tarde, cuando calculó que los habitantes de la casa habían salido para visitar a los amigos y comprar cosas, salió él también a la puerta, caminó por la calle, fue a donde sabía estaba su amiga la pobre y le dijo:
- Ven rápida que quiero que veas el jardín donde ahora vivo y trabajo.
Le siguió la mujer pobre y en unos minutos entraron a la casa, pasaron al jardín y el hombre pobre se puso a enseñarle las plantas, los naranjos llenos de frutas maduras, las fuentes, el hueco de las escalera y el árbol que estaba decorando para la noche que llegaba.

Dijo ella:
- Todo es precioso y hasta siento envidia de la suerte que estás teniendo. ¿Puedo quedarme esta noche aquí contigo?
- Esta no es mi casa, aunque lo sea. Quiero que te quedes porque esta será una noche muy especial y me gustaría que estuvieras junto a mí. Pero ¿Y si te descubren y me castigan a mí?

Y no había él terminado de pronunciar estas palabras cuando sintió que se abría la puerta de la casa. Rápido el hombre pobre pidió a la mujer que se escondiera en el hueco de la escalera. Pero tuvo la mala suerte que antes de ocultarse, la vieron. Enseguida apareció la hermana, muy enfadada y gritando:
- En cuanto te hemos dejado solo te aprovechas de todo esto.
Asustado el hombre pobre dijo:
- No es lo que piensas. Espera que te explique y verás como lo entiendes.
- Ninguna explicación tienes que darme. Sal ahora mismo de este jardín y no vuelvas más por aquí.
Y la mujer pobre también quiso dar una explicación pero la hermana se le adelantó diciendo:
- En cuanto a ti, ya te conocemos. ¿Cómo te has atrevido a venir a mi casa?
Guardó silencio la mujer y también el hombre pobre mientras la hermana seguía gritando:
- Fuera ahora mismo los dos de este recinto y que nunca más os volvamos a ver por aquí.

Caminó el hombre pobre hacia el hueco de la escalera, se metió en ella, cogió la manta que la hermana le había dado, se envolvió en ella, le dio su mano a la mujer pobre, salieron de la casa y por la calle caminaron hacia la orilla del río Darro. La noche ya lo cubría todo y por eso se veían muchas luces en las calles y en las casas. También brillaban luces en las torres y murallas de la Alhambra y se oía música de Navidad. En silencio los dos caminaron hasta la orilla del río, por donde hoy se encuentra el Paseo de los Tristes. Junto al río, se refugiaron en unas piedras gordas, encendieron un pequeño fuego y se acurrucaron en la vieja manta.

Avanzó la noche y aunque el cielo estaba por completo cubierto de nubes, no llovió. Pero sí el frío se hacía por momentos más intenso. Se puso a nevar a partir de media noche, las luces de

las casas se fueron apagando y la música de las canciones de Navidad, seguía mezclándose con el rumor de la corriente del río y el gran silencio de la noche. Se acurrucaron ellos un poco más en la manta y para animarse un poco ella dijo:
- Tú no te preocupes. Sé que un día tendremos una casa propia y en ella sembraremos un jardín aun más bonito que el que hasta hace unas horas tenías.
- Es lo que más me gustaría en este mundo para ti. Así que tú tampoco te preocupes. Nos tenemos el uno al otro y eso, en esta noche de Navidad, es lo más valioso.

Siguió nevando sin parar a lo largo de toda la noche. Al amanecer, las primeras personas que aparecieron por el Paseo de los Tristes, los vieron junto al río. Cerca de las piedras estaban los dos acurrucados y envueltos en la manta, abrazados y mirando para la Alhambra. La lumbre se había apagado y la nieve era tanta que hasta formaba un pequeño montón junto a ellos. Las aguas del río estaban heladas y de las ramas de las plantas, colgaban los carámbanos. Y los que los vieron, al acercarse a ellos, comprobaban que estaban por completo congelados. Con sus sonrisas en los labios, mirando para la colina de la Alhambra y como esperando a que alguien les ayudara. Los que se acercaban, unos a otros se decían:
- ¡Vaya noche de Navidad que han tenido los pobres!
Y los que se acercaban un poco más, también comentaban:
- Quizá haya sido para ellos, la más hermosa noche de Navidad que hubo nunca en este suelo.

Lucía, la niña

El día once de noviembre, amaneció sin una nube en el cielo. Por completo azul aunque muy frío y el viento, como agazapado tras el silencio y la tamizada luz de la mañana. Desde su cama, despierto y envuelto en las sábanas para seguir gozando el calorcito, miró por la ventana. En el acebo, el mirlo anunciaba asustarse gritando y revoloteando de acá para allá pero él sabía que era un juego. Porque en el acebo, ya los frutos se veían muy maduros y por eso, teñidos de rojo. La recordó y cayó en la cuenta que hacía ya casi un año que nada sabía de ella.

Y la conoció una tarde de verano por pura casualidad. Bajaba él, como tantos otros días y desde hacía varios años, por la calle hacia el paseo de la Carrera del Darro. Y al llegar a donde en la pequeña cochera se encuentra el establecimiento, la vio jugando en la puerta. Sola, yendo y viniendo de un lado a otro, atrapando fantasías con sus manos y brazos y tarareando una melodía inconcreta. Le llamó la atención enseguida su menudo cuerpo, sus ojitos rasgados y como cerrados, su pequeña mata de pelo negro y lacio, la nariz hundida y la delicada y algo amarilla piel de su cara redonda y dulce. Se dijo: “Es graciosa como una muñeca y tan delicada como una princesa. Y al ser tan pequeña y moverse con tanta agilidad, todavía parece más primorosa. Me gustaría saludarla, preguntarle cómo se llama, ver más de cerca su sonrisa y hasta compartir cosas y jugar con ella”. Pasó rozándola, la miró durante unos segundos y siguió su paseo advirtiendo que ella ni siquiera se había dado cuenta de su presencia y menos se había dado cuenta lo que en su corazón había rumiado.

A la tarde siguiente y a la otra y así a lo largo del verano, siempre que recorría la calle, al acercarse al local de la tienda china, pensaba en ella. Como ilusionado solo verla por el encanto que desprendía. La calla, toda estaba empedrada, con algo de asfalto en el centro por donde pasaban los coches y con la acera enlosada. Ni siquiera una planta verde o con flores para que ella jugara o se confundiera un poco con algo de naturaleza. Por eso, una de aquellas tardes, cruzó el Puente del Rey Chico, atravesó los aparcamientos de la Alhambra y por las laderas del Cerro del Sol, buscó algunas margaritas blancas y amarillas. Hizo un pequeño ramo, volvió a bajar por entre el bosque de la Alhambra, atravesó toda la ciudad de Granada y subió por la calle pensando en ella. Se decía: “Le regalaré estas flores y le preguntaré cómo se llama. Solo esto me hará feliz pensando que de alguna manera, pueden gustarle estas flores”.

Y al llegar a la altura de la pequeña cochera del establecimiento, como otras veces, la vio jugando en la puerta. Pero justo al acercarse, entró a la tienda y entonces él, al pasar por la misma puerta, también entró con el pequeño ramo de flores en la mano. Detrás del mostrador, encontró la figura de una joven, también con los ojos rasgados y el pelo lacio y negro. La saludó y le preguntó:
- ¿Esta pequeña es tu niña?

Y la joven respondió:
- Sí y ya tiene cinco años.
- ¿Cómo se llama?
- Lucía es su nombre. Puro español porque aunque es como yo y su padre, de raza china, ha nacido en Granada y aquí vive.
- ¿Puedo regalarle este ramo de flores que he cogido por los territorios de la Alhambra?
- Dáselo si quieres.

La pequeña lo miraba a solo unos pasos de él. Le ofreció el ramo de flores, ella lo cogió y enseguida se lo mostró a la madre, le dio las gracias y al instante salió a la calle para enseñárselo a las amigas que esta tarde le daban compañía. Y se extrañó, al oírla hablar, lo bien que pronunciaba el español. Despidió a la madre, siguió subiendo y aquella tarde y por la noche, se sintió feliz por el regalo que le había hecho y por haberla visto de frente y sonriendo. A la tarde siguiente no la vio pero sí unos días después y luego a lo largo de todo el verano. Cuando el otoño llegaba, una tarde también cogió unas granadas del bosque en la umbría del Generalife y al pasar por donde el local de la cochera, de nuevo saludó a la madre y al ofrecerle las granadas en un pequeño ramillete de tres, le dijo:
- Para que las cuelgue en la cabecera de su cama y así le sirvan como adorno y decoración.

Sentada por detrás del mostrador, la niña lo miró, sonrió y le dio las gracias. Él le dijo que no las merecía y en su corazón y para sí susurró: “Si el que es verdaderamente feliz en esta escena, soy yo. Solo verte por aquí jugando de vez en cuando y solo poderte ofrecer estos sencillos regalos, ya se me queda por completo lleno el corazón”. Pero su corazón se llenó de tristeza unos días después. Al pasar por la puerta del establecimiento, seguía mirando una tarde y otra y, en una ocasión, ya no la vio. Tampoco al día siguiente ni al otro ni a lo largo de todo el otoño ni en los meses de invierno ni en primavera ni en verano.

Hoy, once de noviembre, hace ya un año que la vio por última vez. Sigue pasando por la puerta de la cochera donde jugaba y, a la madre y al padre, sí los ve algunas veces pero a Lucía, no. “¿Qué le puede haber pasado?” Se pregunta en silencio y, a veces, se siente tentado preguntarles a los padres. Pero no se atreve por algo íntimo que lo retiene. Y esta mañana, mientras se acurruca en las sábanas

de su cama y se deleita en el hermoso día otoñal repleto de olor a musgo, la recuerda triste y no sabe por qué. La siente como si fuera un trocito de su alma y solo sabe que se llama Lucía.

La calle del poeta

En Granada, por donde el río Darro, por el barrio del Albaicín y por donde la Alhambra, no solo es importante lo que se puede ver con los ojos de la cara. Detrás de lo que a simple vista se observa, escondido en el silencio y tras las cortinas del tiempo, existen y palpitan, misterios, sueños, ilusiones, amores… Los latidos de un alma que trasciende al tiempo y es mucho más grande y bello que todo cuanto pueda verse con los ojos de la cara.

Y un trocito de este universo y la luz que aun todavía irradia, yo he tenido la suerte de conocer. Por donde el río Darro, a los pies de la colina de la Alhambra y justo donde se derraman las casas del Albaicín. Por esa ancha ladera que se enfrentan a la Alhambra, siempre mirando al sol de la mañana y a las altas cumbres de Sierra Nevada. Por esta ladera, hoy toda alfombrada de casas blancas y surcada por estrechas calles, en otros tiempos hubo un pequeño jardín. Al final de una larga y también muy estrecha calle que remontaba desde las mismas aguas del río Darro, casi hasta lo más alto. Hasta un poco antes de donde hoy se encuentra el Mirador de San Nicolás.

En este punto mismo, ya casi al nivel de la Alhambra sobre la colina de enfrente, era donde él cultivó su pequeño jardín. No al estilo clásico sino como en forma de refugio, muy abierto por completo al sol de la mañana, a la hermosa figura de la Alhambra y a las nieves de Sierra Nevada. Porque esto era lo que más le gustaba a él: venirse a este jardín chiquitito, situarse frente a la Alhambra y ponerse a mirar sin prisas para las torres de los palacios. Pero antes de esto y cada día, él subía la empinada calle, siempre muy despacio y siempre mirando a un lado y otro. Y en cuanto encontraba algo que le parecía que ensuciaba la calle, lo recogía y les decía a los que por la calle pasaban:
- ¿Qué trabajo os cuesta mantener limpia esta calle?
Y algunas personas le contestaban:

- Como si esta calle fuera toda tuya y de merengue.
- Es mía, desde luego pero también vuestra. Y porque la considero importante y bella, es por lo que tanto os repito que la cuidéis, conservándola siempre limpia y ordenada.
- Pero esta calle, lo mismo que las demás del barrio, es para ir por ella y no para cuidarla como si fuera de dulce.

Y él callaba, seguía subiendo, recogiendo y ordenando todo lo que por la calle se encontraba y cuando llegaba a lo más alto, se paraba entre las plantas de su jardín. Aquí se sentaba, casi siempre a primera hora de la mañana, se ponía a mirar para la Alhambra, besado por los rayos del sol que le llegaban de frente y se dedicaba a esperarla. No la había visto nunca y por eso ni siquiera sabía cómo era su cara ni el color que tenían sus ojos y su pelo pero la soñaba por los salones de la Alhambra y con esto le bastaba. A veces, mientras miraba en silencio y se deleitaba en su sueño, escribía para ella algunos versos como estos:

Siempre contigo sueño
cada mañana
y siempre desde este silencio
mi corazón te llama.
Quizás nunca lo sepas
pero a mí me basta
soñarte de esta manera
cada mañana.

Y algunos de estos días, cuando él se recreaba en observar la Alhambra, mientras dejaba pasar el tiempo y esperaba verla asomarse a las ventanas de las torres, los conocidos se acercaban y le preguntaban:
- Tú nunca nos lo has dicho pero nosotros estamos intrigados. ¿Por qué te pasas tanto tiempo sentado en este jardín tuyo mirando sin pestañear a la Alhambra?
Y entonces él les decía:
- Porque es ahí donde vive la princesa de mis sueños.
- ¿Qué princesa?
- Vosotros no la conocéis ni yo tampoco pero me gusta pensar en ella, mientras la sueño desde este pequeño paraíso mío.
- ¿Y esperas que venga algún día por aquí a verte?
- Yo no sé si vendrá pero por si acaso lo hiciera es por lo que cada

día recorro esta calle y quito de ella toda la suciedad y lo que la afea.
- ¿Y esto tiene sentido?
- Tampoco sé si tiene o no sentido pero ¿sabéis lo que os digo?
- ¿Qué nos dices?
- Que puestos así pienso que nada en la vida tiene más sentido que soñar con una princesa. Es lo más satisfactorio y hermoso y lo que da valor a todas las demás cosas de este mundo y en el otro.
Y los conocidos le respondían:
- Puede ser cierto pero nosotros no lo entendemos.

Pasó el tiempo, el poeta de la calle, todos los conocidos y la princesa de sus sueños, murieron. La calle la transformaron muchas veces a lo largo de los años y nadie, absolutamente nadie hoy recuerda los hechos y comportamientos de aquel hombre. Sin embargo, cuando he comentado esta historia con las personas, algunos sí que me han dicho:
- En Granada, en el río Darro y en la Alhambra, no solo es importante lo que se ve con los ojos de la cara. Hay que saber descubrir y gustar el alma y belleza de todos estos sitios y a través del tiempo. Porque esto, quizás solo esto, sea lo verdaderamente valioso y eterno.

El hombre de la mirada mágica

Dos pequeños misterios envolvía su vida: la casa donde vivía y la singular manera de mirar las cosas, a las personas y los paisajes. Y cuando me contaron esto de él, nació en mí el deseo de conocer dónde vivía. Por muchos sitios del barrio del Albaicín, calles, plazas y casas particulares, pregunté y todos me decían:
- Vive solo, en una muy pequeña casa blanca, justo al lado de abajor del Mirador de San Nicolás. Y lo más original de su casa, es la puerta.
- ¿Qué es lo que hay en la puerta de su casa?
- No se puede decir con palabras. Tienes que verlo.

Y desde aquel momento, me puse a buscar su casa por los sitios que las personas me iban diciendo. La encontré una tarde de otoño, ya en los primeros días de diciembre y con mucha nieve sobre las cumbres de Sierra Nevada. Por eso hacía frío, aunque el aire

estaba en calma y en el cielo se acumulaban las nubes. Caminaba en silencio, con mi pensamiento puesto en los mil secretos y misterios que siempre se palpan por las calles del Albaicín y de pronto, al bajar una estrecha callejuela, vi su casa. La pequeña casa blanca, con solo dos ventanas, una muy grande y una puerta de madera en el centro. Me quedé parado frente por completo, miré despacio y lo que más me llamó la atención era lo que ya muchos me habían dicho: el pequeño rellano por delante de su casa. Todo estaba empedrado de una forma bonita y, a un lado y otro de la puerta, cerca de las ventanas y al borde de la calle, vi unas extrañas plantas. Sin hojas, sin flores, en forma de matas con tallos pequeños y ramas muy finas en los extremos. Me pregunté: "¿Qué plantas serán estas y por qué las tiene sembradas casi en la misma puerta y casi cortando el paso?"

Pensé llamar por si estaba saludarlo y preguntarle cosas pero no me animé. Tuve miedo presentarme tan de repente e importunarlo. Por eso, durante un buen rato, frente a su pequeña casa, me quedé parado, mirando e imaginando cómo sería su vivienda por dentro y cómo sería él y por qué tantos lo llamaban "el hombre de la mirada mágica". Ya había preguntado y aunque muchos me decían:

- Mira fijamente las cosas y a las personas, siempre sin pronunciar palabras y todo el que lo observa sabe que ve lo que nunca nadie vemos.
- ¿Pero cómo es eso?
- Tampoco se puede explicar con palabras. Tienes que verlo y observarlo por ti mismo.
- Pues si nadie ha visto nunca lo que él sí ¿cómo se sabe que esto es así?
- Se abe y ahí es donde está el misterio. Por eso no se puede explicar con palabras sino que tienes que descubrirlo tú y, de algún modo, verlo o entenderlo.
- No lo comprendo pero si las cosas son como dices sin duda que algo de misterio sí que hay en todo esto.

Y tres días más tarde, volví otra vez por las calles del Albaicín con la intención de saber algo más de él. Me fui derecho a su casa porque ya sabía dónde estaba. Y al pasar cerca del Mirador de San Nicolás, me llamó la atención lo solitario que esta tarde todo estaba por aquí. Me volví para atrás, subí unos escalones y al encajarme en

lo más alto, muy extasiada y sola, descubrí a una persona sentada en el muro, de espaldas a mí y mirando para la colina de la Alhambra. Me pregunté: “¿Será el joven que por aquí vengo buscando?” Me acerqué despacio, me paré a solo unos metros de él, lo miré y miré para la colina que con tanto interés contemplaba y, armándome de valor, le pregunté:
- ¿Hay algo espacial entre las torres, palacios y murallas de la Alhambra que tú veas y yo no?
Se volvió para atrás, me miró lentamente y luego respondió a mi pregunta diciendo:
- Lo que ves tú yo no lo sé pero lo que yo gusto, sí sé cómo es y el brillo y color que tiene.
- ¿Y qué es lo que observas tú?
- Te voy a responder a lo que me preguntas porque sé que tienes gran interés en algo que me satisface mucho pero antes, respóndeme tú a lo mismo que me has preguntado.

Y sin titubear le dije:
- Pues yo, sobre la hermosa colina donde se asienta la Alhambra, ahora mismo veo lo que muchos a lo largo de cientos de años: torres doradas, murallas recias, hermosos palacios, jardines floridos, cielos azules y al fondo, siempre las blancas nieves de Sierra Nevada.
- ¿Y nada más?
- Ahora te toca responder a ti.
Y muy quedamente y como si procediera a revelarme la más grande de las verdades, me dijo:
- Yo hoy, ayer y desde hace años, miro y veo la Alhambra no solo alzada sobre su colina sino reflejada como en un espejo, en el azul del cielo. Y no solo una imagen sino muchas que se repiten y se alejan hacia el infinito cada vez más pequeñas pero con la misma o más belleza.
Guardé silencio, miré con mucho interés y al no descubrir lo que él me decía, le pregunté:
- ¿Y a qué se debe que yo no pueda ver lo que tú sí?
- Quizá se debe a que tú, como casi todas las personas que vienen y viven por aquí, solo sabéis mirar pero no habéis aprendido a ver. Y Granada, la Alhambra y Sierra Nevada, donde realmente concentra su excepcional belleza, es en su alma. Por eso no es suficiente solo con mirar. Hay que aprender a ver para llegar a gustar su más fina esencia.

Medité durante unos segundos, lo observé despacio, observé la figura de la Alhambra y luego le volví a preguntar:
- ¿Y tú podrías enseñarme este misterio?
- Puedo hacerlo si realmente lo deseas.
- ¿Cuándo?
- Vuelve por aquí dentro de tres tardes.
- ¿Y también vas a descubrirme el secreto de las originales plantas que crecen en la puerta de tu casa?
- Te lo voy a descubrir porque es interesante y bueno, muy bueno para ti.

Desde las cuevas del Albaicín

Las lluvias del otoño
de nuevo llegan,
hace frío un poco,
duele la tierra,
estoy solo
y tu ausencia,
mudo vacío hondo
en la espera.

En la parte alta del barrio del Albaicín, ladera por debajo de la Ermita de San Miguel, siempre hubo cuevas. Desde tiempos muy lejanos, a lo largo de toda la época de la Alhambra, cuando ya Granada fue conquistada por los Reyes Católicos y a lo largo de todo ese tiempo hasta nuestros días. Porque aun hoy en día, sigue habiendo muchas cuevas en estas laderas, en los barrancos que hay al otro lado de la muralla, por donde Valparaíso y Abadía del Sacromonte y por las umbrías del Generalife y la Alhambra. Pero donde más cuevas hay, casi todas muy humildes y sin luz ni agua aunque con mucho sol y hermosísima vista hacia la Alhambra, es en la ladera de San Miguel Alto y en los barrancos conocidos con el nombre de Sacromonte.

Cada puerta de cada cueva, es como un pequeño balcón hacia el valle del río Darro, laderas y colina del Generalife y Alhambra, todo el barrio del Albaicín y la extensa ciudad y Vega de Granada. Un lugar único para disfrutar de los atardeceres y de la luz y calor del sol desde primeras horas de las mañanas hasta que se oculta tras las lejanas montañas. En tiempos pasados, muchas de las personas que vivían en estas cuevas, eran pobres. De raza gitana, la gran mayoría y los que no, personas por completo marginadas. Hoy en día la mayoría de las personas que viven en estas cuevas, ya no

son de raza gitana. Muchos son jóvenes venidos de otras partes del mundo. Algunos con algo de dinero, otros muy pobres aunque con grandes sueños pero al margen del resto del mundo.

En aquellos tiempos y ahora, muchas historias ocurrieron y siguen sucediendo en las cuevas de los sitios que he mencionado. Importantes algunas y otras, muy parecidas a las historias de millones y millones de humanos. Oí, no hace mucho, un relato de estos que, por su especial belleza y singular características, voy a contar a continuación.

Ella se fue y él se quedó triste. Con un gran vacío en su corazón, sin gusto ninguno por las cosas y por la vida y también sin ganas de hablar con las personas. Ni siquiera ganas de comer tenía y hasta se quedó sin fuerzas para seguir trabajando. Por eso, en la pequeña fábrica de cerámica en el Collado de los Almendros, el jefe le dijo un día:
- Lo siento por ti pero con esta apatía tan grande en tu vida aquí no puedes seguir.
Y ninguna razón ni respuesta dio al jefe. Al día siguiente ya no madrugó para ir al trabajo ni tampoco buscó a los amigos para contarles sus cosas y tener algún rato de compañía.

Dos días más tarde, un vecino lo vio sentado en la puerta de su casa, en lo más elevado del barrio del Albaicín y le preguntó:
- Por Navidad ¿volverás a verla?
- Ni por Navidad ni en primavera ni en verano.
- ¿Entonces?
- Se ha marchado para no volver nunca más en la vida.
- ¿Y a ti te duele su ausencia y por eso no puedes olvidarla?
Y no dio ninguna respuesta a esta pregunta. Pero sí unos días más tarde, un grupo de amigos le dijeron:
- Tienes que irte de este barrio.
- ¿Y eso?
- Te has vuelto tan rato, vives tan solo y aislado, tan metido en tu dolor o lo que sea, que nadie quiere verte por aquí ni estar contigo.

Y dos días después, a primera hora de una gris mañana de otoño, se le vio salir de su casa. Cerró la puerta y con un zurrón de cuero a sus espaldas, caminó por la estrecha calle. Una de las

estrechas y empinadas calles que en la parte alta se abría en el Albaicín y que aun hoy en día, existe. Había llovido aquella noche y el barro y los charcos se acumulaban en muchos tramos de la calle. Pisando este barro y esquivado los charcos, subió despacio, recorrió los caminillos de la ladera en la parte de arriba del barrio, buscó una cueva en buenas condiciones y la encontró entre chumberas. Cerca del tramo de muralla que desde lo más elevado del cerro hasta el río Darro y frente por completo a la Alhambra. La exploró, entrón dentro, la limpió, se acurrucó de la mejor manera que pudo y cuando al día siguiente salió el sol, se sentó en la puerta de su cueva. Frente a la Alhambra y con su pensamiento puesto en ella.

No llovió a la noche siguiente ni tampoco hizo frío. Y sí, al día siguiente, brilló con gran fuerza el sol. Iluminó las murallas y torres de la Alhambra y él, al contemplar tan hermoso espectáculo y sentirse solo y hundido en su recuerdo, lloró por ella y quiso morirse. Se dijo: "¿Qué sentido tiene ya para mí la vida y estos lugares y las horas de este día tan bello si no la tengo a ella? Para cualquier sitio que me mueva y a cualquier lugar que vaya, me voy a encontrar vacío y amargo, echándola siempre de menos". Y tres días más tarde, bajó por la ladera, recorrió las sendillas y se acercó a las aguas del río Darro. Buscó un trozo de tierra, lo labro un poco, dejando el terreno un poco llano y luego lo regó con las aguas del río. Se sentó allí mismo y al poco vio que algunos pajarillos aparecían por entre las zarzas y se pusieron a picotear la tierra. Los dejó tranquilos y cuando ya caía la tarde, de nuevo regó la tierra labrada y subió por las sendillas a su cueva.

Volvió por las tierrecillas del río unos días después y antes de llegar advirtió que algo ocurría en el rincón. A cierta distancia se paró, observó despacio y miró muy concentrado. En el rodal de tierra había nacido hierba y sentada en una piedra por el lado de arriba, una niña llamaba a los pajarillos del río. Les regalaba comida y, las avecillas, muchas y todas muy confiadas, la rodeaban comiéndose lo que ella les ofrecía en sus manos y por el suelo. Durante un buen rato, desde la distancia, estuvo mirando. Luego caminó, se acercó despacio y cuando ya estuvo a solo unos metros de la niña, la saludó y le preguntó:

- ¿Son tuyos estos pajarillos?
- Son de las zarzas y árboles de este río.
- Pero compruebo que se vienen a tu lado muy confiados. Como si

fueran tus amigos desde siempre. ¿Cómo lo consigues?
- Simplemente llamándolos y echándolo de comer estas semillas y trozos de pan que para ellos he traído. Vente a mi lado y échale tú también algo verás como se vienen contigo.

Se acercó el joven, procurando no asustar a las avecillas y cuando estuvo al lado de la niña, ésta le preguntó:
- ¿Y son tuyas estas tierrecillas?
- Creo que sí pero no tengo papeles para demostrarlo.
- Es que ¿sabes lo que he pensado?
- No lo sé.
- Si tú quieres, podemos seguir cultivando estas tierras, yo vengo por aquí cada día, te ayudo en lo que pueda, le sigo trayendo de comer a estos pajarillos y así hacemos cosas importantes y, mientras nos distraemos, también sacamos productos de estas tierras.
Y fue el joven a dar una respuesta a lo que ella le proponía cuando la figura de un hombre les llamó la atención. Se acercaba por la sendilla que venía desde el barrio, cruzó el río y al llegar a ellos, se paró y les preguntó:
- ¿Con qué permiso habéis sembrado estas tierras y le echáis de comer a los pajarillos?
Sin tardar y sin miedo la niña respondió:
- Solo nos hemos parado aquí un momento y, al ver a las avecillas, las hemos llamado y ellas han venido.
- Pues ya os estáis marchando.

Y sin más palabras, unos minutos después, la niña se alejaba del río hacia las blancas casas del barrio y él subía por la ladera a su cueva. En la misma puerta, frente a la Alhambra y mientras se ponía el sol, aquella tarde escribió los siguientes versos: Las lluvias del otoño de nuevo llegan, hace frío un poco, duele la tierra, estoy solo y tu ausencia, mudo vacío hondo en la espera.

Tres días después, volvió por donde las tierrecillas junto al río, con la ilusión de encontrarse con la pequeña de los pajarillos y la hierba brotada en la tierra. Pero antes de llegar al rincón, descubrió que una alta y densa valla de alambre, cortaba la senda impidiendo acercarse a las aguas y a las tierras de las avecillas. Mirando en la dirección en que se iban las aguas del río, con las casas blancas del Albaicín a su derecha y la grandiosa figura de la Alhambra a su izquierda y sobre la colina, como en forma de oración susurró para

sí: “Todo por estos lugares y el Universo entero es una obra de arte y maravilla perfecta. Y dentro de esta creación, la obra más perfecta, somos las personas. Cada uno en sí y todos los humanos en general, somos la máxima perfección del Universo. Por eso no tiene sentido ni lo entiendo que no seamos capaces de vivir la vida y recorrer los caminos, en armonía y ayudándonos unos a los otros. Al irte y dejar todo por aquí ignorado y a mí en su centro, quizás sin saberlo, has levantado murallas en el camino que hacia lo hermoso y perfecto, recorremos. Y hoy también descubro aquí, junto a las aguas de este río y donde he venido buscando algo de libertad y serenidad para mi alma, esta valla acotando el terreno. Creo que no ha sido acertado tu proceder ni tampoco lo que por aquí han hecho. Y por eso no lo entiendo”.

Regresó otra vez a su cueva. Hizo frío aquella tarde y llovió mucho durante toda la noche. Nadie lo vio ni al día siguiente ni al otro ni cinco días después. Pasado siete días, como nadie sabía nada de él, unos amigos vinieron a su cueva a buscarlo. Lo llamaron y como no contestaba, entraron a la cueva, lo vieron en un rincón acurrucado, de nuevo lo llamaron y al comprobar que ni respondía ni se movía, tocaron sus manos y cara. Todo su cuerpo estaba por completo frío y su corazón parado y sin vida.

Los dos monederos

Los reyes de la Alhambra y también los generales y nobles, muchas veces le habían ofrecido una casa cerca de los palacios. Le decían:

- Para que vivas no lejos de nosotros al fin de que nuestros hijos puedan aprender de ti todo lo que sabes. Nos interesan muchos tus conocimientos de filosofía y música y nos agrada que enseñes con orgullo estas disciplinas.

Pero él siempre les respondía:

- Yo quiero tener una vivienda en un lugar abierto, cerca de las aguas del río Genil, con amplias vistas a Sierra Nevada, a las tierras llanas por donde se aleja el río y frente a la salida del sol cada mañana. Para mí no hay fortuna más grande que ser libre y estar rodeado del rumor de las aguas, del aire con olor a romero y de árboles que se

mecen al viento.
- Pues como quieras. Pero tus conocimientos y persona queremos que lo pongas al servicio de nuestros hijos.
Le decían los reyes, generales y nobles.

Por estas circunstancias el hombre se hizo una bonita casa cerca de las aguas del río Genil. A la derecha de lo que es hoy el Barranco del Abogado y no lejos de lo que fueron las Huertas Reales de la Alhambra. Aprovechando una pequeña acequia que por ahí mismo conducía el agua. Y, todas las tierras cercanas, las sembró de árboles, jardines, trazó pequeñas huertas y diseñó praderas. Le dijo a los reyes y nobles de la Alhambra:
- Vuestros hijos pueden venir a mi morada cuando quieran que yo les enseñaré la filosofía que necesiten y la música necesaria para la vida.
- Sobre todo, la música. Nos interesa mucho que nuestros hijos aprendan la música que tú, a tantos enseñas. Y sí que estamos contentos porque creemos que es una manera muy hermosa de transmitir a nuestros hijos tus conocimientos. La filosofía y la música por ningún sitio encontrarán nunca mejor escenario y compañía para ser difundida que la libertad y belleza de los paisajes que se ven y rodean tu casa.

Y a partir de aquel momento, cada mañana y tarde, en los días de primavera, verano y otoño, los príncipes y princesas de la Alhambra, acudían al pequeño edén del profesor de la música. Los recibía siempre, los acomodaba entre los jardines, a orillas del río, sobre las alfombras de hierba, se sentaba y allí mismo impartía sus clases. Siempre al aire libre, siempre arropado por el rumor de las aguas y siempre con las mejores vistas de Sierra Nevada, al frente de ellos. Y su hijo, un joven de unos doce años, siempre se mezclaba con los demás alumnos y aprendía de su padre lo que él enseñaba. Por eso se hizo amigo de los demás jóvenes de la Alhambra y por eso compartía con ellos sus ilusiones y juegos. No tenía madre porque, al poco de nacer, la mujer se marchó nadie sabía a dónde y por eso había crecido siempre bajo la tutela y cuidado del padre.

Y ocurrió que un día, el padre impartió sus clases de música junto a las orillas de río, bajo unos árboles y donde la hierba tapizaba espesa y fresca. Asistieron los príncipes y princesas y el hijo del maestro. Y un príncipe, el más rico de todos los príncipes de la Alhambra y gran amigo del hijo, se sentó sobre la hierba, cerca de

unas piedras. Llevaba en su bolsillo dos pequeños monederos de cuero donde guardaba, en uno, varias monedas de oro y, en el otro, joyas y piedras preciosas. Estaba juntando estos tesoros para regalárselos a su princesa y para que nadie se los quitara, los guardaba en los monederos que siempre llevaban consigo. Pero aquel día, al sentarse sobre la hierba, sin que él se diera cuenta, los monederos se la cayeron de los bolsillos. Los vio el hijo del maestro y no dijo nada. Esperó a que terminara la clase y cuando los príncipes se retiraron, el joven se acercó por el lugar, cogió los dos monederos y se los guardó.

Pero tuvo la mala suerte que en ese momento, el príncipe echó de menos sus monederos. Miró para el sitio donde había estado sentado y descubrió que el hijo del maestro recogía los monederos del suelo y se los guardaba en los bolsillos. Enseguida el príncipe se acercó al joven y le dijo:
- Esos monederos son míos, dámelos.
- ¿Qué monederos?
Preguntó indiferente el joven. El príncipe le dijo:
- He visto como los has recogido del suelo y por eso sé que los tienes en tus bolsillos.
Se defendió el joven muy enfadado y la discusión llegó hasta los oídos del padre que, un poco más arriba entre las plantas del jardín, charlaba con otros príncipes. Dejó esta reunión, bajó aprisa por la ladera, se acercó al príncipe que discutía con su hijo y le preguntó:
- ¿Qué os está pasando?
Y el príncipe, muy alterado, explicó al padre lo ocurrido. Al final éste dijo:
- Su hijo, señor, quiere quedarse con los tesoros que no le pertenecen y eso no me gusta.
Se defendió el hijo diciendo:
- Yo no tengo tus monederos y por eso no te permito que me acuses de ladrón.

Se acercó el padre al hijo, lo tomó por el brazo, lo llevó un poco aparte y amablemente le dijo:
- Apropiarse de lo ajeno o robar las cosas a los demás, no es bueno. El que roba podrá sentirse bien pero el que ha sido robado, quedará empobrecido, humillado y con heridas. Y el que roba, pierde su dignidad como persona, se le endurece el corazón y se convierte en carroñero que poco a poco vivirá a costa de quitarles la vida a las

personas. Devuélvele a tu amigo los monederos, pídele perdón y ya verás como te sientes bien y eres libre antes los demás.
Se acercó el hijo al príncipe, sacó de su bolsillo los dos monederos y se los alargó en la mano diciendo:
- Te pido perdón y te ruego que aceptes lo que es tuyo.
Cogió el príncipe sus monederos, disculpó al joven, se reunió con sus amigos y, al llagar a los palacios de la Alhambra, contó a sus padres lo sucedido.

Los reyes, al día siguiente, llamaron al padre y le dijeron:
- Además de filósofo muy sabio y músico excelente, eres un hombre bueno y un gran padre. Y tu hijo, noble y cabal como tú. Estamos contentos de que eduques a nuestros hijos y por eso, a partir de ahora, todo lo que necesites, tanto para ti como para tu hijo, pídenoslo que te lo concederemos.
Agradeció el padre la generosidad y bondad de los reyes y luego, ya a solas en su edén junto al río, habló con su hijo y le dijo:
- ¿Ves, hijo mío? Ni con todas las riquezas del mundo podríamos comprar nosotros la dicha y felicidad que hoy el rey nos ha regalado con sus palabras. Porque nada se puede comparar al gozo de sentirnos limpios por dentro y nobles y justos antes los demás.

El palacio del sol, gemelo de la Alhambra

I - Cada tarde y casi a la misma hora, se le veía. Siempre solo y siempre con el zurrón en forma de alforja o saco, a sus espaldas. Y caminaba lento subiendo primero por la pequeña laderilla, luego por el mismo filo de una loma en forma de almohada y después, bajando para el barranco del lado del sol de la mañana. Por aquí, entre los árboles y algunas rocas, siempre se perdía y, al rato, se le volvía a ver por la senda un poco más arriba. Seguía con su alforjas acuestas hasta que de nuevo se perdía por el barranco de la izquierda, por donde el sol de la tarde y la colina de la Alhambra.

Y los que lo veían, los que ya lo conocían de tantas veces verlo un día y otro, aunque nunca lo habían saludado directamente, siempre se preguntaban:
- ¿Quién será y qué será lo que cada tarde y cada día trae por aquí en su saco?

- Nadie, ni en el barrio del Albaicín ni en toda Granada, lo sabemos.
- Pero ¿a que parece que viene por aquí con su saco lleno de cosas y las esconde en algún rincón oculto y secreto?
- Parece eso pero ¿qué será lo que esconde y en qué sitio de este cerro?
- Tampoco nadie lo sabe y por eso, nada más ver su figura, intriga y desprende tanto misterio.
- Un día de estos, vamos a esperarlo por la senda esa del barranco, lo paramos y le preguntamos. Así salimos de dudas y aclaramos los secretos.

La loma, el cerro, el barranco y la laderilla por donde cada tarde se le veía, era por donde se encuentra la zona montañosa del Cerro del Sol. Un poco a la derecha, lado de Sierra Nevada y por eso frente por completo al sol de la mañana. A la izquierda, según él iba caminando por la senda, siguiendo la cuerda de la loma, se veía la recia figura de un palacio. Dar al-Arusa era su nombre y a la izquierda pero a los pies de la loma, se abría el barranco lleno de cuevas, un camino, árboles y jardines y la gran acequia que llevaba agua a los jardines y palacio de los Alixares. Por el lado de la puesta del sol, quedaban los jardines que se extendían hacia la muralla que protege a todo el conjunto de la Alhambra. Y para el lado norte, se abría la ancha umbría del Generalife y el hondo valle del río Darro. Por todo esto, el fantástico escenario que él cada tarde recorría lo enmarcaba e incluía en un mundo realmente bello y misterioso.

Y una tarde de otoño, después de varios días de lluvia, lo vieron aparecer por la sendilla de siempre. De las altas sierras bajaba aquella tarde un rebaño de ovejas en busca de las tierras del valle del río Genil. Y al cruzar, este rebaño por la ladera que él recorría, las ovejas casi lo rodearon. Y se vio, en ese momento, que la tierra y muchas piedras, caían rodando ladera abajo movida por las patas de los animales. Salió el sol por entre las nubes que se abrieron en el cielo y un haz de rayos muy luminosos y color fuego, incidió con fuerza en una zona de la ladera. Se vio como si la tierra que rodaba, dejara a al descubierto una estrecha puerta. Salió un intenso brillo de esta puerta y el hombre del saco, caminó un poco más. Se situó por el lado de arriba, no muy lejos de las paredes del gran palacio en lo más elevado del cerro y aquí se paró. Miró de frente al sol que al fondo y muy lejos se ponía, descolgó su saco de las espaldas, lo puso en el suelo, lo abrió frente al haz de rayos

luminosos, hizo una señal y, como por arte de magia, todos los rayos luminosos se metieron dentro del saco. Formando antes como una bola dorada, semejante a un sol pequeño. Cerró luego el saco, cargó con él, todo ahora convertido como en un gran trozo de sol, caminó un poco y por la pequeña puerta que las patas de las ovejas habían dejado al descubierto, entró. Se perdió al instante y también al instante desaparecieron los rayos luminosos y los colores de la puesta del sol.

Los que lo estaban observando con la intención de averiguar quién era y qué era lo que por aquí cada tarde hacía, se miraron entre sí y dijeron:
- Parece como si hubiera metido en su saco toda la luz de la puesta del sol y se la hubiera llevado con él.
- ¿Pero a dónde se la ha llevado?
- Subamos aprisa y averigüemos a dónde lleva la puerta por donde lo hemos visto desaparecer.
Corrieron ladera arriba. Ya el rebaño de ovejas había dejado la ladera y se desparramaba por la parte llana hacia Granada. Por eso ellos avanzaron rápido en busca del punto luminoso casi en lo alto de la loma. Pero cuando llegaron al lugar nada vieron. Solo unas veredillas con la tierra suelta por el paso de las ovejas y al fondo y muy lejos, la ancha Vega de Granada por donde el sol se ponía.

Confundidos se miraron entre sí y comentaron:
- ¡Qué extraño es todo esto! Se ha llevado la luz del sol con él y se ha perdido en las entrañas de este cerro.
- ¿No será que todo este cerro está hueco y en sus entrañas se encuentra un palacio más grande y bello que la Alhambra?
- Es lo que yo estoy pensando. Y la única manera de saberlo es ponerse y averiguarlo.

II - Cuando a mí me contaron esta historia, cierto que me quedé intrigado. Pregunté:
- ¿Y se sabe si aquellos hombres descubrieron lo que se habían propuesto?
- Nadie sabe si lo descubrieron o no. Pero sí es cierto que muchos, muchos años después, en las montañas del Cerro del Sol, hicieron excavaciones. Como en muchos otros sitios en la colina de la Alhambra y alrededores.
- ¿Y han encontrado algo relacionado con el Palacio del Sol?

- Que se sepa, hasta hoy, nadie ha encontrado nada. Sí desapareció el gran palacio de Dar Al-arusa, los jardines que lo rodeaban, las murallas y torres y las acequias. Y todos esos paisajes, hoy están sembrados de pinos, olivos y bosques por la larga umbría del Generalife. Puedes verlo, con solo darte una vuelta por ahí y recorrer las sendas.

Y claro que me di y sigo dando no una vuelta por esos sitios sino muchas y siempre por las tardes. Procurando encontrarme con las mejores puestas de sol y con el deseo de hallar alguna señal o indicio del hombre del saco. He recorrido despacio todo por donde la Silla del Moro, por donde los cimientos del palacio Dar Al-arusa, los llanos de los olivos, por donde las albercas y acequias y también el barranco de las cuevas y los sitios por donde iban y venían los rebaños de ovejas. También he hablado con muchos y he leído libros y documentos. Y por ningún lado, hasta hoy, nada he encontrado que haga referencia al hombre del saco y al Palacio del Sol.

Sin embargo, quizás de tanto pensar en esto y tanto y tanto buscarlo por un lado y otro, bastantes veces lo he soñado. Y entre esos sueños míos, siempre hermosos y por completo llenos de luz y dulcemente bellos, voy a escoger ahora uno que tuve no hace mucho tiempo. Fue una serena noche de otoño, después de dos o tres días de lluvia y ya con la hierbecilla brotada por los campos. Hacía frío porque en las cumbres de Sierra Nevada ya las nieves habían caído y por eso me acurruqué en las mantas. Y al poco de quedarme dormido, con mis pensamientos puestos en cerro y Palacio del Sol, vi un maravilloso paisaje. Por donde el Cerro del Sol pero en las entrañas de los montes. Y el paisaje era extenso, muy extenso, todo lleno de grandes rocas blancas y tupidos bosques. Iluminado intensamente desde el lado del sol de la mañana y surcado por cientos de arroyos y ríos de agua muy clara. Me sentí a mi mismo caminando por este paisaje, como guiado por alguien muy sabio y poderoso, bueno como el mejor y bello como una fantasía mágica. Y me fue llevando de arroyo en arroyo, por las mil cascadas, los charcos remansados y las transparencias del agua. Y cuando nos parábamos frente a los charcos azules profundos, en todo momento le preguntaba:
- ¿Hay otro charco o río más bello que éste?
Siempre me respondía:
- Camina un poco y mira despacio verás como encuentras otro

charco o río aun mucho más bello.
Le hacía caso y al instante quedaba convencido. Porque el manantial que antes mí aparecía triplicaba en belleza al último que había visto. Por eso le volvía a preguntar:
- Pero esta belleza, luz y transparencia, en algún punto debe tener límite.
- No lo tiene. Todo cuanto por aquí vayas descubriendo, siempre es más, millones de veces más que lo último que acabas de ver.
- No lo entiendo.
- Y es natural. Todo lo que por aquí existe pertenece al mundo de las sensaciones, de los sueños, de los sentimientos. Nada puede ser explicado con la razón.

Y siguió llevándome como de la mano hacia el lado del sol de la mañana hasta situarnos por completo frente a una gigantesca cascada. Pregunté:
- ¿De dónde viene y a dónde va toda esta agua?
- No viene ni va. Siempre está aquí presente para dar la vida y decorar a los paisajes que a un lado y otro tenemos.
- ¿Pero ningún río de estos riega con sus aguas a ningún palacio?
- Sí y no.
- ¿Y eso?
- Ven por aquí y lo ves.
De nuevo me dejo guiar y, como si camináramos sobre el viento, rodeamos la gran cascada, siempre dirección a Sierra Nevada. Nos paramos por el lado de arriba y al instante vi al frente un enorme edificio de belleza fantástica. De piedra todo y en mármol de mil colores. Y en la puerta, sobre unas anchas escalinatas, vi a una mujer sentada y a su lado, una bellísima niña. Pregunto:
- ¿Qué palacio es éste y quien es ella?
- Es parte del Palacio del Sol y ella es la reina con su hija la princesa.
- ¿Cómo que parte del Palacio del Sol?
- Tienes que verlo para entenderlo. Ven por aquí y te lo enseño.

Me condujo por el lado de arriba, siempre dirección al sol de la mañana y al coronar una loma, vi las ruinas y, entre ellas, algunos hombres excavando. Comenté:
- Es como si lo más grandioso de este palacio alguien o algo lo hubiera roto y esos hombres que veo por aquí, parece como si lo estuvieran reconstruyendo.
- Es así.

- ¿Pero por qué y qué es lo que buscan tan concentrados?
- Buscan las joyas y la historia del pasado pero ni una cosa ni otra, encontrarán.
- ¿Y eso?
- El Palacio del Sol y el mundo donde se alzó y estuvo eternamente, pertenece a la región de los sueños. Es cierto que existe y casi a los pies de la Alhambra pero nunca nadie podrá encontrarlo.
- ¿Por qué no?
- Porque todos lo buscan en forma de materia, semejante a lo que conocen y ven en la Alhambra.
- ¿Y no es así?
- Ni mucho menos.
- Explícame para que entienda.

Y frente a las ruinas de una de las puertas del gran palacio, no muy lejos de la bellísima cascada, a los pies de los mil ríos, con la luz desde el lado de la mañana y el espectáculo de la nieve sobre Sierra Nevada, habló una vez más y me dijo:
- Es cierto que el Palacio del Sol es el gemelo de la Alhambra. Pero aquello son piedras, tierra y murallas de tierra roja y rocas y esto, el fantástico Palacio del Sol, es el alma. Pertenece al mundo de los sueños, sensaciones, sentimientos. Y por eso nunca nadie podrá entenderlo. Solo alguien como tú, puede en algún momento, verlos en sus sueños.

Y justo en este momento me desperté en mi cama. Abrí mis ojos, miré por la ventana y vi que ya salía el sol. Estaba el cielo limpio de nubes y el amanecer era bello, muy bello. Durante unos minutos, medité tal como estaba en acostado y luego me dije: “Será sueño todo lo que acabo de ver y oír pero yo creo que, de alguna forma y en algún lugar, todo esto tiene que existir. Estoy seguro de ello”.

El árbol en la riada del río Darro

Desde el año 1478 a 1983, el río Darro y a su paso por Granada, se ha desbordado 25 veces. Una media de 4,5 veces por siglo. La fecha concreta, a partir de la cual se tienen datos de estos desbordamientos, es el 21 de junio de 1478. En ese mismo día se produjo una fuerte tormenta. Llovió tanto que se desbordaron los tres

ríos de Granada, el Beiro, el Darro y el Genil. Pero por el Darro fue por donde más agua corrió. Su corriente arrastró árboles, se taponaron los puentes y arrasó gran parte del Zacatín y la Alcaicería. Murieron varias personas.

La verdadera belleza, valor y nobleza de los pueblos y personas, está en su alma. En aquello que es por completo invisible a los ojos de la cara y no se puede tocar con las manos porque pertenece a la región del espíritu. Y todas, todas las personas, poseemos esta riqueza y también los pueblos y las naciones. Tal es el caso del pequeño y hermosísimo barrio del Albaicín, en Granada, España. Blanco y singular barrio sobre la colina, en las márgenes del río Darro, hermoso en su exterior y más aun en su alma. Tesoro que muy pocos conocen a pesar de los más de los mil años que tiene ya y a pesar de lo mucho que lo visitan, lo fotografían y lo escriben. Y es, lo repito de nuevo, porque muy pocos somos los que conocemos la verdadera alma del Albaicín. Sin embargo, el hecho que narro a continuación, ocurrió en este rincón de Granada. Y por pertenecer a la región de lo excelso, de lo que no se ve con los ojos porque es alma, para muchos es por completo desconocido. Pero fue cierto y por su gran belleza y valor, lo escribo a continuación.

Solo eran tres de familia: el padre, la madre y el hijo, ya metido en lo mejor de su juventud. Tenían ellos su casa justo en el corazón del Albaicín, cerca de lo que hoy se conoce con el nombre de Mirador de San Nicolás y no eran dueños de nada. Ni tierrecillas ni animales. El padre, solo eventualmente trabajaba en las construcciones de la Alhambra, palacios, murallas, casas, jardines, huertas o paseos. El hijo, más o menos lo mismo, pero en el barrio donde vivían. Muchos conocían a esta familia y como sabían que eran pobres y la madre, especialmente buena para con todos, los respetaban y en lo que podían, les ayudaban. Los vecinos entre sí, con frecuencia se decían:

- ¡Qué buena es la mujer de la casa del cerro!
- Y que lo digas. Siempre callada, ocupada en el cuidado de su hijo y marido, sacrificada como ella sola y agradable y bondadosa.
- Y su hijo, ya todo un hombre, ha salido a la madre, en prudente y respetuoso y al padre, en trabajador y serio. Pocos jóvenes como él hay en este barrio y eso sí que es una pena.
- También desde luego es una pena que esta familia tan buena no haya tenido más suerte en la vida.

- En esto sí que tienes razón. Con lo buenas que son estas personas y que nadie nunca, entre los reyes de la Alhambra y poderosos, les hayan tendido una mano para aliviarlos de su pobreza.

Estas cosas y parecidas, comentaban con frecuencia los vecinos y conocidos porque eran los que cada día veían y les inquietaba. Tanto que cuando le preguntaban a la madre:
- ¿Qué te gustaría que sea tu hijo de mayor?
La mujer siempre respondía:
- A mí solo me toca criarlo y darle lo mejor que en cada momento tengo en mis manos.
- Pero las madres siempre deseamos para los hijos, fortuna, buenos amigos, suerte en sus sueños…
- Y también yo quiero esto pero sin dejar de pisar con los pies puestos en la tierra. Nosotros hemos nacido pobre y no tenemos estudios ni amigos ricos. Por eso, lo que más me gustaría para mi hijo en su vida es que siempre trate a todo el mundo con respeto, que no robe ni engañe a nadie y que ayude, según sus fuerzas, a todo el que lo necesite.
Y los amigos, amantes de la actitud y respeto de la madre, se quedaban admirados. Quizá por esto condición para con ella, su hijo y marido, aquel frío día de otoño, respondieron tan generosamente.

Se acercaba ya el mes de noviembre y las lluvias habían llegado. También los fríos, dejando las primeras nieves sobre las altas cumbres de Sierra Nevad. Pero especialmente las lluvias, caían con fuerza y casi sin parar durante el día y por la noche. Por estas circunstancia ni el padre ni el hijo, tenían trabajo y en la casa solo un poco de harina y frutos secos, había para comer. En las tierras altas del río Darro, ya entre montañas y a la derecha, la viña del hombre rico, todavía tenía sus racimos sin cortar. Y como la cosecha había sido buena, por el intenso calor del verano y la humedad en el ambiente, el hombre estaba ilusionado. Esperaba recoger una buena cosecha de uvas que luego convertiría en vino para deleite de los reyes de la Alhambra. Por eso, aquel frío y lluvioso día de otoño, el hombre rico de la viña, dijo a su mayordomo:
- Ve al barrio y busca una cuadrilla de hombres jóvenes para empezar a vendimiar mañana mismo.
- Pero señor, con esta lluvia ¿cómo vamos a cortar las uvas?
- Esa pregunta también me la hago yo pero si no la cortamos, será todavía peor. Así que hazme caso.

El mayordomo, aquel mismo día bajó a Granada en busca de una cuadrilla de jóvenes para dar comienzo a la vendimia. Y se presentó justo en el centro del barrio, fue a la casa de sus conocidos y los contrató a todos. Luego se acercó a la casa de la familia pobre, preguntó por el hijo y cuando la madre le dijo que estaba sin trabajo, el mayordomo le confirmó:
- Pues que se venga, mañana por la mañana, con el grupo de hombres que he contratado, que no le faltará trabajo en la finca.
- ¿Y qué tiene que llevar?
- Solo un poco de ropa, algo para protegerse de la lluvia y nada más.
- ¿Y la comida?
- En el cortijo le daremos lo que podamos.
- Pues muchas gracias y ahora mismo se lo digo y le preparo las cosas.

Pero cuando la madre le comunicó al hijo la noticia, éste dijo:
- Pero madre ¿qué ropa me voy a llevar si solo tengo lo puesto?
- Lo sé, hijo mío pero tú no te preocupes que ya verás como yo lo arreglo.
- ¿De qué modo vas a arreglarlo?
- Eso es cosa mía. Tú quédate en casa, prepara lo que puedas y sea necesario que ya verás como mañana lo tenemos todo arreglado.
Junto a la pequeña lumbre que ardía en la chimenea de la casa, se quedó el joven sentado. Calentándose en compañía del padre que, mientras también se calentaba, meditaba en silencio. Y la madre, sin miedo al frío ni a la lluvia, salió de la casa, caminó lenta por las calles, llegó a casa de una de las amigas y le contó lo que pasaba. La amiga le dijo:
- Poco tengo yo para darte pero ten esto y a ver si alguien más puede ofrecerte alguna prenda.
Agradeció la madre la generosidad de la amiga y siguió visitando casas. Cuando ya caía la noche, toda empapada y muy cansada, llegó a su casa y enseguida llamó y dijo a su hijo:
- Ya tenemos aquí la ropa necesaria para llevarte mañana.
- ¿De dónde la has sacado?
- Las personas de este barrio son todas muy generosas.

Y aquella noche, llovió sin parar, a ratos torrencialmente, luego paraba para continuar más suave. Varias veces se despertó el joven y al oír la lluvia caer, mientras de nuevo cogía el sueño y pensaba en el encuentro con su trabajo al día siguiente, se

preguntaba: “¿Cómo bajará el río Darro mañana con tanta lluvia como está cayendo? Porque tendremos que cruzarlo para ir al cortijo donde nos ofrecen el trabajo. Y si no hay puentes por esos sitios ¿cómo nos las arreglaremos?” Y la única respuesta que encontraba era confiar en el grupo de personas que irían con él al trabajo de la viña.

En cuanto amaneció, se levantó, preparó las cuatro cosas, despidió a sus padres, salió a la puerta y se fue derecho al punto donde, en el mismo centro del barrio, habían quedado juntarse. Poco a poco y bajo el frío intenso y algo de lluvia menuda, unos y otros fueron llegando. Se saludaron, comentaron la copiosa lluvia que a lo largo de la noche había caído y, liados en sus escasas ropas de abrigo, se animaron y se pusieron en camino. Bajando por la estrecha calle hacia el cauce del río mientras comentaban:
- Pues lo de la vendimia yo creo que ya se ha fastidiado porque con tanta lluvia ¿cuántos racimos de uva quedarán sanos?
- Pero nosotros nos presentamos porque eso es lo que ayer nos dijo el hombre que vino a buscarnos.
- Y también será una pena que ni el dueño de la viña pueda recoger su cosecha ni nosotros podamos echar unos jornales, con la falta que nos hace.

Llegaron al cauce del río, por la senda que orilla arriba remontaba, siguieron avanzando y unas horas después ya se encontraban a la altura de lugar que hoy se conoce con el nombre de Jesús del Valle. Y al llegar a este punto, varios dijeron:
- La crecida del río es grande pero tenemos que cruzarlo para seguir por el camino que va por el otro lado.
- ¿Y por dónde lo cruzamos?
- Vamos a buscar un paso.
Buscaron y, al poco encontraron un punto por donde se encajaba en un estrecho y hondo tajo. Por eso, en este punto, el agua discurría con violencia y por eso, la fuerza de la corriente, hasta este lugar había arrastrado el grueso tronco de un viejo árbol. Atravesado y de un lado otro del río, se había quedado atascado, formando como un pequeño puente, recio en apariencia pero estrecho y muy escurridizo por estar mojado y lleno de barro. Dijeron los más valientes:
- No tenemos más remedio que aprovechar este gran tronco y saltar al otro lado del río.
Y los miedosos preguntaron:

- ¿Y no será peligroso?
- Si pasamos despacio y con todo el cuidado ya veréis como no hay peligro.

El que parecía más valiente de todo el grupo, se animó y despacio y por completo pendiente del tronco y de la corriente, poco a poco cruzó y se encajó en el otro lado del río. Dijo:
- ¿Habéis visto? Así que adelante, sin miedo, concentrados y sin perder el equilibrio.
- Yo voy el segundo.

Dijo otro del grupo. Y se puso a caminar lentamente por encima del tronco del árbol. En solo unos minutos logró atravesar el río y a continuación se animó otro más y otro. Hasta que solo quedaban, al otro lado de la corriente, el hijo de la familia pobre y otro muchacho muy amigo suyo. Dijo el joven a su amigo:
- De nosotros dos, ahora te toca a ti. Yo quiero quedarme el último por si tienes algún problema, ayudarte.

Y el amigo, un poco asustado confesó al joven:
- En mi vida he tenido tanto miedo como en este momento.
- Ya has visto como los demás han cruzado y todo ha salido bien.
- Pero también estamos comprobando que por el río, baja más agua y con más fuerza por momentos.
- Venga, adelante que yo estoy aquí para echarte una mano, si fuera necesario.

Y sin más, el amigo dio su primer paso sobre el tronco, se paró, miró para atrás y luego para la corriente y siguió adelante. Tembloroso y como perdiendo el equilibrio pero intentando superar el trance. Miraba al frente, en algún momento que se paraba y miraba para atrás, antes de dar el siguiente paso.
- Lo estás consiguiendo.

Le dijo el joven cuando justo en este instante, resbaló, cayó a las aguas, agarrándose al tronco al tiempo que gritaba:
- ¡Socorro que me lleva la corriente!

Fue suficiente para que el joven, sin pensarlo un segundo, se pusiera a correr por encima del tronco en busca de su amigo. Consiguió llegar a él, cogerlo de las manos, sacarlo del agua, ponerlo sobre el tronco, mientras el amigo seguía gritando e intentando agarrarse a lo que pudiera. Y justo en uno de estos forcejeos, sin pretenderlo, el amigo empujó al joven, cayó éste en el centro de la corriente, hundiéndose enseguida entre las ramas y hojas arrastradas por las aguas.

Gritaron los de la orilla opuesta, lo llamó el amigo, algunos corrieron río abajo con el deseo de verlo salir a flote y sacarlo de las aguas pero cuando por fin vieron el cuerpo del joven, ya el río lo había arrastrado más de cien metros. Y fue salir a la superficie y enseguida las olas volvieron a sepultarlo. Varios más continuaron corriendo y llamándolo río abajo pero todo fue inútil. En poco tiempo perdieron todo rastro del joven y al sentir el dolor de la tragedia y la desesperación, decidieron no seguir hacia el cortijo de la viña. Aturdidos regresaron al barrio del Albaicín y cuando llegaron, contaron a los padres lo sucedido. También la noticia corrió como la pólvora de una casa a otra y muchos bajaron al río con el deseo de encontrar al joven en algún sitio varado. Toda la tarde y parte de la noche, los padres y los vecinos, lo estuvieron buscando y llorando y ninguna señal de vida vieron. Tampoco al día siguiente ni al otro ni al otro. Entristecidos los padres lo lloraron y lo mismo muchos amigos y vecinos. Y para consolar a la madre algunas amigas le decían:
- Todos sabemos que era el joven más bueno de este barrio. Por eso debemos pensar que Dios se lo ha llevado con Él al cielo.
- Sí, mujer. El dolor de su pérdida siempre, a partir de ahora, lo tendrás contigo pero también el consuelo de saber que fue el más bueno.
Y la madre callaba, a veces lloraba, miraba al cielo y al río y en su corazón rezaba.

Los niños del otoño

En los últimos días del mes de octubre, llovió mucho pero las temperaturas se mantuvieron suaves y esto dio lugar a dos cosas: en los campos la hierba brotó enseguida y en la umbría del Generalife y de la Alhambra y toda la cuenca del río Darro, los bosques se llenaron de colores otoñales. Desde la misma puerta de su cueva, en la ladera del Cerro de San Miguel Alto, los niños contemplaban este espectáculo. Le decían al padre:
- ¿Cuándo nos llevarás por los caminos a ver la Alhambra? Porque aquello, en estos días, tiene que ser maravilloso.
Y como el padre no tenía tiempo ni para dormir porque debía trabajar mucho para alimentarlos, en mil cosas y todas insignificantes, siempre les respondía:
- Algún día de estos, hijos míos, algún día.

Los niños eran cuatro: la mayor, con doce años, la pequeña, que hacía poco había cumplido ocho años y los dos de en medio, que eran varones. Muy pobres todos porque el padre, además trabajar en cosas insignificantes, apenas conseguir para alimentarlos. La madre no tenía otro trabajo que cuidar de los niños, llevarlos y traerlos por los caminos en busca de ramas secas para hacer fuego en la puerta de la cueva o lavar la ropa en las aguas del río. Sin embargo los niños, siempre al cuidado y confiando en la hermana mayor, continuamente andaban jugando y de acá para allá con los grupos de amigos.

Fue así como, un día de sol espléndido de aquel lluvioso otoño, un amigo suyo pastor les dijo:
- Podéis veniros conmigo a los campos donde llevo a mis ovejas a pastar.
Preguntó la hermana mayor:
- ¿Ha nacido ya la hierba en esos campos?
- Como ha llovido tanto y las temperaturas han sido buenas, la hierba está muy verde y alta en las praderas. Y hoy, mirad qué día de sol tan buen llega.
Le pidieron permiso los niños a la madre y al rato, los cuatro hermanos subían por las veredas, tras el pequeño rebaño del amigo, en busca de las tierras de la hierba. Y las encontraron a media mañana. En unos terrenos llanos, las ovejas se esturrearon buscando las mejores matas de hierba y los niños se pusieron a jugar por las anchas alfombras frescas. Y el amigo pastor, con las varetas de mimbre que tenía preparadas, se dedicó a trabajar en algo que, desde hacía tiempo, tenía entre manos. Al verlo, la mayor le preguntó:
- ¿Para qué es esto?
- Quiero hacer una jaula de mimbre para meter dentro algunos de los pajarillos que viven por estos prados.
Guardó silencio la niña, meditó algo y, pasados unos segundos, volvió a preguntó al amigo:
- ¿Y tú podrías hacerme a mí una jaula como la tuya?
- ¿Para que la necesitas?
- Cuando ya tenga la jaula en mis manos te lo digo.
- Pues por intentarlo, nada pierdo.

Al caer la tarde, con el rebaño de ovejas, el pastor y los niños, regresaron a la ladera de las cuevas en la parte alta del barrio del Albaicín. Y antes de llegar, los niños vieron a la madre que, desde la cueva, salía corriendo a su encuentro. Los abrazó cuando llegó a ellos y luego les dijo:
- Seguid en compañía de vuestro amigo el pastor y quedaros esta noche a dormir con ellos.
- ¿Por qué, mamá?
Preguntó la niña mayor.
- Mañana os lo digo.
Y llamó ella a parte al pastor y le comentó lo ocurrido:
- Nuestra cueva, como la tierra está tan empapada, se ha hundido y mi marido ha quedado dentro enterrado. Seguro que está muerto y por eso no quiero que los niños lo sepan. Llévatelos contigo y cuídalos de la mejor manera que puedas.
Se llevó el pastor a los cuatro niños diciéndoles que en su casa lo iban a pasar muy bien. Pero cuando llegaron y la mujer del pastor los vio, enseguida preguntó:
- ¿Por qué te los has traído contigo?
Le explicó a la mujer lo que en la cueva había pasado y aun así, ella comentó:
- Pues si los niños entran contigo a nuestra casa, yo me voy a dormir con los vecinos. Ya sabes que no quiero ni verlos.
- Pero mujer…
Y por más que el pastor intentó convencer a su esposa, ésta no dio su brazo a torcer.

Cayó la noche, en la cocina de la casa, el pastor encendió fuego e hizo una sartén de gachas. Junto al fuego reunió a los niños y los invitó a comer, mientras se calentaban. Y en un momento de la comida la más pequeña preguntó:
- ¿Por qué no está aquí con nosotros tu mujer?
- Vendrá mañana.
Y la niña mayor dijo:
- Y también mañana puede que nuestro amigo nos lleve a ver los jardines de la Alhambra y me regale la jaula de mimbre que me ha prometido.
De nuevo la más pequeña preguntó:
- Pero esta noche ¿dónde vamos a dormir?
- Lo tengo todo preparado.

Poco después, los cuatro niños se acurrucaban en un montón de paja, en un reducido cuarto cerca de la chimenea. Y mientras intentaban dormirse, la mayor dijo a los hermanos:
- Ya veréis qué bonito cuando tenga yo la jaula que me ha prometido y dentro de ella a los pajarillos.

En la Puerta de las Granadas de Granada

En 1536 se construyó, a modo de solemne entrada a la Alhambra, la Puerta de las Granadas. Proyecto de Pedro Machuca, el mismo arquitecto del Palacio de Carlos V. Labrada en piedra y con aparejo almohadillado. En el tímpano presenta el escudo Imperial, con las figuras alegóricas de la Paz y la Abundancia, coronado por tres granadas, que es de donde mana el nombre de esta puerta. De estilo renacentista y sustituyó a otra islámica, cuyos restos pueden verse en su costado derecho. Tras la Puerta se abre el Bosque de la Alhambra, recorrido por tres paseos peatonales. El derecho, conduce a Torres Bermejas, Auditorio Manuel de Falla y Carmen de los Mártires, el izquierdo, antiguamente llamado "Cuesta Empedrada", conduce al flanco sur de la muralla de la Alhambra y Puerta de la Justicia.

Llegó el otoño y en el jardín de su casa maduraron las granadas. Y las que primero lo hicieron fueron las del granado de las tres ramas. El que crece junto a las matas de mirto y entre los dos naranjos. Y él, a partir del momento en que las granadas empezaron a mostrar sus colores oro sangre, cada mañana y cada tarde, visitaba este rincón del jardín, buscaba la granada más colorada, pequeña y bien formada y la cortaba. Se la metía en el bolsillo y se iba con ella por las calles de Granada. Se decía: “Miraré con atención a las personas que me vaya encontrando y en cuanto la vea, me pondré frente a ella, la saludaré y le ofreceré esta granada diciéndole:
- Es un regalo para ti del otoño de Granada”.

Desde hacía mucho tiempo, cada tarde salía a dar un paseo por las calles de Granada. Siempre con ella en su pensamiento y por eso, ofreciéndole en cada momento, lo que a su paso encontraba. Las claras aguas del río Darro, la silueta de la Alhambra en la colina, el Paseo de los Tristes, el bosque y camino de la Fuente del Avellano, la umbría del Generalife, los jardines de la Alhambra, el Mirador de la Silla del Moro y las puestas del sol y airecillo que por

este rincón cada tarde disfrutaba. Por eso, a pesar de los meses y los años, no podía borrarla de su pensamiento. Aunque, según el tiempo iba pasando, sí se le diluía su cara, se le olvidaba el timbre de su voz, el perfume de su cuerpo y hasta los colores de sus manos de hada.

Y cuando cada tarde en silencio paseaba y, como escondido, la iba buscando, siempre soñaba en encontrarla en cualquier momento. Por eso llevaba en su bolsillo la pequeña granada y el corazón dispuesto para el encuentro. Pero sucedía que, al terminar su paseo, cada tarde regresaba a su pequeño rincón con la ilusión tronchada. De aquí que en muchas ocasiones se dijera: "¿Y qué hago yo ahora con esta granada?" La sacaba de su bolsillo, la miraba en sus manos y luego, procurando que nadie lo viera, la soltaba en algún lugar concreto. Muchas veces, sobre el viejo muro que encauza al río Darro en el paseo que sube hasta la Plaza de los Tristes. Otras veces, en el muro del camino que lleva a la Fuente del Avellano, en el camino que sube por la Cuesta del Rey Chico, en algún punto de los jardines de la Alhambra, en la fuente de la Cuesta del Realejo, en el pilar de la calle Elvira. Y al soltar la granada para dejarla en estos sitios, siempre también se decía: "Ojalá apareciera por aquí y la viera y se la llevara. Y si no fuera así, que se la lleve cualquiera y la guarde como regalo aunque no sepa quién soy yo ni por qué le ofrezco este regalo".

Todo esto fue así aquel año nada más llegar el otoño. Hasta que una tarde, ya final del mes de octubre y con el cielo cubierto de nubes, bajó a su jardín, cortó una pequeña granada del granado del mirto, se la metió en el bolsillo y caminó despacio por la calle Real de Cartuja. Atravesó el arco Elvira, cruzó Plaza Nueva y tomó por la Cuesta de Gomérez. Con la pequeña granada en la mano y mirando a todas las personas con la ilusión de encontrarla para ofrecérsela. Era fin de semana y por eso toda la ciudad estaba llena de turistas. Extranjeros, muchos, grupos de jóvenes, muchos grupos de personas mayores y cientos de muchachas con sus mochilas acuestas y la cámara de fotos en las manos.

Y subía despacio la empinada calle de la Cuesta de Gomérez, mirando a un lado y otro y a todas las personas que por la calle bajaban. Trazó la pequeña curva y unos metros más arriba y al fondo, divisó una vez más y después de un millón, la silueta de la Puerta de las Granadas. De piedra, esta tarde muy blanca por la

restauración que no hace mucho le han hecho, silenciosa y con sus tres arcos. Uno muy grande en el centro y dos pequeños a los lados. Y como en este singular rincón de Granada y pórtico a la Alhambra, ahora han puesto bancos de piedra y vallas para que no pasen los coches, muchas personas se paran aquí. A descansar un poco del esfuerzo de la cuesta o simplemente a esperar a los amigos o para hacerse fotos.

Llevaba en la mano la pequeña granada y al acercarse a la puerta, miró para su izquierda. Y en uno de los bancos, cerca del pequeño arco, la vio sentada. Vestida de negro, de espaldas y a su lado, una joven también sentada junto a ella. Con su cuerpo doblado y la cabeza recostada en el pecho de ella. La melena de la joven, se desparramaba hermosa y tapaba por completo toda su cara, su manos y parte del cuerpo de su compañera. Y al ver la imagen, el corazón le dio un vuelco. Siguió subiendo despacio, sin dejar de observarlas y cuando estuvo a solo unos metros, se paró y preguntó a la mayor de las dos:

- ¿Le pasa algo?

La persona mayor se volvió para atrás, lo miró, sonrió y enseguida escondió su cara entre los cabellos de la joven. De nuevo él le dijo:

- Toma, te hago este regalo para que te animes un poco.

La joven alargó su mano y, sin mirar ni mostrar su cara, cogió la granada y con una voz muy débil, dijo:

- ¡Gracias!

De nuevo el corazón se le aceleró y como tanto la persona mayor como la joven no dejaban ver sus caras, no quiso importunarlas. Se retiró lentamente y todavía a unos metros de ellas, de nuevo dijo a la joven:

- Guarda este obsequio como recuerdo y no olvides nunca que, en la Puerta de las Granada de Granada, esta gris tarde de otoño, te lo han regalado.

Ninguna de las dos dijeron nada. Siguió él subiendo y al llegar al arco grande, miró para atrás con la ilusión de verlas de nuevo antes de perderlas. Pero no las encontró. Descubrió el banco vacío y toda la calle solitaria. Miró para la parte alta del gran pórtico de piedra y en lo más elevado, encontró las tres granadas que dieron y siguen dando nombre a esta famosa puerta en Granada.

La mujer y el cordero

Vivía en el Albaicín, sola, tenía muchos amigos y siempre estaba diciendo:
- El día que me encuentre un tesoro me voy de este barrio.
Y los amigos y conocidos le preguntaban:
- ¿Y por qué quieres irte de este barrio? ¿Es que no te gusta o nosotros no somos buenos contigo?
Y ella les contestaba:
- Me gusta mi barrio y vosotros sois muy buenos conmigo.
- ¿Entonces?
- Necesito irme a vivir sola porque me gusta ser libre, respirar aire puro de las montañas, contemplar por las noches el cielo lleno de estrellas y gozar de la armonía de los bosques.
- ¿Y a dónde quieres irte?
- Ya lo tengo decidido: al este del Granada, entre Sierra Nevada y la Alhambra, donde mana un claro manantial de agua, hay un espeso bosque de madroños y por el valle corre un río.
- Pues hija, qué sueño más bonito es el tuyo.
- Sí que lo es y para realizarlo solo necesito encontrarme un tesoro.

Y un día que buscaba moras por las zarzas del río Darro, entre unas rocas, encontró un tesoro. No le dijo nada a nadie pero sí enseguida buscó el mejor arquitecto y le comentó:
- Quiero que me construya una casa en un sitio que conozco en las montañas.
- Eso está hecho. ¿Podemos ir a ver ese sitio y tienes dinero pagar la construcción de tu casa?
- Vamos ahora mismo y te enseño el lugar donde quiero que me construyas mi casa. Y por el dinero, tú tranquilo que te pagaré muy crecido.
Y aquella misma mañana de otoño, ya con todo el bosque lleno de hojas secas, con muchos madroños colgando de las ramas y abundante setas entre el musgo y la hierba, fueron a ver el sitio de su casa. Caminaron durante varias horas y cuando llegaron a unas montañas tupidas de bosque, entre Sierra Nevada y la Alhambra, la mujer dijo al arquitecto:
- Este es el sitio.
Y el sitio era justo una bella ladera frente al sol de la mañana. Bajo unas grandes rocas y entre árboles centenarios, brotaba un caudaloso manantial. Caía el agua ladera abajo formando un

pequeño arroyuelo y en el valle se convertía en río. Por eso todo el valle y toda la ladera estaban repletos de bosque y alfombrado de hierba fresca. Dijo el arquitecto:
- Este lugar es maravilloso. ¿Cuándo quieres que dé comienzo a la construcción de tu casa?
- Mañana mismo y quiero que no sea muy grande. Como una casa de muñecas o refugio de montaña, toda de piedra, con muchas ventanas para el lado del sol de la mañana, Sierra Nevada y la Alhambra. Y también para el lado de las puestas de sol, al fondo de la Vega de Granada. Y si necesitas dinero, ahora mismo pongo en tus manos todo cuanto quieras.

Le dio la mujer una bolsa llenas de monedas de oro y el arquitecto, lo primero que hizo al día siguiente, fue buscar a una cuadrilla de hombres. Trazó los planos, mandó abrir los cimientos, trajeron muchas piedras de las montañas y, en muy poco tiempo, la maravillosa casa estaba levantada. Con muchas ventanas al sol de la mañana y Sierra Nevada, con abundante agua por todas partes, cogida del manantial de las rocas y con una fantástica vista hacia la Alhambra, barrio del Albaicín, valle de la hierba y río de aguas claras. Enseguida la mujer se vino a vivir a su casa soñada y lo primero que hizo fue comprarles a los pastores de las montañas un cordero. Les dijo:
- Quiero que sea pequeño, blanco y blando como el algodón y manso como el amigo más bueno.
Le ofrecieron los pastores el cordero más lustroso y bello del rebaño y la mujer le hizo un pequeño corral entre el valle y la ladera, por el lado de debajo de su casa: se dijo: “Para verlo desde la puerta de mi casa, tenerlo cerca y disfrutar de sus retozos a todas horas. No le faltará nunca la hierba más fresca ni agua ni sol ni tierra para que vaya y venga por donde quiera”.

Los amigos del Albaicín la visitaron y todos le decían:
-Tu casa y este sitio es de ensueño. ¿Pero no echas de menos la compañía de un hombre y el cariño de un hijo?
- Eso es algo muy importante en la vida de una mujer pero no lo mejor ni más grande. El corazón de las personas puede vivir y alimentarse de lo bello, de los paisajes como los que yo tengo por aquí, del silencio y de los retozos de un cordero.
- Desde luego tu cordero parece una bola de nieve. ¡Quién pudiera ser como tú y vivir tu sueño!

Y se sentía ella afortunada, limpia y buena por dentro, libre y en armonía profunda con su íntimo sueño.

Pero un día, estaba asomada a la puerta de su casa, miraba para el valle y se recreaba en el azul del cielo, en el airecillo que subía desde el río, en la armonía del bosque y en la figura de su bonito cordero, cuando sintió mucho jaleo de perros. Miró y vio a un grupo de hombres montados a caballo que avanzaban por las tierras del valle. Enseguida pensó en los príncipes de la Alhambra, porque sabía que en otoño, siempre aparecían por aquellos sitios en busca de caza. No le preocupó mucho y por eso siguió mirando y en su mundo. Pero no había pasado media hora cuando descubrió que un grupo de perros se abalanzaron contra su cordero. Lo sitió valar, sintió la algarabía de los perros y luego sintió las voces de los hombres. Salió ella corriendo ladera abajo y, en un abrir y cerrar de ojos, se encajó al lado de su cordero. Se lo encontró tumbado en el suelo, sobre la alfombra de hierba y enseguida se arrodilló, lo cogió y le dijo:

- No te mueras porque te necesito.

Y lo apretó contra su corazón. Descubrió que no respiraba y por eso empujó, con suavidad pero sin parar, el pecho y corazón del cordero mientras le seguía diciendo:

- Por favor, vive y no te vayas para siempre.

Siguió dando masajes al corazón del cordero y, en un momento en que ella desesperaba, notó que comenzaba a respirar. Acercó su boca a la del corderillo, lo besó, lo llenó de caricias y cuando descubrió que estaba vivo, lo apretó más contra su pecho.

Miró a los hombres de los perros y a los que iban a caballo y les dijo:

- Habéis venido por aquí a matarme lo que más quiero pero no lo habéis conseguido.

Y ellos le dijeron:

- Tú estás loca y ni tu cordero ni tu casa ni tu sueño, tiene sentido. Vivir sola en estas montañas y tan retirada del mundo ¿Cuándo por aquí se ha visto?

Y la mujer apretó un poco más a su cordero contra su corazón y le susurró:

- Tú vive, mi gran amigo. Mi sueño es solo mío y a ello tengo derecho.

El árbol del otoño en el río Darro

Crece junto al río Darro, a la derecha si se sube en dirección contraria a como corren las aguas y no lejos de la Alhambra. Por debajo de la Fuente del Avellano, frente a la umbría del Generalife y frente a la solana del Sacromonte y Valparaíso. Muy pocas personas lo conocen a pesar de sus años y a pesar de su grueso tronco y espeso bosque de ramas. No es un castaño ni tampoco un almez ni un álamo. Pero su porte es tan bello, tan añoso y curtido su tronco y tan espesas sus ramas, que solo verlo enamora al alma al tiempo que infunde respeto. Algunos del lugar simplemente lo llaman "El árbol" y otros lo conocen y lo recuerdan con el nombre de "El árbol del otoño".

Le pregunté una tarde a un amigo:
- ¿Y por qué se le conoce con el nombre del "El árbol del otoño?
- Porque dicen que es, de todos los árboles que crecen en estos contornos, el primero en anunciar el otoño.
- ¿Anunciar el otoño?
- Sí y lo anuncia con el color de sus hojas. Dicen que en cuanto llega el otoño, sus hojas se tiñen de ocre pero no se le caen. Vestidas del color del otoño, se quedan enganchadas en las ramas y ahí permanecen hasta que llegan los fríos del invierno.
- ¿O sea, que es el primer árbol que por aquí se engalana con los colores dorados en cuanto llega el otoño pero el último en quedarse sin hojas?
- Así es.
- ¿Y se sabe a qué se debe este fenómeno?
- Se sabe y, a los que aun todavía conocen la historia, se le entristece el corazón en cuanto el árbol comienza a teñirse de ocre, anunciando el otoño.
- ¿Y eso?

Y, aquella tarde de otoño, sentado junto a mi amigo frente al árbol, con el fondo de la Alhambra camuflada por entre sus ramas, me dijo:
- Dicen que en tiempos pasados, un hombre vivía en el Albaicín. Tenía él sus tierrecillas cerca de este río y cuando recogía algo de cosecha, subía a la Alhambra para venderla. A veces vendía sus frutos a otros que también iban por allí a vender sus cosas y, a veces, ofrecía sus hortalizas a los dueños y reyes de los palacios.

Tenía él suerte y siempre que iba a la Alhambra, lo vendía todo. Pero sucedió que un día, estando él vendiendo los frutos de su huerto en algunas de las puertas de la Alhambra, pasó por allí cerca una princesa. Dicen que era princesa por su gran hermosura y las telas de seda que vestía. Y al verla, el hombre se quedó tan prendando de ella, que no pudo resistir mirarla fijamente. Se dio cuenta ella y se paró cerca. Se aproximó el hombre y le dijo:
- Como tú de bella nunca he visto a nadie en este mundo. ¿Quieres ser la princesa de mis sueños?
Y ella, después de mirarlo fijamente y pasado un rato, le preguntó:
- ¿Dónde vives?
- En el barrio del Albaicín.
- ¿Y a qué te dedicas?
- Tengo un pequeño huerto junto a las aguas del río Darro. Y cerca de mi huerto crece un árbol muy grande.
- Pues cuando llegue el otoño, espérame bajo ese árbol. Iré a verte cuando sus hojas se vistan con los colores de los atardeceres de Granada. Responderé entonces a la pregunta que me has hecho y te contaré un secreto.

Dicen que el hombre, feliz como no lo había sido nunca, aquel día bajó de la Alhambra y lo primero que hizo fue irse a donde este árbol. Bajo sus ramas estuvo mucho rato sentado, mirando a los palacios de la Alhambra y pensando en ella. Luego al día siguiente y al otro y al otro y así durante mucho tiempo, cuidó del árbol y esperó paciente a que el otoño llegara. Cuando se acercó la fecha, todas las hojas del árbol, se colorearon de ocre. Antes que ningún otro árbol o planta. Y el hombre esperó ilusionado y paciente pero la princesa de sus sueños no aparecía por ningún lado. Se terminó el otoño, también el invierno y la primavera y cuando se acercó otra vez el otoño, de nuevo él vino a este árbol a esperarla. Tampoco ella se presentó. Ni aquel segundo otoño ni al siguiente ni nunca. Sin embargo el hombre, sí continuó esperándola cada otoño y veía, como nosotros ahora, que el árbol se teñía de ocre antes que ningún otro. Como si ansiara la llagada de la princesa y se vistiera con el mejor traje para recibirla.

La princesa no apareció nunca por aquí, el hombre ni un solo otoño dejó de venir a esperarla hasta que murió de viejo. Pasados los años, se olvidaron de aquella historia las pocas personas que lo sabían y, aunque seguía corriendo el tiempo, el árbol no se ha

olvidado de anunciar el otoño siempre que se acerca esta estación del año. Y, lo mismo que en aquellos días, siempre lo hace el primero y conserva sus hojas hasta que llegan los fríos del invierno.

Las dos amigas del Paseo de los Tristes

Una tenía diecinueve años y la otra veinte. Se conocían desde pequeñas, jugando en la puerta de sus casas, en el barrio del Albaicín. Siguieron siendo amigas en su etapa del colegio, en el instituto y luego en la universidad. Las dos iban a la misma facultad y estudiaban lo mismo. Y, aparte de las cosas propias en todos los jóvenes a esta edad, lo que más les gustaba a ellas, era irse por las tardes al Paseo de los Tristes y sentarse en el muro que encauza al río. Lo mismo que hacen muchas personas, jóvenes y de su misma edad y también los turistas. Pero a ellas, especialmente, les gustaba venirse a este sitio y sentarse en el muro, para charlar de sus cosas, con la figura de la Alhambra al fondo, el bosque de la umbría, el cauce del río, el barrio del Albaicín a su derecha y la explanada con la fuente del famoso Paseo de los Tristes.

Frente a ellas y según estaban sentadas en el muro, siempre les quedaba el edificio del que fue Hotel Reuma, los jardines que todavía se ven por ahí, los álamos que clavan sus raíces al borde mismo de las aguas, el barranco por donde baja el arroyo de la Cuesta del Rey Chico, el bosque de la umbría de la Alhambra y la Casa y Puente de las Chirimías. Y precisamente este rincón, junto a la Alhambra y al lado de debajo de la plaza, era el que más le gustaba a ellas. Por eso mientras charlaban de sus cosas, sentadas en el muro del río, de vez en cuando se preguntaban:

- ¿Cómo sería esto en aquellos tiempos?
- ¿En qué tiempo estás pensando?
- Cuando en la Alhambra había reyes y, en las torres, vivían las princesas.
- Yo no lo sé pero seguro que todo esto estaría lleno de gente cogiendo aguas del río y lavando la ropa en la corriente. También los niños jugarían por aquí y los mayores irían con sus borriquillos.
- ¿A qué sería interesante que una tarde apareciera por este rincón algún príncipe de aquellos?
- No digas tonterías. Eso nunca podrá ser y, si por alguna

circunstancia se hiciera real ¿qué crees tú que nos contaría?
- Seguro que se asustaría al ver lo que ahora somos todos por aquí.

Y una tranquila tarde de otoño, estaban ellas sentadas en el mismo muro de piedra. Corría un airecillo suave, olía la tarde a humedad, de los álamos se desprendían las hojas ya con tonos ocres y por la umbría, todos los almeces se vestían también con tonos de otoño. Revoloteaban las nubes por encima de la Alhambra y en lo más alto del Cerro del Sol y Silla del Moro y por las partes de arriba del río Darro. La más joven dijo a la mayor:
- ¿Te imaginas que algún día de éstos apareciera por aquí algún príncipe de aquellos?
- Que eso no será posible nunca pero…
Y no le dio a ella tiempo de terminar de expresar su opinión. Justo en ese mismo momento, un joven se paró junto a ellas, las saludó y sin más preámbulo les preguntó:
- ¿Os gusta a vosotras el otoño?

Las dos se miraron extrañadas y luego miraron al joven. Después la mayor respondió:
- A nosotras nos gusta mucho el otoño pero ¿quién eres tú y por qué nos haces esta pregunta?
- Soy parte del otoño universal y lo más esencial del otoño de Granada. Y os hago esta pregunta porque necesito que alguien me perdone.
Las dos amigas nuevamente se miraron, ahora aún más extrañadas. La más joven preguntó:
- ¿Acaso eres tú el príncipe del otoño de Granada?
- Casi.
- ¿Y quién tiene que perdonarte?
- Alguien en aquellos tiempos, me condenó sin ser yo culpable y desde entonces aparezco y vivo por aquí cada vez que llega el otoño a esta ciudad mágica. ¿Sabéis vosotras lo que es el perdón?
- Algo sí ¿y tú?
- Todas, todas las personas en este mundo, necesitamos ser perdonados para existir y tener vida. El perdón es algo tan grande que lo necesitamos tanto o más que el aire que respiramos.

Al oír esto, las dos amigas otra vez se miraron. Miraron luego para la Alhambra y cuando volvieron sus cabezas para donde estaba el joven, ya no lo vieron. Sí descubrieron, muchas hojas teñidas de

ocre rodando por el suelo, empujadas por el aire. La más joven preguntó a la mayor
- ¿Será cierto que hemos estado hablando con el otoño?
- ¿Y será cierto que, un príncipe de aquellos tiempos, vive todavía por aquí transformado en esta estación del año?

El duende del río Darro

A ella le gustaba mucho irse al charco del río. A la pequeña laguna que se remansa a la altura del Paseo de los Tristes, en el cauce del río Darro, a los pies de la Alhambra. Y cuando llegaba a este sitio, le gustaba mucho sentarse ahí, en el borde mismo de las aguas y mirar despacio. Tan despacio y concentrada que hasta parecía olvidarse del tiempo y de todo lo que a su alrededor pasaba. Por eso, a veces, su amiga le preguntaba:
- ¿Qué es lo que encuentras en las aguas de este charco que te embelesan tanto?
- No sé cómo decírtelo pero a veces veo como una puerta en su fondo.
- ¿Puerta a qué sitio?
- Quizá a mi corazón mismo, al corazón de la Alhambra, al del flamenco…
- ¿Corazón del flamenco?
- Ya te he dicho que no sé cómo explicarlo pero algo así es lo que siento y a veces veo.

A ella le gustaba mucho el flamenco. En realidad era lo que más le gustaba en su vida, el canto y los sonidos de las guitarras. Por eso, en más de una ocasión, cuando reflexionaba con su amiga, también le decía:
- A veces creo que el rumor de las aguas de este río son como acordes de guitarras. Y cuando la corriente se quiebra en las pequeñas cascadas, como los taconeos del baile más bello.
- No lo entiendo.
- Sí y también pienso que en su alma, este charco y la corriente del río, tienen estampado el más puro quejido y acento flamenco.
- ¿El rumor de la corriente son acordes de guitarras y las transparencias de las aguas, quejidos tristes y profundos lamentos?
- Tampoco sé explicarlo pero así lo siento y veo.

Y una tarde de invierno el sol salió muy brillante. Tanto que parecía un día de verano y por eso todo se puso precioso. No solo por las orillas del río Darro sino también por los bosques de la alhambra, por las torres y murallas, por todo el barrio del Albaicín y por toda la ciudad de Granada. Y ella, como tantos otros días, se fue al charco del río. Pero antes de llegar descubrió a alguien sentado en la hierba de la orilla. Según se iba acercando se preguntaba para sí: "¿Quién será? Porque parece que me estuviera esperando". Y lo comprobó nada más llegar. No era ni su amiga de siempre ni ninguna otra persona conocida. Aunque sí, la figura del que en la hierba estaba sentado frente a las aguas, parecía la de un niño no demasiado mayor. Su cara era hermosa, su mirada dulce, su estura pequeña y su pelo moreno. Se acercó, lo saludó, le dijo ella quien era y cómo se llamaba y luego le preguntó:

- Y tú ¿cómo te llamas, quién eres y dónde vives? Y te lo pregunto porque nunca antes te he visto por este barrio mío ni por la Alhambra ni por Granada.

Y él, desde su asiento en la hierba frente al charco, le respondió:

- Yo no tengo nombre, soy el duende del río Darro y vivo en el corazón de la montaña sobre la que se asienta la Alhambra.

Se quedó ella pensativa unos segundos, sin saber qué decir y después preguntó:

- ¿Y qué haces hoy aquí en este charco que tanto me gusta a mí?
- He venido a verte. Sé que hay cosas que te gustaría saber. Si quieres, puedes preguntarme, te escucho.

Y en este momento ella, sin más rodeo, preguntó:

- Si eres el duende del río seguro que sabes que el flamenco me gusta mucho.
- Lo sé.
- ¿Y sabes que siempre me estoy preguntando dónde tiene sus raíces el cante y baile flamenco?
- Lo mismo que las aguas de este río, que tanto también te gustan, nacen en un sitio concreto y ese lugar es su fuente, así también es el flamenco. Su casa, sus raíces y lugar de nacimiento están donde vivo yo.
- ¿En el corazón de la montaña que sostiene a la Alhambra?
- Ahí mismo. Y por eso este río Darro, el Albaicín, el Sacromonte y la Alhambra, chorrean y le sangra por todos sus poros el quejido flamenco.
- ¿Y puedes llevarme contigo al sitio donde vives y tiene su cuna el

flamenco?
- Puedo hacerlo y quiero pero no hoy. Ahora tengo que irme. Otro día vuelvo y también te revelo un bellísimo secreto.

Y justo en este momento ella vio como el duende del río se acercó a las aguas del charco. Se metió lentamente en ellas y también muy lentamente vio como se fundía en sus transparencias. En el fondo del charco apareció como una puerta translúcida, por ella entró el duende y desapareció de su vista. Se dijo, sorprendida y a la vez contenta: “Quizá sea esta la puerta que lleva a su casa, al corazón de la montaña que sostiene a la Alhambra, a la fuente y cuna del flamenco”.

El hombre del río

Tenían unas tierrecillas cerca del río. Por encima del puente del Aljibillo, frente a las laderas del Sacromonte y no lejos de la Fuente del Avellano. Y como era un gran enamorado de las plantas, colores y perfume del campo, de los silencios y rumor de las aguas del río, en sus tierras cultivaba muchos árboles: almendros, nogueras, morales, manzanos, higueras y cerezos. Y lo que más le gustaba a él, era sentarse cerca de la corriente de las aguas, contemplarlas en silencio mientras a intervalos miraba para la Alhambra y dejar que el tiempo pasara. Con frecuencia se decía: “Vivir en armonía con las personas, las plantas y los animales, es lo mejor que podamos hacer en esta vida. Porque la felicidad que el corazón de las personas siempre sueña y necesita, de ninguna otra forma es posible alcanzarla sino por la vía de la armonía y el respeto para con todo y todos los que nos rodean”. Por estas circunstancias, forma de ser y de pensar, en el barrio lo conocían con el apodo de “el hombre del río”.

Su casa la tenía no lejos de las tierras de su huerto, también cerca del río y en el barrio del Albaicín. En una estrecha calle de tierra y a la derecha, según se remontaba desde el río hacia lo más alto del barrio. Vivía con su mujer y dos hijos y era muy querido por todos los vecinos. Por la amabilidad que siempre mostraba con todo el mundo, por su generosidad y por el entusiasmo que a todas horas irradiaba. Cuando hablaba con algunos de los vecinos, siempre les decía:

- Ser amable, bueno y alegre, cuesta muy poco en la vida y llena de paz y gozo el corazón.
Algunos de los vecinos le preguntaban:
- Y usted ¿qué obtiene a cambio de su amabilidad?
- Nada y mucho. Porque nadie me paga para que sea como soy y sí me siento bien conmigo mismo y con el cielo. Y por las noches, cuando me acuesto, siempre duermo relajado y como abrazado por un gozo profundo.

Y un día, los más intrépidos del barrio, pusieron a prueba la bondad de este hombre. En sus tierrecillas, los árboles y las plantas, ya estaban brotadas. La primavera estaba siendo muy buena y después de bastantes días de lluvias, salió el sol, florecieron las plantas, el aire se llenó de aromas y las laderas y jardines de la Alhambra, también se llenaron de tallos verdes y flores. Maduraron las primeras cerezas en los árboles del hombre del río y se acercaba el momento de recogerlas. Él y su mujer, varias tardes fueron a las tierrecillas y de los árboles cogieron ramos de cerezas rojas. El hombre decía:
- Son las más ricas del mundo porque están regadas con las limpias aguas del río Darro y acariciadas por el aire que viene de la colina de la Alhambra.
- Tienes toda la razón.
Confirmaba su mujer.
- Y ya verás cuando dentro de unos días terminen de madurar las cerezas del árbol grande.

Comentaba ella esto porque el árbol grande, uno muy viejo y de tronco grueso y añoso que crecía en el terraplén por debajo del la Fuente del Avellano, daba cerezas muy buenas. Rojas como la sangre, gordas y brillantes y de sabor inmejorable. Pero los frutos de este árbol, siempre maduraban después que los otros. El sol de la primavera siguió calentando y un día, las buenas cerezas del árbol grande, maduraron por completo. Y se preparaba el hombre, con su mujer y sus hijos para ir a sus tierras y coger estas cerezas, cuando sucedió algo extraño. La noche antes de la recogida de estas cerezas, salió la luna, hizo una temperatura muy agradable y todo por la orilla del río Darro, estaba en silencio y en paz. Unos vecinos del barrio del Albaicín, amigos del hombre del río, cogieron una gran espuerta de esparto. Salieron de su casa a la luz de la luna y se fueron directos a las tierrecillas de los cerezos. Buscaron el árbol

grande de las buenas cerezas, se pusieron y en poco rato, llenaron la espuerta con los mejores frutos. Comieron muchas y luego, esperaron a que amaneciera. Se pusieron en camino de regreso al barrio, cuando el sol se alzaba por encima de las torres de la Alhambra. Y poco después, entraban por la calle donde tenía su casa el hombre del río y dueño de las cerezas que ellos habían cogido. Y al pasar por delante de la puerta del hombre dueño del huerto, comenzaron a hablar mucho y fuerte. Tanto que otros vecinos se enteraron, se asomaron a las puertas de sus casas y al ver el espectáculo, no se lo creían.

Dos jóvenes y una muchacha, subían por la calle con una gran espuerta llena de ricas y rojas cerezas y no paraban de hablar diciendo:
- Las hemos cogido del árbol grande que hay en el huerto de nuestro vecino.
Llegó a oídos de la mujer del hombre del río lo que decían los jóvenes de las cerezas y ésta, rápida buscó a su marido y le dijo:
- Mira lo que sucede. Han ido a nuestro huerto, han cogido las cerezas que nosotros había pensado recoger hoy mismo y no contentos con habernos robado, ahora lo proclaman a los cuatro vientos. ¿Qué te parece esto?
Y el hombre no dijo nada. Se levantó de donde estaba sentado, salió a la puerta de su casa, miró y vio a los jóvenes con la espuerta rebosante de lustrosas y ricas cerezas. Se acercó a ellos y sin violencia les dijo:
- Las habéis cogido sin mi permiso y ahora estoy viendo que son las mejores que había en árbol.
- Sí señor. Exactamente eso que dice usted es lo que hemos hecho. ¿Qué le parece?
- Que lo mejor que ahora mismo podéis hacer es soltar esta espuerta en el suelo.

Y lo jóvenes, algo asustados, soltaron la espuerta rebosante de cerezas en la misma puerta de la casa del hombre del río. Y éste, después de agacharse, coger un puñado de cerezas y comerse algunas, dijo:
- Como son tan buenas y tan ricas, voy a repartirlas ahora mismo con todos los vecinos de esta calle. Así que, el que quiera cerezas frescas y sabrosas, que se acerque que voy a darle muchas y las mejores.

Los vecinos se fueron acercando y a cada uno, el hombre fue dando un gran puñado de cerezas. Mientras tanto, los jóvenes, desorientados y sin creer lo que estaban viendo, siguieron subiendo por la calle. Llegaron a su casa y dijeron al padre:
- Nos ha quitado las cerezas que habíamos cogido. ¿Qué hacemos?
- Volver ahora mismo y decirle que vosotros sois mis hijos. Ese hombre siempre fue mi mejor amigo. Por eso, en cuanto sepa quiénes sois, veréis como cambian de actitud.

Volvieron los jóvenes a la puerta de la casa del hombre del río, le dijeron que eran hijos de su buen amigo y al saber esto, el hombre comentó:
- Pues volver al cerezo de mi huerto, llenad de nuevo esta espuerta de esos tan ricos frutos y luego, cuando paséis por aquí, entrar a mi casa para que os pague vuestro trabajo.
Y los jóvenes se miraron entre sí y le preguntaron:
- ¿Pero cómo es que en lugar de enfadarse por lo que hacemos, nos paga y de la mejor manera?
Y el hombre del río, sin más les dijo:
- Vivir en armonía con las personas, las plantas y los animales, es lo mejor que podamos hacer en esta vida. Porque la felicidad que el corazón de las personas siempre sueña y necesita, de ninguna otra forma es posible alcanzarla sino por la vía de la concordia y el respeto para con todo y todos los que nos rodean.

Una reflexión

Sentados en el muro del pequeño puente del Aljibillo, puente que da paso a la Cuesta del Rey Chico, el que había llegado decía al hombre del Albaicín:
- Las cosas convertidas en museo, son frías, carecen de emociones, no tienen vida.
- Pero la Alhambra, es la maravilla más grande y por eso, miles y miles la visitan.
- Sí pero ¿quién de todos estos que la visitan sienten y viven realmente lo que fueron esos palacios cuando estaban llenos de vida?
- ¿Quieres decir que recorrer estos sitios, verlos y fotografiarlos, no es suficiente?
Y el hombre que había llegado dijo al del Albaicín:

- Te pongo un ejemplo: un amigo mío, vivió durante mucho tiempo en una casa de este barrio. Creció y un día le dieron trabajo en un colegio cerca de las aguas del río Darro. Un trabajo sencillo porque este amigo mío ni tenía estudios ni sabía ninguna profesión pero sí era un hombre bueno. Por eso lo dedicaron a llevar y traer papeles de un lado a otro, de despacho en despacho y de oficina en oficina. También hacía otros recados, cuidaba de las plantas del pequeño jardín, sembraba las tierras de un huertecillo que había en este colegio y atendía a los alumnos cuando entraban o salían o hacían deporte. Y este amigo mío realizó este trabajo eficazmente durante mucho tiempo. Tanto tiempo que hasta se quedó calvo, perdió mucho pelo, se quedó mellado y en la piel de su cara, empezaron a verse arrugas. Un día lo llamó el director del colegio y le dijo:
- Hemos encontrado a una persona con más fuerzas que tú, mucho más joven y con ideas y energía nueva. Desde mañana mismo, dejas de trabajar en este centro. Recibirás la indemnización que te corresponda y la nueva persona ocupara tu puesto.

Sin protestar, este amigo mío aceptó su nueva situación. Dejó de aparecer por el colegio, se fue a vivir lejos de este barrio y lentamente pasaron los años. Ni un solo día mi amigo se olvidó del sitio donde tanto tiempo había trabajado ni de los momentos, disgustos, buenos ratos y emociones que a lo largo de los años había experimentado. Hasta que un día, bastante años después, volvió a Granada. Y lo primero que hizo fue recorrer las calles del Albaicín y se dirigió a colegio del que había sido despedido y ahora no podía olvidar. Y al llegar y entrar por la puerta, enseguida notó que a nadie conocía ni lo conocían a él. Fue al director y éste lo recibió fríamente y aunque el hombre le contó su pasado, el director ni siquiera prestaba atención. Salió del despacho, recorrió el patio, miró a un lado y otro, vio muchas puertas cerradas y gente entrando y saliendo y nadie, absolutamente nadie lo saludaba ni le prestaba atención. Sin embargo, el hombre ardía en emoción y hasta le entraban ganas de ponerse y hacer las misma cosas que había hecho en sus tiempos pasados. Nadie se lo permitió y si todos, iban y venían ignorándole y ajenos a lo que en su interior ocurría.

Se marchó mi amigo de este edificio y al poco, me lo encontré por la calle bajando hacia este río. Lo vi recogido en sí, enfadado y por completo en su mundo y triste. Le pregunté:

- ¿Alguien te ha maltratado?
Me dijo:
- Me apena mucho lo que he visto en mi colegio.
- ¿Qué has visto?
- Todo y todos allí ahora son desconocidos para mí, van y vienen y ninguno parece percibir lo que fue aquello en el pasado y ni prestan atención ninguna por lo que en mi corazón siento. Las personas viven el momento y nada les dice el pasado. Estoy desanimado.
Animé a mi amigo y reflexioné sobre su experiencia. Y la conclusión a la que llegué y desde aquel día mantengo, es la que te decía antes: las cosas convertidas en museo, son frías, no tienen vida, carecen de emociones. Aunque a la Alhambra ahora venga miles y miles la visiten cada día, todos ahora somos por aquí nuevos. Ninguno hemos vivido directamente las cosas y por eso, tal como le sucedía a mi amigo, nos mostramos indiferente y muy lejanos de lo ocurrido en otros tiempos. Un museo, siempre será una imagen fría del pasado y aunque tenga valor y enseñe mucho, es frío y no tiene vida.

Sentados en el muro del puente del Aljibillo, los dos hombres reflexionaban, mientras miraba a la figura de la Alhambra sobre la cumbre de la colina. A sus pies, corría limpio el río Darro y a un lado y otro, iban y venían más y más turistas.

La pintora del Paseo de los Tristes

La tarde caía y, los dorados rayos del sol, incidían sobre las torres y murallas de la Alhambra. Por todo el barrio, desde el Mirador de San Nicolás hasta el Paseo de los Tristes, río Darro, umbría y colina de la Alhambra, reinaba un gran silencio. Como si todos los elementos se hubieran puesto de acuerdo para acompañarla en su última tarde en Granada. Y ella, joven estudiante universitaria, culta y bella, intentaba pintar un cuadro para, de algún modo, dejar marcada su despedida. Frente a la ventana de la casa en la ladera del Albaicín, miraba para la Alhambra. Sobre la mesa tenía los pinceles, las pinturas, las hojas de papel en blanco, les decía:
- Necesito, en estos momentos, pintar bellamente la imagen de la Alhambra para regalársela a los dueños de esta casa y que guarden mi cuadro como recuerdo.
Los que le acompañaban, la miraban, miraban por la abertura de la ventana y concentraban sus ojos en la gran figura de la Alhambra,

frente y por completo iluminada y le decían:
- Nada de lo que hasta este momento has pintado, es tan bello como lo que sobre esa colina se ve.
- Lo sé y por eso deshecho estos apuntes, aquellas pinceladas y esas hojas. Quiero crear el cuadro más hermoso y no lo consigo.

Y en ese momento, recordó cuando unos meses atrás, pintaba un cuadro cerca del río Darro. Caía también la tarde y todo el paseo del río, desde Plaza Nueva hasta el puente del Aljibillo, se veía repleto de turistas. Justo a la altura de la iglesia de San Pedro, ella montó su caballete, sacó sus pinceles, preparó la pintura y se puso a darle forma al cuadro. La imagen que antes sus ojos tenía, desde la iglesia de San Pedro hasta Plaza Nueva, con los pequeños puentes de piedra y las ruinas del más antiguo. También las aguas del río, con el grupo de gatos que, por entre la hierba y zarzas, siempre andan por aquí. Iba cayendo la tarde y ella terminaba su pintura cuando se paró frente al cuadro un hombre mayor. Miró despacio, la miró a ella y después de un rato le preguntó:
- ¿Lo vendes?
- Para eso lo he pintado y por eso estoy aquí.
- Pues te felicito porque es muy bello. ¿Puedo hacerle una foto?

Y como la joven le dio permiso, el hombre sacó su cámara e hizo la foto, se lo agradeció y luego siguió su paseo. Ya en su casa, mirando despacio la foto del cuadro, se preguntó: "¿Y si saco en papel, copias de las fotos más bellas que tengo de la Alhambra y se las regalo para que las pinte?" Y con esta idea, al día siguiente volvió al paseo del río, la buscó y la encontró al final de Plaza Nueva. La saludó y le dijo:
- He pensado regalarte algunas fotos muy bellas que tengo de la Alhambra. ¿Te gustaría?
- ¿Para que las pinte?
- Claro. Quizás consigas cuadros bellos que gusten a los turistas. Podrías venderlos y así sacar para tus gastos.
- Pues lo que usted quiera.
Se volvió el hombre feliz a su casa y al día siguiente hizo cincuenta copias en papel de las mejores fotos de su colección "Alhambra espiritual". Y aquella misma tarde, volvió al río con la ilusión de verla para dárselas. No la encontró porque no estaba ni en Plaza Nueva ni en la Carrera del Darro ni en el Paseo de los Tristes. Volvió a la tarde siguiente y tampoco la vio ni al día siguiente ni al quinto día.

Decepcionado el hombre, un mes más tarde guardó las fotos y se lamentó que ella no hubiera aparecido para regalárselas. Y ella, tres meses después, ya se preparaba para irse de Granada y volver a su país. Los días y las horas se le iban acabando y la última tarde, en un impulso casi descontrolado, se le ocurrió pintar la Alhambra para dejarle un bonito recuerdo a la familia que le había acogido en su casa. Detrás de la ventana, frente a la Alhambra iluminada por los últimos rayos de sol de la tarde, se esforzaba en pintar el cuadro y no lo conseguía. Sobre la mesa iba dejando las hojas de papel emborronadas mientras seguía diciendo a los que le acompañaban:
- No consigo pintar lo que deseo y por eso cada vez estoy más nerviosa.
Y a su mente acudía el recuerdo del hombre que le había prometido las fotos de la Alhambra, meses atrás.

Castillo de arena en el río Darro

El niño recorría las calles del Albaicín, con la ropa rota, la cara manchada de tizne o barro y los pies desnudos. Tenía hambre y siempre que recorría las calles, miraba para la Alhambra y soñaba con una princesa que nunca había visto. A veces se iba con el padre a las tierras del huertecillo que tenía cerca del río y se afanaba en regar los tomates, los ajos o las habas. Y otras veces, se iba con la madre, cuando ésta bajaba al río a lavar la ropa y también le ayudaba.

Y aquella limpia y algo calurosa mañana de primavera, la madre le dijo:
- Hoy tengo que ir a lavar al río. Vente conmigo y me ayudas.
Y con su cara manchada de tierra y su ropa rota, se fue con la madre al río. Por donde las aguas corren serenas y se forman charcos y pequeños vados. Por donde hoy el río aun sigue pasando y al sitio se le conoce con el nombre de Paseo de los Tristes. Sobre la hierba la madre amontonó la ropa sucia, buscó una gran piedra y se puso a lavar en la corriente. Un poco más abajo, se remansaba el charco y en su orilla, se extendían pequeñas playas de arena. Miró el niño a la madre y le preguntó:
- ¿Puedo construir y, mientras tú lavas, un pequeño castillo?
- Construye un castillo y así te entretienes.

Y el niño se puso y con la arena mojada, comenzó a construir un castillo. Miraba a la Alhambra y ponía puñados de arena sobre las murallas de su castillo. Levantaba unas torres y para sí se decía: “En una de estas torres, la más grande y bonita, vive mi solitaria princesa. Y como está cautiva, yo tengo que intentar rescatarla. La salvaré y entonces ella se hará mi amiga y por fin yo seré príncipe y tendré caballos, reinos y riquezas”.

La madre lo miraba, mientras restregaba la ropa sucia contra la piedra y luego la enjuagaba en las claras aguas del río. El sol caía sereno, algo caluroso y la corriente saltaba, se remansaba en el charco, entre las zarzas cantaba un ruiseñor y en lo más alto de la colina, la Alhambra se asomaba como observando. Recogía puñados de arena de las pequeñas playas al borde del charco, los apretujaba y los iba colocando sobre las murallas de su castillo, en las torres y palacios. Y poco a poco fue dando forma a su obra de arena hasta que llegó un momento en que lo tenía todo terminado. Le dijo a la madre:

- La princesa está en su torre cautiva y me llama para que la rescate.
- Pero la princesa que tú sueñas vive en las torres de la Alhambra y no este pequeño castillo de arena.
- Aquella princesa es la misma que hay este castillo mío. Yo la conozco y como ella me necesita, tengo que salvarla. ¿No oyes como me llama?

Y la madre siguió lavando la ropa en la corriente del río. El niño se sentó en la hierba, cerca de su castillo, frente a la Alhambra y no lejos de las aguas del río y se puso a idear un plan para rescatar a su princesa. Y como en su corazón retumbaban las voces de su amiga prisionera, le respondía:

- Espero un momento que estoy buscando un punto para escalar las murallas y poder entrar a la torre donde estás encerrada.

El sol caía, ahora ya colocado en lo más alto y por eso calentando mucho más. La arena con la que estaba construido el Castillo, se fue secando y el niño, mientras meditaba buscando la manera de escalar las murallas y miraba para la Alhambra, fue descubriendo como su castillo, poco a poco se desmoronaba. Seguía sintiendo a su princesa llamándolo y él le decía:

- Si el castillo se cae tú quedarás dentro sepultada. Pero antes de que esto suceda, yo voy a rescatarte, mi princesa.

A la luz de la luna

Cuando los amigos le preguntaban:
- Y de la ciudad de la Alhambra, donde naciste y dices que es la más bella del mundo ¿qué recuerdas?
- De la ciudad de los sueños, Granada, yo siempre recuerdo tres cosas por encima de las otras.
- ¿Por ejemplo?
- No puedo olvidar nunca el río Darro a su paso por mi barrio y me acuerdo constantemente de las casas blancas donde nací, el Albaicín, siempre mirando a la Alhambra y siempre frente a Sierra Nevada. No hay en el mundo luz más pura ni sol más bueno que el que juega y besa aquellas pequeñas casas de mi barrio de Granada.
- De acuerdo pero ¿y la tercera cosa que no puedes olvidar del rincón donde naciste?
- Las noches de luna clara, sentado en el balcón de aquel barrio mío, frente a la Alhambra.
- ¿Y qué tenían o tienen aquellas noches de luna en Granada?

Y cuando le hacían esta pregunta, él nunca la contestaba. No porque no quisiera sino porque siempre se le hacía un nudo en la garganta que no le dejaba hablar. Había nacido en el seno de una humilde familia en una casa pobre, justo en el corazón mismo del Albaicín. Aquí vivió hasta los catorce años y, como la familia no tenía recursos ni trabajo, un día emigraron a otro lugar del mundo, en busca de una vida mejor. La encontraron, no por completo, en otra ciudad grande muy lejos de la ciudad de la Alhambra. Y en este lugar, creció, se casó, tuvo hijos y no le faltó el trabajo pero tampoco era feliz del todo. Un día los padres murieron y a partir de ese momento, comenzó a sentir y cada vez más, añoranza por Granada, el barrio blanco y la humilde casa donde había nacido y de pequeño jugó y, a la luz de la luna, contempló la figura de la Alhambra.

Hasta que una de aquellas noches, se vio así mismo volviendo a Granada. Llegaba a la ciudad una mañana de primavera cuando todos los campos estaban verdes y en Sierra Nevada aun brillaban las nieves. Caminó por la calles, recorrió las plazas del blanco barrio, habló con las personas y contempló la figura de la Alhambra. Y como la emoción le empezó a embargar, se decía: “Todo está como cuando yo por aquí jugaba. Pero la Alhambra, sí que parece otra. Tengo que ir a verla pero antes, quiero contemplarla

como cuando aquellos días de pequeño". Y aquella noche se quedó a dormir en la misma casa que tiempos pasados había sido suya. El matrimonio que ahora vivía aquí, le dijo:
- La que fue tu casa, sigue siendo pequeña, sin comodidades ni lujos pero en ella vamos viviendo. Puedes quedarte con nosotros el tiempo que quieras o sea necesario. Y aunque ni siquiera una cama para ti tengamos, sí queremos que realices tus sueños. Sabemos que, desde aquella distancia, echas mucho de menos este barrio y la que fue tu casa.

Y aquella noche, los tres hijos de la familia, le ofrecieron sus camas para que durmiera. El mayor le dijo:
- Yo puedo dormir en el suelo. Junto la chimenea y tú, duermes en mi cama. Como la tengo junto a la ventana, desde ahí, con solo abrir los ojos y mirar, verás la Alhambra. Y por la noche, cuando la luna salga, podrás disfrutar del espectáculo que tanto deseas y recuerdas.
Y él le dijo al joven:
- Es muy generoso por tu parte pero quiero ser yo el que duerma en el suelo. Y cuando esta noche salga la luna, lo que más deseo es verla desde el mismo sitio que lo hacía cuando era pequeño.
- Pues como quieras pero que sepas que tanto yo como mis dos hermanos, estamos dispuestos a dejarte las camas para que duermas esta noche.

De nuevo el hombre agradeció la generosidad mientras veía que los padres y ahora dueños de la humilde casa, observaban y dejaban que las cosas se resolvieran entre ellos. Y se resolvió en cuanto la noche llegó. Los hermanos ocuparon sus pequeñas camas de todas las noches y el hombre, sobre una alfombra de esparto, se acostó cerca de la chimenea, no lejos de la ventana que daba a la Alhambra. Y en cuanto se acomodó, quiso coger el sueño pero no lo consiguió. En la oscuridad de la estancia y sintiendo cerca a los tres hermanos, rememoró algunas cosas y se dijo: "Tengo que estar atento para que en cuanto la luna salga, levantarme y ponerme a contemplarla como lo hacía cuando era pequeño".

Y un poco después, el sueño lo venció. Y unas horas antes de la llegada de la aurora, se oyó el canto de un gallo. No lejos de la casa y estancia donde dormía y esto lo despertó. Miró por la ventana y al fondo, a lo lejos y sobre la colina, descubrió la silueta de la Alhambra, bañada por completo por la luz de la luna. Rápido se

incorporó, procurando no hacer ruido para no despertar a la familia que le había acogido, abrió la puerta de la casa, caminó despacio por las solitarias calles del barrio que conocía y se dirigió al pequeño muro y balcón frente a la Alhambra. El rincón que también conocía casi con los ojos cerrados porque, de pequeño, este sitio había sido el lugar preferido para sus juegos y que tantas veces había soñado y echado de menos en la ciudad donde ahora vivía.

Mientras caminaba por las calles, sintió los cantos de otros gallos, los ladridos de los perros y maullidos de varios gatos. Los recuerdos de su niñez, se despertaron en su mente y el corazón se le llenó de un gozo íntimo, dulce y profundo. Llegó al pequeño muro, se acercó al borde despacio, miró para la colina de la Alhambra y al descubrir el espectáculo, le pareció vivir dentro de un sueño. Sobre las torres, murallas y palacios de la Alhambra, la luz de la luna se derramaba como en una lluvia de silencios y eternidad. Al fondo y lejos, se veían brillar las blancas nieves de Sierra Nevada y a los pies de la Alhambra, las aguas del río Darro, se deslizaban rumorosas y reflejando también el brillo de la luna. Sobre el muro se sentó frente a la hermosa visión en todo lo alto de la colina al otro lado del río y en su corazón susurró: “No hay en el mundo nada más bello y placentero que lo que ahora mismo vivo. Y nada hay más misterioso, hermoso y hondamente excelso, que una noche de luna y la Alhambra con su silencio y desde su colina, como asomada a Granada. ¿Por qué me llevarían a mí de estas tierras a vivir en aquel destierro?”

Y al llegar el día, se despertó en su cama de siempre. En el corazón de la ciudad en la que se sentía extranjero. Y durante unos segundos, sentado en el borde de la cama, meditó el sueño. Luego salió fuera y en la misma puerta de su vivienda, se encontró con los amigos de siempre que le preguntaron:
- ¿Qué? ¿Cuándo vas a ir a Granada para ver la luna jugando con las torres de la Alhambra?
Y muy solemne el hombre les respondió:
- De allí vengo ahora mismo y no penséis que os hablo de un sueño.

El último día de la Alhambra

Al río hoy, y desde lejanos tiempos, se le conoce con el nombre de Darro. No es muy largo, tampoco tiene mucho caudal aunque sí constante y corre a los pies mismos de la Alhambra. En realidad, este pequeño y bellísimo cauce, ya existía mucho antes de que sobre la colina de la Sabika, se alzaran las primeras torres y murallas. Por eso este río es testigo y guarda toda la historia de la Alhambra desde sus primeros días. De aquí que este corto cauce tenga categoría para ser llamado también con el nombre de “el río de la Alhambra”. Si este río no hubiera existido y si ahora no conservara toda su belleza y caudal, seguro que la Alhambra tampoco nunca hubiera aparecido por aquí.

Y lo mismo que hace muchos años el río Darro fue testigo del nacimiento de la Alhambra, puede que también un día este cauce asista al final de este monumento, del barrio del Albaicín y de la ciudad de Granada. Y desde luego, esto fue lo que vieron los dos niños del Valle de la Luz, el día de la gran tormenta. Salieron ellos del blanco cortijillo, en el mismo centro del valle, a primera hora de la mañana. Y la niña dijo a la madre:
- Volveremos al caer la tarde.
Les preguntó la madre:
- ¿A dónde vais?
- Hoy queremos coger un buen puñado de espárragos. Después de las lluvias de los últimos días y con este sol tan bueno que ahora tenemos, seguro que todo el campo se encuentra repleto de tiernos espárragos.
- Pues tened cuidado y que tengáis suerte.

Desde el lugar hoy conocido con el nombre de Jesús del Valle, se encaminaron a las laderas, a los lados del río. Por donde las encinas se espesaban y, en las partes bajas, sabían ellos que crecían vigorosas las esparragueras. Había llovido mucho a lo largo de una semana entera pero al final, las lluvias se retiraron. Era comienzo de la primavera y por eso todos los campos refulgían de verdes claros y colores limpios. La hierba tapizaba por todo el valle y las laderas, a ambos lados. Y hoy, el día se presentaba muy sereno, limpio por completo el cielo de nubes y preñado de un azul intenso.

Por eso los dos hermanos, en cuanto cruzaron las aguas del río por el puente de madera algo más abajo del cortijo, se pusieron a buscar espárragos. Sabían ellos bien por donde crecían y en qué sitios se daban los mejores. Enseguida encontraron los primeros y luego otros y otros. Con el hallazgo, se entusiasmaron tanto que empezaron a irse por la orilla del río donde eran más abundantes las esparragueras. Y siguieron cortando los verdes tallos casi sin parar. El día fue avanzando y ellos, ni siquiera advirtieron que según las horas corrían, el cielo empezó a nublarse. En poco tiempo, las nubes cubrieron por completo. Grandes y espesas y antes de que si dieran cuenta, la gran tormenta se había colocado en todo lo alto. Cubriendo por completo el amplio valle y las montañas en las partes altas.

Crujió un trueno y enseguida otro. Sopló fuerte el viento y la lluvia comenzó a caer. Con fuerza y a raudales y ellos, al sentirse sorprendidos, se asustaron y no sabían qué hacer. Dijo la pequeña:

- Nos empaparemos y nuestros padres se preocuparán por nosotros. ¿Qué hacemos?

Miró el hermano para la derecha y, por entre las encinas, descubrió la puerta de una cueva excavada en la ladera y algo alzada sobre el río. Salieron corriendo, llegaron a la cavidad, se metieron dentro y al instante, sintieron el alivio del refugio. Pero como la lluvia era tanta y caía con tanta fuerza, los dos se quedaron en la misma puerta de la cueva, observando el espectáculo, mientras seguían estallando los truenos y el viento se rompía por entre las ramas de las encinas. Dijo la hermana:

- Si no para de llover, en este refugio podremos quedarnos y si la noche llega, aquí dormimos.

Y no paró de llover. Durante muchas horas, la lluvia cayó a raudales, inundando todos los campos y llenando de arroyuelos las dos grandes laderas a los lados del río. Y ellos, asomados a la puerta de la cueva, bien resguardados tanto de la lluvia como del viento, poco a poco fueron viendo como el río comenzó a bajar lleno. Con aguas muy turbias, arrastrando ramas y palos secos y hasta pequeñas piedras. Siguió la corriente aumentando y al poco vieron que las aguas arrastraban árboles enteros y rocas. Dijo el hermano:

- Nosotros ahora mismo y en esta cueva, estamos al salvo pero como este río siga creciendo, se llevará por delante todos los árboles de este valle.

Y el río siguió creciendo y creciendo. Y tanto creció que ellos

comenzaron a verlo no ya como un río sino como un ancho camino que, desde el corazón del valle donde se alzaba su cortijo, se alejaba por entre los cerros dirección a la colina de la Alhambra y de la ciudad de Granada.

Caía la tarde y el sol comenzó a ocultarse, allá al fondo y muy lejos de ellos. Y como el río se ensanchaba más y más justo hacia el punto por donde el sol se iba, miraban algo asustados y muy asombrados. Y de pronto, fue la pequeña la que descubrió en fantástico espectáculo. Sorprendida dijo al hermano:
- Mira lo que ocurre sobre las aguas de este gran río, ahora convertido en mar y ancho camino.
Miró el hermano y más sorprendido aun comprobó que las violentas aguas del río Darro, arrancaban de raíz toda la colina de la Alhambra. Y sobre esta misma colina, como si fuera un maravilloso y gigantesco barco, el río se llevaba todos los jardines, murallas, torres y palacios de la Alhambra. Flotando en las aguas y hacia el punto por donde el sol se iba ocultando.

No paró de llover a lo largo de toda la noche. Dentro de la cueva ellos se acurrucaron y al amanecer del día siguiente, sintieron las voces de los padres que los llamaban. Salieron a la puerta de la cueva, avisaron a los padres y unas horas después, los cuatros se encontraban refugiados junto a la chimenea de su blanco cortijillo. La niña contó a la madre la gran crecida del río la tarde antes y la visión que habían tenido. Y como ella le preguntó:
- ¿Tú crees que esta riada se ha llevado a la Alhambra y a toda la ciudad de Granada hacia la puesta del sol que ayer tarde vimos?
La madre le dijo:
- La Alhambra no hubiera existido nunca si este río no hubiera trazado su camino por estos sitios. Y yo sé que, hace mucho tiempo, el río Darro fue testigo en todo momento del nacimiento de ese gran castillo encantado. También puede ser que, en algún momento que ahora no sabemos cuándo, este río tan bello sea testigo del último día de esos maravillosos palacios. El río Darro, de vez en cuando, tiene grandes crecidas y la Alhambra, como todas las cosas de este mundo, un día desaparecerá para siempre. Puede que ese final sea tal como ayer por la tarde vosotros lo descubristeis.

Desde el muro del río Darro

Hoy se le ve muy bonito, con aspecto de antiguo, color piedra vieja y como mirador pequeñito frente al río. Aunque es un muro ancho, que sujeta el agua del cauce y al mismo tiempo sirve para definir y trazar el paseo de la Carrera del Darro y también como balcón frente a la umbría, murallas y torres de la Alhambra. Por eso, muchas de las personas que ahora van y vienen por aquí, se paran en este muro, se asoman al río, hacen fotos, contemplan las torres de la Alhambra, comentan y hasta se sientan a charlar con los amigos. Y claro que es interesante, íntimo y original este pequeño muro en el río Darro, a lo largo del paseo que he dicho.

Pero en otros tiempos, hace muchos, muchos años, por donde hoy se alza este muro y se ven los puentes de piedra, ocurrieron y se vieron muchas e interesantes historias. A mí me han contado, sino todas, gran parte de ellas. Y entre tantas historias y hechos interesantes, una leyenda es especialmente curiosa. Dicen que un hombre con dinero, con muchos amigos y algo de cultura, recibió el encargo de construir un puente en las aguas de este río. A la altura de lo que hoy conocemos como Puente de los Tableros o del Cadí. Y lo primero que hizo este hombre fue hablar con los jóvenes que por aquellos tiempos vivían en las partes bajas del barrio del Albaicín. Más o menos cerca del lugar de la construcción del puente. Los reunió junto a las aguas del río y les dijo:

- Vamos a construir un puente en este río, aquí mismo. Y, para mí, vosotros sois lo primero y más importante. Necesito de vuestro trabajo para que este puente sea una realidad. Pero de vosotros, lo primero que quiero y necesito es que os guste este trabajo, que forméis un equipo unido, que os respetéis entre sí y estéis alegres.

Y algunos enseguida preguntaron:

- ¿Y cómo va a tratarnos usted para conseguir eso?
- Os digo cuales van a ser mis condiciones y principios: solo trabajaréis algunas horas al día, os pagaré un buen sueldo y os daré comida y casa para que viváis cerca del río y no lejos del puente que vamos a construir. ¿Qué os parece mi oferta?
- Que es algo tan fantástico que hasta creemos que estemos soñando. ¿Cuándo empezamos?
- Mañana mismo.

Y al día siguiente, dieron comienzo las obras. Abrieron cimientos, juntaron tablas, trajeron piedras y ladrillos y antes de que se pusiera el sol, dieron de mano. Se reunieron para comer, se refugiaron en el lugar donde iban a construir la casa para vivir durante el tiempo de la construcción del puente y, entre sí, muchos comentaron:

- Un trabajo como éste, donde se disfruta tanto y que entre nosotros haya tan buen ambiente, nunca se ha dado aquí en Granada. Yo estoy contento y soy feliz por completo.
- Y lo mismo dijo yo y me pasa a mí.
- Desde luego que todo es tan bonito que es mucho más que un sueño.

Y poco tiempo después se vio el puente ya casi concluido. También se veía a este grupo de jóvenes, a veces trabajando y charlando entre ellos y otras veces, reunidos frente a las aguas del río, celebrando el momento de la comida o refugiados en la casa que construyeron para vivir. Y los que por el lugar pasaban, comentaban:

- Esta forma de hacer las cosas es la mejor de todas. Nunca antes se ha visto por aquí. Y por eso, cada día debemos ser más respetuosos y agradecidos con el arquitecto de esta obra.

Y un día, pasado bastante tiempo, se terminó la construcción del puente. Dicen que el más bonito, importante y recio de todos los puentes que se han construido en el río Darro a su paso por Granada. Por eso al verlo, todos se quedaban maravillados y, los que más, fue aquel grupo de jóvenes trabajadores y amigos. Y aquel puente duró, muchos, muchos años pero como el tiempo siempre sigue su ritmo, poco a poco aquella obra se fue rompiendo. Tanto que hoy en día, ya no queda por aquí sino algunos restos muy viejos y cada vez más deteriorados. Las personas siguen pasando, yendo y viniendo por la orilla del río, hoy el paseo más bonito de Granada y de otros sitios. Y muchos, cada tarde o mañana, se paran en el pequeño muro frente al río y frente a la Alhambra. Hacen fotos a los restos que de aquel puente quedan, miran, preguntan y comentan pero nadie, absolutamente nadie ni recuerdan ni saben nada de aquel grupo jóvenes. También ellos, en sus ratos libres, miraban las aguas de este río y soñaban y preguntaban mientras entre sí, vivían y compartían momentos de ensueño.

Las torres de la Alhambra

Ahora es conocido con el nombre de Jesús del Valle. Del mismo modo en que fue bautizado varios siglos atrás. Pero antes, cuando en la Alhambra había reyes, príncipes y princesas, a este lugar se le conocía con el nombre de “El Valle de la Luz”. Y tiene sentido este primer nombre y el segundo que le pusieron.

Porque el rincón sí es exactamente un valle. Todo un pequeño paraíso, más o menos a la mitad del recorrido del río Darro. A unos siete u ocho kilómetros del nacimiento de este río y casi a la misma distancia donde el cauce se entrega al río Genil, es donde se encuentra el valle que digo. Justo donde el río traza una amplia curva, obligado por una cuerda montañosa que nace justo donde la Alhambra se asienta. Esta gran colina, larga y muy robusta, es conocida con varios nombres: por donde la Alhambra, se le da el nombre de la Sabika, algo más arriba, el lugar muchos lo llaman Cerro del Sol, aunque sean los aledaños de este gran cerro, Luego, Dehesa del Generalife y llanos de la Perdiz. Y a la altura del valle que vengo diciendo, es donde encaja perfectamente el nombre del Cerro del Sol. Cumbre con 1036 metros de altura y verdadero Cerro del Sol porque es el punto más elevado. Por aquí, crecían y aun crecen, densos bosques de encinas, cornicabras, retamas, muchas aulagas y en las partes bajas, olivos y avellanos. Ya en los primeros tiempos de este edén, cuando era conocido como Valle de la Luz por lo bien iluminado que siempre está, gracias al brillante sol que en muchos momento lo baña, sembraban por aquí muchos olivos. También viñas y avellanos. Y dicen que las avellanas que se han dado siempre en este bellísimo lugar, eran las mejores de todo el reino de Granada. Lo mismo dicen de las uvas y el vino que salía de la viña que aun hoy en día puede verse no lejos del río. También en tiempos lejanos, en las tierras de este valle y en las laderas que a un lado y otro lo encierran, se daban muy buenas cosechas de cereales: trigo, cebada, centeno, avena…

Porque el Valle de la Luz, además de una belleza excepcional, desde tiempos remotos, ha tenido mucha agua y muy buenas tierras. Pero sobre todo, sol y agua en abundancia, pura y fina porque el manantial donde brotan, se abre en la montaña bajo una roca. Y precisamente por esta abundancia de agua y buenas tierras es por lo que, desde tiempos lejanos, en el lugar siempre hubo

grupos de personas. Al principio del siglo quince, en la construcción y existencia de un gran cortijo hoy conocido con el nombre de Hacienda de Jesús del Valle. Un gran complejo, recio, ampuloso y de alguna manera, bello.

Pero mucho antes de la Hacienda de Jesús del Valle, era importante un pequeño cortijillo en las tierras de este singular paraíso. Bueno, había más de una construcción ocupadas por algunas familias pero una en concreto es lo que interesa en este relato. Se alzaba, no lejos de la corriente del río. Sobre una llanura cara al sol de la mañana y, por lo tanto, mirando a Sierra Nevada y a un lado y otro, las tierras estaban sembradas de viñas y olivos. Blanco, rectangular, rodeado también de álamos y avellanos y con su corral al lado de arriba, para ovejas y cabras. Por el lado de abajo y hacia el río, se veía la senda que llevaba al gran charco. Remansado en la arena, entre algunas piedras y a la sombra de un par de almeces. Aquí era donde la madre muchas veces acudía para lavar la ropa de los hijos y del marido.

Y los dos hermanos, de entre diez y doce años, muchas veces también se venían con la madre cuando ésta lavaba en el río. Jugaban ellos con la corriente de las aguas, juntaban piedrecitas de distintos colores y tamaños, buscaban nidos de ruiseñores, recogían frutos silvestres, moras, avellanas, bellotas, majoletas, selvas, azufaifas, acerolas… Y luego decían a la madre:
- Por las aguas de este río de la Alhambra, un día flotaremos un barco construido por nosotros y nos iremos navegando hasta Granada.
- Eso será muy divertido y una gran aventura pero ¿y si os perdéis navegando río abajo hacia la Alhambra?
- No nos perderemos porque, según nos ha dicho nuestro padre, la Alhambra tiene muchas torres que se ven desde gran distancia. Iremos atentos a estas torres y nos servirán de guía.

Y para ir conociendo las torres de la Alhambra, muchas veces ellos se iban con el padre, cuando éste labraba la viña o los olivos, por el lado de arriba del cortijo. Y en estas ocasiones, era el hermano el que siempre decía a la pequeña:
- Subamos a ese cerro a ver si desde lo más alto, divisamos las torres de la Alhambra.
Y por el campo, pisando la hierba y siguiendo las veredas de las

ovejas, se iban al cerro. Desde lo más alto, miraban y como no descubrían ni la Alhambra ni sus torres, se decían:
- Pues mañana subimos a ese otro cerro más alto, que desde ahí seguro que sí vemos las torres que buscamos.
Y al día siguiente, mientras el padre labraba las tierras de la viña y la madre lavaba en las aguas del río Darro, ellos remontaban otro cerro. Desde este monte, como sí era muy alto, descubrían algunas de las torres. Y entonces se entusiasmaban y se decían:
- Pues mañana subimos al monte de aquel lado del río, que desde allí se tiene que ver mucho más.

Y otra vez de nuevo al día siguiente y al otro, al cuarto y quinto día, subían a un monte y otro para descubrir las torres de la Alhambra. Hasta que llegó un momento que ya habían subido a todo los cerros que el río Darro tiene por donde las tierras de Jesús del Valle. Y como ellos fueron descubriendo que todos estos cerros eran más altos que las torres de la Alhambra, se le fue ocurriendo una nueva idea. Comenzaron a darle nombres a cada uno de estos cerros y comenzaron a buscar de qué manera conectarlos con las torres que soñaban. Hasta que un día descubrieron que subiéndose a lo más alto del cerro más elevado, el de los olivares al otro lado del río, desde su cumbre, se veían cinco o seis montes muy altos y todos parecían estar en línea recta con las torres de la Alhambra. Éstas se divisaban al final del todo, muy lejos y por donde el río Darro se perdía.

Y una tarde, estando ellos en lo más alto de este monte, frente a la puesta del sol y con las torres de la Alhambra al fondo recortadas y todas alineadas con los cerros que conocían, la hermana pequeña dijo:
- ¿Y si en lugar de construir un barco para irnos por las aguas del río, un día damos un salto y desde estas cumbres salimos volando hasta las torres de ese gran palacio?

La despedida

Después de cuatro años, llegó el momento de marcharse. Justo cuando la primavera llegaba y, en las altas cumbres, las nieves se derretían. Por eso el río Genil y el Darro, el río y amigo de la Alhambra, comenzaban a bajar llenos. Siempre, cuando cada año el invierno se retira y las nieves empiezan a irse, estos dos hermosos ríos de Granada, se llenan a tope. Aparecen las cascadas, rebosan los charcos, se fraguan las corrientes y, como casi siempre esto ocurre en primavera, las aguas de estos ríos se tornan azules verdes. Colores purísimos que gustan mucho verlos y, más aun, cuando las aguas se remansan y juegan con la arena.

Y aquella tarde, recién llegada la primavera, ella le dijo a su amigo:
- Se acerca mi fin aquí en Granada.
- ¿Y cómo te sientes?
- Desde luego que muy triste.
- Pero vuelves, después de cuatro años, a tu país y casa.
- Eso es cierto pero ahora ya, en estos rincones de Granada, por donde el río Darro y lugares de la Alhambra, tengo trozos de mi corazón y hasta lo mejor de mi alma. Como tantas veces ya te he dicho, Granada, los paisajes que le rodean, sus silencios, tardes de sol y lluvia y cuando llega la primavera, es única. Respira y entrega una magia que aprisiona y llena hasta lo más íntimo. ¿Me entiendes?
- Un poco sí pero…
- Lo comprendo y por eso quiero despedirme tanto de ti como del río Darro, de la Alhambra y de Granada, en ese lugar que el otro día te dije. Te espero mañana por la tarde y vamos.
Después de un rato en silencio el amigo le preguntó:
- ¿Qué hay en ese sitio que no puedas revelarme desde ningún otro lado?
- Cuando estemos allí te lo explico. Porque también quiero que sepas y veas que de Granada, del río Darro y de la Alhambra, me llevo lo más hermoso. Mañana te espero, vamos al lugar que sabes y desde allí te muestro y explico.
- Pues mañana nos vemos.

Y a primera hora de aquella tarde mediado de abril, se les vio a los dos. Justo en el mismo puente del Aljibillo se encontraron y, después de saludarse, subieron por el camino que lleva a la Fuente

del Avellano. La tarde se había nublado, no hacía frío ninguno, el sol salía a ratos y por entre las zarzas y álamos, los primeros ruiseñores ya cantaban. Dijo el joven a su amiga:
- Es una lástima que te vayas de Granada. Y más me entristece aun que sea ahora, cuando la primavera llega.
- Más lo siento yo pero mi pasaporte caduca, ya he terminado mis estudios y aquí no tengo trabajo.
- ¿Y volverás algún día?
- Eso quiero yo, volver y quedarme para siempre en Granada.

Subieron la pequeña cuestecilla del primer tramo de este camino y enseguida, a la derecha, vieron la sendilla. Por ella remontaron, agarrándose a las ramas de cornicabras y continuaron subiendo. Ahora ya por la umbría del Generalife, como al encuentro de la acequia. Trazaron con la senda, varias curvas y al llegar al rellano de la hierba, se pararon. Dijo ella a su amigo:
- Este es el lugar concreto y elegido por mí para despedirme de ti y de Granada.
- ¿Y qué es lo que hay aquí y quieres mostrarme?
- Mira conmigo río arriba y presta atención a lo que voy a decirte.
Le hizo caso y, desde la pequeña repisa muy alzada en la ladera, justo por debajo del Generalife, miró valle arriba en la dirección contraria a como vienen las aguas por el río. Al fondo y a lo lejos, se abría un largo y profundo valle escoltado por las dos laderas, tupidas de vegetación y sembrado de olivares, encinas y almendros. Y más al fondo aun, la bruma iba velando como en una cortina de niebla fina hasta dejar por completo todo tapado. Dijo el amigo:
- Desde luego que la tarde y este amplio valle del río Darro y visto desde aquí, todo parece hermoso y terriblemente misterioso.
Hubo un momento de silencio y luego comentó ella:
- Lo que acabas de decir es parte de lo que deseo mostrarte.
- Lo entiendo pero y lo que falta ¿qué es?
- Ya te dije que de Granada y de estos sitios de la Alhambra, me llevo lo mejor que en mi vida ha ocurrido.
- ¿Y qué es?
- Dos cosas muy concretas que dentro de mí tengo muy claro: en este valle que ahora mismo tenemos al frente y se nos pierde en la lejanía entre la bruma, es donde siempre he soñado construir y tener mi pequeño palacio.
Y al oír esto, rápido preguntó el amigo:
- ¿Tu palacio? Si no tienes ni dinero ni trabajo y ni este río ni tierras

te pertenecen ¿Cómo puedes fantasear tan gran sueño?
- Lo he soñado, lo sueño y me llevo este sueño conmigo ahora que me marcho. ¿Quieres que te diga como imagino el palacio que te he comentado y me gustaría tener en este lugar concreto?

Esperó él unos minutos y al rato dijo:
- Sí, dímelo. Me va a gustar mucho saber cómo es este sueño tuyo.
Y sin perder tiempo la amiga aclaró:
- Allá a lo lejos, en lo más hondo y donde la bruma no deja ver más, es donde estaría este palacio mío. Y desde aquí, río Darro arriba, por la misma orilla de las aguas y entre las dos laderas, irían los caminos. Todos de tierra y piedra y a un lado y otro, sembrados de los jardines más bellos. Junto a las paredes de mi palacio, el agua del río remansadas y en cascadas por entre los almendros.
- ¿Y por qué aquí y de este modo has soñado y sueñas construir tu palacio?
- Porque ahora tengo muy claro que es este el único lugar del mundo donde el silencio es profundo, el agua clara como el viento y la serenidad auténtica y verdadera.
- ¿Solo por estas tres cosas sueñas tener aquí tu palacio?
- Desde luego que también por la belleza de los paisajes y la figura de la Alhambra, cerca. Pero para mí no hay tesoro más valioso que los sitios que por aquí regala el río Darro y la transparencia que de estos lugares mana. Llenar mi corazón de estos silencios, luces y colores, ahora sí estoy muy segura que es lo mayor fortuna que pueda tenerse en esta tierra.

Al oír estas palabras el amigo ya no preguntó nada más. Junto a ella y en la hierba, se sentó. Sin dejar de mirar la profundidad del valle y ahora, imaginando allá a lo lejos, el sueño que le había contado. Luego, cuando la tarde dejó paso a la noche, regresaron a Granada. Al día siguiente ella se marchó y desde aquel momento, nunca más ha vuelto por estos lugares. Siguieron pasando los días, los meses y los años y él, cada tarde y sobre todo al llegar la primavera, vuelve al balcón de la ladera. Sobre la hierba se sienta y, mientras mira a la profundidad del misterioso valle del río Darro, la sueña. Sueña también con el palacio que ella imaginaba, mientras el corazón se le llena de tristeza y hasta llora. Pero en muchos momentos, también siente que su alma se le llena de la armonía y transparencia que la amiga explicó aquella última tarde. Y entonces se dice: “Sin duda que sentir el alma y cuerpo entero convertidos en

la transparencia que por aquí el río regala, es muy hermoso. Quizá la fortuna más grande de esta tierra".

Los silencios del río de la Alhambra

El río que corre cristalino
rozando las murallas de la Alhambra
entre álamos y zarzas escondido,
es espejo y abriga en su alma,
los silencios y secretos más bonitos.
¡Cuánto saben y proclaman las aguas
de este bellísimo y transparente río,
ruiseñor enamorado de Granada!

Con frecuencia se le veía por las orillas del río Darro. Siguiendo el trazado de las sendillas que por esos lugares iban, en busca de su "rincón pequeño". Porque con este nombre era como él siempre llamaba al solitario balcón frente al río. Pequeña repisa natural, alzada en una de las laderas, umbría o solana de la Alhambra y donde reinaba siempre un gran silencio. Tanto que hasta parecía que ni siquiera el tiempo por allí pasaba y las personas, tampoco. Solo él, cuando cada tarde llegaba, se acomodaba en lo más alto, siempre donde la hierba se extendía en alfombra, no lejos del viejo almez y alzado en la ladera.

Y en este punto concreto, mirando al río, sumido en hondo silencio y quietud, se quedaba, a veces horas y horas. Muy pocos lo veían aunque sí muchos lo conocían. Vivía en las partes bajas del barrio del Albaicín, no lejos de la Alhambra y por eso estaba enamorado, no tanto del gran castillo como sí del río Darro, amigo inseparable de estas torres y murallas. Las aguas de este río, su rumor al saltar por la corriente, sus silencios remansados en los charcos y la luz que siempre con la corriente jugueteaba, era lo que a él más le divertía y alimentaba. Solo de vez en cuando, algún conocido se le acercaba, cuando lo veía recogido en el mirador de su rincón pequeño y comentaba:

- Debe ser algo muy grande lo que cada día descubres tú en las aguas de este río.
- ¿Por qué lo dices?

- Tanto rato aquí sentado, un día y otro y siempre frente a estas aguas y como ajeno a cuanto te rodea, es por algo que los demás no sabemos ni adivinamos.
Y en alguna ocasión él les respondía:
- Es mi secreto personal pero sí que me alimento y me sacio de algo que nadie ni nada puede darme por ningún lado en este suelo.

Y a veces, en aquellos momentos o cuando la tarde caía y el sol se iba apagando, aparecía la niña. De pelo negro, cara redonda y cuerpo menudo y frágil como un soplo de viento. Él siempre se le quedaba mirando y esperaba. Ella, un día y otro y casi siempre por las tardes, se paraba en un punto concreto del río. Donde las aguas se remansan y parecen más puras que en ningún otro punto, miraba para el lado de la Alhambra en lo más alto de la colina y la llamaba:
- Mamá, asómate a la ventana que quiero decirte algo.
Y nadie se asomaba. Ni a la ventana ni a la puerta ni a ningún otro lado. Pero ella, después de un rato, esperando una respuesta, otra vez la llamaba:
- Mamá ¿dónde te has metido?
Y pasado otro buen rato sin que nadie apareciera ni contestara, la pequeña daba media vuelta, en silencio subía por la torrentera y cabizbaja se iba a su cueva, meditando nadie sabía qué.

Tampoco nadie parecía verla ni saber quién era ni lo que en su corazón palpitaba. Pero él, desde el balcón pequeño alzado en la ladera y frente al río, sí la observaba en silencio. Y a veces se preguntaba: "¿Quién será esta niña y por qué tantas veces viene a este río en busca de la madre que nunca se presenta?" Y como nadie tampoco respondía a esta pregunta, allí, en su silencio, frente a las cristalinas aguas del río, seguía quieto. Como ajeno por completo al mundo que le rodeaba aunque sí parecía alimentarse de las purísimas aguas de la corriente.

A sus espaldas, también siempre silenciosas y muy hermosas sobre la colina, emergían las torres y murallas de la Alhambra. Como mirando con él irse las aguas del río y como meditando y diluyéndose en el silencio y los imperceptibles pasos del tiempo. ¿Quién era él y la pequeña del río que tanto necesitaba de la madre que nunca parecía? ¿Qué misterios o secretos eran los que en el corazón de uno y otro, palpitaban y por qué la Alhambra sí parecía conocerlos y arroparlos desde su eternidad clavada? También yo sé dónde está y

como es exactamente el rincón donde cada tarde se sentaba frente al río y abrazado por el más limpio de los silencios. Conozco el sitio que en forma de balcón se eleva cerca del río Darro pero no voy a descubrirlo. Ahora sé que el lugar, tiene algo de sagrado porque pertenece al universo de lo eterno y por eso nadie debe nunca mancharlo. Le pertenece, y también al río, como algo único y para siempre, ya que fue y sigue siendo su especial trocito de cielo.

Diamantes del río Darro

Diamantes líquidos, azul claro
son las cantarinas aguas
que van por el Darro,
desde la nieve en las montañas,
para quedarse sembrados
en los jardines de la Alhambra.

En aquellos tiempos, además de muchos huertecillos, veredas y algunas alamedas, junto a las aguas del río Darro, había molinos. Construcciones, algunas pequeñas y otras no tanto, levantadas en las mismas orillas de las aguas y casi siempre por dentro, llenas de vida. Olían a trigo granado y convertido en harina blanca y, en otros momentos del día, a pan recién hecho con sabor a gloria. Y todo sazonado con el run, run continuo de la piedra de granito machacando el trigo y el chapoteo de las aguas pasando y pasando.

Casi todos estos molinos estaban ocupados, en sus momentos de trabajo, por hombres sencillos, muy pobres algunos, delgados o recios pero todos buenos. Ilusionados con su trabajo y felices por vivir cerca de las aguas de este río y orgullosos de las tierrecillas de sus huertos y de la figura de la Alhambra, siempre sobre la colina como vigilando o dando compañía. A primera hora de las mañanas, algunos comentaban con sus compañeros:

- Este molino nuestro, será viejo, pequeño y poca cosa pero hay que ver qué hermoso se ve junto a este río.
- Y que lo digas. Este pequeño molino nuestro, el de más arriba y el de más abajo, es como si fuera la mejor decoración del río. El Darro, el río de la Alhambra, no sería lo que es sin nuestros molinos.
- Y de sus aguas claras, sustancia fina de las montañas ¿qué me dices?

Y el compañero y el que trabaja en el otro molino de abajo y en el de arriba, siempre respondían:
- Que son diamantes líquidos las aguas del río que mueven nuestros molinos.
Y esto lo decían porque continuamente el agua del Darro parecía nieve recién derretida. Y cuando más se veía este bellísimo espectáculo, era por las tardes, un poco antes de ponerse el sol. Si se miraba al río un poco alzado en las laderas que tiene a un lado y otro, siempre se veían los viejos molinos decorando junto a la corriente. Y siempre de estos molinos, emergían como pequeñas torres de piedra, algo parecidas a las torres de la Alhambra. Y como al darles los rayos del sol de las tardes, las aguas relucían con tonos de diamantes líquidos, ellos decían y creían que sí: Que las aguas del río Darro, eran esencias de diamantes líquidos que bajaban de las montañas para mover las piedras de sus molinos.

Los pobres del río Darro

Ellos no sabían ni leer ni escribir pero tenían gran sabiduría. Quizás mucho más que los reyes de la Alhambra y que los generales que los servían. Porque ellos tenía muy claro que mostrarse sencillos en la vida y humanitarios con los demás, les protegía. Por eso, cuando alguien llegaba a sus casas o se acercaban a ellos cuando cultivaban las tierras de sus huertos, siempre le decían:
- Sed bienvenido y cualquier cosa que necesites, si yo la tengo o puedo, cuenta conmigo.
Y luego siempre, le ofrecían algo de comida, lo que tuvieran aunque fueran pobres. En ocasiones también decían:
- Quizás esté cansado o tenga sed o hambre. Con esto recuperará algunas fuerzas y como estos productos míos son buenos, ya verá qué bien le sienta.
Y a los que realmente le sentaba bien era a ellos mismos. Porque se sentían generosos, buenos por dentro y en el fondo, a salvo de que los atacaran o robaran. Entre sí, siempre comentaban:
- Aunque las personas sean desconocidas, hay que comportarse con ellos como si fueran amigos de toda la vida.

Y un día, por donde el río Darro tiene tierras llanas en sus orillas, antes de Granada y desde donde ya se ve la Alhambra,

llegaron unos jóvenes. Un grupo de cinco o seis, con perros, mal vestidos, con barbas y pelos largos y sin más utensilios ni alimentos. Se acercaron al río y donde las ruinas de un solitario edificio, se quedaron. Desde hacia tiempo este edificio estaba abandonado y se caía poco a poco. Los pobres de esta zona del río Darro no conocían al dueño de estas ruinas pero ellos sí respetaban el lugar como algo que no les pertenecía y que sí tendría su propietario. Sin embargo, los jóvenes, nada más aparecer por el sitio, se fueron derechos al edificio abandonado y enseguida lo ocuparon. Al verlos, los que tenían los huertecillos cerca o alguna casa o cueva, entre sí comentaron:

- No los molestemos ni les digamos nada que pueda ofenderles. Que no se hagan enemigo de nosotros porque eso no sería bueno para nadie.
- Sí, hagamos esto. Y si se acercan a nosotros cuando estemos cultivando las plantas de nuestros huertos, démosle lo que tengamos. Mejor que se lo demos nosotros a que ellos nos lo roben cuando no los veamos.

Y aquella misma tarde, el hombre pobre que tenía unas tierrecillas no lejos del edificio en ruinas, dijo a su mujer:

- Prepara una cesta grande llena de cosas. Todo lo que tengamos y puedas.
- ¿Para qué la quieres?
- Tú hazme caso y prepara lo que te digo. Después lo comentamos.

Y al instante la mujer cogió una cesta de mimbre, puso dentro patatas, higos secos, algunas naranjas y limones y también pan y uvas pasas. Cogió el hombre la cesta, en compañía de su hijo, caminaron por la senda dirección a la vieja casa, llegaron a donde los jóvenes estaban, los saludó y les entregó la gran cesta repleta de alimentos, diciendo:

- Esto es lo que tenemos. Compartirlo entre vosotros y así al menos, por unos días, coméis buenos productos. Después, Dios proveerá.

Ellos se lo agradecieron, se repartieron entre sí los frutos y luego dijeron:

- Tienen buen corazón estas personas pobres del río Darro, el de la Alhambra. Y como nos tratan bien, debemos respetarlos y no hacerles daño.

La acequia del río Darro

El agua que corre a los pies de la Alhambra,
savia de los altos montes
por donde se acumulan las nieves blancas,
tiene alma propia
y en su corazón, la eternidad tallada.
Las acequias, fuentes y el río Darro,
cada día lo anuncian al llegar el alba.

Desde su nacimiento, en la Fuente de los Porqueros, por encima del pueblo de Huétor hasta su desembocadura en el río Genil, el río Darro tuvo y tiene muchas acequias. Originales canales artificiales, la mayoría de tierra y construidos en tiempos antiguos, para llevar el agua a las huertas, casas y cuevas. Muchos de estos canales, eran y son pequeños, de recorrido corto y de escaso caudal de agua. Otros eran y son largos, con mucha agua, como es el caso de la Acequia Real de la Alhambra o la de Aynadamar. Bastantes de estas acequias, regaban y siguen regando las tierras llanas en las riveras del río Darro. Otras, alimentaban molinos de aceite y de harina y muchas servían para llenar aljibes, sustentar fuentes y regar jardines en las casas particulares y cármenes.

Justo mismo donde nace este río, Fuente de los Porqueros o Nacimiento, ya hay acequias. Dos muy grandes que por la derecha y por la izquierda, llevan agua a molinos, olivares, tierras de cultivo, pequeñas vivienda y al pueblo mismo y a más huertas. A su paso por el pueblo, al río le siguieron construyendo acequias. Ya por debajo del pueblo y hasta el paraje de Jesús del Valle, a un lado y otro, siguen saliendo canales. Uno de estos canales aun alimenta a una pequeña fábrica de luz. Más abajo se remansa la presa de la Acequia Real de la Alhambra y luego las tierras y cortijo de Jesús del Valle. Por este sitio, las acequias no solo regaban tierras sino que alimentaban molinos de aceite y de harina y daba agua a viviendas, pilares y corrales de animales. Y desde este hermoso valle hasta Valparaíso, seguía y aun le sigue saliendo acequias a este corto pero fantástico y cristalino río Darro.

Hoy en día, desde Jesús del Valle para abajo, muchas de las acequias antes mencionadas, están rotas o perdidas pero por Valparaíso y hasta cerca del Puente del Aljibillo, todavía hay una que

tiene vida propia y es útil. Algunas personas aún conservan sus huertecillos por las riveras del Darro y, sobre todo, por Valparaíso y Fuente del Avellano. Por eso es justo aquí, por donde los parajes de la Fuente del Avellano, frente a la Abadía del Sacromonte y las laderas de las cuevas, por donde aun corre la Acequia del Avellano. En tiempos antiguos a esta acequia se le conocía hasta con tres nombres deferentes: Acequia de Santa Ana, de Romaila y de los Ajares. Sale del río por encima de la Abadía y, por el lado de la umbría del Generalife, desciende paralela al cauce elevándose poco a poco hasta por debajo del Rey Chico. En la misma umbría del Generalife y a media altura y parte alta, se encuentran las dos más grandes acequias que le han construido a este río: la Acequia Real de la Alhambra y la del Generalife. Pero la pequeña acequia del Avellano, tenía y tiene algo que no se da en ningún otro canal de este río.

Fue construida esta acequia en tiempos muy lejanos. Casi antes que la Alhambra y principalmente para regar huertecillos. También para regar jardines de cármenes y para que de ella cogieran agua algunos habitantes de los barrios por debajo de la Alhambra. Aun hoy en día sucede esto. Pero en aquellos tiempos, para lo que más servía el agua de esta acequia era para dar vida a las tierras de los huertos que vengo diciendo. Por eso, siguiendo su trazado, a primeras horas del día y al caer las tardes, siempre se veían hombres que iban y venían con sus herramientas de labor a cuestas. Al encontrarse unos y otros, se saludaban y preguntaban:
- ¿Qué? Tu huertecillo este año ¿va a darte buena cosecha?
- Más o menos como el año pasado. ¿Y el tuyo?
- Mis plantas están que dan gusto verlas. Con esta agua tan buena y fresca que a todas horas nos regala el río y este sol de primavera, mi huertecillo creo que me va a dar una muy buena cosecha.
- Pues hay que agradecerle al cielo que nos premie con este tesoro de río de tan abundante agua fresca y pura.
- Eso desde luego. Y también hay que agradecer la suerte de vivir en este lugar tan bueno y este barrio y ciudad tan mágica. Montañas, bosques y ríos, hay en muchos lugares del mundo pero como las maravillas que aquí tenemos, no existe en ninguna otra parte del planeta.

Y al caer las tardes, en aquellos todavía frescos días de primavera, estos hombres se juntaban. Justo por debajo de lo que

hoy es la Fuente del Avellano y cerca de la acequia, encendían un fuego. Alrededor de sus llamas se sentaban y mientras contemplaban irse el sol, derramando sus últimos rayos sobre las torres de la Alhambra, charlaban. Se repartían entre ellos algunos frutos de los huertos y, mientras se calentaban y charlaban, gozaban del rumor del agua y del brillo de las estrellas en los cielos de Granada. Nadie le daba importancia a estas sencillas reuniones de aquellos hombres pobres. Pero aun hoy en día, cuando se recorre este trozo de acequia, el corazón se asusta y se alegra.

Porque, junto al fuego, cerca de la clara acequia y no lejos de las tierras de sus huertecillos, ellos parecen haberse quedado para siempre. Compartiendo las llamas de la lumbre, hablando de sus sencillas cosas y mirando a las estrellas. Por eso, esta acequia del Avellano y en este tramo concreto, tiene alma propia y es muy diferente a todas las demás acequias del río Darro. A través del tiempo, ellos siguen vivos por aquí y como contemplando y gozando del agua que corre a los pies de la Alhambra.

En el puente del Aljibillo del río Darro

Me lo dijeron y no lo creía. Por eso, durante algunos días, pensé mucho en ello. Y aquella noche, última del mes de marzo, ya en la cama me dije: “Mañana mismo tengo que ir a verlo”. Y al día siguiente, primer día del mes de abril y comienzo de la Semana Santa, me dediqué a ello.

El día amaneció nublado, sin frío ninguno, con los naranjos llenos de flores y, en los jardines y cármenes de Granada y por la Carrera del Darro, cimbrándose y florecidos los narcisos. Olían a incienso fresco algunas de las calles de Granada y por la Carrera del Darro, la luz, los colores, el rumor del agua, los turistas y la hermosa figura de la Alhambra, llenaban de entusiasmo el alma. Caminé despacio y a primera hora de la tarde, me dirigí al pequeño puente de piedra. Se le conoce con el nombre de Puente del Aljibillo y es el último que el río Darro tiene, subiendo desde el centro de Granada hacia la Fuente del Avellano. Justo donde termina el Paseo de los Tristes y comienza la Cuesta del Chapiz y camino o cuesta de los Chinos o del Rey Chico. Lugar éste muy conocido por todos los

habitantes de Granada. Porque, además de ser muy bonito y único en el río Darro, también se rodea de misterio y luces fantásticas al caer las tardes y frente a la Alhambra. Yo diría que no hay en toda Granada un rincón tan bello y mágico como el Puente del Aljibillo.

Por eso, según me iba acercando, el corazón me latía a prisa y la curiosidad me comía. Ya he dicho que, como muchas otras personas que tenían conocimiento de los hechos, no me lo cría. Pero por bastantes sitios de Granada, muchos comentaban:
- Que tal como están los tiempos ahora, nadie regala nada.
- Parece de locos y por eso algunos no se lo creen pero es cierto.
- ¿Y tú lo has visto y comprobado?
- Con mis propios ojos y ayer mismo.
- Pues si es así, habrá que ir a verlo. Que tal como están los tiempos ahora, si las cosas son como dices, es un milagro que solo puede suceder en Granada, no lejos de la Alhambra y junto a las aguas del río Darro.

Estas o cosas parecidas iba meditando mientras me acercaba al puente. Y vi a las primeras personas concentradas y formando fila al final de la plaza del Paseo de los Tristes y otros ya subiendo para la Alhambra, por la Cuesta del Rey Chico. Ya he dicho que el día era muy hermoso, sin frío ninguno ni viento y como con algo mágico suspendido en el tiempo. Me fui acercando poco a poco y cuando estuve al comienzo del bonito puente, me paré. Miré buscándolo y lo vi. Estaba sentado en el pequeño muro del lado de arriba y hablaba con las personas que a él se acercaban. Les preguntaba:
- ¿Cuántos libros quieres?
Y algunos le decían:
- Yo me conformo con dos y también dos entradas.
De las cajas de cartón que tenía junto a sí, cogía los libros y las entradas, se las deba a la persona y le decía:
- Que disfrutes este libro y también disfrutes mucho recorriendo la Alhambra y los hermosos rincones de Granada.

Y el siguiente decía:
- Yo quiero tres libros y cuatro entradas.
- Pues a mí me da usted dos entradas y seis libros. Se los voy a regalar a mis hijos y a mis nietos.

- Y a mí, solo un libro y una entrada.
Y a unos y a otros, sin cobrarles nada, iba dando lo que cada cual le pedía al tiempo que les repetía:
- Como la Alhambra y Granada, nada hay en el mundo entero. Que esto te sirva un poco para gozarla a fondo y conocer sus misterios.
Fue avanzando la cola y cuando llegué a él, lo miré despacio, miré al libro que regalaba y luego miré al río Darro y a la Alhambra. Me preguntó:
- ¿Cuántos libros quieres tú?
- Con solo uno y una entrada, tengo bastante.
Me alargó el libro y al cogerlo, leí enseguida el título: “La Fantasía del sueño más bello, Alhambra de Granada”.

Me guardé la entrada y cuando comenzaba a subir por la Cuesta del Rey Chico, oí que varias personas comentaban:
- Apenas nadie lo conoce en Granada pero muchos dicen que tiene tanto dinero que no sabe qué hacer con él. Y parece que lo único que se le ha ocurrido, es editar este libro y comprar entradas para visitar los palacios de la Alhambra, y regalar todo esto a todo el que viene por aquí.
- Un hombre bueno y enamorado de la Alhambra y de Granada, sin duda. Y más valor tiene aun, en los tiempos que vivimos.
- Y lo más original, es el rincón que ha escogido para repartir estos libros y las entradas.
- Sí, porque el Puente del Aljibillo, en el río Darro y frente a la Alhambra, es un rincón único no solo aquí en Granada sino en el mundo entero.

El caballo blanco de río Darro

Era una de las personas más importantes en la Alhambra. No tanto como el rey, pero en el fondo, mucho más. Porque ostentaba el cargo de Secretario General. Por eso muchos trabajaban a sus órdenes, las cuentas y el dinero pasaban por sus manos, las obras y arreglos de los palacios, lo que se le pagaba a los empleados y soldados y hasta las órdenes que el rey daba. Todos decían que era un hombre serio, inteligente, bastante soberbio y muy rico. Por eso muchos allí en la Alhambra, por el barrio del Albaicín y riberas del río Darro, decían:

- Es lo de siempre, todo el que maneja dinero de los de constituyentes, al final acaba llenándose los bolsillos.
- Y eso es cierto porque si no ¿decidme vosotros de dónde ha sacado para costearse el palacio que tiene junto al río?

Se referían ellos a un fantástico y bellísimo palacio, junto al río Darro, entre las casas del Albaicín y lo que hoy se conoce con el nombre de Sacromonte. Todo de piedra tallada, con vigas y artesonados de madera, columnas y escaleras de mármol blanco rematadas con mármol verde y negro y jarrones y cuadros de vidrio y hermosa cerámica. También este palacio tenía un buen trozo de tierra a su alrededor, sembrado de tupidos jardines y con muchos árboles frutales y de flores. Los granados, cipreses y ciruelos eran los árboles que más le gustaban a este secretario General. También le gustaban mucho las fuentes de agua clara entre los jardines de su palacio, la grandiosa vista que desde todas las ventanas de su palacio, tenía hacia la Alhambra, valle del río Darro y de Granada. Por eso cuando estaba con sus amigos, también ricos e importantes como él, los invitaba a pasear por los jardines y siempre les preguntaba:
- ¿Decidme vosotros si por algún sitio y a lo largo de vuestra vida, habéis visto alguna vez un palacio tan bello como éste mío?
- Nunca lo hemos visto.
- Y además, aunque está hecho con el lujo más grande y el gusto más exquisito, no me ha costado ni un duro.
Y sus amigos le preguntaban:
- ¿Y cómo lo has conseguido?
El hombre importante, dándoselas de astuto y sabio, seguía diciendo sus amigos:
- Aquí entre nosotros y en confianza os digo que todo este palacio ha salido del sudor de gente pobre y humilde. De los impuestos que cada año les cobramos y de la opresión que ejercemos sobre ellos.
- Es que los pobres, los incultos y miserables, siempre han sido una gran fuente de riqueza pero no para ellos mismo. No hay nada mejor que mantenerlos a raya, doblegarlos y cobrarles impuestos para sí manejarlos a nuestro antojo.

Por el lado de arriba de su palacio, siguiendo el curso del río Darro y en las laderas del Sacromonte, una familia muy humilde, vivía en una cueva. Dos hijas tenían y el padre, todavía joven, fue llamado un día por el rey. Al saber la noticia, rápido lo comentó con la

mujer y ésta le preguntó:
- ¿Para qué te llamará?
- No lo sé.
- ¿Acaso el rey o los de la Alhambra tienen de nosotros alguna deuda que cobrar?
- Nosotros no tenemos ni animales ni riquezas. Por eso, aunque el rey quiera, por nada puede cobrarnos impuestos. Nada le debemos.
- Entonces ¿para qué que te llamará?
- En cuanto mañana suba a la Alhambra y me lo digan, lo sabremos.

Y en la Alhambra, en uno de los recintos militares, le dijeron:
- Es cierto que nada debes al rey pero te necesitamos.
- ¿Quién me necesita y para qué?
- Te necesita el sultán de Granada para luchar en la guerra que sostiene con los que quieren echarnos de este reino.
- Pero yo tengo mujer y dos hijas. Si me llevan a la guerra ¿quién va a cuidar de ellas?
- Las cosas son así y nosotros cumplimos órdenes.
Y muy apenado y triste el hombre de la cueva preguntó:
- ¿Y si me sublevó contra la orden del rey?
- Ni se te ocurra porque entonces, serás apresado y ejecutado y de este modo nadie de tu familia saldrá ganando.
- Pues decirme entonces ¿cuándo tengo que presentarme para ir a la guerra?
- Ahora mismo ya te necesitamos pero vuelve a tu casa, despídete de tu familia y te presentas aquí mañana por la mañana al salir el sol.

Volvió a su casa, comentó a su familia lo que le habían dicho y a aquella noche nadie durmió en la pequeña cueva. La madre lloraba de vez en cuando y las hijas se abrazaban a ella preguntando:
- ¿Y cuándo volverá nuestro padre?
- Quizá vuelvo pronto o quizá no vuelva nunca.
- Y sin él, contigo enferma y nosotras tan pequeñas ¿cómo podremos seguir viviendo?
Preguntaba la hija mayor. Nada respondió la madre y sí el padre, al salir el sol al día siguiente, se presentó en el los recintos de la Alhambra.

Junto a su bonito palacio, también este hombre importante, tenía un trozo de tierra. Por las orillas del río Darro, más o menos a la altura de la Fuente del Avellano y no lejos de muchos huertecillos de personas pobres del barrio del Albaicín. Y en este trozo de tierra, había construido un cobertizo donde cuidaba y protegía un bonito caballo blanco. Porque a él, también una de las cosas que le gustaba mucho eran los caballos. Para ir a las montañas de caza con sus amigos o simplemente para subirse en ellos y darse paseos por Alhambra o calles de la ciudad. Se decía: "De este modo, las personas se fijarán en mí y al verme en esta magnífico caballo blanco, se impresionarán y me temerán más. A los pobres, para sacarles hasta la última gota de sangre, siempre hay que tenerlos asustados. Y este caballo mío, tan blanco, tan robusto y con estas crines y cola tan bonita, a los pobres les debe impresionar mucho".

Este era el motivo principal por lo que el hombre "importante", mostraba tanto interés por su caballo. De aquí que todos los días, de los trozos de pan que sobraba en las mesas de los reyes, un criado recogiera varias cestas. Le había dado órdenes para que guardara estos trozos de pan y cuando tuviera un par de sacos, los cargara en su borriquillo y se los llevara al cobertizo donde guardaba su caballo blanco. También le había dicho a este hombre:

- Pero a ti que no se te ocurra darle ni un solo trozo de este pan a mi caballo. De eso me encargo yo, que para eso soy su dueño y hago lo que me gusta.
- Usted descuide, señor. Yo siempre haré exactamente aquello que me ordene.
- Así me gusta.

Y el pobre criado, cuando recogía de las mesas estos trozos de pan, cuando los guardaba en los sacos y cuando los transportaba en su borriquillo, constantemente se decía: "¡Con la cantidad de personas que pasan hambre y hasta se mueren y que éste pan tan bueno sirva de alimento a un caballo…! Le entraban ganas de, a escondidas, coger algunos de aquellos mendrugos y comérselos porque él también pasaba mucha hambre. También en ocasiones y siempre a escondidas, se sentía tentado a esconder algunos de aquellos trozos de pan para luego llevárselos a sus hijos pero nunca llevó a cabo esta acción. Sabía que si lo descubría el hombre "importante" no solo se quedaría sin su trabajo si no que podría costarle la vida.

Pero un día, cuando el criado del borriquillo dejó su carga en el cobertizo del caballo blanco, el hombre “importante”, enseguida se acercó. Miró los sacos de mendrugos, los vació y contó cada uno de los trozos. Se dijo: “De este criado mío así como de otros muchos, no me fío ni un pelo. Todos ponen caras de santos cuando están en mi presencia pero luego por detrás, traicionan, engañan y hasta roban”. Por eso anotó bien el número de trozos de pan que había en los sacos y luego se fue, diciéndole a su caballo: “Al caer la tarde volveré por aquí y te daré de comer todo lo que quieras. Sé que te gusta este pan duro porque para ti también es comida de reyes”. Y volvió al caer la tarde. Justo cuando ya se ponía el sol y lo primero que hizo, en cuanto llegó al cobertizo, fue sacar otra vez los trozos de pan y contarlos. Y para su asombro, comprobó que le faltaban diez mendrugos. Se dijo: “¡Maldito criado! Como me imaginaba, me está robando. Va a saber lo que es bueno en cuanto lo coja con las manos en la masa.

Le dio de comer a su caballo y al día siguiente, esperó a que el criado llegara con su borriquillo. No le dijo nada pero en cuanto dejó la carga y se fue, se puso a contar los trozos de pan. Lo anotó bien todo en un papel y luego, en lugar de regresar a su palacio, buscó un rincón oculto y allí se agazapó. Se dijo: “Quiero cogerlo con las manos en la masa para así poder acusarlo y que de ningún modo pueda defenderse. Estos malditos, todos lloran como unos cobardes en cuanto se sienten descubiertos y eso es lo que quiero yo: verlo llorar implorando de rodillas a mis pies”. Esperó paciente toda la tarde y cuando ya caía el sol, sintió el ruido de personas. De nuevo se dijo: “Ya está aquí. Voy a esperar un momento para cogerlo como tengo pensado”.

Esperó un momento, sin dejar de mirar y cuando ya creía que el criado estaba cogiendo los mendrugos de pan, salió de su escondite, se acercó de prisa por detrás y a dos pasos del ladrón, se paró y dijo:

- ¡Ya te tengo!

La muchacha dio un fuerte grito, se volvió para atrás y se agarró al hermano mientras decía:

- No estamos robando.

Y el hombre “importante”, a ver cara a cara la figura de la muchacha y la del niño, se quedó de piedra. Sin aliento y sin saber qué decir. No tuvo que preguntar nada porque ella enseguida dijo al hombre:

- No tengo padre porque se lo han llevado a la guerra, mi madre está enferma y mi hermano y yo nos morimos de hambre. Solo he cogido unos mendrugos para comérnoslo esta noche y así vivir un poco más.
- ¿Dónde vives?
- En la vieja cueva que hay al otro lado del río, frente a la Alhambra.
- ¿Y no sabes que robar es un delito?
- Eso es lo que me ha dicho mi madre. Pero yo pienso que por coger unos mendrugos de pan duro para no morirse de hambre, no puede ser ningún delito.
- Con este pan es con lo que yo alimento a mi caballo. Tú, tu hermano y tu madre, a mí no me importáis nada.

Y el hombre “importante”, después de echar un largo discurso sobre ladrones, personas pobres y ricos, dijo a la muchacha:
- Por esta vez, os voy a perdonar vuestro robo. Pero no aparezcáis más por aquí porque de lo contrario acabaréis todos en el calabozo.
- ¿Y no le da pena a usted mi madre enferma y este pobre hermano mío?
- Ninguna pena. Mi hermoso caballo blanco es lo que de verdad me importa.

Y dicen que unos días más tarde, a la madre con sus dos niños, se los encontraron muertos en su pobre cueva. Los vecinos los enterraron en la ladera, no lejos del río y el hombre “importante”, al enterarse, dijo:
- Tres ladrones menos en este mundo y más pan para mi caballo.

Ecos del tiempo por la Carrera del Darro

Desde hacía mucho tiempo, iba y venía por las calles de Granada. Buscando lo que ni él mismo sabía qué, pero buscando. Su corazón le decía que, en muchos de los rincones de Granada, el tiempo tiene escondido, vidas e historias de personas, hermosas y llenas de misterio. Y por donde él más intuía estas historias congeladas en el tiempo, era por la orilla del río Darro. Por el rincón que ahora es conocido en Granada y en otras partes del mundo con el nombre de “Carrera del Darro”. Lugar éste, a los pies de la Albaicín y de la Alhambra y muy cerca de las aguas del río, muy bello, revestido de oculta magia y con una enorme carga de secretos.

Por eso aquella tarde, ya final del invierno y con la primavera alumbrando, se fue otra vez a sus paseos. Cruzó por debajo del Arco Elvira, lento recurrió la estrecha y en emblemática calle y al llegar a Plaza Nueva, giró para la izquierda. Buscando el comienzo de la calle que recorre el río y perdido por entre los turistas. Caminó despacio, observando a los que por aquí iban y venían y buscando, como tantas otras veces, lo que por este rincón de Granada, tiene escondido el tiempo. En los dos pequeños puentes de piedra se paró un rato, observó a los gatos que desde hace mucho viven por aquí junto al río, hizo algunas fotos y luego siguió. Con la imagen de la Alhambra alzado sobre la colina, a su derecha y con la figura de la ladera que desde lo alto cae.

Al llegar a la altura de lo que hoy se conoce como iglesia de San Pedro, se paró. Junto al muro del río, a mirar y escuchar algo que en su corazón había oído. Se dijo: “No es el ruido de las personas ni de los coches que por aquí pasan ni tampoco es el canto de los mirlos ni el rumor de las aguas del río”. Escuchó más concentrado y comenzó a distinguir con claridad, sonidos de cascos de caballos. Miró con mucho interés y aunque descubrió toda la Carrera del Darro repleta de personas que iban y venían charlando, notó que toda la calle estaba desierta. Sólo se veía un gran grupo de caballos que avanzaban río arriba, golpeando sus cascos contra los adoquines y piedras de la calle.

Y estando concentrado en el ruido que hasta sus oídos llegaba, de pronto vio que junto a él, alguien se paraba. Lo saludó y le preguntó:
- Sé que buscas por aquí lo que ni siquiera sabes y muchos por completo ignoran.
Miró para su derecha y junto a él descubrió la figura de un hombre alto, joven de pelos negros, con barbas y muy fuerte. Le preguntó:
- Busco lo que me acabas de decir pero ¿por qué lo sabes?
- Lo sé y eso es lo que a ti debe interesarte. Puedo ayudarte.
- ¿Cómo?
- De la manera más sencilla pero por completo cierta y satisfactoria para ti.

Y vio que el joven desplegó un papel, se puso frente a la ladera que caía desde lo alto de la colina de la Alhambra y de nuevo dijo:

- Mira al frente de esta ladera, ahí un poco por debajo de las murallas y entre esos árboles.
Le hizo caso y miró lleno de interés. Y al rato vio que en ese punto de la ladera, se abría como una ventana a través del viento. Al fondo de esta ventana, descubrió como un gran círculo y más al fondo, pudo ver como la figura de varias personas jóvenes y un pequeño jardín lleno de flores. Preguntó al que se había parado a su lado:
- ¿Qué es esto que veo con mis ojos?
- Una puerta muy concreta que, a través del viento y del tiempo, se te abre como invitado a que pases.
- ¿Pasar a dónde?
- A una dimensión muy concreta que el tiempo esconde y donde se concentran y esperan muchas de las cosas en tu corazón intuyes y alimentas.
- ¿Tiene que ver con hechos reales ocurridos aquí en Granada?
- Y más concretamente, hechos ocurridos en este rincón del río Darro y de la Alhambra.

Y el hombre, fundido y absorto ante lo que al frente tenía, dejó de percibir cuanto le rodean. Las palabras de las personas que por su lado pasaban, el rumor de las aguas del río, el trino de los pajarillos… Y de pronto vio que, de la ventana azul transparente que se abría en la ladera, surgió un ave muy gran. Abrió sus alas, se lanzó al aire, se vino para el río y luego giró y se alejó lentamente por encima de los palacios de la Alhambra. Unos segundos después comprobaba como éste ave se alejaba dirección a las cumbres de Sierra Nevada. Cuando perdió de vista a esta ave, se volvió para atrás con la idea de preguntar al que tenía a su lado.

Pero asombrado otra vez, descubrió que nadie le acompañaba. Miró y sólo veía a las personas que un poco antes iban y venían por este paseo del río. Se dijo: “No puedo comprender pero ahora sé algo que antes no. En este rincón del río, cerca de la Alhambra y donde más misterios se concentran en toda Granada, hay una ventana que desde hoy voy a llamar ***ecos del tiempo***. Algo que nadie ve pero que existe para que nunca desaparezca lo que está en la dimensión de lo eterno”.

El oro de las montañas de Granada

En tiempos pasados, en Granada, muy cerca de la Alhambra y por donde el río Darro, hubo oro. Al parecer, en cantidades pequeñas pero suficientes para que muchas personas lo buscaran. Personas pobres, otras en forma de empresas y hasta parece que también los reyes de la Alhambra. No han hablado muchas personas de esto ni tampoco hay gran cantidad de documentos que lo acrediten.

Pero al norte de Granada, antes de las altas cumbres de Sierra Nevada y entre los ríos que por estos lugares corren, vivían ellos. Eran tres, bastantes pobres pero tenían lo suficiente para ir tirando. Cada uno cuidaba un pequeño rebaño de ovejas, algunas cabras y cultivaban varios trocitos de tierra junto a las aguas de los ríos. Y eran felices con la pequeña fortuna de sus rebaños y con lo que la naturaleza por estos lugares de regalaba: dos ríos de aguas muy claras, algunos arroyuelos, con sus manantiales bajo las rocas o en los troncos de los árboles, las blancas nieves de Sierra Nevada y la purísima luz del sol que el Creador les proporcionaba cada mañana.

Por eso ellos tenían costumbre, desde hacía mucho tiempo, de juntarse cada amanecer y en un lugar muy concreto de sus montañas. En uno de los cerros más alto y bonitos que por aquellos lugares había. Estaba poblado este cerro de espeso bosque de encinas y robles, tenía rocas muy grandes y bellas y, en las partes bajas, brotaban varios manantiales. De aguas frescas y muy limpias porque venían de las nieves de Sierra Nevada. También este cerro le servía a ellos como mirador fantástico no sólo hacías las nieves de las altas cumbres y a los primeros rayos del sol al salir éste cada mañana, sino que desde aquí tenían una vista espléndida de la Alhambra y de Granada. Por eso un día y otro, al encontrarse en el punto concreto que habían bautizado como su “rincón predilecto”, unos a otros se decían:

- Los reyes allá en la Alhambra tendrán lujosas telas de seda, muchas y bellas mujeres, grandes mesas repletas de comida pero nosotros, cada día disfrutamos de los rayos del sol derramándose sobre aquellas torres y murallas. Y como esto, no hay otra fortuna más grande en el mundo.
- Y que lo digas. Nuestra fortuna y dicha es mil veces más grande

que todas las riquezas que tengan aquellos reyes de la Alhambra.
- Porque además, el cielo nos ha premiado no sólo con la fantástica belleza de estas montañas sino también con la capacidad de ver y gustar la hermosa belleza y armonía que por aquí se extiende. Somos los más ricos y afortunado de todas las personas del reino de Granada.

Esto y cosas parecidas comentaban ellos un día y otro cuando cada mañana se juntaban para gozar de la salida del sol y de la luz que por los paisajes se derramaba. Y eran más que felices porque se sentían libres y dueños absolutos de la mejor fortuna que puede tener persona alguna en este suelo. Pero un día, estando ellos sentados en su gran mirador frente a Sierra Nevada, a la Alhambra y a Granada, por la ladera de enfrente vieron bajar a un grupo de hombres. Les sorprendió mucho y por eso, enseguida dejaron su mirador y por una sencilla, descendieron en busca de las personas que se descolgaban por la otra ladera. Querían saber quiénes eran y qué buscaban por estas tierras y también porque temían que les robaran sus corderos.

Ocultándose por entre el monte y las rocas llegaron a las partes más bajas del cerro. Se dijeron:
- Como tienen que salir por aquí les cortamos el paso, los paramos y les preguntamos.
Y así fue. Ya cerca del río, al cortarle el paso, se encontraron con ellos, los saludaron y sin más les preguntaron:
- ¿Quiénes sois y qué buscáis por aquí?
Y el que parecía ser el jefe del grupo, respondió:
- Somos enviados de los reyes de la Alhambra y venimos por aquí, buscando el oro que ellos necesitan.
- ¿El oro de estas montañas?
- No sólo el oro, sino el agua de estos dos ríos y la leña de estos bosques. Los reyes necesitan todas estas cosas y muchas más.
- Pero estas montañas, el agua de los ríos y los árboles de los bosques, nos pertenecen aunque no sean nuestros.
- Desde hoy no. Porque vamos a talar los bosques, nos llevaremos el agua de estos ríos y desmoronaremos las montañas para buscar el oro que los reyes están necesitando.

Al norte de Granada, por encima de la Alhambra y antes de las cumbres de Sierra Nevada, entre varios ríos de agua muy

cristalina, hoy se pueden ver estas montañas. Muchas de ellas, peladas porque ya no tienen bosques y otras, por completo desmoronadas. Durante mucho tiempo por aquí buscaron oro, talaron bosques para llevarse la madera y la leña y trazaron acequias para conducir el agua a otros lugares de estas tierras. Pero, desde aquellos tiempos y hasta hoy, cuando uno recorre estos sitios, si se va atento a los luminosos rayos del sol y a los sonidos del tiempo durmiendo por entre la naturaleza, se pueden percibir las palabras de aquellos tres pastores: “Los reyes allá en la Alhambra, tendrán lujosas telas de seda, muchas y bellas mujeres y grandes mesas repletas de comida pero nosotros somos los dueños de los luminosos rayos del sol y de la belleza de estas montañas”.

Noche de luna

Desde primera hora de la noche hasta muy de madrugada, la luna había brillado. Limpia, hermosa y toda redonda, como en un sueño mágico. Colgada en el cielo y como besando en silencio, las casas del barrio del Albaicín, el valle y bosques del río Darro y las torres y murallas de la Alhambra.

En el patio de la casa, al intemperie y en sobre un colchón de paja, el joven se acurrucada frente a la luna, durmiendo a veces, a ratos despierto y, por momentos, meditando. Le atormentaba la miseria y las pocas cosas que tenían para vivir. Se decía: “¡Si alguien me diera algún trabajo para ganar unas monedas para comprar algunos alimentos!” En el mismo patio, al otro lado de las macetas y desde donde se veía muy bien la Alhambra, cada noche dormí la hermana. Más pequeña que el joven pero también desesperada de la soledad de la casa, la falta de alimento y su futuro incierto.

A la derecha del patio la madre tenía también un colchón de paja y en el rincón último se veía una cama. Desde hacía mucho tiempo, vacía y solitaria. Y al levantarse aquella mañana, la madre vio esta cama. Suspiro y dijo: “Qué soledad más grande desde que falta y qué pena de estos hijos un míos”. Al salir el sol, el joven se levantó, se asomó a la puerta de la casa, observó la Alhambra sobre la montaña, miró al terreno cayendo hacia el río Darro y luego se dijo: “Y si no encuentro ningún trabajo, hoy mismo me pongo y labro por aquí en un trozo de esta tierra. Al menos, si lo cabo bien, lo labro con

cuidado y lo riego, la tierra podrá darme algunos de los alimentos que necesitamos".

El huertecillo del río Darro

Solo era un rodal de tierra muy pequeño. Al lado derecho del río Darro, por donde la Fuente del Avellano y algo retirado de la corriente. Por la parte de la umbría del Generalife y al borde del trozo de tierra, crecía un acebo. De unos tres metros de alto, muy verde y a lo largo de todo el año, con sus ramas llenas de bayas. Pequeñas bolitas color rojo intenso, cuando están maduras, tóxicas para las personas pero alimento muy bueno para los pájaros, cuando por los campos escasean para ellos otros alimentos.

Quizás por esto, a lo largo de todo el año, en este acebo vivía un mirlo. Color negro, pico naranja, cola larga y de carácter dócil y alegre. Siempre que el hombre, dueño de las tierrecillas del huerto, andaba por aquí labrando, regando o recogiendo hortalizas, el pájaro le daba compañía. En cuanto lo veía llegar, primero salía volando desde el acebo hacia el bosque de la umbría, al tiempo que lanzaba una retahíla de chillidos. Luego, pasado un rato y cuando ya el hombre se afanaba en las tareas del huertecillo, el pájaro volvía otra vez al acebo. Por entre sus ramas revoloteaba, lanzando trinos y sonidos de asombro, de bienvenida o de rechazo y luego se ponía a comer las bayas del acebo.

Muy pocas veces el hombre le prestaba atención pero sí, de una forma inconsciente, le gustaba tener allí cerca de él, la compañía del ave. Sus cantos eran melodías llenas de fuerza y despreocupadas. Por eso el hombre, en muchas ocasiones, al ver y oír las baladas de este mirlo, para sí se decía: "Como si no le importaran nada ni los problemas o preocupaciones que cada día tenemos los humanos. Para él, no existe ni las dificultades ni lo que el futuro le tenga preparado. Como si la vida comenzara y se acabara en este mismo día y por eso tiene una razón fuerte para celebrarlo".

Y a veces, cuando el hombre pensaba esto, el mirlo parecía adivinarlo poniéndose a cantar con más fuerzas y brillantez. Y con esta misma fuerza y contento, el ave le sorprendió aquella mañana. Todavía era invierno, ya casi final del mes de febrero y por las

noches helaba. Sabía él que aun no era el momento en que los pájaros hicieran sus nidos. Porque siempre empiezan al comienzo de la primavera y por eso, aquella mañana, se sorprendió mucho. Llegó a las tierras de su huerto, echó una ojeada a las florecillas que al lado de arriba del acebo crecían y se dijo: “En cuanto tenga un rato, me pongo y saco de raíz algunas de estas plantas y las preparo para llevarlas a los habitantes de la Alhambra”. Y se decía esto porque algunas de las personas que vivían en los palacios, les habían dicho que estas florecillas les gustaban mucho porque eran únicas. Y, con este pensamiento, se puso él a labrar la tierra de su huerto cuando, al rato, oyó cantar al mirlo. Con una luminosidad tal que le asombró. Miró y lo vio recogiendo trozos de hierba seca para hacer el nido. El hombre se dijo: “Este año se adelanta y ahora sí que parece más que nunca que solo le importa vivir el momento”.

El hombre y el borriquillo del río Darro

I- Sin el agua, la Alhambra no existiría. Y del río Darro, a los pies de estos palacios, es de donde se recoge este cristalino elemento para los palacios de la colina. Para regar jardines, nutrir fuentes, llenar albercas, alimentar cascadas y acequias y saturar de música y perfume todos los rincones de esta fortaleza encantada. Pero el agua que, desde el río Darro encauzaron y se llevaron a los recintos de la Alhambra, desde aquellos tiempos lejanos, fue y sigue siendo como robada a este cauce. Porque tan pequeño y bonito río, mucho antes de que existiera la Alhambra, ya era amigo del valle y de los humildes por donde estos sitios tenían sus cuevas, huertos y veredas.

En aquellos lejanos tiempos y hasta nuestra época, muchas personas pobres, se refugiaron por las orillas del río Darro. Los que podían o habían tenido más suerte en la vida, cogieron por aquí un trozo de tierra para cultivar. Otros, junto a la corriente y colina de la Alhambra, cavaron sus cuevas, aprovechando que el río les regalaba sus limpias aguas y mucho más, tenían por el lugar su trabajo. Cultivando hortalizas y árboles frutales y yendo y viniendo con sus borriquillos cargados con estos productos.

Este era el caso, por aquellas épocas en que la Alhambra se alzaba sobre la colina, del hombre del borriquillo. Tenía mujer y dos hijas y él, en una batalla cuando luchaba en la guerra, perdió una pierna. Por eso, los amigos y conocidos, lo llamaban “el cojo del borriquillo”. Hombre bueno, como pocos en esta zona del río de Granada pero muy pobre, aunque poseía un borriquillo. Con mucho esfuerzo y trabajo, logró construir una humilde casa, no lejos del río por donde la conocida Fuente del Avellano y en un lugar desde donde se veía bien la figura de la Alhambra.

A la pequeña casa, le hizo un patio donde, en un rincón preparó un cobertizo para el borriquillo. A la vivienda le hizo una sala pequeña con chimenea y, a la izquierda, levantó un tabique para una habitación. Aquí dormían las dos hijas y la madre y él, siempre se acostaba junto a la chimenea. Se levantaba el primero cada mañana y, con su muleta de palo, iba al cobertizo del borriquillo. Lo acariciaba, le daba algo de comer, paja, hierba cuando podía, algunas plantas secas que los vecinos le regalaban de sus huertos y poco más. Luego él, después de comer también alguna cosa en compañía de las hijas y la mujer, se subía en el borriquillo, se ponía en marcha por los caminillos que iban de un huerto a otro y al llegar le decía al dueño de la tierra:
- Aquí estoy, con mi borriquillo y las aguaderas por si necesitas que te lleve algún producto a tu casa o a los sitios donde los vendes.
Y los dueños de estos huertecillos, como conocían a este hombre y sabían que el pobre tenía que hacer algo para buscarse la vida y dar de comer a su familia, casi siempre le decían:
- Tu borriquillo y tú, venís en el mejor momento. Porque sí que necesito que me lleves algunas cosas a casa y a los sitios donde vendo los productos que saco de mis tierras.

El hombre cojo, se bajaba del borriquillo y, ayudado por el dueño del huerto, llenaba las aguaderas de lo que necesitaba transportar. Luego, volvía a subirse en el jumento y por las estrechas veredas, regresaba al barrio del Albaicín, a la casa del dueño de los productos y a los sitios donde los vendía. Aquí dejaba su carga y, a cambio de este trabajo, siempre le regalaban alguna cosa diciendo:
- Toma, con esto pago un poco tu trabajo para que también puedas comer hoy y llevar algo a tu casa.
Y las hijas, como ya sabían esto, siempre estaban en la puerta de la casa y cerca de las aguas del río, mirando a ver si regresaba el

padre con las cosas que le habían regalado. Comían ellas y la mujer algunos de los frutos u hortalizas que el padre traía en el borriquillo y de esta manera iban tirando.

En las aguas del río, la madre lavaba la ropa y, mientras tanto, por allí cerca las hijas jugaban o miraban. Y arriba, sobre la colina, siempre se veía la figura de la Alhambra como vigilando. Alguna vez que otra, la madre decía a sus hijas:
- Si no fuera por este río y por las aguas tan buenas y limpias que a todas horas nos regala, no sé qué sería de nosotros.
Y las hijas le preguntaban:
- ¿Y tú crees que, los de la Alhambra, nos las quitarán algún día?
Y al oír esto, la madre siempre callaba, seguía lavando su ropa en la corriente del río y, de vez en cuando, miraba para la Alhambra.

Y el padre, algunos de aquellos días, al caer las tardes y después de terminar los encargos que los amigos le mandaban, regresaba con su borriquillo a las orillas de este río. A un lugar muy concreto que él conocía bien y por donde crecía la hierba y el monte bajo. En un punto elevado, aprovechando el desnivel del terreno en la ladera frente a la Alhambra, le pedía al borriquillo que parara, se apeaba de él, caminaba un poco ayudado con su muleta de palo y en una piedra se sentaba, diciendo al animal amigo:
- Descansa y come algo mientras yo te observo y también descanso.
Dejaba que el asno amigo se alimentara de la hierba, monte y pasto mientras él se embelesaba mirando las aguas del río, las casas del barrio, la Alhambra sobre su colina y la tarde irse. Y era en este momento cuando siempre se decía: “Seré pobre y estaré mutilado y no podré dar a mi familia lo que otros sí, pero el cielo me permite vivir junto a este tan bello río de aguas claras. Nadie sabe esto y menos, nadie sabrá de mi vida ni de mis sentimientos junto a este río, cuando pase mucho, mucho tiempo”.

II- Ya el invierno estaba llegando a su fin y por eso, por un lado y otro, en las plantas se veían los brotes nuevos. Los rosales silvestres, los arrayanes, los romeros y lo mismo en los árboles frutales: cerezos, almendros, higueras, ciruelos, perales… También los pajarillos se afanaban en la construcción de sus nidos: palomas torcaces, mirlos, gorriones, currucas… Otras aves, se preparaban para regresar a sus lugares de origen como los zorzales y petirrojos, mientras en dirección contraria, empezaban a llegar las golondrinas,

las tórtolas y los vencejos.

Y una de aquellas tardes, estando él recogido en el rincón que tanto le gustaba, vio a las hijas cruzar el río. La mayor saltó primero y la pequeña la siguió. Al ver el padre a las chiquillas cruzando el río y caminar por la senda hacia la ladera, se preguntó: "¿A dónde irán por aquí tan solas y con esa actitud tan dispuesta?" Y no tardó en comprobarlo. Siguió fijo en ellas y al rato oyó la voz de la mayor que lo llamaba. Rápido él le contestó y dijo:
- Estoy donde siempre. Rodead las tierras del huertecillo y aquí os espero.
Algunas cosas más dijo la hija mayor mientras recorría la senda, animando a la pequeña a que la siguiera. Y como caminaron deprisa, al poco estuvieron junto al padre. Lo saludaron y le dijeron:
- Queremos estar contigo porque nos hemos acordado que un día nos dijiste que nos contarías un cuento. ¿Lo recuerdas?
- No lo he olvidado pero lo que aquel día quería contaros y ahora puedo, no es un cuento sino algo que sucedió de verdad.
- ¿Por este río o por la Alhambra?
- No lejos de este río y también no muy lejos de la Alhambra.
- ¿Y qué fue lo que ocurrió?

Le pidió el padre a las dos hijas que se sentaran junto a él, en la hierba, frente a las aguas del río, no lejos del borriquillo que tranquilamente pastaba. La hermosa figura de la Alhambra, a sus espaldas, se recortaba sobre la cumbre de la colina. El sol caía por ese lado y su luz dorada, teñía de rojo oro las murallas y torres de los palacios. Dijo la hija pequeña:
- Empieza cuando quieras que te escuchamos.
Y el padre, con sus miradas como perdidas por donde el río se alejaba, sin más dijo:
- Algo que en la vida, vosotras debéis tener siempre presente, es luchar por vuestra felicidad. Y para conseguir esta paz y gozo en el alma, lo más importante es creer en vosotras mismas, procurando en todo momento que nadie ni nada os desanime ni os aparten del camino que debéis recorrer.
La mayor preguntó:
- Lo que dices parece bonito ¿pero es fácil llevarlo a cabo?
- No es fácil, como nada en esta vida pero debéis luchar por ello porque, os lo aseguro, nada, nada en este mundo vale más ni es más importante.

Y la pequeña preguntó:
- ¿Y el cuento que ibas a contarnos?
- Voy con él, escuchad despacio porque tiene mucho que ver con lo que os digo en este momento.

Y después de un rato en silencio, como si intentara concentrarse o respirar aire puro, comenzó y dijo:
- Era un día también como el de hoy. Tranquilo, limpio el cielo, sin frío ninguno aunque con muchas nieves sobre las cumbres de Sierra Nevada. El grupo de niños, así como vosotras, se juntaron aquella mañana en unas de las pequeñas plazas del barrio del Albaicín. Se saludaron y enseguida se pusieron en camino. Cruzaron este río, subieron por las laderas de estas montañas y tres o cuatro horas después, llegaron al collado de las encinas y donde la hierba tapizaba. El muchacho mayor iba el primero y al ver la pequeña casa blanca al lado de arriba del collado, dijo al grupo:
- Ahí es donde vive nuestro amigo. Y, según me dijo, nos está esperando. Acerquémonos y lo llamamos.
Se aproximaron a la casa, llamaron a la puerta y al instante salió el hombre. Bastante mayor, de pelo y barbas blancas y largas y amablemente los saludó. Una de las muchachas así como tú, enseguida dijo:
- Queremos que nos lleves a ese sitio que tantas veces nos has dicho. ¿Es hoy el momento?
- Claro que lo es. Vamos ahora mismo.
Cogió él el ronzar de su borriquillo que lo tenía atado en la encina de la puerta de la casa, se subió en el jumento y por el camino que, desde el collado bajaba hacia los arroyos de las adelfas, comenzaron a caminar. El borriquillo con el hombre encina y el grupo de muchachos, a su costado o detrás. Al poco llegaron al arroyo, en sus aguas algunos lavaron sus manos y otros bebieron y luego continuaron por el caminillo. Por la pequeña senda que, desde el arroyo, remontaba por la ladera hacia las partes altas.

Y según iban subiendo, cada vez más aparecía ante ellos un paisaje muy hermoso. Por el lado del sol de la tarde, iban descubriendo la figura de la Alhambra y por el lado del sol de la mañana, se les aparecía cada vez más cerca y con más claridad las cumbres de Sierra Nevada. Una de las muchachas más joven, preguntó:
- Y cuando lleguemos al sitio ¿vamos a parar un poco?

- Un poco vamos a parar pero no mucho.
Después de cruzar unos arroyuelos, por donde la senda se abría paso, se encajaron en el puntal todo repleto de almendros llenos de flores. Dijo el hombre mayor:
- Este es el sitio donde vamos a parar. Descansemos un momento mientras echamos la última ojeada a los paisajes y luego seguimos.
Se pararon, estuvieron mirando durante un rato para el lado del sol de la tarde y luego siguieron. Lentamente y como al encuentro de un paraíso hermoso y oculto entre brumas. Y por ahí, sin miedo y sin prisa, se fueron perdiendo. Y tanto se perdieron en aquella bellísima profundidad entre montañas y ríos que ni aquella tarde ni al día siguiente ni nunca más se les ha vuelto a ver.

En este punto detuvo el padre la narración de su relato y miró a las hijas. La pequeña, después de unos segundos, preguntó:
- ¿Y a dónde se fueron?
- Parece que a un mundo misterioso, para ellos muy bello como ya he dicho, que nunca nadie hasta hoy ha descubierto.
Y ahora fue la mayor la que preguntó:
- ¿Y la casa del collado, el hombre mayor y el borriquillo?
- Del hombre y del borriquillo tampoco se supo nada pero la blanca casa del collado, creo que aun sigue en el mismo sitio.
- ¿Nadie nunca tampoco ha ido ahí y ha explorado esa casa por dentro?
- No lo sé pero ahí sigue la pequeña casa, junto a las encinas y por donde la hierba continúa tapizando verde.
Y después de un buen rato en silencio, como meditando algo, la más pequeña volvió a preguntar:
- ¿Por qué no, tú un día, nos llevas a este collado y vemos y descubrimos esa casa por dentro?
- Podemos hacerlo. Ahora que pronto llegará la primavera, un día podemos ir hasta ese collado y nos dedicamos a descubrir esa casa y recorremos los paisajes por donde los niños desaparecieron.
- Será fantástico porque, a lo mejor y sin que lo queramos, descubrimos el misterio de ese grupo de muchachos y el mundo mágico hacia el que dices se fueron.
- Y si esto sucede, quizás sea bueno para vosotras porque comprenderéis entonces el significado exacto de lo que os he dicho hace un rato.

Lavando en el río Darro

La madre, con su cesta de esparto llena de ropa sucia y en compañía de su niña, bajaba por la empinada calle. También con el corazón encogido por el frío de la mañana, la desolación que los de guerra tenían sembrado por todo el barrio y el hambre y miseria que estaban viviendo. Al verla, una amiga suya le preguntó:
- ¿Qué, al río como tantos otros días?
- Sí, hija mía al río a lavar esta poca ropa de mi niña y de mi marido.
- ¿Y no te da miedo ni temes que los de la guerra aparezcan y os hagan daño?
- Me da mucho miedo y temo pero a ver ¿qué hago?
- Pues que tengas suerte y cuida mucho de tu niña. Es un premio del cielo y lo más hermoso que hay en tu vida.
- ¡Y qué lo digas!

Se abría el día con una luz muy apagada. Gris, morado y azul, el cielo, con densas nubes cubriendo por completo y solo dejando asomar el sol en algunos momentos. Sin chispa de aire, quietud profunda en las umbrías del Generalife y bosques de la Alhambra y, de fondo, el rumor del agua del río Darro. Un día hermoso, lleno de misterio, frío y, aunque apagado, con alguna de esperanza en no se sabía qué. Porque era invierno y las personas, por todo el barrio del Albaicín, Sacromonte y cerca del río hacia la Vega de Granada, se movían como acurrucados en sí, protegiéndose del frío escarchar y del dolor en el alma.

Algunos, al encontrarse mientras avanzaban por las calles camino de sus huertos o algún otro trabajo humilde, se saludaban y preguntaban:
- ¿Lloverá hoy?
- Tiene pinta de eso el cielo y hasta parece que puede nevar.
- ¿Y vendrás los aviones de todos los días?
- Eso solo los que hacen la guerra, lo saben
- Qué dolor y qué pena las personas que murieron el otro día y los destrozos que hicieron en tantas casas. ¿Cuándo dejarán de tirar bombas?
- Lo mismo te digo: solo los que han puesta en marcha esta guerra, lo saben.
- Algunas personas no tienen corazón ni les duele la muerte de tantos inocentes y pobres. Solo miran lo que les interesa a ellos y les

da igual la muerte de miles de inocentes luchando en una guerra injusta.

Un puñado de rayos de sol, se escapaba en ese momento por entre las nubes y se derramaba sobre las torres y murallas de la Alhambra. Dijo la madre a su niña, mientras seguían bajando en busca de la corriente del río:
- Mira qué bonitos y misteriosos se ven hoy esos palacios.
Y la niña preguntó:
- ¿Los que viven ahí son los que han ordenado que cada día vengan los aviones por aquí a tirar las bombas?
- No lo sé, hija mía.
- ¿Y cuándo van a dejar de aparecer estos aviones tan feos?
- Tampoco lo sé pero ojalá desde ahora mismo no vinieran nunca más.

Llegaron al río por donde las espesas zarzas y en lo hondo, entre plantas y árboles, el charco remansado. Siguiendo la sendilla, entraron por el portillo abierto en la vegetación y se acercaron a las aguas. Al borde mismo del charco, la madre se paró, soltó su cesta de esparto llena de ropa para lavar y comenzó a prepararse para la faena al tiempo que le decía a su niña:
- Juega por aquí cerca y no te retires mucho ni tampoco te metas en las aguas que hoy están muy frías.
- Sí mamá, voy a jugar en la arena que hay al borde del charco. Y no me alejaré porque me da miedo la oscuridad que por aquí hay en el río.
Un poco más arriba de donde ellas se habían parado, a la derecha y por la umbría del Generalife, se veían las tierrecillas de algunos huertos. Por donde los árboles frutales también mostraban sus ramas y troncos. Algunos pajarillos revoloteaban buscando comida o cantando, como ajenos a la madre y su niña y también a las cosas de la guerra.

Se fue la pequeña por el lado de arriba del charco y se acercaba a la corriente para coger unas piedras que le habían gustado cuando resonó el ruido de los aviones. Al oírlo ella, se volvió para atrás asustada y diciendo a la madre:
- Que viene, mamá.
- Corre y vente junto a mí.
Le indicó enseguida la madre. Pero uno de los aviones fue más rápido que la niña y la madre. Surgió como de lo alto del monte, brilló

en el cielo y al instante soltó la bomba. Se vio el proyectil surcar el aire, silbando mientras caía y unos segundos después, se clavó en la tierra, estallando en una explosión atronadora. Gritó la madre, corrió en busca de su niña, la recogió del suelo donde había quedado tirada, la alzó en sus brazos y mientras la seguía llamando para que no se apagara, la abrazaba fuerte contra sí. Con los ojos llenos de lágrimas y con el corazón espantado, le decía:
- No te vayas, corazón mío. Tu mamá está aquí para darte besos y jugar contigo, como siempre te ha gustado a ti.

Sobre el pecho, la madre apretaba fuerte el cuerpecito de la niña sobre su cara, se derramaba la carita de la pequeña y sobre el hombro izquierdo caía uno de sus bracitos. Muy pegada a su oído estaba la boca de la niña y de ella salió unas palabras débiles que decían:
- Mamá, me duelen las piernas y todo el cuerpo y tengo mucho sueño. Me voy a dormir y luego cuando despierte seguimos nuestro juego.
Y la madre, desconsolada y llena de miedo, le dijo:
- No te duermas, vida mía. Aun no es de noche y ya los aviones nunca más volverán por aquí. Quiero seguir jugando contigo los juegos que siempre tanto te han gustado a ti.

Secretos en el Albaicín

Conozco uno de los muchos secretos y misterios que se han dando y dan en el barrio del Albaicín. Ha llegado hasta mí a través de una persona amiga. Esta persona un día me dijo:
- ¿Has oído tú alguna vez el secreto de la muralla del Albaicín?
Algo sorprendido lo miré, estuve en silencio un buen rato y luego le pregunté:
- Algunos secretos sé de este barrio pero el de la muralla del Albaicín nunca lo he oído. ¿Qué misterio es?
- Dicen que solo se puede ver una vez al año y desde un punto concreto.
Y como la curiosidad se fue apoderando de mí le seguí preguntando:
- ¿Qué día del año y desde qué lugar se puede ver?
- El día es justo mañana. El primer día de la primavera y solo se puede ver este secreto a la hora exacta en que entra esta estación del año.

- Pues yo ya me muero en deseos de vivir esta experiencia. Mañana entra la primavera justo a la seis de la tarde. ¿Quedamos y vamos a este barrio y me muestras el enigma que me dices?
- Si tú quieres, quedamos y te lo enseño.
Y no se habló más. Aquella mañana nos despedimos quedando vernos al día siguiente en el Mirador de San Nicolás.

Se sabe que el barrio del Albaicín es el más antiguo de Granada. Y se dice que su origen es árabe. De la época de la Alhambra o mucho antes. Aunque algunas personas dicen que el Albaicín nació con los primeros pobladores de estas tierras. Cartagineses, fenicios griegos, romanos, ziríes, andalusíes, árabes… Y también muchos dicen que sobre el cerro donde ahora se asienta este barrio, fue donde nació Granada. Justo en lo más alto, desde donde se ve mejor todas las tierras de la Vega y la gemela colina de la Alhambra. El lugar exacto se le conoce ahora como Alcazaba Cadima, alcazaba vieja, y también Palacio de Daralhorra.

Quizás por todo esto y algunas cosas más son tres las murallas que tiene el Albaicín. Por el barranco y ladera de la Cuesta Alhacaba, entre el mirador de San Cristóbal y la colina de Alcazaba Cadima, es donde se pueden ver restos de estas murallas. Por aquí y por otros sitios del actual barrio del Albaicín: por algunos tramos de la calle San Juan de los Reyes, por donde Haza Grande, por las laderas de San Miguel Alto…

Estas cosas y más aun, se saben del bonito barrio del Albaicín, en Granada. Porque eso sí: este barrio es el lugar más hermoso de la ciudad de la Alhambra, no solo por su historia y el trazado de sus calles y casas. También y fundamentalmente por el sitio que ocupa. Como ya he dicho: en lo más alto de un precioso cerro que forma colina gemela con la de la Alhambra. Se puede decir que el Albaicín es el espejo de la Alhambra y, al mismo tiempo, la Alhambra espejo del barrio del Albaicín. Porque, en lo más elevado de las colinas, se miran y reflejan sobre las aguas del río Darro y las tierras de la Vega, iluminados por las nieves de Sierra Nevada. Cosas estas realmente curiosas y originales que son apreciadas por muchas personas. Pero este blanco barrio, antiguo y nuevo, guarda en sí misterios y secretos que muy pocas personas conocen. Al menos el secreto que pretendo contar y que me descubrió la persona que ya he dicho.

A la noche siguiente del encuentro que dije, llovió mucho. Sin parar estuvo lloviendo toda la noche y, al amanecer, la lluvia seguía cayendo. Recordé que la persona conocida, el día anterior me había comentado:
- Y además de ser en el primer día de la primavera, la noche antes tiene que haber llovido mucho. Sin embargo, cuando se acerque la hora exacta del paso del invierno a la primavera, las nubes deben abrirse en el cielo y el sol tiene que salir. Si estas cosas no se cumplen no será posible ver el secreto que te he anunciado.

Así que al amanecer del día acordado descubrí que las cosas estaban siendo tal como él me lo había contado. Pero temía que a la hora exacta de la llegada de la primavera, el sol no saliera. Sin embargo, confié y a mediodía, salí de mi casa. Con el paraguas en la mano y con la ilusión de encontrarlo en el Mirador de San Nicolás.

Despacio subí por la Cuesta Alhacaba y lentamente me fui acercando al mirador. Y me lo encontré como siempre: lleno de gente que miraba y hacia fotos a la Alhambra y también muchos hippies con perros. Miré y vi a mi amigo. Estaba sentado en el viejo aljibe de ladrillos y también miraba esperando. Seguía lloviendo y por eso se cubría con un paraguas. Le dije:
- Aquí estoy.
- Has llegado a tiempo.
- ¿A dónde tenemos que ir para presenciar el acontecimiento?
- Hay que caminar un poco para llegar a un punto muy concreto.
- ¿Qué punto es ese?
- Es un lugar en este barrio del Albaicín que no te digo ahora. Vamos a caminar y lo verás dentro de un momento.
- Pues, cuando tú quieras.

Y dejó el sitio donde estaba sentado y se puso a caminar. Lo seguí. Cruzamos la plaza por detrás de la iglesia de San Nicolás, entremos en el callejón Cementerio de San Nicolás, salimos a la placeta Hornos del Moral, rozamos el aljibe Polo, cruzamos la plaza Aliatar y por el lado de arriba caminamos. Recorriendo muchas callejuelas siempre en dirección a la ladera de San Miguel Alto, que es por donde hay muchas cuevas. Pensé que me llevaba a una de estas cuevas pero no fue así.

Lentamente fuimos remontando toda esta ladera hasta que coronamos al Mirador de San Miguel Alto, por delante de la ermita con el mismo nombre. También pensé que sería por aquí donde él debía mostrarme el secreto pero tampoco acerté. Porque seguimos caminando, le dimos la vuelta a la ermita y volcamos para el barranco del Sacromonte. Y al llegar a este sitio sí le pregunté:
- ¿A dónde me llevas?
- Observa el cielo.
- Sí, parece que ya no llueve. Las nubes se abren y, en algún momento, el sol quiere salir. ¿Es esto lo que tiene que suceder para que podamos ver tu secreto?
- Exactamente esto.
- ¿Y queda mucho por llegar al sitio?
- Muy poco.

Nos acercamos a un tramo de muralla. No digo ahora exactamente el sitio porque esto fue lo que me pidió mi amigo:
- A nadie debes decir nunca las cosas con claridad para así evitar que muchas personas vengan a este lugar.
Y le dije a él:
- Cumpliré siempre con este deseo tuyo.
Por eso ahora solo digo que nos fuimos acercando a un pequeño trozo de muralla, sobre el cerro de San Miguel Alto. Buscamos un punto muy concreto, desde donde se ve todo el Albaicín y seguimos con los ojos puestos en el cielo. Las nubes se abrieron más, el sol comenzó a brillar y la hora exacta en que debía comenzar la primavera se acercaba.
- Todo va a salir bien, ya verás.
- Estoy tan nervioso que hasta me parece que esto no es cierto. ¿Qué tenemos que hacer ahora?
- Debemos buscar la piedra que, al tocarla, nos abrirá la gran puerta al secreto.
- ¿La piedra?
- Sí, una piedra no muy grande, algo blanca porque es caliza y casi redonda.
- ¿Sabes dónde se encuentra?
- Tranquilo.

Miró el reloj, miró luego al sol y se agachó un poco. En este momento miré yo y vi la piedra. Metida en un trozo de la tapia que conforma la muralla y del color que me había dicho. Volvió a mirar al

cielo, se abrieron mucho más las nubes, brilló con mucha fuerza el sol y él alargó su mano. Eran las seis en punto de la tarde, momento en que comenzaba la estación de la primavera. Con su mano tocó la piedra y, antes mis ojos, ocurrió el asombro. Vi como el trozo de muralla que teníamos ante nosotros, se abrió en dos. No al frente sino a lo largo. Como si el grueso de la pared que conforma la muralla, a lo largo, se abriera por el centro. Y no solo el trozo que teníamos por la izquierda, hacia la Alhambra, sino el de la derecha y por el otro lado de la ermita de San Miguel Alto, lado de Haza Grande. Y el trozo que caía para el barrio del Albaicín comenzó a transformase como en mil pétalos de rosas, en todos los colores. Lo mismo sucedía con el trozo de muralla que caía hacia el barranco de Sacromonte.

Y, conforme estos trozos de muralla se transformaban en grandes pétalos de rosas, del centro de estos pétalos, comenzaron a surgir más hojas, también de mil colores y brillantes casi como el mismo sol. Y, entre estos pétalos del centro, vi aparecer todo el barrio del Albaicín. Como transformado en una gran montaña de color blanco y desprendiendo haces de luz hacia los lados. Lentamente surgía del centro de esta gran rosa y al mismo tiempo se elevaba hacia el cielo. Al fondo, muy al fondo y sobre montañas de nubes rojas, se veía la Alhambra.

Con el aliento contenido, yo miraba sin creer que fuera cierto lo que mis ojos estaban viendo. Pero me animé y le pregunté:
- ¿Qué explicación tiene esto?
Y él, con su mano apoyada en la blanca piedra, me respondió:
- Yo no lo sé y por eso no me preguntes más. Solo puedo decirte que no es sueño y de aquí mi deseo de que lo vieras.
- Pero, y si me permites, yo sé que muchas de las personas que han vivido y viven ahora en este barrio del Albaicín, lo pasaron y lo pasan mal, tuvieron y tienen enfermedades, sufrieron y fueron y son pobres. ¿Cómo es que todo lo que ahora mismo veo es glorioso y bello? ¿De dónde sale tanta luz y tantos colores fantásticos?
- En lo que preguntas es donde se encuentra el gran misterio. Y quizá por esto es por lo que a tantas personas les gusta mucho todo este barrio del Albaicín.
- Sigo sin entenderlo.
- Ni yo sé explicarte más. Pero te repito: Esto no es un sueño.

La fantasía de un sueño

Los que esperaban en la explanada guardando vez para entrar, preguntaban a los que salían:
- ¿Cómo son las cosas ahí dentro?
Y los que salían, todos emocionados, decían:
- Sin palabras. Hay que verla, parase a su lado, mirar su cara despacio, hablar con ella y dejar que sus palabras te hablen.
- ¿Pero qué es lo que por ahí dentro ha hecho y cómo lo ha montado todo?
- El montaje casi no es importante ni la estancia ni las cosas que por ahí ha colocado.
- ¿Entonces?
- Lo realmente emocionante y que se te cuela dentro con la dulzura más agradable, es ella. Por eso no hay palabra para describirla. Hay que verla.

En la explanada, justo por donde hoy se abre la plaza conocida con el nombre del Paseo de los Tristes, las personas se concentraban. Muy apretadas unos contra otros, esperando el momento de su turno para entrar, emocionados por lo que comentaban los que salían y por eso, casi todos nerviosos. Era sábado, mañana de un hermoso día de otoño, sin mucho frío ni tampoco calor. El cielo sí estaba cubierto con grandes nubes blancas y negras que parecían paradas sobre la figura de la Alhambra. Iluminadas por los rayos del sol de la mañana, regalando sensaciones otoñales y también como decorando todo cuanto por el rincón se desarrollaba. Los que esperaban en la explanada, algunas personas mayores, muchos jóvenes, niños y hasta turistas, entren sí comentaban:
- ¿Y ella sola ha conseguido montar todo esto?
- Casi sola. Algunas amigas y amigos le han ayudado pero como a todos nos parecía extraño y poco lógico su sueño, muy pocos le hemos hecho caso. Solo un par de amigas y los padres.
- Pues desde luego que tiene mérito. Y más, ahora que tantos estamos comprobando el éxito.

Y el mérito, había estado y estaba todo en ella. Era hija única de una familia de clase media, vivía con sus padres en una estrecha calle de la parte baja del Albaicín y desde muy pequeña soñaba con palacios. Fantásticos palacios llenos de colores, con mucha luz y

torres con grandes ventanales. Pero según iba creciendo se aficionaba más y más a los rincones del bosque de la Alhambra. Por donde la gran ladera ya toca las aguas del río y se convierte en tierras llanas. Por aquí se venía mucho, casi siempre sola, a jugar con las aguas y a buscar tesoros. Les decía a sus padres:
- Yo sé que ahí mismo, por debajo de la Alhambra y pegado al río, hay un palacio escondido.
- ¿Un palacio?
- No desde luego tan grande como la Alhambra y puede que menos bello pero sí creo que es único.
- ¿Por qué tiene que ser único?
- Porque ni es grande ni lujoso ni tampoco tiene muchas torres pero sí encierra un misterio fabuloso.
- ¿Qué misterio?
- Yo lo he visto muchas veces en mis sueños pero no sé cómo explicarlo. Hay que verlo.

Y los padres, como ella todavía era pequeña, la dejaban que soñara. Pensaban ellos que, como todos los niños del mundo, imaginaba fantasías que de ningún modo tenían nada que ver con la realidad del día a día. Por eso, cuando se iba sola a jugar por la orilla del río, no se preocupaban. Pero sí prestaron ellos mucha atención un día, cuando la pequeña les dijo:
- Ya he descubierto la entrada de ese palacio fantástico que tantas veces os he dicho.
- ¿Que lo has descubierto?
- Sí y hasta he pasado dentro y he visto cómo es todo aquello.
- ¿Y cómo es?
- No puedo explicarlo con palabras. Hay que verlo.
- Mañana mismo vamos contigo y nos lo enseñas.
- Por ahora no quiero que nadie vaya y vea este lugar mío tan fantástico. Con unas amigas mías, estamos preparando algo especial y cuando lo tengamos terminado, os lo digo y también se lo decimos a los vecinos y a todos los que viven en este barrio.

Y aquella especial mañana de otoño, ella tenía todo preparado. Con sus amigas se colocaron en puntos concretos del misterioso palacio subterráneo. Para recibir a los que fueran llegando, explicar las cosas y, sobre todo, hablar con cada uno en particular. Por eso, los que salían, al ser preguntados por los que esperaban en la explanada, respondían:

- No hay palabras para explicarlo. Hay que verlo y, sobre todo, hablar con ella. Transmite tanta emoción y con palabras tan dulces que es imposible que todo sea un simple sueño.

Una familia sin casa

En aquellos tiempos los caminos no estaban asfaltados. Solo algunos, los muy, muy importantes, sí estaban empedrados. Los siguientes en importancia, tenían alguna capa de arena, de graba o algún tipo de tierra especial, que no formaba barro. Pero en general, la mayoría de los caminos que iban a las ciudades, pueblos y tierras, eran solo eso: calzadas de polvo, en verano, de barro y charcos de agua sucia, en primavera, otoño e invierno y, muchas veces, llenos de charcos helados.

De este modo eran los caminos que en aquellos tiempos iban por muchos sitios de Granada, de barrio en barrio y a los pueblos. Y llenos de barro y pozas color chocolate, era como se encontraba aquella mañana de primavera, el camino que iba desde el barrio del Realejo a las casas cercanas al río Darro. El pequeño carro de madera, tirado por un enclenque borriquillo color ceniza, rodaba lento siguiendo el trazado de tierra, bajando hacia la vega del río. Guiando y animando al borriquillo iba el padre, el muchacho, subido en el carro y sentado encima de los colchones y la madre, a la derecha, caminando sobre el barro y agarrada a los varales para no quedarse atollada. Los tres caminaban tristes, en silencio y con sus pensamientos en el gris futuro, a partir de aquel momento.

Más de cinco años habían vivido en la casa de adobes, cerca de las Huertas Reales, en las tierras hoy ocupadas por el barrio del Realejo. El padre, cuidando un pequeño rebaño de cabras, propiedad de uno de los generales de la Alhambra. Y por eso, cada mañana de primavera, verano y otoño, el hombre ordeñaba estas cabras. La madre guardaba la leche en grandes vasijas de barro y luego el hijo, cada día subía por las cuestas del Realejo y, cargado con algunas de las vasijas llenas de leche, entregaba el producto en los palacios de la Alhambra. Siempre que el general recibía la mercancía de las manos del joven, le decía:
- Los reyes de la Alhambra cada día están más contentos con la

leche que sale de mi rebaño de cabras. Dile a tu padre que las cuide mucho y que nunca las encierre por la noche sin que hayan bebido y comido lo suficiente.
- Se lo diré a mi padre, señor.
Y cuando el hijo regresaba a la humilde casa de adobes, nunca se olvidaba de dar este encargo a su padre.

Por eso el hombre, cada mañana temprano, en cuanto amanecía, se iba al corral de las cabras, las ordeñaba y luego tomaba algo para desayunar, metía un trozo de pan en su zurrón y se iba con el rebaño a los montes. Para que las cabras ramonearan en los lugares más apropiados y para que bebieran en las aguas claras del río Darro y también en las corrientes del río Genil. Y una tarde de primavera, época en que las cabras tenían más alimentos en los campos y por eso daban mucha más leche, el hombre dijo a su mujer:
- Tú sabes hacer quesos muy ricos. Estoy pensando que como ahora cada día llenamos las vasijas que llevamos a la Alhambra y sobra leche, podríamos hacer algunos quesos.
- ¿Y qué haremos después con ellos?
- Para el día del cumpleaños del general, se los llevamos como regalo. Este rebaño de cabra es suyo y todos los productos que de estos animales salgan. Nosotros nunca nos quedaremos con nada sin que él lo sepa y nos haya dado permiso antes.
- Pues lo que tú quieras.
Dijo la mujer.

Y aquel mismo día, se puso ella e hizo su primer queso. Con cuajada natural, pleita de esparto tejido por el marido y sobre una mesa de madera de roble. Le salió un queso grande, muy bien cuajado, perfectamente modelado y con un color perfecto. Sobre una tabla también de roble lo puso a curar, con un poco de sal para que no se pudriera y curara de la mejor manera. Al día siguiente hizo otro queso y luego otro y así, en poco tiempo, juntó un buen número. Por eso, la mujer, el hombre y el hijo, estaban contentos y esperaban con ilusión el día del cumpleaños del general para subir a la Alhambra y ofrecer al dueño de las cabras, los ricos quesos. Pero unos días antes del cumpleaños, una mañana, el general se presentó en la humilde casa de adobes, llamó al padre y le preguntó:
- ¿De qué me he enterado?
- ¿De qué se ha enterado usted, señor?

- Alguien me ha dicho que te apropias parte de la leche que dan mis cabras para convertirla en quesos que luego piensas vender y quedarte con el dinero que saques.

El padre, la madre y el hijo, asustados intentaron explicar al general lo que en realidad estaban haciendo y lo que tenían pensado. Pero el general, sin atender a ninguna explicación ni razonamiento, les dio solo veinticuatro horas para que abandonaran la humilde casa de adobes. Y aquella mañana de primavera, por el camino lleno de barro y charcos de agua color chocolate, el pequeño carro rodaban lento, alejándose del rincón de la casa de adobes. Tristes los tres, con sus cuatro enseres, humillados y preocupados por lo que sería de ellos en el futuro. Varias veces, el pequeño carro de madera y tirado por el borriquillo, se atascó en los charcos y barro del camino. El padre, jaleó con fuerza al humilde animal para que tirara con más energía, mientras el hijo y la madre, empujaban desde los varales y la parte de atrás. Y poco a poco, los tres, su borriquillo y el carro, seguían avanzando por el camino. Al llegar a las aguas del río Darro, buscaron el vado y cruzaron la corriente, torcieron con la curva del camino y tomaron rumbo a las casas del Albaicín, frente a la colina de la Alhambra. No tardaron más de media hora en llegar a las primeras casas donde, al tomar por la embarrizada calle un poco cuesta arriba, se encontraron con sus conocidos. También una familia tan pobre como ellos, varios niños y los padres, se pararon con ellos para saludarlos. Y fue la madre de la familia amiga la que preguntó:
- ¿Es que os estáis mudando de casa?
Y al instante, el hijo de la familia del carro, dijo:
- Nos ha despedido el general, dueño de las cabras que cuidaba mi padre.

Unos a otros se miraron y como a todos les parecía no solo extraño sino injusto y triste lo ocurrido, el padre de la familia amiga, dijo:
- Pues vosotros no preocuparos. Todos, a lo largo de la vida, hemos pasado y estamos pasando por momentos malos. Sed bienvenidos a este pequeño y hermoso barrio nuestro y tened ánimo.
De un lado y otro, empezaron a llegar personas para recibir y saludar a la familia expulsada. Unos y otros decían:
- Tú hijo, se puede venir a mi casa con nosotros. Donde caben y comen cinco, uno más, tampoco es mucho.

- Tu borriquillo y carro, lo puedes guardar en mi corral.
- Y vosotros dos, os venís a vivir conmigo. Ya nos apañaremos como podamos.

Y un hombre alto, muy conocido del padre, cogió a éste del brazo, lo hizo caminar por las calles hasta el río Darro, subieron por una sendilla y llegaron a un montículo de tierra. Le pidió al padre que mirara en la misma dirección en que corrían las aguas al tiempo que le dijo:
- Como este río Darro no hay otro en el mundo, por sus aguas y las tierras que riegan. Desde hoy, vamos a trabajar juntos cultivando el terreno que por aquí ves. Ya verás que cosecha y productos más buenos sacamos de estos terrenos.

Los gatos del río Darro

Hasta hace unos años, en las claras aguas de este río y justo cuando discurre por la Carrera del Darro, además de gatos, había patos. No muchos. Solo unas cuantas parejas que hacían sus nidos y criaban en las zarzas y cañas de las riberas y no lejos de donde vivían los gatos. Y era una delicia verlos cuando estaban en sus nidos y luego cuando ya los polluelos iban en manada detrás de los padres por entre la hierba y las aguas. En pequeñas cuadrillas, surcaban la corriente de un lado a otro del río, se camuflaban por entre las zarzas o se encaramaban en lo alto de los padres cuando estos se paraban a tomar el sol. Los graciosos patitos, siempre vigilados por los padres, eran la distracción y el regocijo de muchas de las personas que por este lugar pasaban. El rincón donde vivían estos patos padre y los pequeñuelos, era exactamente entre el puente Cabrera y la iglesia de Santa Ana.

Pero un día, nadie supo cómo ni por qué, estas divertidas aves acuáticas, desaparecieron del río Darro. Algunos vecinos comentaban:
- Que no, que los del Ayuntamiento dicen que van a dejarlos libres en el río Genil, cerca del Puente Romano.
- Pues el sitio de los patos aquí en Granada, siempre ha sido en este río Darro y a los pies de la Alhambra.
Estas cosas se comentaban mientras también decían que los patitos

y sus padres, habían sido comidos por los gatos. No creían esto algunas personas pero la realidad fue que los patos del río Darro, a partir de aquellos días, nunca más se han visto por ahí.

Sí a los gatos que, negros, blancos, naranja, grises y en otros colores, se refugiaban justo bajo el Puente Cabrera. Aquí solo durante el día y, en especial, al caer las tardes porque por las noches se les veía saltar por las ruinas del Puente del Cadí y luego perderse por entre el bosque en esta umbría de la Alhambra. Pero siempre al caer las tardes, desde aquellos días de la desaparición de los patos, se les vía formando grupos, algunos acostados y otros lavándose la cara, cerca de las aguas del río, bastante próximo al puente. Y esto era porque algunas personas, por encima del muro le echaban comida. No abundante ni buena pero si lo suficiente para que los gatos no se marcharan de este rincón de Granada. Y al igual que con los patos, por aquellos día y hasta hoy, eran y son la curiosidad y el interés fotográfico de los turistas.

Un hombre mayor que vivía no lejos de este río y frente a la Alhambra, cada tarde daba su paseo por la Carrera del Darro y siempre al pasar, se paraba un momento a saludar estos gatos y a comprobar qué hacían y cuántos habían venido nuevos o cuantos faltaban. Alguna vez les hizo fotos y en otras ocasiones, hasta le sacó un vídeo saltando la corriente por las misma piedras que tiempo atrás habían utilizado los patos. Cuando los inviernos eran muy lluviosos, ni los de un lado del río ni los otros, podían saltar la corriente. Por eso, algunos de estos gatos, en más de una ocasión los vio por completo empapados o encaramados en las ramas y trocos de los árboles y arbustos que por ahí crecen.

Y un día, cuando este hombre mayor se había parado como tantas otras veces a saludar y ver cómo estaba el grupo de gatos, descubrió algo nuevo. Una mujer también mayor, delgada, de pelo rubio y ojos azules, se acercó al puente con unas cajas de cartón en sus manos. Al verla los gatos, enseguida todos se pusieron cerca del muro y mirando para arriba. De la caja, la mujer sacó trozos de plástico transparente donde previamente había puesto comida para gatos. Soltó estos plásticos, cayeron cerca de las aguas y entre la hierba y ahí se amontonaron rápidos todos los gatos.

Se acercó a ella el hombre mayor y le preguntó:
- ¿Son tuyos estos gatos?
- Todos son callejeros pero me da pena que nadie les eche de comer. Yo soy extranjera y en mi país nos gusta mucho los gatos. Ahora estoy jubilada y esto es mi única diversión y gasto.
Al día siguiente y al otro, de nuevo la vio echándole de comer a los gatos. Y la siguió viendo a lo largo de varios meses y durante varios años. Pero una tarde de verano, al pararse para ver cómo estaban y de qué modo vivían los gatos, descubrió que ya la mujer mayor no les traía comida. Se dijo: "Quizá haya enfermado y vuelva por aquí en cuanto mejore".

Pero no volvió de nuevo por el puente y sí los gatos, algunos se murieron no sabía él si de viejo o por falta de comida. Otros desaparecieron y los que aun quedaban, en cuanto alguien se asomaba al río, maullaban pidiendo comida. Por el lugar, seguía el hombre mayor dando sus paseos, lamentándose ahora que, lo mismo que un día desaparecieron los patos, los gatos del río Darro también desaparecían. Se decía cada vez que por aquí pasaba: "Será ley de vida. Nada nunca dura para siempre y la mujer que les traía comida cada día, ya estaba muy mayor. Su misión era pasajera y esto lo entiendo".

Pero una tarde de verano, ya pasados casi dos años sin verla, después de pararse un momento en el puente y descubrir que solo había dos gatos muy esqueléticos, continuó sus pasos Carrera del Darro arriba. Y al llegar a la iglesia de San Pedro, se paró un momento precisamente a observar un misterioso gato negro que por ahí había visto varias veces. Y estaba parado junto a las rejas de la puerta de la iglesia cuando, al dar media vuelta para seguir, se la encontró. Subía por la calle con una pequeña mochila como tantas otras veces en otras ocasiones y al verla, el corazón le dio un vuelco. La había echado mucho de menos y por eso le preocupaba su ausencia y abandono de los gatos.

La saludó y enseguida le preguntó:
- ¿Por qué ahora no le llevas comida a los gatos del río como hacías antes?
Y algo triste y con su peculiar acento extranjero, la mujer mayor dijo:
- Las autoridades me tomaron los datos dos veces y en la última ocasión me dijeron que si volvía a llevarle comida, la próxima vez

tendría problemas. Y es una pena porque sé que están abandonados, que muchos han desaparecido y otros se están muriendo solos y sin alimento.

El sueño de un príncipe

No lejos de la Alhambra, aun hoy en día se conserva una de las vías pecuarias usada para la trashumancia, transito de ganado, en tiempos pasados. Discurre este camino por el barrio del Realejo y Barranco del Abogado, pasa cerca de los aparcamientos y remonta hasta más allá de los Llanos de la Perdiz.

Aquella transparente mañana de otoño, un poco después de la salida del sol, el príncipe subió a la torre. Solo unas horas antes, había sentido a los perros ladrar y a las ovejas balar. Por eso preguntó a uno de sus criados:
- ¿Por qué tantos balidos de ovejas y ladridos de perros?
- Son los pastores de la montaña que, como cada año, con la llegada del otoño y la proximidad del invierno, bajan desde las partes altas de las sierras, a las cálidas tierras de la Vega.
- ¿Y yo puedo verlos?
- Solo a unos metros de los palacios de la Alhambra, por el lado de las cumbres de Sierra Nevada, muchas veces transitan ellos, conduciendo a sus ovejas.

Toda aquella noche el príncipe estuvo meditando lo que le había dicho su criado. Y cuando, un poco antes de la salida del sol sitió los ladridos de los perros, subió a la torre para verlos. Y descubrió a los pastores, allá a lo lejos, por el lado del primer sol de la mañana. Se puso a escuchar los validos de las ovejas y se dijo: “Ojalá yo pudiera irme con ellos y dormir por las noches bajos las estrellas, en medio de los campos”. Y por las altura de los cerros que hoy conocemos con el nombre del Llano de las Perdiz y Cerro del Sol, el joven pastor miraba para la Alhambra y se decía: “Ojalá yo pudiera vivir en las torres de los palacios para oír por las noches la música de las fuentes y aspirar por las mañanas el perfume de las flores en manos de las princesas”.

Y unas horas después de la salida del sol, el príncipe de la torre de la Alhambra, dijo a su criado:

- Prepárame el caballo y algo de comida que dentro de un rato me voy a ir con los pastores que bajan con sus ovejas desde las montañas.
- Sus órdenes serán cumplidas al instante, alteza.
Se vistió el príncipe con la ropa que siempre usaba cuando iba de caza y, a media mañana, salió de los recintos de la Alhambra. Trotó con su caballo por entre los jardines y huertos de la Alhambra y cuando llegó a donde los pastores recogían a sus ovejas para continuar el camino, les preguntó:
- ¿Puedo quedarme con vosotros?
- Ningún inconveniente tenemos pero ¿para qué desea quedarse con nosotros?
- Quiero conocer vuestras cosas y deseo hacerme amigo de vuestros perros y ovejas. Y también quiero haceros una pregunta.
- Pues pregunte usted, señor, que nosotros le responderemos en la medida que sepamos.

Se bajó el príncipe de su caballo, se acercó a los rebaños de ovejas, saludó al joven pastor, a la hermana pastora y a sus padres y les preguntó:
- ¿Sabéis vosotros por qué sitio de estos montes se crían y abundan las perdices?
Y el joven pastor respondió:
- Sí que lo sabemos.
- Es que a mí me gusta la caza de los jabalíes y de los machos monteses y también me gustaría aprender a cazar perdices pero no sé dónde encontrarlas.
- ¿Usted quiere venirse con nosotros y se lo enseñamos?
- Estoy dispuesto a irme con vosotros ahora mismo. ¿Por qué sitios de estas montañas vais?
- Bajamos con los rebaños a la Vega de Granada pero mi hermana y yo, regresamos a nuestra casa allá en las altas sierras. Véngase con nosotros y le decimos dónde viven las perdices.

Y en ese mismo momento, se pusieron en camino por las sendas, laderas y barrancos, por los lugares que hoy conocemos con los nombres de Cerro del Sol y Llanos de la Perdiz. Caminaron durante media hora y el llegar a una gran depresión del terreno, el joven pastor dijo al príncipe:
- Vaya usted atento y en silencio que las perdices aparecerán en cualquier momento.

Y justo al dar vista al gran barranco, la bandada de perdices, alzaron vuelo. Hacia el lado del sol de la mañana y por eso, mientras se alejaban volando para las partes altas, sus plumas brillaban como pequeñas estrellas de colores. Exclamó el príncipe:
- Es lo más bello que he visto nunca. Subamos al cerro y desde allí me indicas los caminos y los sitios.

Un rato después, los tres estaban por donde la bandada de perdices se había parado. Sentados frente al barranco, frente a las cumbres de Sierra Nevada y con la visión de la Alhambra a su derecha, el príncipe dijo:
- Ojalá yo pudiera venirme con vosotros, los pastores de estas montañas y dormir por las noches bajo las estrellas, en medio de los campos.
Y la joven pastora y su hermano comentaron:
- Ojalá nosotros pudiéramos vivir en las torres de los palacios de la Alhambra para oír por las noches la música de las fuentes y aspirar por las mañanas el perfume de las flores en manos de las princesas.

Nota del autor:
La trashumancia en la península se remonta al tiempo de los godos, e incluso al tiempo de los iberos, cuyos pastores prestaron valiosa ayuda a los cartagineses en sus marchas a través de España. Pueblos como el tartesio, turdetano y romano concedieron gran importancia a la cría del ganado lanar pudiéndose constatar en época de Marco Varron (siglo I a. C.) la presencia de "calles pastorum" y de las servidumbres clásicas como la "viae", "iter" y "aetus", para toda clase de paso que posibilitase conducir ganados y carruajes entre dos predios. Ahmad ibn Umar al-Udri (1003-1085) describió la trashumancia que hicieron los moros en la Alpujarra entre la costa mediterránea y la Sierra de la Contraviesa en el sur de Sierra Nevada. En ese tiempo también los cristianos practicaban la trashumancia ovina.

El azufaifo de la princesa

Una de las cosas que más le gustaba era compartir. No solo con sus amigos y conocidos sino con todas las personas: ricos, pobres, niños, jóvenes, mayores… Siempre se decía:
- Murallas, cuanto menos mejor y discriminación, ninguna. Tratar a

cada persona como si fuera única y la mejor del mundo, es lo más importante que podamos hacer en esta vida.
Y ella, cuando llegó el otoño de aquel año, protagonizó algo que a todos dejó asombrados. Justo en los primeros días del mes de octubre y para celebrar su cumpleaños.

Antes de nacer, en los palacios de la Alhambra, los padres ordenaron que en las huertas del Generalife, se sembraran árboles: granados, membrillos, perales, algún olmo, serbales, y especialmente, azufaifos. Y los que en aquellos tiempos cultivaban las tierras de estas huertas, llevaron a cabo lo que se les ordenaba. En los balates entre huerta y huerta, se pusieron y plantaron los granados, los membrillos y azufaifos. Estos últimos, los plantaron casi en la misma acequia que distribuía el agua por las tierras. Y de estos árboles, el rey dijo:
- Quiero que los cuidéis con el mayor mimo. Ya sabéis que estos árboles proceden de los países de donde hemos venido algunos de nosotros. Y también sabéis lo bonitos que son y los frutos tan ricos que dan.
Y los hortelanos comentaron:
- Pondremos en estos árboles todo nuestro esfuerzo y cariño para que crezcan y den los mejores frutos.

Durante varios años, los azufaifos crecieron vigorosos, relucientes de verde y comenzaron a dar cosecha al poco tiempo. Para cuando nació la princesa, uno de los azufaifos ya estaba muy grande y todos los otoños, daba una buena cantidad de frutos. Los padres, en cuanto la niña creció un poco y comenzó a caminar, con frecuencia la llevaban de paseo por las huertas de los azufaifos, conocidos en estos tiempos con el nombre de Huertas del Generalife. Y la princesa niña, desde el primer momento, empezó a tener una predilección especial por el árbol que los padres les mostraban. Ellos le decían:
- Antes de que nacieras, dimos órdenes para que sembraran aquí estos árboles y fíjate ahora qué recios y sanos crecen.
Y ella, todavía pequeña pero prestando mucha atención a lo que los padres le mostraban, decía:
- Me gusta mucho este árbol, especialmente entre todos los otros y me gusta donde crece. En cuanto sea mayor ¿me podré venir a este sitio siempre que quiera?
- Este rincón y árbol te pertenecen. Puedes venirte aquí siempre y

todas las veces que quieras.

Creció la princesa y se hizo mayor. Ya con dieciséis años, muchas tardes salía de los palacios de la Alhambra, recorría los paseos de los jardines, cruzaba las puertas de la muralla y se venía a la huerta de los azufaifos. Junto a la acequia, a la sombra del árbol más grande y frente a la Alhambra, se paraba y aquí se quedaba mucho rato. A veces horas enteras, gozando del airecillo, del sol, de canto de los pajarillos, de la visión de la Alhambra, del barrio del Albaicín y de toda la cuenca del río Darro. Porque una de las cosas más importantes que poseen las huertas del Generalife es que son un gran balcón a los rincones más hermosos de Granada. Cuando llegaba el otoño, la princesa era la que todos los años recogía los frutos del azufaifo, los llevaba a los palacios, se los mostraba a sus padres y les decía:
- El azufaifos grande, es un árbol maravilloso y sus frutos, ricos como no hay otros.

Llegó el otoño de sus diecisiete cumpleaños y como el azufaifo en esta ocasión había tenido una gran cosecha, dijo ella a los hortelanos:
- Coged todos los frutos de este árbol justo el día antes de mi cumpleaños.
Le hicieron caso los hortelanos, se pusieron y, en cestas de mimbre, recogieron todas las azufaifas. Muchas, todas muy sanas y gordas y por completo maduras. Se los entregaron a la princesa y el mismo día de su cumpleaños ella dijo:
- Ayudadme y llevamos todas estas cestas a la gran puerta de la muralla.
En poco tiempo, las cestas llenas de azufaifas y la princesa, estaban en la puerta principal de los recintos amurallados de la Alhambra. Y en cuanto estuvo aquí, comenzó a coger puñados de azufaifas y a todos los que entraban o salían, les daba los frutos diciendo:
- Hoy es mi cumpleaños y os quiero obsequiar a todos con lo mejor que tengo y lo que más me gusta, los frutos de mi azufaifo. No hay delicias como estas en todo el mundo. Coged y probar veréis como no os miento.

Los que llegaban, entraban o salían, se paraban y observaban a la princesa. Algunos extrañados por el novedoso acontecimiento y otros, para coger de sus manos el regalo que ella

ofrecía. Entre sí comentaban:
- Regalos de una princesa no se reciben todos los días. Y, aunque solo sean unas simples frutillas, tiene su encanto y es algo bueno.
Y otros preguntaban:
- ¿Pero como toda una princesa de estos grandiosos palacios de la Alhambra, se pone aquí y con estas cosas?
- Seguro que tendrá ella una razón honda y noble que nosotros desconocemos.
- ¿Nos acercamos y le preguntamos a ver qué dice?
- Por intentarlo creo que nada perdemos.

Y algunas personas que habían subido desde la ciudad de Granada, se abrieron paso por entre los que allí se concentraban. Se aproximaron al sitio donde la princesa tenía sus cestas repletas de frutillas doradas, cogieron un puñado, con el permiso de la princesa, probaron las azufaifas y al rato le dijeron:
- Realmente están deliciosas. Pero, ¿podemos hacerte una pregunta?
- Preguntarme todo lo que queráis.
- Es que muchos de los que por aquí nos hemos parado al verte, estamos algo sorprendidos.
- ¿Qué es lo que os sorprende?
- No es normal que una princesa se comporte y haga lo que tú ahora sí. ¿Qué te mueve a ello?
Y la princesa, situándose en el escalón de piedra que junto a la puerta de la muralla había, llamó la atención a todos los que por allí se concentraban y muy resulta dijo:
- Ya os he dicho que hoy es mi cumpleaños, que estas azufaifas son del árbol que me regalaron mis padres antes de que naciera y que como ahora es la época de su cosecha, la hemos recogido para compartirla con todos vosotros. Tengo muchas razones para hacer esto y todas son grandes pero una de ellas es especialmente importante. ¿Queréis saberla?
En menos de tres segundos, todos a la vez respondieron:
- Sí, por favor, princesa.

Y la joven sin titubear habló y dijo:
- Compartir las cosas con los demás es algo que todos deberíamos practicar a diario. Ensanchan el alma, abren el corazón y se establecen lazos de amistad y respeto entre las personas. Y es bueno compartir alimentos, vestidos, casa, dinero y trabajo pero, aun

siendo todo esto muy importante y necesario, existe algo mejor que en todo momento deberíamos intercambiando unos con otros: la música de la vida, las emociones que nos transmiten los cantos de los pájaros, la magia de un día de lluvia, los colores del otoño y las luces de los atardeceres… Esto es lo que hoy estoy intentando comunicar a todos vosotros, en este día de mi cumpleaños. Lo que más me gusta a mí, la música de la vida y los colores y olores del otoño.

Hubo un momento de silencio, cuando la princesa terminó de pronunciar estas palabras. Luego, varios de los más valientes, se adelantaron y preguntaron:
- ¿Y qué tendremos nosotros que darte a ti a cambio de estas frutillas que ahora nos regalas?
- No tendréis que darme nada. Lo comparto porque es algo que me gusta y para poner un poquito de felicidad en vuestras vidas.
- Princesa, que ya nos conocemos. Los poderosos siempre dais algunas cosillas y, antes de que nos demos cuenta, nos quitáis la propia vida.
De nuevo se hizo el silencio. Las personas en el lugar concentradas, poco a poco se fueron alejando. Al rato la princesa se quedó sola, junto a sus cestas de frutillas y algunos soldados que la custodiaban. Estos le aconsejaron que volviera a su palacio y desistiera de lo que se había propuesto. Les hizo caso ella y cuando llegaron al palacio y contó a sus padres lo sucedido, la reina madre le dijo:
- Así es la vida, hija mía y así son las personas.
- Pero vosotros sabéis que mi intención es solo compartir con las personas estas sencillas cosas que tanto me gustan. ¿Por qué a la gente le cuesta tanto creer en mis buenos deseos?
- Ellos tienen miedo y desconfían pero nosotros sabemos que tú eres buena. Sigue practicando la bondad en tu vida y el amor y respeto para con los que te rodean y las personas. Un día y en algún momento, tendrás tu premio.

El huertecillo de la Alhambra

Se encontraba no lejos de los lujosos palacios. Al lado del sol de la mañana, entre la Medina, los estanques del agua, en un jardín muy bello y casi a la entrada del más vistoso de los recintos de la Alhambra. Por eso, el pequeño trozo de tierra, el huerto de la

princesa que era como lo llamaban, parecía un pequeño paraíso en miniatura. Tenía flores de muchos colores, árboles frutales, plantas aromáticas y hortalizas, acequias con aguas claras, un pequeño estanque, un mirador, varios asientos y hasta una estancia no muy grande.

Se alzaba esta estancia en la parte más alta del huertecillo. Justo a la entrada del trozo de tierra y servía, no para vivienda sino para taller. Solo en parte porque el pequeño recinto de esta construcción, se usaba para guardar las herramientas con las que se labraban las tierras del huerto. El resto del edificio lo utilizaba un grupo de artesanos para taller, crear y pulir muchas de las obras de arte que decoraban salones y palacios. Por eso, dentro de esta construcción, casi todo el día y parte de la noche, estaba ocupado. Los artesanos trabajaban y trabajaban sin descanso, todos a las órdenes de un hombre alto, recio, de pelo negro y muy fuerte. No era muy culto pero según decían, sí estaba protegido por el rey porque era un gran adulador y esto hacía que no fuera bien visto por los obreros artesanos. Continuamente los hostigaba, humillándolos siempre y pidiéndoles que hicieran bien el trabajo y echaran muchas horas. De sol a sol trabajaban y, a veces, hasta bien entrada la noche.

Dentro de este grupo de artesanos había un hombre algo rebelde. Mucho más inteligente que el capataz y por eso, cada vez que el hombre alto y recio gritaba a los artesanos, el hombre rebelde se indignaba. Para sí, en muchos momentos se decía: “Lo que ordena y nos pide que hagamos, no tiene sentido. Casi siempre es puro capricho suyo pero como tiene que demostrar que posee el poder, se impone gritando y pidiéndonos tonterías”. Esto se decía en muchas ocasiones y, en algunos momentos, a punto estuvo de compartirlo con los compañeros. Pero como el hombre era inteligente, intuía que si hablaba con unos y otros, sería mucho peor para todos. No se fiaba de ninguno y temía la reacción del capataz maleducado.

La princesa dueña de las tierrecillas del huerto, había escogido para hortelano a un joven también alto, muy fuerte, recio y de corazón noble. Sabía ella que este joven, aun siendo rebelde y con ideas muy claras y propias, amaba mucho a los pajarillos, le gustaba ver crecer las plantas y los árboles, disfrutaba regando las tierras y recogiendo las hortalizas y los frutos. Y, sobre todo, trataba con exquisita educación a la princesa, cada vez que ésta aparecía

por las tierras del huertecillo. Porque le gustaba a ella mucho las flores y, como el joven hortelano lo sabía, cultivaba con esmero todos los días del año, rosas de todos los colores. Junto a la acequia, no lejos del estanque, cerca también del pequeño mirador hacia el Albaicín y no a mucha distancia del edificio de los artesanos. Aquí también, en el mismo mirador y casi entre los rosales, el joven jardinero, construyó un banco de piedra y una pequeña mesa para que se sentara la princesa cuando venía a cortar flores o simplemente a estar un rato, mientras observaba los paisajes y tomaba el fresco.

Y ocurrió que un día de otoño, cuando ya la tarde caía y el joven hortelano cortaba rosas para la princesa, el hombre rebelde del taller de artesanos, se presentó. Apareció por el lado de la muralla, ocultándose por entre las plantas y portando en la mano una especie de saco. Se aproximó sigiloso al edificio del taller y por delante, empezó a esparcir semillas y frutos secos. Luego se acercó más a las paredes del taller y, con mucho cuidado, manipuló algunas cosas. Pensaba él que nadie lo veía porque el hortelano se ocultaba un poco entre los rosales. Aquí se estuvo quieto y observó con atención, sin decir nada al hombre del saco. Pero en un momento en que éste se movió para el lado de las tierrecillas del huerto, descubrió al joven hortelano. Lo miró desde la distancia, no dijo nada, dejó de esparcir semillas por el suelo y lentamente se fue para el lado de los palacios de la Alhambra.

Por el lado de la muralla se fue también el joven y le salió al paso. Se le paró delante, lo miró, no pronunció palabra y esperó un momento. El hombre del saco, sintiendo que había sido descubierto y que no tenía escapatoria, dijo al joven:
- Estoy harto del mal trato que recibo por parte del capataz.
- ¿Y qué se te ha ocurrido?
- Las semillas que por aquí he esparcido, están envenenadas para que se mueran todos los pájaros de este jardín. Y esas cosas que he puesto por ahí, es para volar este maldito edificio de artesanos.
- ¿Y qué pretendes con esto?
El hombre rebelde miró fijamente al joven hortelano, comenzó a temblar y ahora muy asustado, dijo:
- Te lo pido por favor, no me delates. Será mi perdición si lo haces.
- Vuelve a tu casa y luego a tu trabajo. La princesa es mi amiga y por eso sé que tiene un gran corazón.

Se alejó el hombre del saco y se marchó por donde había venido. Se puso el joven y recogió todas las semillas envenenadas y desactivó los artilugios que había colocado para volar el edificio de artesanos. Aquella misma tarde habló con la princesa y tres días después, el hombre alto y grueso y maltratador de los artesanos, desapareció del taller. Y al cuarto día por la tarde, la princesa se presentó en el huerto y jardín de sus rosales. Saludó al joven hortelano, lo invitó a que se sentara junto a ella, en el asiento de piedra del pequeño mirador frente al Albaicín y habló diciéndole:
- Tu respeto y amor por las avecillas y plantas de estas tierras mías, no solo me llenan de orgullo sino que has dado dignidad a los artesanos. Lo sabe el rey y también se siente orgulloso de ti y de mí. ¿Cómo lo consigues?
Y el joven respondió a la princesa:
- Teniendo en cuenta que lo más valioso de todo, es precisamente eso: el respeto. Las cosas en sí, todas son bellas y, las personas, aun más. Por eso, por muy poca inteligencia que se tenga, uno puede ver claramente que el único camino bueno y correcto es el respeto y el amor por todos y todo. Tenemos la obligación de perfeccionar el mundo y a las personas y no lo contrario.
Y al oír estas palabras, la princesa dijo:
- Gracias por ser un hombre tan bueno. Hasta las rosas de este jardín que cuidas para mí, lo reflejan.

Al llegar el otoño

Nada más salir el sol, aquel día de otoño, se pusieron mano a la obra. Y lo primero que hicieron fue recorrer el camino hacia donde estaban los productos: higos secos, granadas, membrillos, nueces, almendras, calabazas, acerolas y otros frutos. El encargado, en cuanto llegaron con el carro a las tierras donde tenían los frutos, dijo:
- Idlos cargando con mucho cuidado. No quiero que se estropee ninguno.
Y como la pequeña era la que más interés tenía en el proyecto, dijo al encargado y a las personas que se disponían a repartir los frutos de otoño:
- A todos nos interesa que nada se estropeen y que el reparto quede perfecto.

Cuando el sol estaba ya un poco alzado, el carro quedaba por completo lleno de frutos. Dos de los hombres jalearon a las bestias y éstas se pusieron en marcha. Por el camino de tierra que iba desde los terrenos de la cosecha hasta el cortijo, de trayecto en trayecto, se iban parando. Del carro descargaban una buena cantidad de frutos y a la derecha del camino lo iban colocando en pequeños montones. Preguntó uno de los hombres:
- ¿Y creéis vosotros que la carroza de la princesa, cuando pase por aquí con ella dentro, se va a parar para mirar estos frutos?
La niña aclaró:
- A mí me han dicho que sí y hasta me han asegurado que la princesa hablará con algunos de nosotros. Dicen que a ella le gustan mucho los frutos de esta Vega de Granada y que también le encanta charlar con las personas que por aquí trabajan.

A media mañana, ya estaban todos los frutos repartidos en pequeños montones a los lados del camino. El sol iluminaba ahora mucho y por eso, nada más alzar la vista y mirar, se veía perfectamente iluminada la grandiosa figura de la Alhambra sobre la colina. Al observarla y verla, algunos de los hombres comentaron:
- ¿Estará ya saliendo de allí la carroza de la princesa?
Y aclaró la niña:
- Creo que por aquí pasará a primera hora de la tarde. Por eso conviene que todo esté perfectamente preparado. La princesa tiene que irse de estas tierras, gratamente impresionada, no solo por la bondad de nuestros productos sino por lo original de este encuentro y el buen trato que de nosotros reciba. Tenemos que procurar que por ningún otro sitio encuentre ella nada, ni siquiera remotamente parecido, a lo que nosotros le ofrezcamos.

Comenzaba el sol a declinar por el lado de la tarde, cuando empezó a oírse la noticia:
- Ya aparece por allí el cortejo y carroza de la princesa. Y viene parándose en algunos de los sitios del camino donde hemos puesto los frutos de estas tierras.
La niña y sus amigos, salieron corriendo dirección al almiar, subieron a toda prisa por la escalera y se fueron colocando, entre la paja, en lo más alto. Decía ella:
- Desde aquí lo veremos todo claramente y podremos saludar a la princesa como nosotros queremos.
Y no habían terminado de acomodarse en lo más alto del almacén de

paja, cuando vieron que la carroza de la princesa se paró allí mismo. A solo unos metros del almiar, se abrió la puerta de la carroza, salió la princesa, miró para el gran montón de paja y al ver en lo más alto a la niña, dijo a la pequeña:
- Sé que me estás esperando. Quiero darte un beso y acariciar tu cara con mis manos. Baja ahora mismo de tu palacio de paja.

Y la niña, sin pensarlo dos veces, se deslizó por el costado del almiar, en forma de tobogán y, en un abrir y cerrar de ojos, estuvo a los pies de la infanta. La princesa se aproximó un poco más, la besó, acarició su cara con sus blancas manos y le dijo:
- Tu ingenio para recibirme ha sido de lo más original que nunca se le haya ocurrido a persona alguna. Te doy las gracias y desde ahora mismo, tu cortijo y toda la cosecha que salga de estas tierras, tendrán un puesto relevante dentro de los palacios de la Alhambra. Daré órdenes para que te paguen con creces y oro del bueno, todos los productos que de estas tierras salgan.
- Gracias, amiga princesa. Y cuando quieras te puedes venir a jugar conmigo a las pajas de este almiar. Es mi juego preferido.

Ahora ya no pero en tiempos pasados, todas las tierras que rodeaban a la Alhambra y a la ciudad de Granada, se cultivaban y sembraban. Y en la gran Vega, con la paja que salía de la trilla del trigo y cebada, se hacían almiares. De los campos y estas tierras, las personas sacaban muy buenas y abundantes cosechas. Y el otoño, era y es la estación del año en que se recogen la mayoría de los frutos.

Sonidos de guitarra junto al río

Escribía versos
y junto a las aguas del río
mataba el tiempo
tocando su guitarra.

Eran lamentos
que el agua se llevaba
y sus recuerdos.

Y cuando le preguntaban:
- ¿Cantas al viento?
siempre respondía:
- Como a nadie tengo
para cantarle mis canciones
y dedicar mis versos,
con mi guitarra y el río,
lloro y rezo.

Junto a las aguas del río Darro, por el Puente del Aljibillo, siempre y ahora en verano más, hay gente. Algunos bañándose, otros caminando despacio río arriba, algunos con los pies metidos en

el agua y tomando el sol o simplemente charlando. Al caer las tardes, desde hace tiempo, veo algunos jóvenes que, junto a las aguas de este río se sientan y tocan sus guitarras o flautas. Casi siempre acompañados de amigos o perros. Casi todos menos un joven que, desde hace un tiempo, lo veo por aquí. No acompañado de nadie y por eso tampoco sé quién es. Pero, cuando desde el pequeño muro del Puente del Aljibillo miro para el río y lo veo sentado junto a las aguas, siempre me digo: “No parece extranjero ni tampoco parece que sea de Granada. Pero toca con fuerza su guitarra y siempre está solo. ¿Quién será y a quién le cantará?”

Y me pregunto esto porque siempre he pensado que en la vida, todos hacemos las cosas para alguien o por alguien. Y sé que las personas que escriben o hacen música, casi siempre es por algunas de estas razones. Por eso, desde hace unos días, miro con interés a este joven y a veces me entran ganas de bajar hasta la corriente de las aguas y preguntarle. Sin embargo, ayer por la tarde, al mirar desde el sitio del puente, me di cuenta que hasta él se acercaba una muchacha. Lo saludó y luego se sentó a su lado. Siguió él tocando su guitarra y cantando las canciones y al poco vi que la joven se levantó, subió por la pequeña senda que surca la torrentera y al llegar al rellano, se vino derecha al puente.

Al pasar frente a mí le pregunté:
- ¿Es amigo tuyo el joven que toca la guitarra junto al río?
- Lo he conocido hace un rato y solo me he acercado a él para saludarlo.
- ¿Y qué te ha dicho?
- Le he preguntado por las letras de las canciones que canta y me ha dicho que las escribe él mismo.
- ¿Y para quién escribe y a quien le canta?
- Eso es lo que yo también le he preguntado y me ha dicho, muy emocionado, que le escribe a su corazón y le canta al viento.
- ¿No tiene a nadie en esta vida a quien cantarle?
- Eso es lo que me ha dicho y luego me ha pedido que lo deje solo.

La joven siguió su camino, yo miré una vez más para el río y ahora vi la torre de la Alhambra, la del Palacio de Comares, emergiendo en todo lo alto y como observándolo. El cielo se había nublado, hacía calor, cantaban las chicharras, se oía el rumor de las aguas del río Darro mezclado con su voz y los sonidos de la guitarra.

Reflexioné un momento y luego me pregunté: “¿Qué habrá pasado en su vida para que esté tan solo y no tenga a nadie a quien dedicar sus versos ni tampoco a quien cantarle sus canciones?”

La calle, the street, улица, شارع

No estaba asfaltada ni tenía empedrado granadino ni adoquines de granito. Toda, de un extremo a otro y a lo ancho, era de tierra. Algo roja, con piedras rodadas del río en algunos tramos y con muchos baches y pequeños arroyuelos. Surcos no muy grandes que el agua al correr formaba cuando llovía. Por eso, toda la calle y hasta las mismas puertas de las casas, era un puro barrizal en invierno y primavera. En verano, de tanto pasar las personas y las bestias, el barro se convertía en polvo. Y en otoño, las hojas secas de las parras y las higueras, la cubrían por completo.

Solo algunas casas, a un lado y otro, todas de una sola planta, con tejas de barro y paredes de adobes amasados con paja. La casa que daba las espaldas a la Alhambra, se veía más hermosa. En la puerta tenía una parra y por el lado de abajo, un pequeño huerto con una higuera y una alberca con agua. La casa de la izquierda, la que se alzaba a mitad de la calle, casi en lo más alto del Albaicín y miraba de frente a la Alhambra, era muy humilde. Quizás la más humilde de todas las casas que en aquellos tiempos había en este barrio. Estaba techada con paja, el suelo era de tierra como el firme de la calle, tenía una pequeña sala y a la izquierda según se entraba, una habitación aun más chica que la sala. Solo una pequeña ventana había en la recogida habitación y daba a la Alhambra, al primer sol de la mañana y a las cumbres de Sierra Nevada.

En la casa de la parra, vivía un matrimonio con dos hijas y en la humilde de la izquierda, solo una anciana ya muy cansada y a penas sin fuerzas. Pero ella, en los días de primavera y verano, siempre salía a la puerta de su casa y en su silla de aneas y madera de olivo, se sentaba. Simplemente a ver lo que por la calle pasaba, a mirar en silencio a la grandiosa figura de la Alhambra y a esperar, según decía ella. Por eso, las jóvenes de la casa de la parra, cuando pasaban y la veían sentada en la puerta, siempre quieta y en silencio, con frecuencia le preguntaban:

- ¿Y qué es lo que esperas?
- Cuando yo era joven, un apuestos muchacho, un día me prometió que vendría a mi casa y me llevaría con él muy lejos. Que me haría reina en el paraíso y palacio más bello de la tierra.
- Y después de tanto tiempo ¿todavía sigues esperándolo?
- Aunque pasen los años, la ilusión nunca se pierde.

Y las jóvenes callaban. No se atrevían ellas a confesar a la anciana que también en sus corazones tenían un sueño. Pero la anciana era inteligente y por eso un día les preguntó:
- Y vosotras ¿a quién esperáis?
- Nosotras, muchas tardes nos aseamos y nos ponemos vestidos nuevos parque esperamos irnos algún día de aquí.
- ¿Iros a dónde?
- No sabemos, porque nunca hemos visto cómo son las cosas en otros lugares del mundo pero tenemos que irnos. Cada día estamos más cansadas de tanta monotonía y lo limitadas que son las cosas y personas que por este barrio conocemos. También soñamos con ser princesas y que algún día, alguien no llevará al más hermoso lugar de la tierra.
Y al oír esto, a veces la anciana les decía:
- Vuestro sueño es igual de bello que el mío cuando yo era joven y fijaros como me encuentro ahora mismo.
- ¿Y qué consejo puedes darnos?
- Que soñar es bueno porque sino la vida sería imposible. Pero yo, aunque cada día lo sigo esperando, si en algún momento se presentara, le diré que ya es tarde. Que siga su camino y se vaya a sus cosas.
- ¿Por qué harías eso?
- Porque ahora sí tengo claro que pasado el tiempo, lo único valioso que tenemos, es el recuerdo de aquello que de jóvenes soñamos. Ni la realidad más hermosa puede superar a esto.

Y las muchachas, mostrando sus vestidos limpios y de colores, daban media vuelta sobre sí delante de la anciana y muy resueltas comentaban:
- Pero abuela, lo que nosotros soñamos, es muy distinto a lo que has vivido tú. Las cosas ahora ya no son lo mismo.
Ha pasado el tiempo. Muchos, muchos años y aquella calle de barro y casas de adobes con paja, parece otra. Está empedrada, tiene adoquines de granito y todas las casas muestran cristales en sus

ventanas. No se ve, al caer las tardes, ninguna anciana sentada en la puerta de su casa y esperando en silencio. Sí, de vez en cuando, por la calle van y viene grupos de jóvenes que comentan:
- Un día, tendremos que irnos de aquí, a otro lugar del mundo en busca de amigos, de oportunidades y de fortuna. La monotonía y el vacío que por este rincón cada día vivimos, no sirve para nada.

Meditar la Alhambra

De su amiga en el extranjero recibió noticias que decían: “Para Semana Santa, quiero ir a Granada. Quiero ver las procesiones por las calles, por la Carrera del Darro y frente a la Alhambra y quiero recorrer el Albaicín y oler la magia de sus rincones llenos de incienso y flores. Pero sobre todo, quiero pasear y gustar la Alhambra de esa manera auténtica que dicen solo tú sabes mostrarla. ¿Puedes atenderme?” Y enseguida él contestó a su amiga diciendo: “Por Semana Santa, sí que puedo atenderte en tu visita a Granada. Y claro que puedo y quiero mostrarte la Alhambra de esa manera que sé yo y a muchos les entusiasma. Ven cuando quieras que, con los brazos abiertos, ilusionado te espero. No en Plaza Larga ni en el Albaicín ni río Darro ni en los jardines de la Alhambra. Espero tu llegada, donde los ríos se juntan y nos conocimos aquel día de invierno”.

A él no lo conocían muchos en Granada pero los amigos que tenía, siempre comentaban:
- Su forma de enseñar la Alhambra, en nada se parece a lo que dicen y explican tantos guías.
- Es que él no enseña ni explica la Alhambra, la muestra desde el alma y desde ese matiz tan peculiar que no se expresa con palabras. Por eso siempre dice: “Mirar la Alhambra, recorrer sus palacios, leerla en los libros, hacerle fotos y tocarla, no es conocerla en su esencia más real. Para descubrir al menos un poco lo mejor de la Alhambra, primero hay que meditarla, luego hay que gustarla dentro y después, recorrerla en silencio”.
- Pero esta forma suya de ver y exponer la Alhambra casi nada tiene que ver con el modo en que casi todos la enseñan.
- Es que él no la enseña, la medita. Y en este matiz que parece tan pequeño, es donde se encuentra la diferencia.

Estas y cosas parecidas comentaban sus amigos mientras iban y venían por las calles de Granada. También mientras él aquella tarde de primavera y vísperas de la llegada de su amiga, salía de Granada con la mochila acuestas. Recorrió los caminos, a ratos por las orillas del río Genil y en otros momentos, por las laderas de las montañas y al caer la tarde, llegó al sitio. Descolgó su mochila, sacó las cosas, desplegó la tienda, la montó en el rincón que desde hacía mucho conocía y luego se acercó a las aguas del río. Se comió un bocadillo y mientras contemplaba la corriente y pensaba en ella, se dijo: “Justo aquí, entre la acequia, el charco y la corriente, le voy a decir que plante su tienda. En el mismo sitio y del mismo modo que aquel día para que viva la experiencia con toda la profundidad y frescura que necesita”.

Y al caer la tarde, se metió dentro de su tienda y se puso a meditar mientras cogía el sueño. Amaneció al día siguiente con el cielo por completo limpio, azul intenso y luego salió el sol brillante y puro, como el mejor día de primavera. Se dijo, pensando en ella y gustando la belleza del nuevo día: “Es lo que más le gusta y necesita para vivir la experiencia única que está buscando”. Y se puso a esperarla, con la ilusión de verla asomar con su mochila acuestas, su coleta de pelo negro, su sincera sonrisa y la inmaculada belleza de su cara.

Era ya medio día un poco pasado, cuando la vio asomar por el camino. Salió a recibirla, la acompañó hasta el lugar de la acequia, le ayudó a descolgarse su mochila y luego, después de un buen rato de charla y de compartir cosas y noticias, se pusieron a montar la tienda. Justo donde años atrás. Y cuando la tarde se iba, se sentaron frente a la corriente y charlaron de mil cosas más durante mucho rato. Luego dijo él, cuando ya la noche llegaba:
- Ahora, entra a tu tienda y mientras coges el sueño y también mientras duermes, gusta y medita los sonidos y silencios que este lugar concreto regala. Mañana vamos a la Alhambra y te la muestro verás como la descubres en su realidad más auténtica.
Y se metió ella en su tienda, se acurrucó en su saco de dormir y en silencio, se puso a gustar del rumor del río, del chapoteo de la acequia, del siseo de las hojas de la alameda, del canto de los autillos, ruiseñores y mochuelos y del silencio de las horas pasando. Al amanecer, salió de su tienda y se puso a mirar la salida del sol. Salió él también de su tienda y después de saludarla le preguntó:

- ¿Has gustado de la música de las aguas?
- La he gustado y ahora ya creo que sí estoy preparada para ir y que me muestres la Alhambra. Porque también ahora creo que sé lo que significa el agua en esos palacios y jardines y en Granada. Tu modo de preparar para ver y gustar las cosas, es el mejor. Vamos y muéstrame la Alhambra que quiero descubrir y saborear en profundidad su esencia.

El agua que baja de Sierra Nevada,
fresca y limpia
como el limpio viento de las altas montañas,
desciende cantarina
y se quiebra y remansa
en los valles de la hierba
y en los misteriosos recodos de las sombras largas.
Es esencia pura de sol y silencios
que busca los silencios de la Alhambra
y llena de armonía las tardes
y los sueños que en las tardes llora el alma.

Lo que no se ve con los ojos

Caminaba siempre solo por las calles del Albaicín. Al caer las tardes, muchas veces se le veía por las orillas del río Darro, mezclado con los turistas y paseantes. Se paraba en los puentes de piedra que, a lo largo de la Carrera del Darro, tiene el río. Miraba a las aguas, miraba a las personas, miraba a la Alhambra y meditaba. Con nadie hablaba y seguía caminando. Le gustaba perder mucho tiempo frente a la corriente por donde el Paseo de los Tristes y le gustaba alzar su vista y recorrer las laderas del Generalife. Y por ahí, cada tarde, seguía viendo el blanco edificio en su silencio y quietud. También desde aquí, le gustaba mirar siguiendo el valle río Darro arriba y, por el lado izquierdo, laderas del Sacromonte y Albaicín.

Y una tarde, ya casi a punto de terminar el invierno, me lo encontré sentado en el Puente del Aljibillo. El pequeño puente de piedra que ya al final del Paseo de los Tristes, da paso hacia el

Camino del Avellano y Cuesta del Rey Chico. Me paré a su lado, lo saludé y directamente le pregunté:
- Te observo desde hace tiempo y no entiendo tu modo de andar y mirar por aquí.
Sin ningún interés me miró y no dijo nada. Le pregunté:
- ¿Qué hay por estos lugares que parece que de alguna manera solo ves y tienes tú?
Y sin más me dijo:
- Yo solo tengo conmigo dolor y una fina ausencia que, aunque en todo momento por aquí palpita, sé que se aleja y pierde en el infinito.
Lo miré sorprendido y, como me resultaban extrañas sus palabras, otra vez le pregunté:
- ¿De qué me hablas?

Y muy seguro de sí y de su verdad, me volvió a decir:
- Las personas, los edificios, las obras que los humanos construimos, siempre, siempre y desde que existe la humanidad, se las come el tiempo. Pero en la dimensión de la eternidad, más allá de la luz, de los colores, del silencio y el viento, también siempre queda lo esencial. Lo que no puede verse con los ojos de la cara sino con los del alma.
- ¿Y tú sí tienes contigo y conoces algo de esto?
- En la Alhambra, en estos sitios que por aquí se ven y en muchas otras cosas que ya las ha demolido el tiempo, hubo personas malas. Personas que hacían las cosas solo en beneficio propio, aniquilando, quitando de en medio y humillando a todos los que tenían a su lado. Y esto lo sé porque, desde aquellos tiempos y hasta hoy, lo tengo claramente ante los ojos de mi alma.

Ahora, yo no dije nada. Lo seguí mirando y luego observé con él la robusta figura de la Alhambra y medité un momento. Por un instante sí me pareció descubrir el dolor de su corazón, su rabia contenida y un mundo repleto de desolación. Y quise creer que sí, que con los ojos de su alma veía lo que yo no y por eso me resultaba extraño su comportamiento. Me dijo:
- Otro día, vuelve por aquí y te cuento lo que ahora he intentado resumirte en dos palabras.

Estudiar frente a la Alhambra

Era invierno, el día estaba nublado y hacía frío. Sobre las cumbres de Sierra Nevada, la nieve caía y los pronósticos del tiempo anunciaban lluvia en cualquier momento. Sin embargo él, a primera hora de la tarde, salió de su casa. Con tres gruesos libros bajo el brazo y cruzó la plaza, pisó los primeros metros de la Carrera del Darro y al comenzar a subir, se tropezó con el amigo. Se saludaron y luego el amigo preguntó:
- ¿Otra vez el mismo sitio?
- No puedo evitarlo.
- ¿Y qué es lo que tiene de mágico ese jardín?
- No sé decírtelo con palabras pero tiene algo.
- Claro, porque estudiar, como tantas otras personas, podrías hacerlo cómodamente en tu casa. Un día de estos me voy a ir contigo para que me enseñes, no el camino sino el rincón donde te sientas a estudiar frente a la Alhambra. Quiero ver y experimentar lo que a ti tanto te fascina.
- Pues cuanto tú quieras.

Se despidieron y siguió subiendo. Esta tarde era una de las más de doscientas veces que ya había acudido al mismo sitio. Ni siquiera recordaba en qué momento y cuantas eran las veces que había visitado el rincón. Desde pequeño, desde que andaba metido en el mundo de los libros, desde siempre, desde toda la eternidad. Y siempre hacía lo mismo. Salía de su casa, lentamente caminaba por el paseo que discurre río Darro arriba, torcía luego, ya al final, para la izquierda, seguía subiendo despacio la cuesta y al llegar a la puerta de hierro, llamaba. Le abrían y entraba. Saludaba y sin más pérdida de tiempo, se iba al rincón. Justo entre las plantas buscaba el sitio más apropiado, se sentaba y, frente a la Alhambra, se ponía a estudiar. Dejando que pasara el tiempo. Y siempre mirando y estudiando en sus libros, le parecía descubrir a sus pies, por donde corre el río Darro y las laderas de la umbría de la Alhambra, un mundo mágico. Profundo como el valle más amplio, repleto de bosques verdes y vírgenes a los lados, surcado por limpísimas cascadas, riachuelos y manantiales e eliminado por el sol más puro.

Y siempre que vivía él esta experiencia, en el corazón se le quedaba una sensación muy placentera. Por eso nunca tenía ganas de irse del lugar ni volver a la cotidiana realidad de la materia y por

eso un día y otro, regresaba. Y en esta ocasión, sin apenas mirar a las personas con las que se cruzaba, recorrió despacio el hermosísimo paseo de la Carrera del Darro. Llegó a la recogida plaza del Paseo de los Tristes, lo recorrió y al final, donde el puentecillo de piedra da paso al camino del Avellano y Cuenta del Rey Chico, torció para la izquierda. Continuó subiendo por la empinada Cuesta del Chapiz y al llegar al Carmen de la Victoria, se paró frente a la puerta de hierro. Llamó y al instante la puerta se abrió. Pasó dentro, saludó a la persona que le atendía, una mujer mayor que le preguntó:
- ¿Qué libros son los que traes hoy?
- Ya estás viendo, tres muy gordos, viejos y que pesan como demonios pero hermosísimos.
- ¿Hablan de lo que andas estudiando?
- Hablan de eso pero de una manera que gusta y transporta al más hermoso de los sueños.
- Tienes que dejármelos para que también los lea yo. Y también hoy quiero irme contigo para sentarme a tu lado en el rincón que tanto te gusta.
- Puedes hacerlo pero es que hoy, como otros tantos días, deseo estar solo.
- Si ya conoces tanto este sitio que hasta con los ojos cerrados lo podrías recorrer y gustar.
- Parece eso pero no es así.
- Pues como quieras.

Y por entre los pasillos, escoltados por gruesos árboles y plantas muy bellas, siguió caminando. Hasta que llegó al moral de tronco retorcido. Se paró aquí, miró para la Alhambra, al frente y sobre la alta colina y luego fue deslizando sus miradas por las laderas hacía el río. Y conforme descendía iba descubriendo lo que ningún otro día había visto. Por las laderas donde los bosques se tupían vírgenes, grupos de niños jugaban y, mientras corrían y gritaban, se decían:
- Démonos prisa y recorramos estos paisajes antes de que los profesores nos llamen otra vez a clase. Hay tantos misterios por aquí que debemos descubrirlos para luego mostrarles a ellos lo que realmente es importante.

Desde lo alto, desde su lugar en el jardín del Carmen de la Victoria, él miraba, los veía y escuchaba. Y como tantas otras veces, descubrió a la Alhambra al frente y como vigilando pero en esta

ocasión mucho más imponente y misteriosa. Se dijo: “A todos los libros del mundo, hasta el mejor escrito y de contenido más bello, le faltará siempre el capítulo más importante mientras no sea leído y estudiado desde este balcón frente a la Alhambra. Con el corazón abierto y el alma ensanchada para descubrir, gustar y oír el misterioso mundo que en estos paisajes se agazapa. La Alhambra, el río Darro y el barrio del Albaicín, no se entienden por completo sin esta visión tan íntima, cerca y lejana. Contaré esto a mi amigo para que comprenda que leer un libro o estudiar frente a la Alhambra, es algo único”.

Era invierno, el día estaba nublado y hacía frío. Sobre las cumbres de Sierra Nevada, la nieve caía y los pronósticos del tiempo anunciaban lluvia en cualquier momento. La tarde fue cayendo y el fondo de la gran Vega de Granada, el sol se apagaba. Como tantos y tantos días a lo largo del tiempo pero hoy, irradiando una luz mucho más dorada.

Desde el Carmen de los Mártires

El Carmen de los Mártires, en Granada, es un pequeño espacio sobre la colina gemela de la Alhambra. Ya en todo lo alto y a la derecha, según se sube por la Cuesta de Gomérez. Entre el río Genil y el río Darro y desde donde se ven las altas cumbres de Sierra Nevada. También se divisan perfectamente muchas torres, un gran trozo de muralla, la iglesia de Santa María y el amplio bosque que cubre la colina de la Alhambra.

Dentro del recinto amurallado del Carmen de los Mártires, hay un pequeño palacio, varias explanadas llenas de palmeras, cinco o seis fuentes, un lago artificial, muchas madroñeras y caminos de tierras. Paseos sencillos que, por entre rosales, hiedras, álamos y cipreses, van y vienen por todo el ancho recinto de este hermoso rincón granadino. Por eso este espacio es tan misterioso y a la vez mágico y hermoso. Porque, además, desde aquí se divisa gran parte de la ciudad de Granada, toda su extensa vega, el río Genil cruzando estas tierras y los atardeceres más espléndidos.

Quizá por todo esto o quizá por algo más profundo que desconozco, él venía por aquí casi todas las tardes. En verano, cuando el calor apretaba, en otoño cuando las hojas de los árboles tejían hermosas alfombras por el suelo, en invierno cuando las nieves vestían de blanco las cumbres de Sierra Nevada y en primavera cuando todas las plantas de los jardines del Carmen se llenaban de rosas y jazmines.

Una tarde y otra, él volvía a este rincón de Granada. Siempre solo, siempre con su cabeza agachada y como metido en sí, siempre caminando despacio y siempre haciendo alguna foto. Algunas veces se paraba en algunos de los bancos que hay a los lados de la Cuesta de Gomérez y aquí se quedaba un rato. A descansar o a refrescarse un poco en la sombra de los árboles cuando el calor era mucho y luego seguía. Observando a las personas que con él se cruzaban y lavando sus manos en algunas de las fuentes que encontraba: Al final de la Cuesta de Gomérez, un poco más arriba, ya dentro del Carmen de los Mártires y en la acequia del lago.

Y yo que vivo cerca por donde él pasaba, una tarde y otra, me quedaba mirándolo. Intentando adivinar quién era y qué era lo que con tanta constancia buscaba. Lo veía recorrer la calle Elvira, la antigua y estrecha calle que atraviesa Granada, por la linde del Albaicín. Seguía luego y atravesaba Plaza Nueva, por donde el río Darro discurre bajo tierra. Y después lo veía tomar la calle de la Cuesta de Gomérez. Y por aquí se me perdía siempre.

Siempre hasta que una tarde de invierno, decidí seguirlo. Era ya mediado de enero y por eso hacía frío. En el cielo había algunas nubes y los estudiantes universitarios todos estaban ya presentes. Era una tarde hermosa, como tantas en esta ciudad de Granada y propia para el misterio y la poesía. Por eso lo esperé, sin que lo supiera o me viera y, cuando lo vi cruzar Plaza Nueva, lo seguí. A cierta distancia para que no sospechara pero pendiente de él para no perderlo. Y también para descubrí algo de su, para mí, extraño comportamiento.

Atravesó la Puerta de las Granadas, la que da entrada a los bosques de la Alhambra por la Cuesta de Gomérez, subió despacio por esta cuesta, se paró en uno de los bancos, bebió luego en una de las fuentes y siguió. Llegó a la puerta de hierro que da entrada al

Carmen de los Mártires, la atravesó, giró para la izquierda, recorrió uno de los caminos de tierra y subió por la ladera que lleva al mirador. A cierta distancia, como he dicho, lo fui siguiendo y por eso vi que, en lo más alto de la ladera y antes del mirador, se paró. Sobre una de las piedras que hay por ahí, se sentó y se puso a mirar para el azul del cielo que cubría.

Dejé que pasara un rato y, al final, me acerqué. Disimulando para no llamar mucho la atención y, cuando ya estuve a su lado, me paré. Como observando los romeros y demás plantas que crecen ahí pero pendiente de él. Pasado unos segundos, me acerqué un poco más y, cortésmente, le pregunté:
- Solo por curiosidad ¿por qué vienes tantas veces por aquí y siempre solo?
Alzó su cabeza, me miró, dejó que pasara unos segundos y luego habló diciendo:
- Muchas veces he soñado que algún día aprenderé a volar.
- ¿Y para qué quieres aprender a volar?
- Para saltar desde aquí y elevarme hasta la estrella donde me está esperando.
- ¿Quién te espera en esa estrella?

Vi que agachó su cabeza al mismo tiempo que por la cara le resbalaban dos lágrimas. No pregunté nada más pero esperé. Y sí, pasado unos segundos me volvió a decir:
- Vino a Granada a estudiar. Sin saber cómo, la conocí. Me dejó que la acompañaras por los sitios más bellos de esta ciudad y también la traje por aquí. Para que viera y conociera la belleza de este rincón. Y dejó que le lo mostrara y hablara de todos estos sitios y sus secretos. Siempre dulce y amable y siempre regalando cariño y respeto. Pero, al acabar el curso, se fue.
- ¿A dónde se fue?
- A su país, al otro lado del Planeta Tierra. Pero para mí, a una estrella muy brillante, en lo más profundo del Universo.
- ¿Y como la recuerdas mucho quieres aprender a volar para irte a donde vive ahora?
- Muchas noches he soñado que volaba. Por eso sé que un día lo conseguiré. Nada más me importa en esta vida que ella. ¡Era tan dulce, tan buena, tan cariñosa! Simplemente la mejor de todas.

Los dos jóvenes del Albaicín

La Alhambra, se ve de otra manera
y se descubre en ella otra imagen cuando,
en una amplia mirada,
se recorren los lugares que le rodean.

En aquellos tiempos, mientras en el interior de los palacios y torres, se movían, charlaban, iban y venían, reyes y princesas, criados, artesanos y militares, en los alrededores de la Alhambra, la vida y el mundo, era otra cosa. Casas blancas por el barrio del Albaicín, calles estrechas, personas pobres que bajaban y subían, borriquillos con aparejos de esparto, el río Darro y por sus orillas, pequeños huertos repletos de árboles, más personas pobres que por aquí y por allá trajinaban…

Muchas de aquellas personas, cuando salían de sus casas para ir a por agua al río Darro o para trabajar en las tierrecillas de sus huertos, miraban de reojo a la Alhambra sobre la alta colina y nunca, nunca sabían lo que ocurría dentro. Para ellos, el gran castillo de la montaña, era otro mundo, muy lejano aunque estuviera tan cerca y eran otras personas las que por los recintos interiores de la Alhambra, vivían y se movían. Y ella, pobre desde su nacimiento, esto era lo que cada día veía y rumiaba en su corazón. No sabía nada más ni conocía más mundo que su pequeño rincón, al final de una calle estrecha, donde había una gran piedra en la que cada día se sentaba. Por este lugar pasaban cada mañana, al mediodía y por las tardes, muchas personas conocidas. No todos amigos de ella, que iban y venían a las tierrecillas de las riberas del río, a por agua o a lavar la ropa en la corriente o charcos del cauce. Y no todos ni todos los días, los que por delante de ella pasaban, le daban cosas pero sí de vez en cuando, algunas personas se paraban frente a ella, la saludaban y, ofreciéndole algo de comida, le decían:
- Esto para que comas hoy. Un pequeño trozo de pan duro pero otra cosa no tengo.
Y otros, al volver de las tierras del huerto, le regalaban algún tomate y también le decían:
- Te lo comes antes de acostarte y, así al menos hoy, ya te alimentas algo.
Ella, siempre se alegraba, les sonreía y luego les decía:
- Gracias, que te lo pague el cielo y para ti, desde lo más sincero de

mi corazón, un limpio beso.
- Gracias a ti y que sepas, que a nuestro modo, todos te queremos. Ser pobre no es ninguna desgracia si el corazón lo tienes lleno de cosas hermosas y buenos sentimientos.

Tenía sólo dieciocho años, su cara era algo redonda, ojos negros, pelo también oscuro, nariz pequeña y una muy sincera y limpia sonrisa. Por su juventud y por la gran belleza de su cuerpo y corazón, podría haber sido una de las princesas de la Alhambra y sin embargo era la joven más pobre del barrio del Albaicín. Con este nombre y de esta manera era como la conocían y, el que más, era el joven, amigo de los hortelanos. Porque no tenía él tierras para sembrar un huerto por las riberas del río Darro y por eso, se buscaba la vida trabajando con unos y con otros, casi siempre ayudándoles en la faenas de los huertos. De aquí que cada día, a primera hora, pasará por delante de la joven pobre de la piedra. Y cada día la saludaba, charlaba un rato con ella y luego le decía:
- Al volver por la tarde repartiré contigo lo que me den por mi trabajo.
- No deberías hacerlo porque tú lo necesitas tanto como yo.
- Aunque sea cierto, hasta hoy, voy saliendo adelante y para mí ya es mucho, poder repartir contigo lo poco que tengo.
La joven le sonreía, le daba las gracias y le regalaba un limpio y sincero beso.

Al caer la tarde, cuando el joven regresaba del trabajo en los huertos de los vecinos, otra vez se paraba junto a ella y la regalaba algún tomate, una granada, higos secos o cualquier otra cosa que previamente le hubieran regalado a él como pago de su trabajo. Y tanto la joven como él, se sentían bien, eran felices con lo que entre sí repartían, en su rincón y mundo pequeño frente a la Alhambra. Dentro de estos palacios, todos ignoraban la existencia de estos dos jóvenes y lo mismo ellos, que tampoco sabían lo que ocurría en los salones interiores de la Alhambra. Sin embargo un día, en la calle donde la joven se ponía a pedir, apareció un grupo de hombres que dijeron:
- Venimos en nombre del rey y las órdenes que tenemos es cortar esta calle para que nunca más nadie pasé por aquí.
El joven, amigo de la muchacha pobre, enseguida preguntó:
- ¿Y por qué hacéis esto?
- Al final de esta calle, el rey quiere construir un pequeño palacio para un amigo suyo.

- Pero este rincón y esta piedra, le pertenece a mi amiga desde que era pequeña. Si cortáis la calle, nadie pasará por aquí y ella se morirá de hambre.
- Eso es cosa tuya y de tu amiga, nosotros cumplimos órdenes del rey.

El joven miró a la muchacha pobre, acarició su cara, limpió con sus dedos las lágrimas que por la mejilla le rodaban y suavemente le dijo:
- No te preocupes. Aunque nos quiten esta calle y la piedra donde siempre te has sentado yo seguiré trayéndote cada día lo poco que me den por mi trabajo. No te dejaré desamparada y anímate porque ni ellos ni nadie podrán quitarnos el cariño y respeto que nos tememos.

La Alhambra, se ve de otra manera y se descubre en ella otra imagen cuando, en una amplia mirada, se recorren los lugares que le rodeaban y rodean.

Descalza por las calles de Granada

Como si rezara al cielo,
por las calles iba descalza,
pisando el suelo,
mirando las torres de la Alhambra
y en silencio.
Y cuando le preguntaron:
- ¿Por qué misterio
caminas de este modo y tan
callada?
Ella respondió:
- Fundo mi alma,
mi corazón y cuerpo
con la esencia del alma de
Granada

Bajaba sola. Por la Cuesta del Rey Chico y al dar la cuerva en la calle, la vio. Por donde ya el camino, empedrado y estrecho, se encuentra con la calzada que lleva a la Fuente del Avellano. Él estaba sentado en el pequeño muro del puente del Aljibillo y tomaba el aire. Hacía mucho calor y del río Darro, de vez en cuando, subían pequeñas rachas de aire fresco, con aromas de juncos, sauces y almendros.

Era por la tarde, mediado de agosto y por eso el sol calentaba con fuerza. Tanto que entre las ramas del viejo almez que en el mismo muro del puente crece, las chicharras cantaban sin descanso. Y por el río, unos metros más abajo, ya casi a la altura del Paseo de los Tristes, algunos jóvenes desfrutaban de las claras aguas. Caminaban por la corriente pisando la arena o de piedra en piedra, miraban los remolinos del transparente líquido sentados en la orilla y a la sombra del robusto sauce que ahí crece y charlaban entre ellos mientras esperaban no se sabía qué. Todo esto, justo donde al río se entrega el cristalino arroyuelo que, desde la Alhambra, Torre del Agua y de la Cautiva, desciende paralelo al camino del Rey Chico. Y aquí mismo, donde el arroyuelo se junta con las aguas del río Darro, esta tarde se veían tronchadas las dos ramas más gruesas del viejo sauce que ahí clava sus raíces. Dos días antes, una ráfaga de aire, desgajó una de las gruesas ramas. Cayó atravesada en la corriente del río y ahí quedó. Y la noche antes de verla bajar por la Cuesta del Rey Chico, se rompió la otra rama. Casi por el mismo sitio y quedó tumbada justo donde las aguas del arroyuelo de la Alhambra, se funden con las del río. Aquí mismo se siguen sentando los jóvenes y ahora aprovechan ellos parte de las dos ramas caídas, para tender sus toallas, las camisas o algunas otras prendas.

Y estaba él mirando, sentado en el muro del puente y se preguntaba: “¿Qué habrá sido lo que ha pasado para que caigan de esta manera estas dos ramas y en tan poco tiempo?” Nadie respondió a su pregunta y le resultaba aun más chocante ver el mismo panorama con la fantástica figura de la Torre de Comares en todo lo alto de la colina. “Como si estuviera ocurriendo algún fenómeno extraño por aquí y nadie lo supiera. En cuanto se me presente la oportunidad, voy a preguntarles a los vecinos a ver si saben algo”. De nuevo se decía, cuando al mirar para la Cuesta del Rey Chico, la vio. Con sus zapatos en la mano, una pequeña mochila, un pañuelo de seda entrelazado con el pelo y caminando muy despacio para no hacerse daño. Porque esto fue lo que más le llamó la atención: descubrir que caminaba descalza, con mucho cuidado y procurando pisar en las piedras más grandes del empedrado en este camino.

Tal como estaba sentado, esperó a que llegara al puente, con la intención de preguntarle en cuanto se acercara. Pero, comenzaba a cruzar por delante y antes de que él dijera nada y justo a su altura,

ella se paró y le preguntó:
- Vengo de la Alhambra y quiero ir al barrio del Albaicín y al Mirador de San Nicolás. ¿Voy bien por aquí?
- Sigue recto, sube la calle que se ve al frente, Cuesta del Chapiz y al final, verás un edificio muy grande. Es la iglesia mayor del albaicín, el Salvador. La construyeron sobre una mezquita y por eso hoy se alza majestuosa. Muy cerca y por detrás de esta iglesia, se encuentra la nueva mezquita y el famoso mirador.
- ¿Y queda lejos?
- Quince minutos, a un paso lento.
- ¿Y el Sacromonte?
- A mitad de esta cuesta, a la derecha, sale un camino que lleva a ese barrio.
- Es que también quiero verlo.
- ¿Y descalza vas a recorrer todas esas calles y caminos?
- Me gusta y más si es por las calles de Granada,
- ¿Qué tienen las calles de Granada para que sean interesante recorrerlas descalza?

Dio unos pasos, soltó sus zapatos en el muro del puente, miró al río y luego dijo:
- Soy de Italia y me llamó Diana. Y entre otras cosas, me gusta de una manera especial, la ciudad de Granada. ¿Y sabes por qué?
- No lo sé.
- Desde pequeña, yo siempre he soñado con un castillo viejo en lo más alto de las montañas. Y lo que más me ha gustado cada vez que con este castillo he soñado, ha sido y es el paisaje que le rodea y los ríos de aguas limpias que a un lado y otro corren. Me he visto muchas veces caminando por estos paisajes, arroyuelos y bosques y siempre lo he hecho descalza.
- ¿Y sabes por qué?
- Cada vez que piso la tierra y experimento su contacto bajo mis pies, me parece que me fundo con ella. Como si de alguna manera mi alma y toda yo entera, se fusionaran conmigo y yo con la tierra y el Universo entero.

Hubo un momento de silencio y luego él volvió a preguntar:
- ¿Y qué tiene de especial caminar descalza por las calles de Granada?
- Para mí tiene de especial que la Alhambra, este río y estas calles, se parecen mucho al sueño que desde pequeña he soñado. Solo dos

días voy a estar en esta ciudad y por eso quiero vivirla y sentirla de la manera más especial.
- ¿Para hacer realidad lo que tantas veces dices que has soñado?
- Si tuviera tiempo te contaría con detalle mi sueño pero ahora tengo que irme para aprovechar las horas que aun voy a estar en Granada, la ciudad más bella del mundo, sin dudarlo.

Agradeció ella el rato de conversación y la información que le había dado y poco después subía por la Cuesta del Chapiz, con sus zapatos en la mano y caminando despacio y descalza por el empedrado de la acera. La siguió mirando mientras se alejaba y para sí, otra vez se dijo: “A nadie hace daño con su decisión de caminar descalza por las calles de Granada. Y si es su sueño y de esta manera transciende su ser y eleva su alma al cielo, es hermoso y digno del mayor respeto. Verla alejarse y de la manera que lo hace por las calles de Granada, también es muy bello”.

El hijo maldito

La semilla de la maldad y de lo malo, siempre está presente en el corazón de las personas. Se puede ver claramente haciendo un recorrido por la historia de la Humanidad. Y en los individuos que con más fuerza ha germinado la necesidad de hacer daño a los otros, casi siempre ha sido y es en aquellos que tienen poder. Han procurado y procuran en todo momento, echar de su lado y quitar de su vista y a veces destruir por completo, a todos aquellos que no les son afines o que no les resultan simpáticos o simplemente no les adulan. En el corazón humano, anida la semilla de la maldad y los que han tenido o tiene alguna clase de poder, han sido y son los que más daño siempre han hecho a los demás.

Esto fue lo que sucedió en aquellos tiempos dentro de las murallas y palacios de la Alhambra. Uno de los reyes, tuvo amores con una mujer que no era de sangre real. No repudió ni abandonó a su legítima esposa sino que dejó que siguiera viviendo en los mismos palacios. Con su mujer verdadera, el rey tenía tres hijos, dos ya mayores que serían, en el futuro, los herederos del trono y el pequeño. Pero con la mujer que no era su esposa, también tuvo un

hijo. Y como esta mujer sí tenía la maldad instalada en su corazón, un día dijo al rey, su amante:
- Quiero que mi hijo herede el trono cuando tú mueras.
Y el rey, ya algo mayor, de carácter débil y más dado a las mujeres que a sus deberes con el reino, argumentó:
- Pero yo tengo dos hijos ya mayores con mi esposa verdadera. Por ley, uno de ellos, debe heredar la corona y gobernar.
- Yo no quiero que ninguno de tus tres hijos hereden la corona y gobiernen. Soy tu amante y mi hijo, aunque no tiene derecho a ser rey, yo sí lo deseo. Y tú, como rey que eres, tienes el poder para conseguir lo que te estoy pidiendo.

Meditó el rey, durante algún tiempo estas cosas y como la amante le seguía pidiendo que su hijo heredara la corona, una tarde el rey llamó a la mujer verdadera. Le pidió que entrara a los salones que él siempre ocupaba como emperador del reino y cuando ella estuvo enfrente, le dijo:
- Desde hace un tiempo vengo observando que nuestro hijo pequeño es un solemne vago.
- ¿Por qué dices eso?
- Siempre lo veo ocupado en sus cosas personales, caprichos absurdos y sin sentido y dejando a un lado sus deberes más elementales.
Al oír la mujer estas palabras, sintió un gran dolor en su corazón. Muy apenada, dijo al rey, su esposo:
- Nuestro hijo pequeño es bueno. Siempre se ha comportado de una manera especial, eso es cierto: le gusta la soledad, es amante de los ríos y las montañas, le gusta contemplar las estrellas en las noches que la luna no brilla y defiende la libertad. ¿Qué tiene de malo esto? Pienso como él, que las personas tenemos derecho a ser respetadas por encima de todo, porque somos obra de Dios. Nada está por encima de la dignidad de las personas, aunque sea el más pobre.
Y rey siguió argumentando:
- Pero tu hijo pequeño, nunca hace bien las cosas que le tengo encomendado. Y menos aun muestra ilusión por estas cosas y eso a mí, no me gusta nada.
- No sé por qué dices esto de nuestro hijo porque él es bueno. Y por eso, como estoy intuyendo tus intenciones, te pido que no lo castigues ni vayas contra él. Yo lo quiero y de ti deseo que te comportes con bondad.

Al oír estas palabras el rey de boca de su mujer, guardó silencio, meditó algo y luego dijo:
- Pues ya veremos lo que decido hacer. Pero que te quede claro que ni mucho menos estoy contento con él. Nuestro hijo pequeño, no sirve para rey y con toda claridad te lo digo.
Un gran dolor sintió la mujer en su corazón y por eso fue incapaz de seguir hablando con el rey, su marido. Lo despidió, salió de los aposentos reales y se fue derecha en busca del hijo pequeño. Nada más verlo lo abrazó y lo llenó de besos. Y aunque estuvo a punto de hablarle y contar lo que sucedía, no lo hizo. Su corazón de madre, buscaba lo mejor y más amable para el hijo. Unos días más tarde, el rey llamó al general mayor y le dijo:
- Organiza una cacería en las montañas y pídeles a mis dos hijos mayores que vayan. Sin que nadie lo note ni se den cuenta, debe ocurrir un accidente donde estos dos hijos míos mueran. Y mucho cuidado porque esto es un alto secreto. Solo tú y yo debemos saberlo.
- Pero majestad…
Exclamó el general. Y antes de que le diera tiempo a decir nada más, el monarca atajó:
- No permito que nadie discuta mis deseos. Cúmplase inmediatamente lo que ordeno.
Y dos días después, todos en los palacios de la Alhambra, lamentaban y lloraban la muerte de los dos hijos mayores del rey. La madre, más afligida y asustada que nunca, no se apartaba del hijo pequeño porque en su corazón intuía otra desgracia.

Cuatro días después de la muerte de los dos hijos mayores, el rey llamó otra vez al general y le dijo:
- Mi hijo pequeño ha enfermado y ningún médico puede curarlo. Ya me entiendes y por eso también te pido que obedezcas y quede todo en el más riguroso de los secretos.
Guardó silencio el general, se retiró de la presencia del rey y rápido fue a la madre del hijo pequeño y le dijo:
- El rey planea quitarle la vida al único hijo que te queda.
Agradeció la reina la confesión que el general le hacía y sin perder tiempo buscó al hijo pequeño y le dijo:
- Tienes que salir ahora mismo de estos palacios y no me preguntes por qué. Algo muy grande trama el rey y la única manera de impedírselo, es huyendo.

Al caer la noche, ayudados por el general, los tres se descolgaron por la muralla de la alhambra, bajaron por el camino que hoy conocemos en Granada como Cuesta del Rey Chico, cruzaron el río Darro y en lo más alto de Albaicín, se refugiaron. Temblando de miedo porque esperaban que el rey, en cuanto supiera lo ocurrido, montaría en cólera y atacaría a todo lo que fuera necesario. El general le dijo a la madre:
- Usted tranquila, señora, que mientras yo esté aquí, nadie tocará un pelo a su hijo pequeño.
Y la madre, junto a su hijo pequeño, miraba al general y le decía:
- Este hijo mío pequeño, tiene sus manías, como todas las personas en este mundo pero es bueno. Nadie tiene derecho a maltratarlo o quitarle la vida por el hecho de que no se comporte según lo establecido. Solo Dios puede disponer de la vida de las personas.
Y el general intentaba animarla diciendo:
- Tiene usted toda la razón del mundo, mi señora. Pero su marido el rey, se ha vuelto loco y ahora mismo ni gobierna ni actúa con inteligencia. Solo piensa en sí mismo y en mantener, de la manera que sea, la corona del reino.

El profeta de la Alhambra

A media mañana se le vio subiendo la empinada cuesta. Caminaba despacio, mirando a dónde pisaba a cada paso y mirando al frente, de vez en cuando. La calle era estrecha, muy empinada, con solo algunas casas a los lados, empedrada en algunos tramos y con varios escalones ya casi al final. Y él, anciano muy deteriorado, se la conocía casi de memoria. Muchas veces la había recorrido a lo largo de su vida y otras tantas veces se había parado a descansar en el mismo sitio. Donde la calle y la cuesta tenían un rellano que servía para esto, para descansar y también para dividir la calle en dos. Porque a partir de aquí, al frente seguía una calle aun más estrecha y con un firme de tierra y por la izquierda, hundiéndose algo para el lado de abajo, salía otra callejuela. También esta pequeña calleja o camino, era muy estrecho y como discurría por terreno muy inclinado, estaba todo empedrado.

Por eso, desde el rellano, caía casi en picado y enseguida, como a unos treinta metros, aparecían las casas que él llamaba “pobres”. Diez o doce casas que en realidad eran cuevas porque

estaban cavadas en la misma torrentera y hundidas en el cerro por debajo del rellano donde ahora se había parado. Pero las casas cuevas, tenía más aspecto de casas porque todas ellas presentaban sus fachadas construidas de adobes, con ventanas llenas de macetas y las paredes encaladas con un blanco inmaculado de cal fresca. Las familias que las ocupaban, casi todas se ganaban la vida haciendo cosas insignificantes. Y otras familias, solo algunas, poseían algún animalillo para sobrevivir. Pero a él, nunca a lo largo de su vida, le había importado relacionarse con estas personas pobres. Al contrario: le gustaba mucho venir a verlos, charlar con ellos, hablarles de Dios y consolar sus penas.

Unos y otros, siempre le decían:

- Usted es la única persona que de verdad nos quiere, viene a visitarnos y nos trata con respeto.

- Y eso es poco para lo que en realidad cada uno de vosotros os merecéis.

Les decía él y luego se lo demostraba en el trato que les daba. Con frecuencia les razonaba:

- Ser tan pobres como vosotros, aunque en realidad es mala suerte, tampoco es la mayor de las desgracias.

Y ellos le argumentaban:

- Usted piensa así porque toda su vida ha vivido entre reyes en esos palacios de la Alhambra. Nunca pasó ni hambre ni frío como sí nosotros en estas pobres casas y con estas condiciones.

- No lo niego ni tampoco quisiera defenderme pero mi vida en esos palacios de la Alhambra, no ha sido ni es tan feliz como vosotros pensáis. Allí se habla mucho de Dios y en su nombre se construyen bellas obras, se escriben hermosos poemas y se recitan largas y rebuscadas oraciones. Pero también luego, se maltrata a las personas, se roba y se matan unos a los otros y se urden intrigas oscuras y criminales. No es ese el Dios que yo llevo en mi corazón y deseo mostraros a vosotros.

Y a estas palabras, las personas pobres, una vez y otra, le preguntaban:

- ¿Qué Dios es ese que quiere enseñarnos?

- El que respeta a las personas como a lo más sagrado y por encima de todo. El que no roba ni traba venganzas contra los demás, el que da libertad y exige el amor como único camino para entrar en el paraíso. Y este Dios, sin que vosotros los sepáis, lo honráis cada día en medio de vuestra pobreza, en este lugar del mundo y en estas

sencillas casas donde vivís.

Y cuando el hombre reflexionaba con ellos estas cosas, casi nunca nadie ponía en duda sus palabras. Por eso, poco a poco le fueron tomando cariño y poco a poco lo fueron aceptando como a uno más entre ellos. Incluso aun más: ya habían llegado a un punto en que les gustaba que viniera a verlos. Se decían:
- Cuando nos habla ¿a que parece que transmite fuego? Como si sus palabras le salieran del centro mismo del corazón.
- Sin duda que ese hombre, además de sabio, sincero y bueno, está lleno de bondad de Dios y por eso necesitamos más personas como él en este mundo.
- Y aun lo engrandece más el que sea amigo de los reyes de la Alhambra y que viva allí con ellos y al mismo tiempo, se digne regalarnos su cariño, tiempo, sabiduría y respeto.
Decían esto porque él, a lo largo de su vida, había compartido muchas cosas entre los reyes y con los príncipes y princesas de la Alhambra. Como encargado de animar y mantener vivo dentro de la corte, la imagen y enseñanza de Dios. Por eso era un hombre respetado, con una gran cultura y con ideas elevadas y acciones nobles. Pero él, poco a poco y según se iba haciendo viejo, más aun intencionadamente se alejaba de estas personas y lugares. Se decía: “El camino verdadero hacia Dios y hacia el paraíso, está en el respeto para con los pobres. Cada día me gustan menos los lujos de estos palacios y los comportamientos de lo que aquí viven”.

Y por eso, esta mañana, ya muy viejo, muy cansado y con la decisión tomada, una vez más se acercaba a las humildes casas del barrio. Después de descansar un momento sentados frente al hermoso valle del río, se incorporó, caminó despacio ahora bajando por los escalones en la estrecha y empinada callejuela y al poco, llegó al rellano que servía de portal a las casas. Al verlo, dos de las mujeres, lo saludaron y dijeron:
- Como tantas veces, sea usted bienvenido.
- Y yo que me alegro de veros. ¿Cómo estáis?
- Bien pero siempre con nuestros problemas encima, nuestras penas y en la lucha por la vida.
- Pues a tener ánimo que la bendición y ayuda del cielo nunca os faltará. Y de parte de Dios, mi respeto para todos vosotros.
- Sus palabras, no nos quietan ni el hambre ni las penas pero sí que nos hace sentirnos personas.

- Me alegro y doy gracias a Dios.

Y al poco llegaron algunos hombres y varios niños. Los hombres enseguida lo saludaron y le dijeron:
- Hoy se queda todo el día aquí con nosotros.
Y él les dijo muy seguro:
- Hoy solo vengo a despedirme.
Al oír estas palabras, todos se le quedaron mirando y al rato, uno de ellos preguntó:
- ¿Y cómo es eso?
- Sí porque me marcho. Mi hora ha llegado porque ya estáis viendo lo viejo que estoy y lo cansado que me encuentro.
- Nosotros repartiremos con usted todo lo que tenemos.
- No se trata de eso. Es que Dios, como a todos en esta vida, me está llamando. Me voy con Él al paraíso para ir preparando las cosas y todo lo que allí haga falta para ese día en que a vosotros también os llegue la hora.

Hablaron algunas cosas más durante un buen rato y después los despidió. Desde la puerta de sus casas, ellos lo despidieron y luego lo observaron mientras se alejaba. Sobre las blancas casas del barrio del Albaicín, el sol caía limpio y brillante y lo mismo sobre las torres y murallas de la Alhambra. Al fondo, por donde el río venía desde las oscuras montañas, todo parecía tranquilo, algo oscuro y lleno frondosos bosques. Y por ahí, lentamente se fue perdiendo. Dijeron algunos de las personas pobres:
- Se va al encuentro y abrazo del Dios que en su corazón tantas veces hemos visto.

Que no me quede ciego en Granada

Tenía su casa junto a las aguas del río Darro. En el tramo que hay entre el Paseo de los Tristes y la iglesia de San Pedro. Y su casa no era muy grande. Tenía solo un pequeño espacio, en la entrada, donde crecían algunas plantas: unos geranios, dos rosales, una maceta con hierbabuena, una parra, un jazmín y un naranjo. Pero su casa miraba a la Alhambra. La entrada, la puerta y también la pequeña ventana de su habitación. Pero él, al despertarse cada mañana, lo primero que hacía era prestar atención a la corriente del

río. Y al oír el rumor de las aguas, siempre decía:
- Gracias, Dios, porque me permites gozar de la música del agua. Que nunca pierda yo la capacidad de oír estas maravillas.
Y luego, lentamente se levantaba, abría su ventana, se asomaba a ella y, al ver sobre la colina la grandiosa figura de la Alhambra, otra vez decía:
- Gracias, Dios, porque un día más me regalas con la visión de esta fantasía. Que nunca me quede yo ciego en Granada.
Y a continuación se quedaba allí, asomado a la ventana intentando percibir la caricia del vientecillo fresco de la mañana. Y al sentirlo rozar la piel de su cara, de nuevo decía:
- Gracias, Dios, porque también me permites gozar de la suavidad del aire acariciando mi alma. Que nunca pierda yo la capacidad de sentir la caricia del aire tan puro que siempre se pasea a los pies de la Alhambra.

Y a continuación abría la puerta de su casa, salía al pequeño jardín, acariciaba con sus manos la maceta de hierbabuena, las ramas del naranjo y las flores del jazmín y otra vez decía:
- Gracias, Dios, por estos olores tan finos, a los pies de la Alhambra. Que nunca me quede yo incapacitado para percibir el perfume que a todas horas regala Granada.
Y luego bajaba a las aguas del río, lavaba sus manos en ellas, alzaba sus ojos para observar otra vez la Alhambra y volvía a su casa. Preparaba su mochila, cogía su gorro verde y también su cámara de fotos y salía a la calle. Por el Paseo de los Tristes subía despacio, remontaba la Cuesta de Chapiz, tomaba por el Camino del Sacromonte, subía por las callejuelas del Barranco de los Naranjos y, por encima de las cuevas del Museo del Sacromonte, se paraba. Buscaba los pinos que en el puntal crecen, frente por completo a la Alhambra. De su mochila sacaba su cámara de fotos, también su cuaderno y ponía su gorro verde sobre la hierba y, antes de ponerse a escribir, susurraba:
- Gracias, Dios, porque una vez más me has dado las fuerzas para volver a este balcón frente a la Alhambra, frente al río Darro y frente a Granada. Que nunca me quede yo sin energía para recorrer las calles, rincones y montañas de este reino tan lleno de magia.
Y se ponía luego a escribir en su cuaderno. Siempre solo y siempre en silencio, con la figura de la Alhambra continuamente reflejada en sus ojos.

Cuando se cansaba y sentía hambre, se comía su bocadillo, se levantaba, se iba siguiendo las veredas que surcan en Cerro de San Miguel Alto, bajaba al barrio del Albaicín, sobre su llanura en lo más alto y recorría las calles. Se asomaba al Mirador de San Nicolás, hacia fotos mezclado con los turistas y luego seguía bajando por la Cuesta de San Gregorio. Llegaba a Plaza Nueva y seguía caminando hasta perderse por Puerta Real, Carrera de la Virgen, Paseo del Salón y río Genil. De vez en cuando, por aquí se paraba, miraba las aguas del río y luego a las cumbres de Sierra Nevada, hacía algunas fotos y, a continuación, seguía diciendo:
- Gracias, Dios, por permitirme hacer estas fotos y escribir en mi cuaderno las cosas que veo y siento cuando voy por las calles de Granada. Que no me muera yo antes de proclamar a los cuatro vientos la belleza que cada día me regalas.

Y esto era lo que él vivía y sentía cada día desde que se levantaba. Hasta que una tarde, otoño y con nieblas sobre la colina de la Alhambra, caminaba por Plaza Nueva. Volvía a su casa y junto a la puerta de la iglesia, vio al anciano sentado pidiendo limosna. Frente a él se había parado un matrimonio y oyó que el hombre comentaba con ella:

Dadle limosna, mujer,
que no hay en la vida nada
como la pena de ser
ciego en Granada.

Y vio que ella le regaló unas monedas. Siguió caminando por el que dicen es el paseo más bello del mundo, Carrera del Darro, al encuentro de su casa. Y al alzar los ojos y ver una vez más la grandiosa figura de la Alhambra coronando, susurró despacio:
- Gracias, Dios y te pido que nunca me olvide yo de dar las gracias. Por mi sencilla casa, por este río tan limpio, por la presencia de la Alhambra, por el airecillo fino, por la ciudad de Granada…

Porque no hay desdicha más grande
que conocer Granada
y olvidarse
de dar las gracias.

El río oculto de la alhambra

Dichosa la persona que por las noches sueña
con ríos de aguas claras y bienaventurada
el alma que mientras duerme juega
y vuela libre al cielo y a la luz del alba.

Esto pensó él aquella tarde de verano, sentado en el Puente del Aljibillo. El pequeño puente antiguo y de piedra que en el río Darro, al final del Paseo de los tristes, da pasa a la Alhambra y a la Fuente del Avellano. Se habían venido como cada tarde desde hacía mucho tiempo, a este bellísimo rincón para meditar un poco, soñar sus cosas a su manera, dejarse acariciar por el vientecillo que por aquí siempre pasea y, desde la sombra del almez, contemplar la Alhambra en todo lo alto. Y caía la tarde, calurosa aunque con un bellísimo azul en el cielo, mientras los turistas pasaban. De vez en cuando alzaba su cabeza, los miraba y, mientras seguía meditando sus cosas, iba analizando los idiomas que los turistas hablaban: inglés, chino, ruso, español, alemán, francés, árabe…

Y en esto estaba, contando idiomas y dejando que su alma bebiera del momento, cuando notó que alguien se le acercaba. Habían subido por la Carrera del Darro y al final del Paseo de los Tristes, torcieron para el puente. Eran tres, marido y mujer y la hija, de unos doce años de edad, que fue la primera en acercarse. Lo saludó y sin más, le preguntó:

- ¿Sabes tú dónde se encuentra el río oculto de la Alhambra?
La miró despacio, miró a los padres y pasados unos segundos, dijo:
- No conozco ni nunca oí hablar de este río. Tampoco lo he leído en ningún libro ni guía para los turistas.
Dio unos pasos la madre, se puso a su derecha, dejando la figura de la Alhambra a sus espaldas y mirándolo de frente aclaró:
- Es que mi niña dice que el río por el que te ha preguntado, existe de verdad y cree que debe estar por aquí cerca.

Miró a la pequeña y le preguntó:
- ¿Por qué estás segura de que este río existe?
- Lo soñé una noche hace mucho tiempo y una vecina mía mayor me dijo que si lo seguía soñando, debía buscarlo porque existe de verdad. “Cuando las cosas se sueñan muchas veces y luego cinco

noches seguidas, lo que se ve en el sueño, existe". Me ha dicho siempre ella.
Desde donde estaba sentado, miró al frente. Para la colina donde se encuentra el Generalife, coronado por el Cerro del Sol. Y un pensamiento brillante y limpio pasó por su mente. Le preguntó de nuevo a la pequeña:
- ¿Y de qué modo ves en tu sueño el río que me dices?
- Siempre lo veo cristalino, saltando muy alegre por entre piedras, remansándose en charcos azules y verdes y por la orilla de esos charcos, siempre ando yo jugando y buscando algo que me gusta mucho pero que no sé qué es.

Cerró él los ojos, intentó imaginarse el río que la niña le describía y también se esforzó para verla en sus juegos por las orillas de este cauce. Y pensaba que era un lugar realmente mágico cuando la pequeña dijo de nuevo:
- Y la última vez que lo he soñado fue anoche. Las aguas del río estaban más claras que nunca y yo me vi como en brazos de alguien invisible. Me paseaba por las orillas por encima de la corriente y todo era tan hermoso y placentero que luego lloré cuando desperté del sueño. Me entristecía haberme venido de ese lugar.
- ¿Y por qué crees que ese río que ves en tus sueños debe estar por aquí?
- Porque siempre veo a la Alhambra sobre la colina, hermosa y como perdida entre nubes. ¿De verdad tú no sabes nada de este río de mis sueños?
- Sé que por las entrañas de la colina que la sostiene la Alhambra, hay mucha agua. Ríos enteros y lagos anchos pero los dos únicos ríos que todos conocemos cerca de esta castillo mágico, son el Genil y éste donde ahora estamos que se le conoce con el nombre de Darro.
- Ninguno de estos dos ríos es el que veo en mis sueños. Por eso te pregunto otra vez: ¿No puede estar en ese lugar, en las entrañas de la colina que sostiene a la Alhambra, el río que busco?
- Podría ser pero te repito que yo no lo he visto nunca.

Y la pequeña se acercó a la madre, la cogió de la mano, arrugó su entrecejo y algo triste, refugió su cabeza cerca del corazón de la madre. Al ver la escena, él habló diciendo:
- Lo que sí puedo decirte yo es que la persona que sueña con ríos de aguas claras y vuela sobre charcos y cascadas azules verdes, es

porque en su corazón y alma, hay mucha paz, luz y belleza.
La madre la abrazó, le dio un beso y le dijo:
- Sí, hija mía: de verdad y justo en el corazón de la montaña que sostiene a la Alhambra, hay un gran río de aguas muy limpias y perfumadas. Aunque nunca lo haya visto nadie ni sepan dónde está. Lo seguiremos buscando.

El cielo en sus brazos

En la tarde la niña,
se acurruca en sus brazos,
no está dormida:
de sus ojos y labios
el cielo chorrea
en arroyuelos blancos.
Ella es el cielo
sereno, hondo y mágico.

El corazón parece que siempre busca alimentarse de los recuerdos, de los sueños mágicos, de todo lo que es bello. Y, sobre todo, de aquello que no es materia y, de alguna manera, reflejan tozos de cielo. Y el corazón, sin que se le haya enseñado, siempre sabe distinguir y gustar estas señales y espejos que al mismo tiempo sirven, de vez en cuando, para despegarse de la tierra y elevarse a las regiones de lo eterno, el único universo realmente verdadero.

Y él lo sabía. Por eso, aquella calurosa tarde de verano, caminó por las calles de Granada, recorrió el paseo del río Darro y al llegar al Puente del Aljibillo, buscó la sombra del almez. En el muro del puente se sentó, durante unos minutos observó las aguas claras, gustó la música que desgranaba la corriente y luego dejó que el airecillo acariciara su cara. Tenía en el alma un dolor secreto y por eso, en lugar de llorar y compartirlo con los demás, cerró los ojos, como si durmiera y aunque no se durmió, sí se desconectó de todo cuanto a su alrededor en ese momento existía. Y al poco, la vio. Pequeña, de cuerpo, cara y brazos delgados, sonrisa blanca y limpia y tierna como un soplo de viento. Jugaba y reía entre los demás niños y de vez en cuando se paraba, miraba a la lejanía, buscando o

soñando no se sabía qué y en este sueño se quedaba como perdida. La despertaban los amigos o amigas cuando se acercaban a ella y le decían:
- No te hemos visto nunca con tu padre ni con tu madre. ¿Es que no tienes?
Y ella, siempre triste y como meditando, con voz temblorosa, decía a sus amigos:
- Si tengo, yo no los conozco.
- ¿Qué les ha pasado?
- Tampoco lo sé.
- ¿Y te gustaría que tu madre te diera un beso cada día y te llevara de la mano y luego al dormite, te diera un abrazo?
- No sé lo que es eso pero sí que me gustaría.

Y en ese momento, miraba y se le iban los ojos, el corazón y el alma, detrás de las madres que pasaban cerca llevando de sus manos a sus niños, así como ella de grandes. Luego, al caer la tarde, regresaba sola y en su pequeña casa de ramas secas, piedras y barro, en el corazón mismo del Albaicín, se refugiaba. Comía algo, se calentaba en el fuego de la chimenea y se acurrucaba en el rincón a soñar sus cosas. Así, hasta que un día, la mujer del borriquillo color ceniza que vivía en las montañas con su marido y una hija mayor, al verla se paró junto a ella y le dijo:
- ¿Te gustaría venir a vivir conmigo?
La miró la niña y le contestó:
- No lo sé. Pero sí que me gustaría que alguien me diera un abrazo cuando por las noches me voy a dormir.
Y la hija de la mujer, se acercó a la pequeña, la cogió de la mano, le dio un beso y le dijo:
- A mí me gustaría ser tu amiga. Si te vienes con nosotros, te prometo que cada noche, cuando te metas en la cama, voy a darte un beso y luego por las mañanas, jugaremos juntas por entre la hierba y las aguas claras del río que tengo.
- Es que no sé.
Susurró la pequeña.

Poco después, se les vio a las tres y al borriquillo color ceniza, recorriendo las calles del Albaicín camino de las montañas. La niña iba montada en el asno y de la mano la llevaban, a un lado la madre y al otro la hija. Y pasado el tiempo, una cálida tarde de verano, se vio a la madre sentada en la puerta de su cortijo, con la

pequeña en brazos, como durmiéndola. Pasó por allí cerca el joven y al ver el cuadro, se acercó, saludó a la madre, besó a la niña y le dijo:
- ¿Te vienes a la ciudad?
Abrió los ojos la pequeña, miró como escudriñando y con apenas voz, dijo:
- Duermo ahora mismo en los brazos de mi madre y no tengo ganas de ir a la ciudad.

Y justo en ese momento, al joven, el corazón le dio un vuelco. Porque vio y supo, como en una sensación y visión celestial, que la pequeña estaba henchida de gozo. Se dijo: “El corazón humano, necesita alimento tanto o más que el cuerpo y de besos y abrazo. Sin duda que es quizás lo más importante en este suelo”.

La mujer libre

De pequeña, tenía muchos amigos. No solo en el barrio del Albaicín sino en la Alhambra, barrio del Realejo y en toda Granada. Y con bastantes de estos amigos, muchas tardes y mañanas, jugaban en las aguas del río Darro, en las pequeñas playas de arena junto a los charcos, por las calles y plazas de los barrios y por los jardines y alrededores de la Alhambra. Y cuando estaba en estos juegos, sin que ella lo pretendiera ni sus amigos lo desearan, se enfadaba por cosas que otras niñas de su edad, no.

Por ejemplo: cuando jugaba al pilla pilla, al escondite, al corro de la patata, al veo, veo, a los tejos, a las chinas, a la gallina ciega, a la comba o a cualquier otra cosa. Parecía como si le molestara todas aquellas situaciones donde las personas, unas a otras, se avasallan o se hacen daño. Sus palabras en estas protestas, eran siempre las mismas:
- Es que ni siquiera en juego, me gusta que unas personas ejerzan violencia y muestren poder sobre las otras.
Y al oír esto, algunos de sus amigos mayores y más inteligentes, le preguntaban:
- Pero a ti, entonces ¿cómo te gustaría que las personas, todas y en este mundo, se comportaran unos con otros?
- Lo que yo pienso es que las personas hemos nacido para ser libres,

luchar para realizar sueños y no sentirse nunca sometidos por nada ni nadie.

Callaban las amigas porque no la entendían del todo y algunas de las mujeres mayores del barrio, entre sí comentaban:
- Esta niña piensa de una forma muy rara. Cuando sea mayor y se enfrente a la vida real y tenga que apechugar con lo que la vida le presente, ya comprobará lo que es bueno.
Y cuando fue mayor y todos sus amigos al crecer se fueron yendo cada uno por su lado, su rebeldía fue aun más grande. Se quejaba tanto y se enfrentaba a tantas personas que un día habló con el padre y le dijo:
- ¿Sabes lo que de verdad me gustaría?
- ¿Qué es lo que a ti te gustaría?
- Tener un trozo de tierra en las montañas que se ven al levante de la Alhambra, construirme ahí una pequeña casa a mi gusto, cultivar la tierra, criar algunos animales y vivir libre en esos lugares.
- Pero una mujer como tú y en estos tiempos, de ningún modo será bien visto que haga eso.
- Es que yo estoy en contra de lo que veo en muchas mujeres. Y lo que más me indigna, es precisamente eso: que las mujeres siempre tengamos que someternos a lo que imponga la sociedad y a lo que los hombres digan.
- ¡Pero mujer!

Y un día el padre, habló con unos amigos que tenían tierras al levante de la Alhambra y estos le regalaron un buen trozo de terreno en unas montañas entre dos ríos y un pequeño valle. Le dijo a la hija:
- Puedes irte a esas tierras cuando quieras y vivir ahí del modo en que tantas veces has soñado.
Y la joven, no lo pensó mucho. Aquella misma noche, preparó algunas cosas y al amanecer del día siguiente, sola se fue por los caminos en busca de las tierras en las montañas. En cuanto llegó al lugar, lo primero que hizo, fue buscar un buen sitio en la ladera frente a Sierra Nevada y preparar las cosas para construirse la casa que siempre había soñado. Aquel mismo día, al siguiente y al otro, trabajó sin descanso y también delimitó un trozo de tierra para sembrarlo como huerto. Otros amigos del padre, le regalaron un pequeño rebaño de ovejas y ella se puso a cuidarlas haciendo un corral y llevándola cada día a pastar a las mejores praderas.

No tardó mucho tiempo en levantar la pequeña casa que siempre había soñado y como, desde uno de los ríos trazó una acequia, en la puerta de la casa comenzaron a crecer plantas de muchas clases y variadas flores. Al llegar la primavera y luego el verano, el huerto le dio una abundante cosecha de hortalizas y verduras y las ovejas, tuvieron corderos y dieron leche y carne. En la pequeña casa de sus sueños, junto al río y frente a Sierra Nevada, juntó ella muchos productos y era la más feliz de las personas, viviendo libre, corriendo a sus anchas por los amplios campos y respirando el aire puro de los paisajes. En el barrio, en Granada y en la Alhambra, muchas personas la seguían criticando pero ahora a ella sí que no le importaba nada de lo que dijeran. Algunas veces, las antiguas amigas iban a visitarla y se quedaban con ella, charlando de sus importantes sueños. La joven, siempre les decía:
- Tenéis que convenceros que nada es más hermoso en este mundo, que ser libre y no estar sometida ni a nada ni a nadie.
- Tú hablas como si fuera fácil llevar a cabo eso.

Y un día, en la Alhambra, algunas personas, comentando las aventuras de esta muchacha, decían:
- Es muy bello lo que esta joven dice y hace pero si todas las mujeres del mundo dejaran de estar sometidas a lo que los hombres queramos, sería el fin y para siempre, de muchas cosas importantes.
- Claro que sí. Por eso tenemos que hablar con el rey para que conozca esta historia y tome las medidas necesarias.
Hablaron con el rey y al conocer éste la historia de la joven de las montañas, dijo:
- Ni nuestra religión ni nuestras mujeres y sociedad, permite que una mujer sea libre y haga lo que quiera. Voy a tomar las medidas adecuadas para dar un buen escarmiento.
Tres días más tarde, cerca del huerto de la joven, ésta vio que empezaron a construir una pequeña vivienda. Unas semanas después, un hombre se instaló en esta vivienda y cada mañana y tarde, desde la puerta y ventana, vigilaba al rebaño de ovejas y lo que hacía la joven. Varias veces el hombre estuvo tentado de acercarse a la joven y hablar con ella pero no lo hizo y sí volvía a la Alhambra con frecuencia a informar al rey. Éste le decía:
- Espera a que llegue el verano y entonces, con toda la información que vayas juntando, damos el paso.

Llegó el verano, las lluvias se fueron, la hierba, muy alta y espesa por todo el campo, se secó y al poco, el calor apretó y las chicharras cantaron. Y una tarde, un poco antes de ponerse el sol, los campos empezaron a arder, en muchos puntos concretos y no lejos de la casa de la joven. Las llamas se alzaron, el humo cubrió todos aquellos valles y las ovejas, en el corral, ardieron todas. Se oyeron los gritos de la joven que pedía auxilio pero nadie acudió en su ayuda.

Al día siguiente, la noticia corrió como la pólvora por todo el barrio del Albaicín, la Alhambra y Granada. Las personas que habían jugado con ella cuando era pequeña, comentaban:
- Sus ansias de libertad y de vivir al margen de las leyes y sociedad, era tan grande que nadie podía entenderla.
- Pero ¿a que es una pena que de este modo haya acabado?
- Una pena grande y una gran desgracia.
Hoy en día, en el lugar donde la joven construyó su pequeña casa, hay una gran roca con un texto escrito que dice: “Soñó ser libre para no estar sometida y nadie la comprendió”.

El gran mirador de la Alhambra

Un mirador de forma rectangular
y bordes redondeados a lo largo del río Darro,
entre el Albaicín y la Alhambra pero más alto
que ambas colinas.

A lo largo de toda la tarde, estuvo buscando ramas secas por el bosque. Junto muchas y al amanecer del día siguiente, lo preparó todo para encender el horno. Las dos mujeres y la hija, preparaban también en esos momentos, todo lo necesario para los dulces: almendras peladas y partidas, azúcar, algo de harina de trigo tostada, miel de romero, tomillo, mejorana, hierbabuena, orégano seco y otras especias y también agua del manantial de la pradera. A media mañana, ya el horno estaba caldeado por el calor de las llamas de la leña seca que dentro había ardido y las mujeres tenían preparados casi todos los dulces que habían planeado. Los fueron metiendo poco a poco en el horno y al rato, los sacaban ya cocidos y

desprendiendo ricos olores a esencias y a caramelo. Cuando los primeros dulces estuvieron fríos, los probaron y las mujeres enseguida dijeron:
- Saben a gloria porque parecen trocitos de cielo.
Y él les dijo:
- Como vuestros dulces de almendras no hay otros en todo el mundo. Y lo digo porque, además de estar hechos a mano y con las mejores almendras de estos campos, condimentados con las más exquisitas esencias y cocidos en este rústico horno de leña, hasta el viento que los acaricia y baja frío de Sierra Nevada, es único.

Le agradecieron las mujeres la grata alabanza que hacía de los dulces que ellas habían amasado y la madre le dijo:
- Para ti y para los tuyos, llévate en tu zurrón una buena cantidad de estos dulces nuestros. Te los ofrecemos no como recompensa a tu trabajo de buscar y traernos la leña para cocerlos sino como regalo nuestro que te damos con cariño.
No tardó él en coger una docena de dulces de almendra, lo envolvió con mucho cuidado en papel de seda blanco y algo satinado, los guardó en su zurrón y al poco, despidió a los habitantes del cortijillo. Salió por la puerta y mientras atravesaba la explanada dirección a la senda, se decía: “Con las primeras personas que me encuentre, en cuanto legue al Puente del Aljibillo, por el Paseo de los Tristes, voy a compartir estos dulces de almendra tan buenos y únicos. Será para mí un gozo más grande que si me los comiera y, para las personas que los pruebe, una experiencia muy grata”.

Se decía y pensaba esto porque en su corazón, en todo momento le ardía el deseo de compartir cualquier cosa que tuviera. Ya que continuamente notaba que era más feliz compartiendo con las personas que reservándose las cosas para sí. Costumbre y gozo que su madre le había inculcado desde pequeño y repitiéndole una vez y otra:
- Hijo mío, compartiendo con los demás tus pequeñas cosas y aun las que más te gusten y sean buenas, recibirás a cambio una felicidad que ni el más grande de los tesoros podrá darte nunca. Por eso, siempre que puedas y tengas en tus manos algo que sea tuyo, compártelo. Se alegará la persona que lo reciba y esa satisfacción, penetrará en tu corazón hasta lo más hondo. Haz la prueba y notarás como lo que te digo es cierto.
Hizo él la prueba muchas veces y siguió practicando esta virtud

según crecía. Y en cada momento de estos, comprobaba que era cierto lo que su madre una vez y otra le aconsejaba. En el corazón y en el alma, cada vez que compartía algo con los demás, se le quedaba un gusto tan bueno, puro y casi celestial que en nada se parecía con los otros mil acontecimientos de la vida.

Con este pensamiento en su mente, con la satisfacción ahora de haber ayudado a los habitantes del cortijillo de la montaña y con su pequeña carga de dulces de almendra en el zurrón de piel, avanzó por la senda. Cruzó los territorios de las partes altas del macizo montañoso de Sierra Nevada y se dirigió a los lugares de la Alhambra. Por donde los caminos se aproximaban a la colina, sendas, ríos, arroyos, paisajes de encinas, olivares y esparto. Alzaba su cabeza de vez en cuando y descubría a lo lejos y cada vez más cerca, las torres y murallas de los palacios y también las blancas casas del Albaicín y Granada.

Caía la tarde, regalando un sol muy brillante con una luz pura y única, propia de los días de invierno y el frío iba aumentando. Coronó a la llanura de los olivares, se descolgó por la ladera que cae para el río Darro y por el arroyuelo que por aquí forma la Acequia Real, siguió bajando. Con la imagen cada vez más cerca y blanca de las casas del barrio del Albaicín, al fondo y acompañado por el delicioso rumor de la corriente del pequeño arroyuelo.

Y al terminar de bajar, ya solo a unos metros del pequeño puente del Aljibillo, a su izquierda, le saludó la recia Torre de Comares y las murallas que por este lado rodean a los palacios. Más cerca de él, en la recogida explanada conocida con el nombre de Rey Chico, descubrió al grupo de jóvenes. Con su alegría propia, jugaban, charlaba, y corrían por entre los aparatos de gimnasia que aquí hay. Aparatos de acero inoxidable y otros de hierro pintado en gris o verde y que usan algunas personas para fortalecer brazos, piernas, cintura y otras partes del cuerpo. Y especialmente, las personas mayores del barrio cercano. Por eso, estos jóvenes al llegar al lugar y encontrarse aquí estos aparatos, se habían parado y, medio en broma, casi jugando y algo en serio, se divertían a su manera, mientras se contaban cosas y pasaban el tiempo.

Según se acercó, descubrió que no hablaban español y por eso se fijó más en ellos. Y enseguida percibió que su edad no era

más de doce o catorce años. Algunas de las muchachas lucían melenas muy rubias y los chicos, mostraban cuerpos delgados y pelos más o menos castaños. Le preguntó a una joven que estaba sentada en uno de los bancos de madera que por el lugar han puesto:
- ¿De dónde sois?
La muchacha lo miró, mostrando algo de sorpresa y en español muy oscuro y mal pronunciad, dijo:
- Somos de Estados Unidos.
- ¿Y qué hacéis aquí en Granada?
- Estamos de viajes de estudios para visitar y conocer la Alhambra y convivir entre nosotros.

Le dio las gracias por la información que le había facilitado y siguió avanzando hacia el Puente del Aljibillo, ahora ya a solo unos metros de él. Por eso al instante descubrió a tres jóvenes, un muchacho de color moreno y dos chicas de estaturas bajas, sentados al lado derecho del puente según llegaba. Sobre el pequeño muro, él sujetaba una sartén con dos asas, un perol de acero de tamaño reducido, lleno de comida. Algo como una paella con arroz, patatas y un poco de verduras. Humeaba esta comida que el joven, con una cuchara de madera, recogía e iba echando en los platos de plástico que las dos muchachas sostenían en sus manos. Dos perros color canela, movían con agilidad sus rabos y saltaban impacientes alrededor de las muchachas pidiendo comida.

Ahí mismo y al lado izquierdo del puente según llegaba y sobre el pequeño muro gemelo al que ocupaban los jóvenes del perol, unos hombres habían extendido varios planos, miraban río arriba, río abajo, hacia la Alhambra y comentaban algo acalorados. Se fijó en ellos, por completo ajenos a los tres jóvenes que a solo unos metros compartían y saboreaban la comida de su sartén con dos asas, detalle este que le llamó aun más la atención. Se acercó a los hombres de los planos, se detuvo a solo unos metros de ellos, miró despacio y al darse cuenta de su presencia, uno de los hombres le preguntó:
- ¿Buscas algo?
Y con aplomo le dijo:
- Me ha llamado la atención vuestros planos y discusión y por eso me he parado y miro. Lo siento si soy indiscreto y molesto.

El hombre de los planos, algo amable, le dijo al joven:
- No molestas sino más bien somos nosotros los que estamos por aquí como estorbando.
Y acercándose un poco más el joven le volvió a preguntar:
- ¿Y qué es lo que estáis haciendo?
- Desarrollamos, sobre estos planos que ves aquí, el proyecto más grande que se ha hecho nunca en Granada.
- ¿Qué proyecto es?
- El de un gran mirador hacia la Alhambra, sobre el río Darro, hacia el barrio del Albaicín, Granada y la vega por donde la ciudad se extiende.
Sorprendido por la noticia y también un poco intrigado por lo novedoso y espectacular del proyecto, de nuevo el joven preguntó:
- ¿Es un mirador material que ya existe y vais a restaurar o planificáis una construcción nueva?
- Por completo es una construcción nueva, imaginada en nuestras mentes y quizá pronto aprobada por las autoridades competentes y puesta en marcha y realizada.

Muy interesado, el joven se acercó un poco más al pequeño muro del puente, algo arropado por las ramas del viejo almez que ahí crece. Puso su atención en los planos que veía extendidos encima de este muro y, durante un buen rato, permaneció en silencio mirando. Los que se concentraban alrededor de estos planos, observaron al joven, se miraron entre sí y luego movieron sus ojos hacia los planos. Uno de ellos, el que parecía director, preguntó al joven:
- ¿Es que te interesa lo que aquí ves?
- No mucho pero sí despierta mi curiosidad. ¿Os puedo preguntar algo?
- No estamos nosotros aquí para responder preguntas al primero que llegue pero a ti y ahora te damos esa oportunidad. ¿Qué quieres preguntarnos?
- Me gustaría que me explicarais vuestro proyecto. ¿Es posible?
- De una forma rápida y sin entrar en muchos detalles, sí que podemos hacerlo. Yo me encargo de ello y ahora mismo. Ponte aquí, frente al río Darro dirección a Granada, mira en la dirección que te indique, presta atención y no interrumpa en ningún momento mi relato.

Se movió el joven solo unos pasos, lentamente se fue colocando donde el hombre le indicaba y esperó a que explicara lo que le había anunciado. El hombre de los planos cogió uno de los grandes papeles que tenía extendido sobre el muro del puente, se lo mostró al joven y comenzó su relato diciendo:
- ¿Ves? Aquí ya tenemos dibujado cómo será ese gran mirador que te digo. Un grupo de pasadizos sujetos con muchas columnas de hierro a un lado y otro del río, avanzará desde Plaza Nueva hasta la Fuente del Avellano. Sobre estas columnas iremos montando grandes plataformas de hormigón, escaleras y ascensores hasta que sobresalgan por encima de las torres de la Alhambra y el Carmen más elevado en el barrio del Albaicín. Las esquinas de estas plataformas, para que resulten más modernas y causen menos impacto en el paisaje, serán redondas y, desde Plaza Nueva hasta la Fuente del Avellano, en la última plataforma ya por encima de la Alhambra y del Albaicín, montaremos un pequeño tren eléctrico. Esto servirá para llevar a los turistas de un lado a otro, río arriba o al revés para que así puedan gozar en todo momento de las mejores vistas que desde este grandioso mirador vayan a disfrutar.

Nosotros estamos muy ilusionados porque pensamos que este gran proyecto, será único aquí en Granada y a los pies de la Alhambra, sobre las aguas del río Darro y junto a las blancas casas del Albaicín. Seguro que será el asombro del mundo entero y el gozo de las personas que, a partir de ahora, vengan a visitar Granada y la Alhambra. Porque podrán disfrutar no solo de la Alhambra y el Albaicín sino también de Sierra Nevada y los azules cielos que coronan, de una forma original y como nunca antes se pudo. ¿Qué te parece a ti este gran proyecto nuestro? ¿A que es grandioso y fantásticamente bello?

Y el joven, al terminar de oír este relato, miró al hombre que le mostraba los planos. No respondió a las dos preguntas que al final le hizo. Alzó su cabeza y miró ahora hacia las montañas de donde acababa de venir. Por su mente pasó la imagen de la pequeña y bellísima casa donde se hacían dulces de almendra y todo el aire olía a primavera. Recordó que todas las paredes de esta casa, eran de piedra vista, las vigas de madera y el tejado, de lajas de pizarras negras. Tiene forma rectangular, con una gran sala en el extremo sur donde se ubica la chimenea y tres muy amplias habitaciones, al otro lado. Solo dos grandes ventanas se abren a las laderas y cumbres de Sierra Nevada pero desde la puerta, desde el rellano de tierra, se

abre un mirador fantástico. Lo mismo que desde las ventanas, desde este mirador de la puerta, se ve Sierra Nevada y las inclinadas laderas que caen para el río.

Porque como la casa se alza casi en la cumbre de estas montañas, el rellano mirador queda como colgado hacia el barranco por donde se quiebra el río. Por eso al frente no solo se ven las nieves de las altas cumbres sino también los bosques que tapizan esas laderas, los arroyos que las surcan, las cascadas del río y los charcos, el gran surco que este río horada y el valle. Al lado del sol de la tarde, algo lejos y por donde este río se aleja hacia la amplia Vega de Granada, se ve la colina que sostiene a los palacios de la Alhambra. Por eso, él y en este momento, piensa que mirador más grande y bello que éste, no existe otro en toda Granada. Porque además, la casa al ser de piedra y su tejado de lajas de pizarra, se camufla con el entorno como si un trozo más de la montaña fuera.

Se movió hacia el otro lado del puente, donde el joven de color sostenía su sartén llena de arroz y las dos muchachas comían en sus platos de plástico. Los saludó y les preguntó:
- ¿Queréis que colabore en esta comida con un pequeño postre especial?
La joven que estaba sentada en el suelo, junto a su perro y descalza, preguntó:
- ¿De qué se trata?
Abrió el joven su zurrón, sacó los dulces de almendra que traía desde la montaña, se los ofreció ilusionado al tiempo que les decía:
- Los acabamos de cocer en un horno de leña especial y en un lugar cerca de las nieves. Donde el aire es puro y el agua de los ríos, de color verde azul. Son de almendras recolectadas en aquellas laderas y saben a miel de flores de romero.
Y el joven de la sartén preguntó:
- ¿Y cuánto tenemos que pagarte por esto?
- A mi me los han regalado y yo me siento muy afortunado aportándolos como postre a vuestra original comida en este puente, frente a la Alhambra.

Y la muchacha que también saboreaba la paella sentada en el muro del puente frente al joven de la sartén, dijo:
- Pues muchas gracias y si quieres, puedes compartir un plato de arroz con nosotros.

El tejedor de mimbres

El joven vivía solo, no tenía familia y el único oficio que conocía era el de tejedor de mimbres. Un pequeño y bonito oficio artesanal que había aprendido de su padre y desde pequeño. Cuando iba por las riveras de los ríos y arroyos buscando las frescas varetas que le servían para tejer sus obras de arte, el padre siempre le decía:
- Las mejores piezas, son las más jóvenes, delgadas, rectas, sanas y de tallos tiernos. Y procura cortarlas lo más cerca posible de la rama principal.
Así aprendió a buscar, cortar y recolectar las ramitas de mimbres que luego preparaba para dar forma a sus bonitas y originales obras.

Cuando estaba para cumplir los dieciocho años, los dos padres murieron y como no tenía hermanos, se quedó por completo solo en este mundo. Y continuó su vida en la hermosa y pequeña casa donde había nacido y se había criado: cerca del río Darro, a los pies de la Alhambra y un poco a las afueras del barrio del Albaicín. En este recogido lugar, tenía él su vivienda y el pequeño taller de mimbres y algo de esparto. Porque también el padre, practicaba y le enseñó la recolección del esparto, planta muy abundante en los cerros cercanos a la Alhambra y con lo que fabricaba objetos también muy bonitos. Esparteñas, barjas, cestas y fundas para cantimploras y botellas de cristal.

Cerca de su casa vivía una familia pobre que tenía una hija muy guapa, dos años más joven que él. La conocía desde pequeño y por eso eran muy amigos. Tanto que cuando el joven se quedó huérfano, la muchacha se venía muchas veces a la casa taller de su amigo y, al tiempo que le daba compañía, le ayudaba en su trabajo de tejedor de mimbres y de esparto. Le decía a su amigo:
- Tú haz siempre las cosas despacio y pon en ello todo el interés y cariño, como te aconsejaba tu padre. Así, cuando las personas vean estos objetos tan bonitos, resistentes y prácticos, te los comprarán y eso es lo que necesitas para tener algunas monedas con las que comprar alimentos.
Y el joven, como apreciaba mucho a su amiga, siempre le hacía caso.

Pero un día, uno de los príncipes de la Alhambra y casi de la misma edad que la amiga del tejedor, daba un paseo con su caballo por las orillas del río Darro. Vio a la muchacha que, con su madre, lavaba en las aguas del río. La llamó y le preguntó:
- ¿Cómo te llamas?
- Mi nombre es Zumaya pero mis padres y amigos siempre me dicen Azul.
- ¿Sabes que eres muy guapa?
Y la joven se sonrojó, agachó la cabeza y no dijo nada. El príncipe le dijo de nuevo:
- Voy a venir por aquí todos los días solo para verte y cuando estés preparada, le voy a pedir a tus padres que te dejen ir a vivir a los palacios de la Alhambra.

Tan sorprendida se quedó la joven que no fue capaz de pronunciar una sola palabra. Sí el príncipe volvió por los caminos y al poco se perdió por las puertas de las murallas. Enseguida la joven se acercó a la madre y le contó lo que le había ocurrido y luego se fue aprisa en busca del amigo y también le confesó lo sucedido. Éste no le dio mucha importancia a los hechos y siguió con su trabajo en el taller. Pero al día siguiente, otra vez apareció el príncipe montado en su caballo, buscó a Zumaya, habló algunas cosas con ella y le volvió a prometer que regresaría. Volvió todas las tardes y como Zumaya ahora ya lo sabía, empezó a esperarlo por las orillas del río. El príncipe se fue enamorando de ella y siempre le decía que se fuera preparando para irse a vivir a los palacios de la Alhambra.

Zumaya le seguía contando todas estas cosas a su amigo el tejedor de mimbres y éste callaba y seguía en su trabajo. Hasta que una tarde, al aparecer el príncipe y buscar a Zumaya, vio que ésta estaba en compañía del joven tejedor. Muy enfado el príncipe le gritó:
- Zumaya es mía. ¿Con qué permiso la has tocado tú?
Y asustado el joven respondió:
- Ni ahora ni nunca he tocado yo a esta joven amiga mía. Desde que la conozco la he respetado más que si fuera mi hermana.
- Eso es mentira y por ello voy a castigarte. Defiéndete y apártate de Zumaya para siempre.

Al ver Zumaya que el príncipe se disponía para atacar a su amigo, se puso delante de él suplicándole:
- No le hagas daño y cree en sus palabras. Lo que mi amigo ha dicho

es la pura verdad.
Al notar el príncipe la actitud de Zumaya, desistió de atacar al joven pero sí le dijo:
- Te perdono la vida porque me lo pide esta amiga pero ahora mismo te ordeno que recojas tus cuatro cosas y abandones esta casa y este lugar para siempre. Mañana volveré por aquí y me llevaré a Zumaya a vivir conmigo a los palacios de la Alhambra y destruiré todo lo que por estos lugares encuentre.
Espoleó el príncipe a su caballo, subió por los caminos y se refugió en la Alhambra. Y en ese mismo momento, el joven tejedor dijo a su amiga:
- Sé que el príncipe éste es poderoso y por eso mañana mismo prenderá fuego a mi casa y arderá todo lo que hay aquí. Tengo que marcharme a toda prisa si quiero salvar mi vida. Pero, antes de irme, en agradecimiento a tu amistad conmigo y por los ratos que hemos compartido desde que nos conocemos, voy a regalarte todas mis mejores obras de arte. Las de esparto y las de mimbre, para que a lo largo de tu vida tengas un bonito recuerdo de mí.

Y en ese mismo momento se puso el joven y en el centro de su casa fue poniendo las mejores piezas de esparto y de mimbre que a lo largo de su vida había tejido. Preparó luego algunas cosas para llevarse. Zumaya lo miraba y de pronto, se acercó a él y le dijo:
- Tú lo has dicho: este príncipe es poderoso y también altivo y orgulloso pero tú no eres ningún delincuente. Debes quedarte en la que siempre fue tu casa y entre las pequeñas obras de arte que han salido de tus manos. Si huyes, todos pensaremos que eres un cobarde y yo sé que no es así. Si le prende fuego a tu casa, yo moriré a tu lado antes de irme a vivir con él a los palacios que me ofrece. De este modo quedará al descubierto que ese joven, a pesar de tener el título de príncipe, no es bueno. ¿Por qué siempre los poderosos han de ganar y destruir la vida de las personas sencillas y nobles?

El jardín de los cerezos

Se le vía con frecuencia sentado en el mirador de San Nicolás. Siempre solo y cuando en este lugar no había nadie. Y sentado en el muro que sujeta al rellano de ese mirador, inmóvil miraba a la colina de la Alhambra, como si meditara algo muy grande

o como si rezara alguna excelsa oración. Por eso y para sí, en su corazón y siempre que en este lugar estaba sentado, se decía: “Si yo tuviera dinero…”

Con frecuencia, un amigo suyo que lo conocía y por eso sabía muy bien lo que era un soñador, le preguntaba:
- ¿Qué es lo que harías si tuvieras dinero?
Y nunca, nunca respondía a la pregunta de este amigo. Pero en otros momentos, se le veía sentado en el mirador de la Alhambra. El que se abre en la misma Plaza de los Aljibes, frente por completo a la colina del Albaicín y a las blancas casas que por las laderas caen hacia el río Darro. Y también aquí sentado inmóvil, miraba fijamente sin pestañear. Meditando el sueño de su corazón y como rezando al cielo. Para sí y lo mismo que cuando estaba sentado en el Mirador de San Nicolás, se decía: “¡Si yo tuviera dinero…!”
Y cuando el amigo que lo conocía desde pequeño de nuevo le preguntaba:
- Sí tú tuvieras dinero ¿qué es lo que harías?

Tampoco respondía a esta pregunta y sí al día siguiente, en ocasiones por las mañanas y otras veces por las tardes, de nuevo se le veía sentado, en esta ocasión por donde el Mirador de la Silla del Moro. Con sus pies cayendo hacia el valle del río Darro y con sus ojos clavados en las blancas casas del barrio del Albaicín. Fijándose en un punto muy concreto: por donde la ladera que desde el Mirador de San Nicolás, cae hacia el río y las casas se apiñan entre sí. Y después de un rato en este peculiar silencio suyo, en su interior otra vez se decía: “¡Si yo tuviera dinero…!” y en esta ocasión, él mismo y usando las palabras de su amigo, se preguntaba:
- Si tuvieras ese dinero que deseas ¿qué es lo que harías?

Sentado en lo más alto de la Torre de la Vela, una tarde de invierno muy fría y con intenso olor a hojas secas, miraba fijamente al barrio del Albaicín. Con sus ojos clavados en el mismo rincón que ya hasta de memoria conocía, el amigo de nuevo le preguntó:
- ¿Cuándo vas a decirme qué es lo que harías si tuvieras ese dinero que deseas?
Y él le respondió:
- Puedo decírtelo ahora mismo o pasado el tiempo y entonces no sería con palabras sino con hechos.
- ¿Y qué hechos?

- Mi sueño convertido en realidad si de verdad tuviera el dinero que te digo.
- ¿Pero qué clase de sueño es éste tuyo?
- Puede que lo veas cualquier día de estos.

Bajaron aquella tarde de la Torre de la Vela, descendieron la Cuesta del Rey Chico, subieron por la Cuesta del Chapiz y cuando ya la noche iba algo avanzada y al llegar a la pequeña plaza, dijo al amigo:
- Quizá mañana puedas ver, si no todo, sí parte del sueño que en mi mente continuamente conmigo llevo.
- Pues a ver si es cierto.
Y los dos se despidieron. Caminó él unos metros más, llegó a su casa, abrió la puerta de madera, pasó a la estancia, prendió fuego a unas ramas secas que tenía apiladas en la chimenea, se acurrucó frente a las llamas, envuelto por el profundo silencio de la noche y al poco, cerró los ojos. Durante un largo rato estuvo pensando en ella y le asustaba el tiempo que había pasado sin saber nada. El corazón se le entristeció y quiso relajarse para escapar una vez más de la extraña realidad, cuando el sueño lo venció.

Y al poco, se vio parado en la parte alta del terreno. Justo por debajo del Mirador de San Nicolás pero muy alzado en la ladera y sobre el río Darro. Por aquí no eran casas lo que ahora mismo veía sino un gran espacio abierto, sin construcciones ninguna pero sí mucho terreno con abundantes árboles, muchas acequias, bancales llenos de plantas aromáticas y flores de mil colores por las orillas de estos bancales. También caminillos y pequeñas albercas donde el agua se remansaba azul y cristalina. El silencio era total y por eso se oía con toda claridad el cascabeleo de las aguas cayendo por las acequias, en las albercas y en las fuentes. El aire era algo cálido y muy impregnado con aromas de jazmines, laureles, naranjos y limoneros.

Después de un buen rato parado en todo lo alto y al comienzo de un caminillo, miró con mucho interés para la Alhambra, la colina y laderas que caen hacia el río Darro. La tenía por completo al frente, silenciosas como siempre, las torres y murallas y como suplicando al cielo por entre las nubes y las cumbres de Sierra Nevada a lo lejos. Se dijo: “Este lugar, no puede ser más bonito ni estar mejor situado para lo que siempre he soñado. Y además, hasta creo que no le va a

quitar categoría a la Alhambra sino todo lo contrario. Va a decorarla de la forma más hermosa que nunca nadie ha imaginado".

Se movió ahora y caminó lentamente por la sendilla de la derecha, hacia los bancales de los cerezos. Según se acercaba a ellos, se los fue encontrando a todos desnudos de hojas, con los troncos tapizados de musgo y con pequeñas matas de hierba brotando por entre las hojas amarillas que solo unos días antes se habían desprendido de las ramas. Las observó despacio, cogió un puñado de estas hojas amarillas, las echó al agua de la acequia que, por entre los bancales, corría ladera abajo como al encuentro del río Darro. De nuevo se dijo: "Ahí, en la parte alta, pondré la puerta para que entren las personas que vengan a ver este jardín. Y por estos caminillos, de bancal en bancal, siguiendo las acequias, les pediré que caminen. Y les indicaré que observen y gocen despacio este jardín mío, los cerezos en flor, las matas de espliego y setos de laurel y que, mientras esto hacen, vayan mezclando las imágenes que por aquí encuentren con las de las torres y murallas de la Alhambra. Para que comprueben que todo aquello es mucho más bello y tienen mayor categoría, desde el rincón de este jardín mío y por entre las plantas, olores y colores que hay aquí. Y si me preguntan:
- ¿Cuánto nos cuesta visitar y recorrer este jardín tuyo?
Les contestaré:
- Visitar este jardín mío para gozar de una forma diferente y por completo nueva en el mundo, no cuesta nada. Es por completo gratis.
- ¿Entonces?
- Hago esto por puro amor y para que vosotros y otras personas, gocéis y comprobéis que las cosas se pueden hacer y compartir con los demás, de forma diferente a como son y se hacen en los palacios de aquella colina.
- ¿Pero y el dinero para realizar y mantener todo esto?
- Tengo mucho y en lugar de gastármelo en comida y lujos para mí, lo empleo en lo que estáis viendo. Quiero demostrar también que sin este jardín mío y los cerezos que aquí crecen, a la Alhambra y la colina que la sostiene, le faltaría algo esencial que nadie nunca ha imaginado y menos, ha llevado a cabo.

Sintió unos golpes en la puerta y se sobresaltó. Despertó del sueño en el que se había sumido y al mirar, vio que el fuego en la chimenea se la había apagado. Entró en la estancia uno de sus

amigos y le dijo:
- Vivo inquieto pensando en qué es lo que harías si tuvieras dinero. ¿Por qué no me lo dices ya?
Se levantó, saludó al amigo y le dijo:
- Ven conmigo y verás.
Caminaron por las calles y cuando llegaron por donde se alza ahora el Mirador de San Nicolás, bajaron un poco y al ver, a un lado y otro y abajo y arriba, las estrechas calles empedradas, las pequeñas plazas y las casas cercadas con muros de ladrillos, cemento y cal, dijo a su amigo:
- Pero no, mejor ya no te revelo que haría, según lo que siempre sueño, si algún día tuviera dinero.
- ¿Y eso?
- Ya estás viendo cómo está todo por aquí. Ni siquiera terreno para plantar un cerezo queda. Todo me lo han quitado antes de que yo apareciera y ahora ¿quién pudría hacer desaparecer todo lo que ves por este lugar para construir en esta ladera el más hermoso, jardín surcado por acequias que regalen agua clara por entre los cipreses, naranjos, granados y cerezos?

La nieta y el abuelo

El abuelo, ya muy mayor, cansado y con muchos dolores por todo el cuerpo, era poeta. Autodidacta y por eso, todo lo que escribía decía siempre que era “a su manera”. Pero escribía todos los días y desde hacía muchos, muchos años. En la casa, en el baúl grande de madera que él mismo había hecho, guardaba todas sus poesías y una bonita colección de cuentos cortos que nadie conocía pero sí, de vez en cuando, leía a la nieta ya con doce años.

Y aquel día de invierno, el último del año, sentado frente a la chimenea, miraba por la ventana para la Alhambra. Desde la pequeña casa en el Albaicín, en mitad de la ladera no lejos del río Darro. Tenía en sus manos una pequeña cajita de madera de raíz seca de olivo que había tallado él mismo para regalárselo a la nieta en este fin de año viejo. Con su pequeña navaja de acero, daba los últimos retoques cuando a su lado, se sentó la nieta. Sobre su hombre izquierdo, reclinó la cabeza y acercó mucho a la cara del

anciano, sus labios y mejillas de seda. También su mata de pelo negro, llenó de esencia y suavidad, las arrugas de la cara y cuello del abuelo.

En silencio permaneció ella así durante un buen rato, sintiendo el calor del cuerpo del anciano mientras parecía soñar, al tiempo que miraba también por la ventana para la Alhambra y esperaba. El corazón del anciano, se llenó en ese momento de amor hacia la nieta y sentía que, a pesar de todo, la vida, las luchas y sufrimientos de cada día, merecía la pena si al final alguien acariciaba como en este momento lo hacía la nieta. Tal como estaba, casi durmiendo sobre el hombro del anciano, la niña le preguntó:
- Abuelo, cuando una persona muere y se marcha para siempre de este mundo ¿quién se lo lleva y por cuánto tiempo?
Sorprendido por la pregunta, el abuelo no dijo nada. Permaneció en silencio mirando por la ventana y meditando la pregunta. La nieta dijo de nuevo:
- Es que abuelo, en estos últimos días del año, ya han muerto cuatro conocidos nuestros. El que todos conocíamos como el filósofo, el hombre bajo y regordete que apenas podía andar, el alto y delgado que le dolía el corazón y el que andaba encorvado. Todos eran tan mayores como tú y por eso temo que un día de estos también te mueras. ¿A dónde van las personas cuando la muerte se los lleva?

Siguió en silencio el anciano, con la cajita de madera en la mano y gozando del calor que le regalaban los labios y mejillas de la nieta. Como durmiendo sobre el hombro del anciano, la niña de nuevo comentó:
- Y tú sabes que muchas personas dicen que nada importante has hecho a lo largo de tu vida. Solo escribir poemas que muy pocos leen, caminar por estos sitios, mirar despacio a los paisajes y seguir escribiendo poemas. Y ellos creen, los que de ti comentan lo que te he dicho, que no tendrás ningún premio después de esta vida porque ninguna cosa importante has hecho en este suelo. ¿Es cierto eso, abuelo?
Y al oír esta nueva pregunta, el abuelo siguió recogido en su silencio. Refinando la madera de la cajita que preparaba como regalo para la nieta y mirando para la Alhambra. Pasado un buen rato y cuando otra vez la niña le preguntó:
- ¿Es cierto, abuelo que tus poemas no sirven para nada?
El anciano ahora sí habló y dijo:

- En cada poema que a lo largo de mi vida he escrito, he dejado los latidos de mi corazón, los sueños de mi alma, mis creencias y fe en el cielo, mi dolor oculto y mi amor y respeto por las personas y todos los seres vivos y paisajes de este suelo. Y en cada momento, hija mía, en cada momento, he sentido que estaba bendecido por Dios. Por eso no tengo miedo y sí me encuentro muy satisfecho por la gran sinceridad y hermosa realidad que en mis poemas dejo recogido. Una visión del mundo, del Universo, de Dios, de la eternidad y de los seres humanos que poblamos este suelo, única, excelsa y bellísima realidad que difiere mucho de lo que a diario viven las personas.

Guardó silencio la nieta, meditó un momento las palabras del anciano y tal como estaba con su cabeza recostada en el hombro del abuelo, otra vez preguntó:
- ¿Y tú crees, abuelo, que es suficiente para que Dios te premie después de esta vida, con haber escrito tus poemas y haber dejado recogido en ellos todo eso que me has dicho?
Dio el anciano el último retoque a la cajita de madera que tenía entre sus manos, puso dentro de ella un poema que había escrito hacía unos días, cerró el pequeño joyero y se lo dio a la nieta diciendo:
- Es mi regalo para ti de fin de año.

Cogió la nieta la cajita, la sujetó ilusionada en sus manos, la fue abriendo despacio, sacó el papel donde estaba escrito el poema y leyó:

Irse de este mundo
con el calor de tu beso en mi cara,
no es morir, ángel mío,
es dormirse en el alba,
en el regazo de Dios
donde has sido y eres hada
y dulce alimento purísimo
de mi alma.

Al terminar de leer estos versos, tal como estaba recostada sobre el hombro del anciano, lo miró y vio que en ese mismo momento se iba quedando dulcemente dormido. Mirando para la Alhambra y sintiendo en su cansado corazón, el calor de los labios y mejillas de la nieta.

La madre y el otoño 母親和秋

En las tardes de otoño, cuando las nieblas revolotean por entre las torres de la Alhambra, cuando la lluvia cae mansa sobre los bosques del Generalife, cuando vestidas de oro las hojas otoñales alfombran el Paseo de los Tristes, cuando el frío acaricia y congelado se queda sobre el muro del Puente del Aljibillo, a ella se le ve recostada sobre el mostrador y mirando pensativa por el hueco de la puerta. Como rumiando el momento, quizá triste o melancólica y esperando. Nadie sabe qué espera ni tampoco nadie sabe si es grande o pequeña su pena pero en las tardes de otoño en Granada, así es como se le ve.

La puerta de la tienda, está pintada en color rojo. Es una pequeña cochera y dentro tiene las cosas apiladas. Cajas de frutas, barras de pan, botellas de bebidas, paquetes de legumbres, cajas con golosinas y poco más. Se encuentra su tienda no lejos de la Carrera del Darro y por eso, desde el mostrador donde se recuesta y mira pensativa mientras espera que alguien entre a comprar alguna cosa, se ve la figura de la Alhambra sobre la colina. Pasa por la misma puerta de su pequeña tienda, la calle asfaltada y por donde continuamente bajan y suben los coches. A la derecha, hay una panadería y a la izquierda, un taller donde arreglan coches. Y a unos metros de la puerta de su tienda, donde se dividen las calles, hay un pequeño jardín. Con solo dos bancos de hierro y madera, un ciprés, una acacia y una vieja farola. También en la misma puerta de su tienda, en la acera, crecen dos árboles con alcorques donde los perros al pasar, dejan sus señales.

Por este pequeño rincón de Granada, sin apenas tranquilidad por el ruido de los coches y las motos aunque sí con una vista muy bella, jugaba su niña. Aun pequeña pero de ojos y pelo negro, con la cara algo redonda, piel delicada y sonrisa muy dulce. Casi siempre estaba sola pero ella se divertía a su manera y se le veía feliz. También se le veía feliz a la madre que, desde dentro de la pequeña tienda y recostada en el mostrador, la observaba en los momentos en que nadie compraba. Pero una tarde, y de esto hace ya mucho tiempo, su hermosa niña, dejó de jugar por este lugar. Nadie supo por qué pero sí mucho comenzaron a echarla de menos. Ninguno se atrevía a preguntar a la madre y ella, tampoco con nadie compartió la ausencia de su pequeña.

Algunas personas pensaron que quizá al terminar el verano y comenzar el colegio, volvería pero no fue así. Terminó el verano y el otoño llegó y la pequeña no apareció. Tampoco a lo largo del invierno ni en la primavera ni al verano siguiente. Hoy hace ya más de un años que ella falta del rincón de la pequeña tienda y que no juega por aquí. Cierta tristeza parece contagiar este rincón de Granada y más aun se conmueve el corazón cuando, ahora en las tardes de otoño, se ve a la madre recostada en el mostrador y mirando por el hueco de la puerta.

Llueve a veces, hace frío en algunos momentos, se alzan y revolotean las nieblas por entre las torres de la Alhambra y cae la nieve sobre las cumbres de Sierra Nevada. Y también ya por estos días, en las calles, cuelgan las bombillas y otros adornos de Navidad. En las tiendas, ya venden turrón, mantecados, frutos secos y belenes de plástico, madera y corcho. Los turistas van y vienen llenando las calles y plazas de esta ciudad y todo parece como ajeno a la madre que medita triste y a la ausencia de la niña de ojos y pelo negro.

Y muchos sabemos que ellas no son de este país sino que un día vinieron desde China y en esta cochera instalaron su pequeña tienda. En la puerta y escrito en chino y en español, pusieron un rótulo chiquito que dice: 饋送 alimentación. También su niña tenía los ojos rasgados, propio de las personas de este país pero sonreía con mucha dulzura y su cara era suave como la seda. La cara de la madre es tan hermosa o más que la alegría de su niña y sus ojos son negros pero la sonrisa parece habérsele congelado en sus labios. En las tardes de otoño, recostada sobre el mostrador, cuando el frío se deja sentir, la lluvia cae y la nieblas revolotean por entre las torres de la Alhambra y también cuando ya la Navidad asoma por todas partes, mira silenciosa y parece soñar pero en su corazón se adivina una muy honda tristeza.

La pepita de oro

En la pequeña ciudad, al este de los palacios nazaríes y dentro del recinto amurallado de la Alhambra, se reunían ellos cada mañana. Mientras los padres, artesanos, poetas y administradores, hacían sus trabajos para los reyes. No eran muchos, pero sí se juntaba un grupo regular. Solo siete u ocho y al frente, siempre

destacaba el que parecía más valiente, aunque no lo era ni tampoco el más inteligente. Sin embargo, siempre que daba las órdenes, poco lógicas, absurdas o fantásticas, el grupo le obedecía.

Todos menos uno. El más pequeño, algo enclenque y de familia pobre. La familia más humilde que por aquel entonces vivía en la Medina. Pero como el pequeño a pesar de su apariencia, sí era inteligente, una vez y otra decía:
- No me gusta jugar a los soldados ni tampoco me gusta simular batallas y guerras.
Y el que se había erigido jefe del grupo, casi siempre enfadado y mostrando carácter agrio para infundir miedo e impresionar a fin de que todos lo respetaran, malhumorado decía al enclenque:
- Pues si no te gusta jugar a los soldados ni tampoco te gustan las guerras ni estás dispuesto a luchar en las batallas, no sé qué haces entre nosotros.
- Quiero ser vuestro amigo porque tampoco me gusta estar todo el día solo.

A pesar de lo cual, sí que estaba solo en muchos momentos del día. Se daba cuenta de esto una vecina suya, más o menos de su edad. También hija de familia pobre, con pelo y ojos negros, muy vivaracha y con muchas ilusiones bellas. Pero no de soldados ni de guerras sino de las cosas de naturaleza. Porque a ella le gustaba mucho irse a jugar a las acequias de aguas claras que regaban los huertos y jardines de la Alhambra y por entre los árboles frutales que clavaban sus raíces en todas estas tierras. Por eso le decía al niño enclenque, en los momentos en que lo veía relegado de sus amigos, soldados y guerreros:
- Tú no te preocupes. Cuando ellos te humillen y no te acepten en el grupo por no hacer bien tu papel de soldado, te vienes conmigo y jugamos. Se creen los más valientes y mejores y para sentirse fuertes, tienen que nombrar y obedecer a un jefe. Y lo único que hacen y dicen son tonterías. A mí tampoco me gustan ni los soldados ni las órdenes entre ellos ni las batallas ni las guerras.

Y el niño enclenque, cada vez que oía estas cosas de su amiga también pobre, se animaba. Tanto que un día, cuando el jefe del grupo de los soldados dijo:
- Mañana, justo al salir el sol, todos nos reuniremos al comienzo de mi calle.

Él preguntó:
- ¿Y para qué tenemos que juntarnos a esa hora?
- Para dos cosas: primero, prepararnos un poco con un rato de instrucción y segundo, para irnos luego al cerro del sol.
- ¿Y qué hay que hacer en el Cerro del Sol?
- Mañana allí habrá una guerra y nosotros tenemos que participar en ella. Se va a librar una gran batalla y como somos los mejores, tenemos que ganarla.
Y Malhumorado el niño enclenque dijo:
- Pues yo tampoco estoy de acuerdo ni con reunirnos al salir el sol ni con ir a esa guerra que dices.
- Si no estás de acuerdo, te expulsaremos de nuestro batallón. Así que tú sabrás lo que haces.

Pensó el muchacho las cosas y al llegar el nuevo día, se asomó a la puerta de su casa. Vio que todos sus vecinos acudían al lugar de la reunión y luego vio como el jefe les daba órdenes y les decía:
- Somos los mejores y hoy vamos a demostrarlo.
El niño enclenque al ver lo que ocurría, meditó durante un buen rato y luego se animó. Salió de su casa, caminó despacio, se acercó al lugar donde el grupo se preparaba para luchar en la guerra y al jefe le dijo:
- Lo siento, me he quedado dormido y por eso llego tarde. Quiero unirme a vosotros pero no deseo ir a la guerra.
- Pues si no deseas participar en las batallas de la guerra, no eres de los nuestros. No te queremos porque ni eres valiente ni tienes las ideas claras. Desde ahora mismo quedas expulsado de nuestra organización
Y el niño enclenque, se volvió cabizbajo a su casa. Desde la otra parte de la calle, lo vio su pequeña amiga, le salió al encuentro y le dijo:
- Tampoco tú hoy te preocupes. Vente conmigo que ahora mismo vamos a irnos al río Darro a jugar con sus aguas y en la arena de los charcos. No te entristezca que ya verás como hoy va a suceder algo mágico.

Y el niño enclenque, después de hablar con sus padres y con los padres de su amiga, se pusieron en camino. Bajaron por el barranco del Rey Chico, llegaron al río, buscaron un sitio bonito y en la arena, se pusieron a jugar. La pequeña dijo a su amigo:

- Mis padres, muchas veces me han dicho que en este río hay oro.
- ¿Lo buscamos?
- Si, vamos a jugar a ver si encontramos mucho oro y del mejor.
- Y si lo encontramos ¿Qué haremos con él?
- Se lo podremos regalar a nuestros padres para que se hagan ricos o también podríamos comprarnos un palacio cerca de los palacios de la Alhambra. ¿No te gustaría?
- Sí, lo que quieras tú menos darle ni un solo gramo de oro a mis amigos los solados locos. No me gustan ni los soldados ni las guerras ni las batallas.

Y se pusieron ellos y enseguida hicieron un pequeño hoyo en la arena de la orilla de un charco. De la corriente, cogieron puñados de arena fina mezclada con agua y la derramaron en el hoyo. Esperaban un momento hasta que el agua se filtrara y luego miraban despacio para ver si entre la arena aparecía alguna pepita de oro. Y ocurrió que al poco rato, el niño enclenque volcó en el hoyo un gran puñado de arena y agua, espero a que se filtrara y de pronto, en el fondo del barranquito, apareció algo muy reluciente del tamaño de un garbanzo. Su amiga, al verlo, exclamó:
- ¡Una pepita de oro!
Al darle el sol y todavía mojada, brillaba como si fuera un trozo de ascua. El río corría sereno cerca de ellos y en lo más alto de la colina, los palacios y torres de la Alhambra, parecían mirar y alegrarse con ellos.

El solitario del río

Todos los días se levantaba temprano. Antes del amanecer. Recorría despacio la sendilla y al llegar al río, se paraba. De entre las zarzas y la vegetación, recogía trozos de ramas secas y palos que por aquí las aguas habían dejado y, cerca de la corriente, encendía una lumbre. Siempre en el mismo sitio y desde donde se veía claramente la figura de la Alhambra en lo alto de la colina. Junto a esta lumbre se sentaba y esperaba. Nadia sabía qué era lo que esperaba pero sí muchos lo veían cada día y ninguno se atrevía a preguntarle.

Sin embargo él, sentado junto a fuego cerca de un gran charco del río y justo por donde discurría un pequeño camino, cuando al amanecer alguien pasaba, le decía:
- Si tienes frío, párate un momento conmigo y te calientas en esta lumbre.
Y como en los meses de invierno, a veces sí hace mucho frío por este lugar del río Darro, algunos se paraban con él y se calentaban. Era el momento en el que él aprovechaba para comentar:
- Si necesitas que labre las tierras de tu huerto, solo tienes que decírmelo.
- Es que yo no tengo dinero para pagar tu trabajo.
- Por eso no te preocupes tú. Mi ofrecimiento es gratuito. Con que seas mi amigo y os paréis conmigo de vez en cuando para calentaros en este fuego mío, estoy pagado.

Y a veces, algunos de los hombres que tenían sus pequeños huertos junto a las aguas del río Darro por el lugar llamado Valparaíso, dejaban que labrara sus tierras. También que sembrara las plantas y que las regara cuando las plantas lo necesitaban. Y a cambio, muchos de estos hombres y de vez en cuando, le regalaban frutas, pepinos o melones. El hombre, sentado junto al fuego que cada mañana encendía cerca del río, se comía lo que le regalaban. Y luego, durante el día y al caer las tardes, cogía moras de las zarzas y buscaba nueces y almendras en los árboles que tenía cerca y con el permiso de sus dueños. Porque nunca robaba nada a nadie sino todo lo contrario: respetaba y cuidaba todo lo que podía las propiedades y cosechas de los que tenían sus huertos por estos rincones del río.

Por eso, las personas que pasaban por este camino y los que tenían tierrecillas por las riveras del río, con frecuencia comentaban:
- Es bueno, no se pelea con nadie, ofrece lo poco que tiene y siempre vive por aquí solitario. ¿Qué tesoro será el que por estos lugares tiene?
- Nadie lo sabemos y sí es cierto que para él no hay más mundo que este rincón del río. ¿Por qué misterio? Nadie lo sabemos.
Y tampoco nadie se atrevía a preguntarle precisamente por eso: porque lo veían un hombre bueno, respetuoso con todos y como poseedor y dueño de un gran misterio.

Junto al fuego, cerca del río y un día de invierno, se lo encontraron muerto. Los hombres de los huertecillos recogieron su

cuerpo y en la ladera por encima de su pequeña cueva, lo enterraron. Algunos lo lloraron y otros tantos lo echaron de menos. Respetaron su cueva y el lugar donde ellos creían tenía enterrado su tesoro. Porque entre las personas del barrio del Albaicín y del río Darro, se empezó a comentar:
- Estuvo enamorado de alguien que se fue de su vida y como soñaba que algún día volviera, para esa persona guardaba por aquí su tesoro.
Por encima de la Fuente de Avellano, un poco elevado en la ladera y no lejos del río, todavía hoy se puede ver su cueva.

El granado del Albaicín

El día que los humanos perdamos la capacidad de asombrarnos ante la sencilla belleza de una flor, la corriente clara de un río, la perfección de una puesta de sol o la mágica sonrisa de un niño, habremos perdido el gusto por la vida y la razón última de vivir. Porque una flor de granado, los maravillosos granos de la granada y estos frutos de las ramas colgando, son dignos de apreciar como a las joyas más admirables que nos regala la Creación.

Crecía en la misma puerta de la pequeña casa blanca. A la izquierda según se salía de la morada, frente por completo a la Alhambra, no lejos de las aguas del río Darro y donde el airecillo y el sol, siempre lo estaban acariciando. Y aquí lo habían sembrado, los abuelos de los abuelos de los dos jóvenes. Y esto dos jóvenes, ella y él y los dos hermanos, eran los hijos de la familia dueños de la casa blanca y del granado. Por eso ellos estaban muy enamorados de este árbol. Y la que más, era la madre de los dos jóvenes. Continuamente, un día y otro, les decía:
- Este granado, es la mejor herencia que hemos recibido de nuestros padres. Y como ellos lo recibieron de los suyos y, desde aquellos tiempos, unos y otros lo hemos cuidado con esmero, nosotros debemos seguir mimándolo.

Y decía esto porque con frecuencia, los vecinos y conocidos, cada vez que pasaban por la puerta de la casa, comentaban:
- Como tu granado, no hay otro en toda la ciudad de Granada. ¿Con qué lo riegas y qué le echas para que siempre esté verde y dé tan

buenas granadas?
- Los regamos con las aguas del río Darro y no le echamos nada. Solo clava sus raíces en la tierra y de esto, del airecillo que lo roza y del sol que lo besa, se alimenta.
- Pues desde luego que parece un milagro. Y además, fíjate qué bello, firme siempre frente a la Alhambra y meciéndose continuamente y con tanta granadas colgando de sus ramas.
Comentaban esto los vecinos porque aquel verano, conforme los días iban llevando al otoño, del granado colgaban más de cien granadas, mucho más grandes que otro años, más lustrosas, sanas y muy gordas. Por eso, los dos jóvenes hermanos, entre sí y animados por las palabras de los padres y de los vecinos, decían:
- Hoy me toca a mí ir a por el agua al río para regar nuestro granado.
Y el hermano, decían que el joven más bueno de todo el barrio del Albaicín, respondía a la joven y hermosa hermana:
- ¡De acuerdo! Hoy lo riegas tú pero mañana me toca a mí. Que no quiero que nuestros padres me echen en cara mi falta de interés por este árbol.
- Y, en cuanto estén maduras las granadas, la primera en coger una, también quiero ser yo, como lo hice el año pasado. Porque va a ser la mía, esta granada que cuelga de la rama, la primera en madurar y en abrirse como una rosa al sol de la mañana.

Decía esto ella porque del granado, aquel año estaba más cargado que nunca de hermosísimas granadas, de una de las ramas, colgaba una especialmente hermosa. Mucho más gorda que las otras, sana y brillante y por eso la joven la eligió para sí. Y tanto interés empezó a mostrar por esta fruta que siempre que pasaba por debajo del granado, la acariciaba con sus ojos, se acercaba y la olía y con sus dedos de nácar, muy suavemente la acariciaba. Y cuando veía que a ella se acercaba algún vecino o amiga, siempre le decía:
- Ten cuidado y no roces está granada mía que la cuido como si fuera mi mejor tesoro.
Y las amigas le preguntaban:
- Y cuando esté madura ¿qué hará con tu granada predilecta?
- Eso ya lo tengo pensado y no os lo diré hasta que llegue el momento.
- ¿Es que vas a preparar alguna bonita fiesta?
- Pienso organizar algo más que una fiesta.

Y dicho y hecho: se acabó el verano, llegaban los últimos días del mes de septiembre y en el granado ya estaban las granadas no solo maduras sino abiertas y todas mostrando sus mil granos color carmesí. Los vecinos y de parte de la joven, recibieron una invitación y a primera hora del día siguiente, todos se concentraron en la puerta de su casa, cerca del granado. Salió ella de la casa, saludó a unos y a otros, se acercó a la granada predilecta que hoy colgaba más hermosa que nunca, abierta como una flor en plena primavera y mostrando cientos de granos brillantes y rojos como la sangre. Dijo a los presentes:

- Poneros en este lado para que mi granada quede a la altura de vuestros ojos y recortada sobre el fondo de la Alhambra y el azul del cielo.

Le obedecieron todos y la joven se colocó al lado derecho. Muy cerca de su granada favorita que colocaba casi a la altura de su cabeza. Dijo de nuevo a todos los congregados y a sus padres:

- Ahora mirad muy atentos y no os perdáis ni un detalle del espectáculo porque durará sólo unos segundos. Pero os aseguro que será lo más bello que hayáis visto en vuestra vida.

Y los congregados dijeron:

- Empieza cuando quieras que ya estamos todos preparados.
- Pues allá voy.

Alargó la joven su mano derecha hasta ponerla en la parte de arriba de la granada. Puso su mano izquierda por debajo del fruto y con la mano derecha, dio unos golpes a las ramas y a la granada. Y de la fruta, abierta como la mejor flor de primavera, en forma de lluvia fina y multicolor, empezaron a caer los mil granos brillantes y rojos. Y con la luz del sol matinal y el azul del cielo de fondo, todos comprobaron asombrados el maravilloso espectáculo de lluvia de granos de granada como cayendo sobre la Alhambra, todo el curso del río Darro, barrio del Albaicín y la ciudad sobre la Vega derramada. Y todos a la vez exclamaron:

- Es lo más hermoso que hemos visto en nuestra vida. Y tú granado y los frutos que cuelgan de sus ramas, lo mejor y más bello que tenemos en este barrio y en la ciudad de Granada.

El granado es uno de los frutales más antiguos cultivados en la península ibérica. Su origen es centroasiático. Es frecuente verlo en esculturas clásicas, en frescos medievales e incluso formando ornamentos en la arquitectura de catedrales y edificios. Su nombre

científico es Púnica granatum y pertenece a la familia de las punicáceas. Este nombre le fue atribuido por los romanos, ya que fue introducido en las zonas mediterráneas por los cartagineses durante las Guerras Púnicas. Su fruto es una gran baya, de unos 9 o 10 cm de diámetro, de un espectacular color dorado que se vuelve granate brillante, maduro. La granada, es grande, globosa y está formada en su interior por cientos de semillas cubiertas cada una por una pulpa jugosa generalmente de color rojo ligeramente ácida.

Una noche a los pies de la Alhambra

Al caer la noche, se fue por la Carrera del Darro. Caminando despacio para sentir la caricia del airecillo que de las aguas del río subía y para gustar con calma la figura de la Alhambra sobre la colina. Ya estaba iluminada y era justo el momento en que el cielo muestra su azul intenso, en las últimas luces del día. Por eso, las esbeltas torres y murallas, iluminadas por la luz de los focos artificiales, se recortaban como en una lejanía íntima y muy bella a la vez que mágica y misteriosa. Al llegar a la mitad del paseo, torció para la derecha y subió por la estrecha callejuela. Mirando también despacio y empapándose del silencio, el fresco airecillo y las luces anaranjadas iluminando tenuemente. Se dijo, mientras seguía su paseo a ninguna parte concreta pero llenando el alma y el corazón del mágico momento: “Piso por primera vez estas calles de Granada y por primera vez en mi vida paseo junto a la Alhambra y ahora mismo siento como si una vida entera por aquí hubiera estado viviendo. Esta calle estrecha, su silencio, esta sombra y luz tamizada, esta soledad, el fresco airecillo… Como si todo se me colara en el corazón para entregarme un beso limpio y hondo”.

Al final de la calle, torció para la derecha, bajó por otra calle aun más estrecha, siguió su paseo y al poco salió a la plazuela de la fuente. La conocida con el nombre de Paseo de los Tristes y al ver a la gente sentada en el muro que separa el río de la plaza, buscó un sitio solitario y frente a la figura de la Alhambra iluminada en todo lo alto, se sentó. Como si se preparaba para quedarse la noche entera, sintiendo la caricia del aire y soñando. Alguien rozó su cara con las manos y ella, en lugar de inquietarse o mirar para ver quién era, cerró los ojos y gustó en su corazón la dulzura de la caricia. Sintió el

calor de las manos y luego del abrazo y aun cerró más sus ojos para concentrarse en la deliciosa sensación que por su alma se expandía. De nuevo se dijo: “Sentir una caricia como ésta, aquí junto al río, en este lugar de Granada, a estas horas de la noche y junto a la Alhambra, es lo que siempre había soñado. El calor del alma de esta ciudad transmitiendo su aliento y llenándome el corazón del gozo más puro e intenso”.

Había llegado a Granada solo unas horas antes. Y desde Plaza Nueva, cargó con su maleta Carrera del Darro arriba hasta la estrecha callejuela conocida con el nombre de Santísimo. En el hotel que hay en esta calle, se hospedó, dejó las cosas que traía, en la bonita habitación, se duchó y después de comer algo, bajó a recepción y preguntó:
- Solo voy a estar esta noche aquí en Granada. ¿Qué es lo mejor que puedo ver y disfrutar sin que sean discotecas, bares o tablaos flamencos?
Y le dijeron:
- Estás en el barrio del Albaicín, a los pies mismos de la Alhambra y en corazón de Granada. Pasea despacio por este rincón y observa y gusta lo que vayas encontrando.
- Eso es lo que mis amigas siempre me han dicho. Que pasear en silencio por esta zona de la ciudad, al caer la noche y ahora en verano, es una experiencia única. ¡Voy a probarlo!

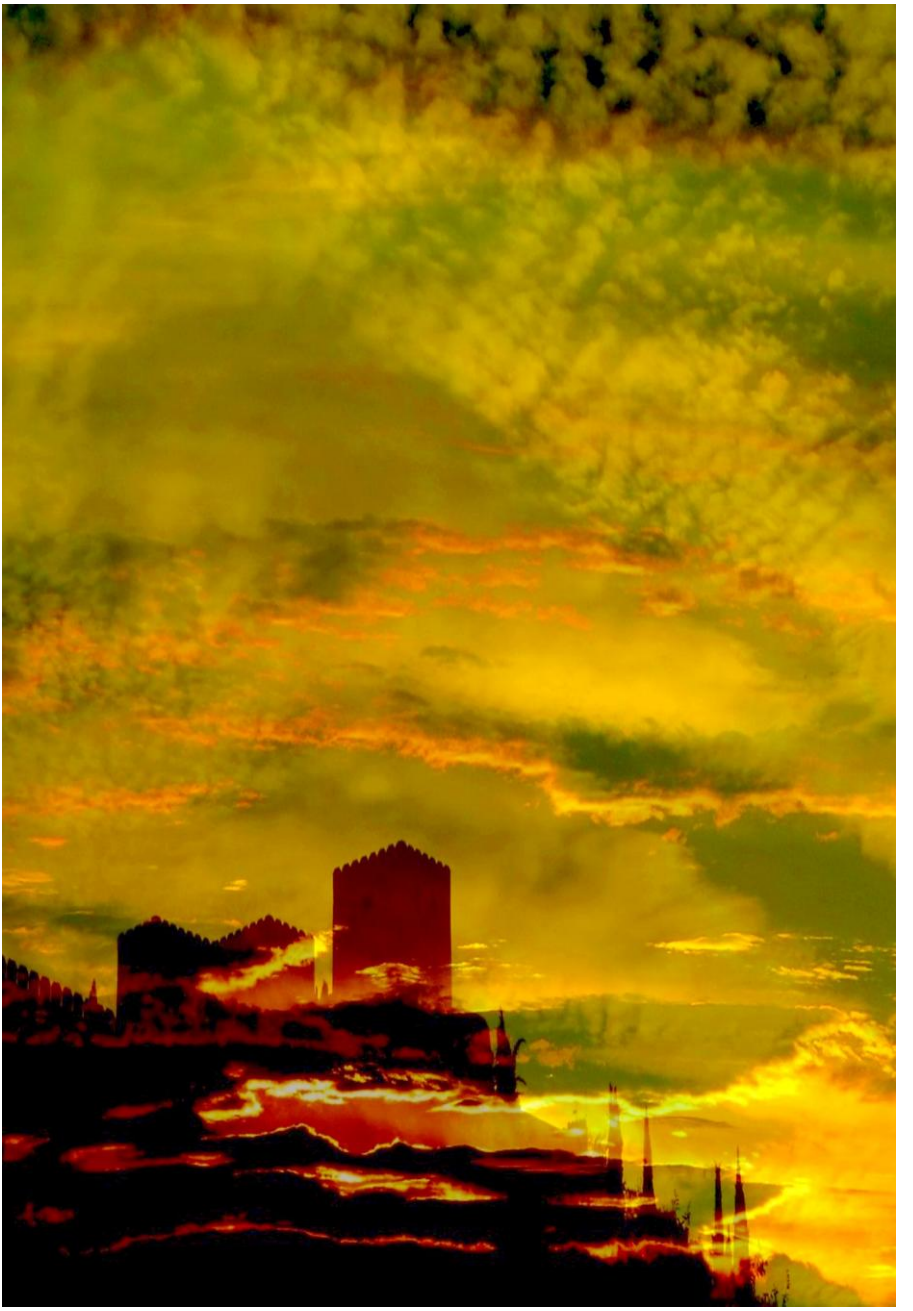
Y cuando ya la noche estaba muy avanzada, se levantó del muro donde se había sentado, cerca del río y frente a la Alhambra. Caminó unos metros y enseguida llegó a la calle y al hotel donde unas horas antes se había hospedado. Subió a su habitación y se dejó caer en la pequeña cama. Durmió y soñó solo un rato porque al amanecer la despertaron diciendo:
- Nos dijiste que te llamáramos temprano.
Y entre sueños y como cansada, dijo:
- ¡Gracias! Es que mi avión sale temprano y como tengo que coger el autobús para ir al aeropuerto, quiero ser previsora y llegar a tiempo.
De nuevo agradeció que la hubieran despertado. Se levantó enseguida, preparó su pequeña maleta roja, bajó a recepción, desayunó algo y con la luz del nuevo día, salió a la calle. Y lo primero que hizo fue mirar para la Alhambra y luego seguir bebiendo el fresco airecillo que del río manaba. Se dijo: “¡Qué hermosa se ve Granada en un amanecer como éste y entre estas luces tan claras! ¿Quién

sería el que anoche acarició mi cara dejando tan dulce sensación en mi alma? Ojalá viniera ahora a darme un fuerte abrazo de despedida. Sería para mí el broche de oro de mi breve estancia en esta ciudad encantada".

Y arrastrando su maleta caminó lenta Carrera del Darro abajo dirección a Plaza Nueva. Alzaba su cabeza de vez en cuando y luego la agachaba para que los que se iba encontrando, no vieran sus lágrimas. Las limpió con sus dedos dos o tres veces y al llegar a la altura de la Plaza de Santa Ana, se paró un momento. Miró por última vez para la Alhambra y volvió a sentir el deseo de que alguien la abrazara para hacer hermosa la despedida. Y de su corazón, sin que ella lo controlara, le salió un profundo y sincero "te quiero". Sintió en ese momento que por detrás, alguien la abrazaba de la forma más tierna y sincera. Puso sus manos sobre el brazo que la sujetaba y exclamó:

- Solo un momento más, aprieta mi cuerpo contra tu corazón, mientras me voy alejando poco a poco de este lugar mágico para que la despedida no sea tan dolorosa. Me vuelvo a Siberia, el lugar de las nieves, las llanuras y los lagos. No volveré nunca más en mi vida a Granada y por eso necesito que tu abrazo me acompañe unos metros más mientras me voy alejando. Ha sido lo más delicioso que en mi vida ha sucedió nunca".

Y oyó como si el mismo viento que manaba del río Darro, le susurrara al oído:

Te marchas a tu país lejano
hermosa muchacha,
llevándote en tus brazos
el alma de Granada.

Cuando los inviernos largos
lleguen con sus nieves blancas
y cubran aquel mundo llano
del que tú eres hermana,
recuerda bella criatura
que aquí te sueña la Alhambra
y junto al río Darro,
eterna estarás abrazada.